LAS BOCAS DEL MONTE

EL MONTE RECUERDA
LO QUE TÚ OLVIDASTE.



MATILDA OLIVEIRA

LAS BOCAS DEL MONTE

LAS BOCAS DEL MONTE

•

Matilda Oliveira

«El monte recuerda lo que tú olvidaste.»

Las Bocas del Monte

© 2026 Matilda Oliveira

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin la autorización escrita de la autora.

Primera edición digital: 2026

Diseño de cubierta: Matilda Oliveira

Para las hijas que se fueron

y para las madres que se quedaron.

«Unha nai non se vai nunca do todo.

Queda no que medra.»

— Dicho de Os Ancares

ÍNDICE

1. La pista
2. Los vecinos
3. El fruto
4. El alivio
5. Las grietas
6. El borracho
7. El cuaderno
8. La pregunta
9. La red
10. El mecanismo
11. La firma
12. El pueblo
13. La tierra
14. La oferta
15. La quiebra
16. La llamada
17. Rosalía
18. El deterioro
19. El intento
20. La excavación
21. El dilema
22. Bieito
23. La plantación

24. La salida
25. Santiago
26. Las bocas

1

La pista

El GPS se rindió a la altura de Becerreá.

Vega miró la pantalla del móvil —la ruta azul flotando sobre un vacío gris, sin nombre de carretera, sin tiempo estimado, sin esa voz de mujer educada que le decía cuántos kilómetros faltaban para llegar a algún sitio— y lo dejó boca abajo en el asiento del copiloto, junto a la bolsa de plástico con el bocadillo de la gasolinera que no había tocado. Luego se concentró en la carretera, que ya no era exactamente una carretera.

Desde Ponferrada el paisaje había ido cerrándose como una mano. Primero las llanuras leonesas, anchas y secas, con ese cielo de invierno que parece tener un metro de grosor. Después los primeros montes, todavía amables, con sus castaños pelados y sus prados de un verde enfermizo. Y a partir del desvío de Vega de Espinareda —topónimo que siempre le había parecido inventado, demasiado literario para ser una señal en una Nacional— el mundo se fue estrechando. Las montañas se acercaron a la carretera como paredes. Los árboles dejaron de ser decoración de fondo y se convirtieron en techo. Y la luz, que ya era poca a las cuatro de la tarde de un lunes de febrero, se volvió una cosa residual, un eco de sol que se colaba por las grietas entre las copas.

La pista forestal empezaba donde terminaba el asfalto, sin transición, sin aviso, como si alguien hubiera trazado una raya en el suelo y hubiera dicho: a partir de aquí ya no es cosa nuestra. Tierra compactada, baches, piedras sueltas que golpeaban los bajos del coche con un ruido sordo y regular, como un pulso. Vega redujo a

segunda y el motor se quejó con ese gemido largo de los coches de ciudad obligados a hacer cosas de campo.

Llevaba cuatro horas conduciendo desde Santiago y tres semanas sin dormir bien.

Eso era lo que ponía en su cuaderno clínico, el de tapas negras que guardaba en el cajón de la mesilla y que solo usaba para sí misma: «Insomnio de mantenimiento. Despertares a las 3-4 h. Rumiación persistente. Apetito reducido. Sin ideación. Duelo no complicado, fase aguda.» Lo había escrito con la letra pequeña y firme que usaba para los informes de sus pacientes. Como si documentarse en tercera persona la protegiera de algo. Como si su propio dolor fuera un caso más que archivar.

Carmela había muerto el 22 de enero en una residencia de Ourense, a las seis y cuarto de la mañana, según el parte. Vega estaba a doscientos kilómetros, en su piso de Santiago, delante de un café que se enfriaba, y no se enteró hasta las ocho porque nadie en la residencia tenía su número nuevo. Cuando la llamaron al fijo del trabajo, una enfermera con voz de haber repetido la misma frase muchas veces le dijo que su madre había fallecido tranquilamente durante el sueño. Vega dijo gracias y colgó y se quedó mirando el café y pensó que «tranquilamente» era una palabra muy rara para alguien que llevaba tres años sin saber dónde estaba ni quién la visitaba ni cómo se llamaba la mujer que le llevaba el vaso de agua y le limpiaba la boca después de cada comida.

No había llorado. No por fuerza ni por decisión —simplemente el llanto no llegó. Organizó el entierro, firmó los papeles, vació el armario de la residencia (dos batas, un camisón, una foto de Vega de niña que Carmela ya no reconocía pero que alguien había pegado con celo a la mesilla), y cuando todo estuvo cerrado condujo de vuelta a Santiago con la sensación de haber hecho un trámite largo. Seis días después recibió la llamada del notario: la casa de Boca del Monte seguía a nombre de Carmela, y ahora era suya.

Boca del Monte. Ni siquiera sonaba a lugar real. Sonaba a sitio que alguien inventa para perder algo.

La pista subía. Los castaños eran más viejos aquí, más gruesos, con troncos que parecían hechos de varias cosas pegadas entre sí,

como si cada siglo hubiera añadido una capa. Vega pasó junto a un hórreo derruido con el tejado hundido y una cruz de piedra comida por el liquen, y después junto a un arroyo que cruzaba la pista sin puente —el agua escasa, oscura, moviéndose con una lentitud que parecía voluntaria— y el coche dio un bandazo al pasar y Vega se agarró al volante con las dos manos y algo del asiento de atrás se cayó al suelo con un golpe blando.

La caja de cartón. La de las cosas de la residencia.

No miró atrás.

La niebla empezó de golpe, como si alguien la hubiera encendido. Un minuto antes, el bosque era denso pero visible; al siguiente, los faros del coche iluminaban un muro blanco que lo devolvía todo. Vega frenó. Encendió las largas, las apagó, volvió a las cortas. Avanzó a quince por hora con los ojos pegados al borde de la pista, buscando las piedras del arcén como referencia, porque el centro ya no existía.

Y fue entonces cuando lo olió por primera vez.

Algo dulce. No el dulce químico de un ambientador ni el dulce vegetal de una flor de invierno. Algo más denso, más orgánico, como fruta madura al borde de pasarse, o como miel caliente mezclada con tierra mojada. Entraba por las rendijas de la ventilación con una insistencia que no parecía accidental. Vega arrugó la nariz, comprobó que no tenía la calefacción en recirculación, y el olor siguió ahí: pegajoso, cálido, vagamente familiar, como un recuerdo al que no consigues ponerle fecha.

Después, la niebla se abrió.

Boca del Monte apareció como aparecen los sueños que luego no puedes contar: de golpe, sin preparación, con una nitidez que no cuadra con lo que había un segundo antes. La pista desembocó en una explanada de hierba corta y la niebla se quedó atrás, como si la aldea tuviera su propia cápsula de aire, y Vega vio las casas.

Ocho o nueve construcciones de piedra oscura distribuidas sin orden aparente por una ladera suave que subía hacia el monte. Tejados de pizarra, algunos remendados con chapa, otros sorprendentemente nuevos. Una capilla pequeña con una espadaña de un solo hueco. Un hórreo de granito con las patas limpias. Y por

todas partes, rodeando las casas como un abrazo verde e imposible, los huertos.

Vega detuvo el coche y se quedó mirando.

Estaban en febrero. En la sierra de los Ancares. A novecientos metros de altitud. Y los huertos estaban vivos. No simplemente vivos: exultantes. Lechugas de un verde que parecía pintado a mano, hileras de berzas enormes, coles que asomaban por encima de los muros de piedra como cabezas curiosas. Vio tomates. Tomates en febrero, rojos, grandes, colgando de plantas que no tenían derecho a existir a esa temperatura. Y algo más que no identificó desde el coche pero que crecía en las grietas de los muros y en los bordes de los caminos: unas protuberancias pálidas, carnosas, que brillaban con la humedad.

La luz de un generador se encendió en la casa más cercana al camino. Amarilla, temblorosa, de esas que convierten la piedra mojada en algo que parece cálido aunque sabes que no lo es.

Un hombre salió a la puerta.

Era alto para su edad, que Vega calculó en setenta y muchos, con el pelo blanco y escaso peinado hacia atrás y las manos —las manos fueron lo primero que Vega miró, deformación profesional— grandes, nudosas, con los dedos ligeramente torcidos hacia dentro en una garra suave que delataba años de artritis. Llevaba un jersey de lana gorda, pantalón de pana marrón, botas de goma hasta media pantorrilla. En la mano derecha, un vaso de cristal grueso con vino tinto.

—Tú eres la hija de Carmela.

No era una pregunta. Vega bajó del coche sintiendo el frío por primera vez —húmedo, pesado, un frío que no se quedaba en la piel sino que empujaba hacia dentro, como si quisiera llegar al hueso— y el hombre dio dos pasos hacia ella y le tendió el vaso.

—Herbal —dijo, señalándose el pecho con la mano libre—. Fui maestro aquí cuando esto tenía escuela. Conocí a tu madre toda la vida.

Vega cogió el vaso porque no supo qué otra cosa hacer. El vino estaba a temperatura ambiente, que a esa hora y en ese sitio

significaba frío, y sabía a garnacha áspera con un fondo terroso que le raspó la garganta.

—Gracias —dijo—. ¿Cómo sabía que venía hoy?

Herbal la miró con los ojos de alguien que lleva demasiados años contestando preguntas que no le interesan.

—El notario. Le dimos este número para las cosas de la casa. —Señaló colina arriba, hacia una construcción de piedra más grande que las demás, con un balcón de madera y una chimenea de la que no salía humo—. La tienes lista. Caldera encendida, sábanas limpias. Hoy en día ya no viene nadie a esta aldea, así que cuando viene alguien se nota.

Vega asintió. Quiso preguntar quién había preparado la casa exactamente, porque el notario le había dado las llaves en su despacho de Ponferrada hacía tres horas y nadie le había mencionado ningún comité de bienvenida, pero Herbal ya estaba caminando hacia la casa con esa lentitud deliberada de los viejos que saben que el mundo puede esperarles.

—¿Quiere que le ayude con las maletas?

—Solo traigo una. Puedo yo.

Herbal asintió sin darse la vuelta.

—Hay comida en la nevera. Flor te ha dejado un guiso. Come, que se te ve la fatiga desde aquí.

Se fue. El sonido de sus botas sobre la piedra mojada se apagó detrás de la esquina de otra casa, y Vega se quedó sola en la explanada, con el vaso de vino en una mano y las llaves del coche en la otra, y el olor dulce todavía en el aire, y la niebla a su espalda como un telón que hubieran bajado para que no viera el camino de vuelta.

La casa de Carmela olía a leña, a cal vieja y a cerrado, pero un cerrado limpio, como si alguien hubiera abierto las ventanas durante horas antes de volver a sellarlas. El suelo era de losa de pizarra, irregular, que crujía bajo los pies con un sonido seco y mineral. La cocina tenía una mesa de roble macizo con marcas de cuchillo, una cocina de gas con tres fogones, una nevera pequeña que zumbaba con un ronroneo enfermo. Y la caldera, efectivamente, funcionaba: los radiadores de hierro fundido estaban tibios al tacto, y el agua

salía caliente del grifo de la cocina después de medio minuto de tos y escupitajo.

Vega dejó la maleta en el dormitorio de arriba —una habitación baja de techo con una cama de matrimonio, un armario de madera oscura y una ventana que daba al huerto trasero— y bajó a inspeccionar la nevera. Flor, quien quiera que fuese, le había dejado una cazuela de barro con un guiso espeso de patatas con algo que parecía jabalí. También había pan, mantequilla, un trozo de queso curado y cuatro huevos. En la encimera, una botella de licor casero sin etiqueta, de un color ámbar oscuro.

La casa llevaba treinta años cerrada. Eso era lo que le había dicho el notario. Treinta años desde que Carmela se fue con Vega, que entonces tenía nueve.

Y sin embargo.

Vega se sentó a la mesa y pasó la mano por la superficie. Ni polvo ni humedad. La madera estaba seca, limpia, con el tacto aceitoso de algo que se cuida. Abrió los armarios de la cocina: vajilla apilada, vasos, una jarra. En el cajón de los cubiertos, tenedores y cuchillos ordenados por tamaño. En el baño de abajo, una toalla doblada sobre el borde de la bañera, jabón en la jabonera, papel higiénico en el portarrollos.

Alguien había mantenido esta casa. No preparado para su llegada: mantenido. Durante años. Como si esperasen que alguien fuera a volver.

O como si alguien nunca se hubiera ido.

Vega se tocó la nuca —un gesto automático, lo hacía siempre que algo la inquietaba sin que pudiera identificar por qué— y se sirvió el guiso en un plato hondo. Estaba bueno. Mejor que bueno: tenía un sabor hondo, concentrado, con la patata deshecha y la carne oscura, y un punto de laurel que le recordó a algo que no consiguió fijar. Comió sin hambre pero con una obediencia animal que su cuerpo agradecía, y después fregó el plato y el vaso y los dejó en el escurridor y se quedó de pie en la cocina, con las manos mojadas, mirando el suelo de pizarra.

No sabía por qué miraba el suelo. No había nada que mirar.

Pero el suelo estaba caliente.

No mucho. Solo un grado más de lo que debería, una tibieza que no venía de la caldera porque los radiadores estaban a tres metros y la pizarra no conduce bien el calor. Vega se agachó y puso la palma de la mano en la losa. Tibia. Como la piel de alguien que lleva rato en la cama.

Se incorporó, se secó las manos en el pantalón y subió a por el teléfono.

La señal era un milagro y una porquería al mismo tiempo: una barra, a veces dos, que iban y venían como la marea. Pero la llamada entró.

—¡Mamáaa!

La voz de Olivia llenó la cocina de golpe, como si la niña hubiera entrado corriendo y hubiera tirado algo al pasar. Vega cerró los ojos.

—Hola, bichito.

—Mamá, escucha, papá ha hecho pasta y estaba asquerosa. O sea, asquerosa de verdad. Ha puesto no sé qué salsa que pica y yo le he dicho que pica y él ha dicho que no pica y he bebido agua y me ha entrado hipo y llevo con hipo desde las siete, mira —y a través del teléfono llegó un hip agudo seguido de una risa que se desbordaba por todas partes—. ¿Lo oyes? ¿Lo oyes, mamá?

—Lo oigo.

—¿Tú ya has cenado? ¿Qué has cenado? ¿Hay comida ahí? Papá dice que en los pueblos pequeños no hay supermercados.

—He cenado un guiso que me ha dejado una vecina. Estaba bueno.

—¿Más bueno que la pasta de papá?

—Eso no es difícil, por lo que me cuentas.

Olivia se rio con esa risa de nueve años que no tiene filtro ni volumen, que empieza en la barriga y sale por la boca sin que nadie le haya dado permiso. A Vega se le cerró algo en la garganta.

—¿Ya llegaste? ¿Cómo es la casa de la abuela? ¿Hay fantasmas?

—He llegado hace un rato. La casa es vieja pero está bien. Y no, no hay fantasmas.

—¿Has mirado debajo de las camas?

—Todavía no.

—Pues mira. En las pelis siempre están debajo de las camas.

—Anotado.

Hubo una pausa. Vega oía de fondo la televisión y algo que podía ser Tomás fregando platos, y después Olivia dijo, más baja:
—Mamá.
—Dime.
—¿Es verdad que la abuela vivía ahí de pequeña?
—Sí. Yo también viví aquí hasta los nueve.
—Los mismos que yo.
—Los mismos que tú.

Otra pausa. El hipo había desaparecido.
—¿Y por qué os fuisteis?

Vega abrió la boca para contestar y se encontró con que no tenía respuesta. No una respuesta real. Tenía la versión que le había contado a Olivia a lo largo de los años —«la abuela encontró trabajo en la ciudad», «quería que yo fuera a un colegio más grande»— y tenía la verdad, que era un hueco. Seis meses de su infancia borrados como con una goma. Sabía que habían vivido aquí. Sabía que se habían ido. No sabía por qué, ni cómo, ni qué había pasado el verano que cumplió nueve años para que Carmela cogiera a su hija y condujera cuatrocientas horas hasta Santiago sin mirar atrás.
—La abuela quería que yo fuera a un colegio mejor, bichito. Ya te lo he contado.
—Ya. —Olivia no parecía convencida. Tenía un detector de medias verdades que funcionaba mejor que la mayoría de los adultos que Vega trataba en consulta—. Bueno. No te tardes mucho, ¿eh? Que te necesito aquí.
—Unos días. Una semana como mucho.
—Vale. Te quiero, mamá. Mira debajo de la cama.
—Te quiero, bichito. Dale un beso a papá.
—¡Papá, mamá te manda un beso! —gritó Olivia con la boca a medio centímetro del micrófono, y algo se rompió al fondo y Tomás dijo algo que no se entendió y Olivia se rio y la llamada se cortó con un ruido de alegría.

Vega dejó el teléfono en la mesa.

La cocina estaba en silencio. Un silencio distinto al de Santiago, donde siempre hay algo —un coche, una tubería, el vecino de arriba arrastrando una silla— que te recuerda que existes dentro de un

sistema. Aquí el silencio era otra cosa. Era denso, activo, como si algo lo estuviera produciendo deliberadamente. Vega oía su propia respiración y el zumbido de la nevera y, debajo de todo, tan bajo que podía ser imaginación o podía ser sangre en los oídos, un sonido rítmico que venía de ningún sitio. Un pulso.

Se descalzó sin pensar. La pizarra estaba tibia bajo las plantas de los pies.

Cerró los ojos. Inspiró. El olor dulce estaba dentro de la casa, muy tenue, como un perfume que alguien hubiera llevado horas antes. Dulce y orgánico y vagamente familiar, como algo que había olido en otro sitio, en otra vida, en algún momento de esos seis meses que no existían en su memoria.

Abrió los ojos. Se puso los zapatos. Subió al dormitorio.

Antes de meterse en la cama hizo dos cosas. La primera fue mirar debajo —nada, solo una caja de zapatos vacía y una telaraña antigua—, y la segunda fue abrir el cuaderno de tapas negras y escribir:

«Primer día. La aldea parece bien conservada para estar prácticamente abandonada. Los vecinos sabían que venía. La casa estaba preparada, aunque nadie reconoce haberlo hecho. Temperatura del suelo anómala. Olor ambiental no identificado, dulce, persistente. Posible origen: vegetación local, aguas termales, emanaciones del subsuelo. Investigar.»

Cerró el cuaderno y apagó la luz.

La oscuridad de la aldea era absoluta. No había farolas, no había coches, no había nada que produjera luz excepto el brillo mortecino del generador de Herbal al otro lado del camino, que se apagó mientras Vega miraba por la ventana, dejándola sola con la negrura y la niebla y el monte que empezaba donde terminaban los huertos.

Se tumbó de espaldas. La cama era dura, con un colchón que olía a lavanda seca y a algo más, algo que estaba debajo de la lavanda y que era el mismo olor dulce de la pista, de la niebla, de la cocina, como si todo en esta aldea estuviera impregnado de lo mismo.

Las últimas palabras de Carmela le llegaron sin aviso, como llegaban siempre, en ese momento preciso entre la vigilia y el sueño

donde el cerebro deja de filtrar:

«No caves, Veguiña. Lo que está plantado quiere quedarse plantado.»

Vega se dio la vuelta, metió la cara en la almohada y pensó en Olivia riéndose con hipo y en la pasta asquerosa de Tomás y en que una semana era suficiente para vaciar una casa y venderla y volver a su vida.

Se durmió antes de darse cuenta de que se estaba durmiendo. Algo que no le pasaba desde hacía tres semanas.

Fuera, la niebla se espesó sobre los huertos y los frutos crecieron en silencio en las bocas de la tierra, carnosos, translúcidos, calientes, como pequeños corazones que nadie hubiera pedido y que nadie iba a devolver.

2

Los vecinos

Se despertó con luz gris en la ventana y la certeza inmediata de que no estaba en su casa.

No era una certeza de alarma. Era otra cosa, más rara: la sensación de que su cuerpo había dormido en un sitio que reconocía aunque su cabeza no. Como cuando hueles algo y sabes que lo has olido antes pero no puedes decir dónde. Los músculos de la espalda estaban sueltos por primera vez en semanas, y la mandíbula —que Vega apretaba dormida con una fuerza que le estaba gastando los molares, según su dentista— no dolía. Había dormido siete horas seguidas. Siete horas sin despertarse a las tres de la madrugada con el pecho apretado y la lista de cosas que ya no podía decirle a Carmela reproduciéndose en bucle.

Se quedó un momento tumbada, mirando el techo de vigas oscuras. La habitación olía a lavanda y a ese otro olor, el dulce, que a la luz de la mañana parecía más suave, casi agradable. Desde la ventana entraba un frío limpio que olía a hierba mojada y a humo de leña.

Se vistió, bajó a la cocina, puso agua a hervir y salió al huerto trasero con un café soluble que sabía a lo que saben todos los cafés solubles del mundo: a sucedáneo y a no haber dormido bastante, aunque esta vez hubiera dormido de sobra.

El huerto era más grande de lo que había parecido de noche. Una parcela rectangular de quizás doscientos metros cuadrados, delimitada por un muro de piedra seca de metro y medio, con una cancela de hierro oxidado que daba al monte. Dentro crecía de todo. Vega no era botánica ni tenía especial interés por la agricultura, pero

había crecido en Galicia y sabía lo suficiente para reconocer que lo que veía no tenía sentido.

Berzas del tamaño de una rueda de coche. Acelgas con las pencas anchas como una mano abierta. Tres hileras de lechugas tan apretadas que parecían un muro verde bajo. Y en el rincón más protegido, junto al muro sur donde la piedra absorbía lo que quedaba de calor, una mata de tomates con frutos rojos, tersos, gordos, que colgaban con el peso de algo que no debería existir en febrero a novecientos metros de altitud en la cordillera Cantábrica.

Vega se acercó y tocó un tomate. Estaba tibio. No caliente, no templado por el sol —porque no había sol, el cielo era una lámina gris uniforme—, sino tibio desde dentro, como si la fruta tuviera su propia temperatura.

Se agachó. Metió los dedos en la tierra junto a la base de la planta. La tierra estaba húmeda y caliente, más que el suelo de la cocina la noche anterior. No era una tibieza residual de un sistema de calefacción ni la inercia de una compostera. Era un calor que venía de abajo, de más abajo que las raíces, como si algo debajo de la parcela irradiara a una temperatura constante.

Se limpió las manos en el pantalón. Tenían un olor a tierra oscura y a algo orgánico, dulce, casi frutal, que se le quedó en la piel aunque se las frotó con fuerza.

Y en los bordes del huerto, en las grietas del muro de piedra y en las fisuras del suelo donde la tierra se abría en pequeñas bocas, vio otra vez las protuberancias que había visto la noche anterior desde el coche. De cerca eran peores. O mejores, dependiendo de lo que uno estuviera dispuesto a aceptar.

Parecían órganos.

No había otra forma de describirlo. Eran bulbos carnosos, translúcidos, del tamaño de un puño cerrado, con una superficie lisa y húmeda que dejaba ver una red de venas finas por debajo, como el envés de un párpado. Crecían directamente de las grietas, sin tallo visible, como si la tierra los empujara hacia fuera. Y estaban calientes. Vega tocó uno con la punta del dedo índice y retiró la mano: la temperatura era la de un cuerpo vivo. Treinta y cinco, treinta y seis grados. El fruto —si es que era un fruto— pulsaba

contra la yema de su dedo con un ritmo que era demasiado lento para ser el suyo propio.

Dejó el café en el muro y sacó el móvil. Le hizo una foto. Después le hizo otra más de cerca, con el flash, y la imagen que salió era desagradablemente nítida: la carne translúcida, las venas, una gota de líquido claro resbalando por la superficie como sudor.

Volvió a la cocina. Se lavó las manos con jabón dos veces.

A las diez de la mañana salió a recorrer la aldea y se encontró con que la aldea ya la estaba esperando.

Herbal apareció en el camino con un periódico doblado bajo el brazo —un periódico de la semana anterior, como Vega descubriría después: llegaban en lotes cuando alguien bajaba a Vega de Espinareda— y la saludó con un gesto de cabeza que significaba sígueme sin necesidad de decirlo. Caminaron juntos por el camino de piedra que unía las casas, un sendero estrecho y resbaladizo que serpenteaba cuesta arriba entre muros de huerta, y Herbal fue presentándole el pueblo con la parsimonia de un guía que conoce el museo de memoria y ya no le impresiona nada.

—Esa es la casa de Suso y Amalia. Ganaderos. Bueno, ganadero él. Ella ya no está para muchas cosas. —Señaló una casa maciza de dos plantas con un balcón de piedra y un establo adosado del que salía un olor tibio a animal y a heno—. Esos de ahí son los prados de Suso. Las vacas están arriba en esta época, pero bajan cuando aprieta.

Vega asintió. A la puerta del establo, un hombre de sesenta y tantos años estaba sentado en un taburete reparando algo que parecía un arnés de cuero. Era ancho, de manos enormes, con una cara que parecía tallada en la misma piedra que las casas: todo ángulos y surcos, sin suavidad. Levantó la vista al ver pasar a Vega. Le hizo un gesto con la barbilla —arriba, seco, el saludo mínimo de quien no gasta palabras en extraños— y volvió al arnés.

—No es muy hablador —dijo Herbal, como si disculpara a un perro que no hace gracias—. Pero si necesitas algo de la casa, un enchufe, una cerradura, lo que sea, Suso te lo arregla en media hora. Las manos más listas de toda la sierra.

A través de la ventana de la planta baja, Vega vio a una mujer sentada en una mecedora, de espaldas a la calle, mirando hacia algo que no podía ser otra cosa que la pared de enfrente. No se movía. Tenía el pelo blanco recogido en un moño bajo y los hombros caídos de alguien que lleva mucho tiempo sentada.

—¿Esa es Amalia?

—Esa es Amalia. —Herbal bajó un poco la voz, no por respeto exactamente sino por costumbre—. Lleva unos años así. No le busques conversación porque no la vas a encontrar.

—¿Qué tiene?

Herbal se encogió de hombros con ese gesto rural que puede significar desde «no lo sé» hasta «no quiero decirlo».

—Años. Tiene años.

Flor las encontró a la altura de la capilla, como si las hubiera estado esperando detrás de la puerta. Era una mujer menuda, enjuta, con los ojos claros y la sonrisa permanente de alguien que ha decidido que el mundo es bueno y se aferra a esa decisión con uñas y dientes. Llevaba una bata de casa con flores estampadas debajo de un chaleco de lana, zapatillas de andar por casa y un escapulario de tela marrón sobre el pecho que parecía más viejo que ella.

—Ay, neniña, pero qué guapa eres. Si eres clavada a tu madre de joven.

Vega recibió el abrazo —fuerte, breve, con olor a jabón Lagarto y a incienso rancio— y un segundo escapulario que Flor le colgó del cuello antes de que pudiera protestar.

—Esto es de la Virgen del Carmen, que protege a los que viajan. Tú te lo pones y no te lo quitas hasta que vuelvas a tu casa.

—No soy muy de… —empezó Vega.

—No hace falta que seas de nada. La Virgen es de todas. —Flor le ajustó el cordón con dedos sorprendentemente firmes para su tamaño—. ¿Has probado el guiso? Lo hice yo. Jabalí del monte, con patata, laurel y un chorrito de vino del de Herbal. ¿Qué tal estaba?

—Muy bueno.

—Claro que estaba bueno. —Lo dijo sin vanidad, como quien constata un hecho meteorológico—. Aquí la comida sale buena. La

tierra es así.

Flor le enseñó la capilla: una habitación de piedra con un altar de madera, un cristo de yeso con la pintura descascarillada y un olor cerrado a cera derretida y a flores secas. Detrás del altar, en la pared del fondo, Vega vio una lista de nombres escritos en una placa de metal. Eran una docena, con fechas al lado, pero la luz era mala y Flor la sacó de la capilla antes de que pudiera leer ninguno.

—Ya tendrás tiempo de curiosear. Ven, que te presento a Rosalía, que vive ahí arriba y baja poco.

Vega se dejó arrastrar. El escapulario le pesaba en el cuello con una insistencia que no correspondía a su tamaño.

Rosalía vivía en la casa más alta de la aldea, casi donde empezaba el monte, en una construcción de piedra seca con una puerta tan baja que Vega tuvo que agacharse para entrar. La mujer estaba sentada a una mesa de cocina pelando patatas con un cuchillo que parecía haber sobrevivido a dos guerras. Tendría setenta y cinco, quizás más, con el pelo gris cortado a trasquilones y las manos más secas que Vega había visto nunca: manos de corteza, sin crema, sin anillos, con los nudillos abiertos por grietas que parecían mapas.

—La hija de Carmela —dijo Rosalía sin levantar la vista de la patata.

—Vega.

—Sé cómo te llamas.

Siguió pelando. La conversación había terminado. Flor puso cara de «así es ella» y tiró de Vega hacia fuera, y mientras bajaban por el camino le explicó en voz baja que Rosalía era la más vieja de la aldea, que llevaba ahí toda la vida, que sabía cosas del monte que nadie más sabía y que había que tenerle un respeto porque sin Rosalía «esto no funciona igual.»

—¿Qué quieres decir con que no funciona igual?

—Pues eso, hija. Que Rosalía entiende la tierra. —Flor barría la pregunta con la mano, como una miga de pan—. Es como el mecánico del pueblo pero con los huertos.

Recorrieron las huertas del pueblo y Vega fue tomando nota mental de lo que veía, con el mismo sistema de fichas que usaba

para las primeras sesiones con pacientes nuevos: observar antes de preguntar, anotar antes de interpretar.

Todos los huertos estaban igual de exuberantes. No uno o dos —todos. El de Suso tenía patatas, zanahorias y una mata de judías verdes que en febrero no tenía ningún derecho a estar viva, mucho menos produciendo vainas. El de Flor, que lindaba con la capilla, estaba lleno de berzas y acelgas y un tipo de col rizada que Vega no había visto nunca, de un morado denso y brillante como un hematoma joven. El huerto comunitario, detrás de la escuela abandonada donde Herbal había dado clase, era el más grande de todos: hileras y más hileras de hortalizas organizadas con una precisión casi industrial, sin una mala hierba, sin un hueco, como si la tierra se negara a dejar nada vacío.

Y los frutos. Esos frutos.

Estaban en todas partes. En las grietas de los muros, en las fisuras entre las piedras del camino, en los bordes de las parcelas donde la tierra se abría en esas bocas pequeñas que parecían heridas cicatrizando al revés. Algunos eran del tamaño de un huevo. Otros habían crecido hasta el de una naranja. Todos tenían la misma textura carnosa, translúcida, con venas visibles y una humedad superficial que los hacía brillar.

Herbal los ignoraba como quien ignora los charcos después de llover.

—¿Qué son? —preguntó Vega, señalando uno que crecía en la base del muro del huerto comunitario.

Herbal se detuvo. La miró. Vega tuvo la sensación de que elegía las palabras con el mismo cuidado con que un cirujano elige por dónde cortar.

—Crecen con la niebla. Siempre han crecido aquí. Son del monte.

—Eso no me dice qué son.

—Te dice lo que necesitas saber por ahora. —Herbal sonrió. No era una sonrisa de superioridad ni de evasión; era la sonrisa de un maestro que sabe que la respuesta completa haría más daño que el misterio—. La tierra aquí es generosa, Vega. Siempre lo fue. Lo de los huertos, lo de los frutos, lo de que aquí las cosas crezcan cuando

en el resto de la sierra están muriéndose de frío… es la tierra. Hay sitios así. Poco frecuentes, pero los hay.
—Soy científica, Herbal. «La tierra es generosa» no es una explicación.
—No. —Herbal dejó de sonreír—. Es una forma de vivir con ella.

Le enseñó las despensas. Fue lo que terminó de convencer a Vega de que algo no cuadraba.

Once personas. Once ancianos en una aldea sin carretera asfaltada, sin tienda, sin bar, a cuarenta minutos en coche del pueblo más cercano con farmacia. Y las despensas estaban llenas. No llenas como las de una familia previsora: llenas como las de un restaurante rural a punto de abrir la temporada. Conservas de verduras en tarros de cristal, hileras de embutidos colgados del techo, quesos curados envueltos en paño, miel oscura en frascos sin etiqueta, sacos de harina, legumbres secas, botes de mermelada, riestras de ajos, manojos de hierbas colgadas a secar. Y botellas del licor ámbar —docenas de botellas, todas iguales, todas sin marca, alineadas en estantes de madera como soldados.»
—Aquí nadie pasa hambre —dijo Herbal, y lo dijo con un orgullo que sonaba a desafío—. Ni frío. Ni necesidad de nada de fuera.
—¿Desde cuándo?
—Desde siempre. Desde que yo recuerde.

Vega pensó en las aldeas que había visto al subir por la pista: casas derruidas, tejados hundidos, hórreos abandonados con la hierba creciéndoles entre las patas. La España vaciada en su versión más literal: vaciada de gente, de futuro, de sentido. Y aquí, a tres kilómetros de esa misma muerte lenta, once ancianos vivían como si el siglo XXI no hubiera llegado porque no lo necesitaban.
—Es impresionante —dijo Vega, y lo decía en serio.
—Es lo que hay. —Herbal le puso la mano en el hombro, un gesto que podía ser paternal o posesivo dependiendo de cómo lo leyeras —. Quédate unos días. Come. Duerme. Deja que la aldea te enseñe cómo funciona. Y después decides lo de la casa.

Lo vio al volver hacia la casa de Carmela.

Estaba sentado en el escalón de una puerta baja, en una casa que era la más descuidada de todas: la cal desconchada hasta la

piedra, el tejado parcheado con uralita, una ventana tapiada con tablones. Tenía un vaso en la mano —no de vino: algo transparente que Vega identificó como orujo o aguardiente— y un cigarrillo en la otra que se consumía sin que le diera caladas. Cuarenta y tantos años, la edad más joven que Vega había visto en la aldea. Delgado, con una barba de días que parecía de semanas, los ojos hundidos en unas ojeras que tenían la pátina violeta de quien duerme mal por sistema, y una forma de sentarse que Vega reconoció inmediatamente porque la veía en su consulta: la laxitud de alguien que no tiene ningún sitio al que ir ni motivo para levantarse.

Herbal pasó de largo. Ni lo saludó ni desvió la mirada: simplemente siguió caminando como si el hombre no existiera.

Vega no pasó de largo.

—Hola.

El hombre la miró desde abajo. Tenía los ojos de un marrón claro que el alcohol había vuelto acuoso, y una forma de mirar que no era hostil sino algo peor: era evaluativa. La estaba midiendo.

—Tú eres la de Carmela.

—Vega.

—Bieito.

Silencio. El cigarrillo se consumía. A lo lejos, los cencerros de las vacas de Suso hacían un ruido metálico e irregular, como un reloj que funcionara a destiempo.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —preguntó Bieito.

—Una semana. Para vaciar la casa y hablar con el notario.

Bieito dio un trago. Hizo una mueca que podía ser por el sabor del aguardiente o por lo que iba a decir.

—No te va a hacer falta una semana para vaciar esa casa. Tres días y te sobra. —Otra calada que no fue calada: el cigarrillo ardiendo solo entre los dedos—. Mi consejo es que acabes rápido.

—¿Por qué?

—Porque aquí la gente que viene se queda. —Lo dijo mirando al monte, no a Vega, como si fuera una observación meteorológica—. No les pasa nada malo, ¿eh? Simplemente se quedan. Como las berzas.

Herbal, que se había detenido unos metros más adelante y fingía mirar algo en la pared de una casa, se dio la vuelta.

—Bieito, deja que la chica se instale antes de asustarla.

—No la estoy asustando. Le estoy diciendo lo que hay.

—Lo que hay es que llevas tres vasos antes de mediodía. Vete a dormir la mona.

Bieito se rio. Una risa corta, sin gracia, que salió por la nariz.

—Ya ves. El maestro sigue mandando aunque ya no quede escuela.

Se levantó del escalón, vació el vaso de un trago, entró en la casa y cerró la puerta. El cigarrillo se quedó ardiendo en el escalón, consumiéndose solo en el aire húmedo.

Vega comió sola en la cocina de Carmela. Calentó el guiso de Flor y se lo comió con pan y un vaso de agua del grifo que sabía a hierro y a profundidad, como si viniera de un pozo que bajara más de lo normal. Mientras comía, hizo inventario mental.

Once vecinos. Los que había visto: Herbal, Suso, Amalia, Flor, Rosalía, Bieito. Faltaban cinco que Herbal había mencionado de pasada al recorrer la aldea —nombres que Vega no retuvo porque no había puesto caras: un matrimonio mayor que vivía al final del pueblo, dos hermanos que compartían una casa junto al arroyo, una mujer que «baja poco» y de la que Herbal no dio más datos.

Ninguno había mencionado a Carmela.

Herbal había dicho «conocí a tu madre toda la vida» la primera noche, pero eso fue todo. Ni un recuerdo, ni una anécdota, ni un «tu madre era así» o un «tu madre hacía esto.» Flor le había dicho que era clavada a Carmela de joven, pero no había añadido nada más. Suso ni la había mirado. Rosalía había dicho «la hija de Carmela» como quien dice «el lunes de la semana pasada»: un dato, no un vínculo.

En cualquier pueblo normal, cuando el hijo de alguien que acaba de morir vuelve al sitio donde creció, la gente dice cosas. Cuenta historias. Comparte recuerdos. Ofrece condolencias, aunque sean de oficio. Dice «tu madre era buena gente» aunque no fuera verdad, porque es lo que se hace.

Aquí, nada. Un silencio compacto alrededor del nombre de Carmela, como si se hubieran puesto de acuerdo para no tocarlo.

Vega lavó el plato, lo dejó en el escurridor y se sentó con el cuaderno de tapas negras.

Escribió:

«Segundo día. Anomalías registradas: (1) Prosperidad agrícola imposible para la altitud, la estación y el aislamiento. Huertos fértiles en pleno febrero, variedades de ciclo estival creciendo a 900 m, sin invernadero ni sistema de riego visible. (2) Presencia de organismos no identificados en fisuras del suelo. Aspecto: bulbos carnosos, translúcidos, con vascularización visible, temperatura corporal al tacto (~36°C), posible actividad pulsátil. Necesario: identificación botánica o micológica. (3) Temperatura anómala del suelo en huerto trasero y cocina, consistente con fuente de calor subterránea. (4) Ausencia total de mención a Carmela por parte de los vecinos. Comportamiento coordinado o espontáneo: por determinar. (5) Vecino Bieito: posible trastorno por consumo de alcohol, hostilidad pasiva hacia la comunidad, comentarios ambiguos sobre la permanencia en la aldea. Evaluar en contexto.»

Cerró el cuaderno. Se tocó la nuca.

En el huerto, algo había cambiado desde la mañana. Los frutos de las bocas habían crecido. El que Vega había fotografiado junto al muro —del tamaño de un puño a las ocho de la mañana— era ahora como un pomelo. La piel translúcida se había estirado y las venas de debajo eran más visibles, más oscuras, como ríos en un mapa que se agranda.

Vega lo miró desde la puerta de la cocina con el café frío en la mano.

Nadie cosechaba los frutos del huerto de Carmela. Los otros vecinos habían recogido los suyos a primera hora —Vega había visto a Flor con un cesto, a Suso arrancando algo de una grieta del muro con gesto cotidiano—, pero nadie había entrado en este huerto. Como si no fuera suyo. Como si esperaran a que alguien lo reclamara.

Pasó la tarde sacando cosas de los armarios de Carmela. No había mucho: la casa estaba casi vacía de efectos personales, como si Carmela se hubiera llevado todo lo que importaba al irse treinta años atrás o como si alguien hubiera limpiado después. Los armarios

tenían ropa que ya no era de nadie: un abrigo de paño, un par de zapatos de tacón bajo con la suela despegada, tres vestidos de verano que olían a naftalina y a clausura. En un cajón del aparador encontró un juego de cubiertos de plata ennegrecida, un misal con las tapas rotas y una foto en blanco y negro de una mujer joven con un bebé en brazos, delante de esta misma casa, con los mismos montes detrás.

Carmela. Carmela con Vega en brazos, probablemente. La mujer de la foto sonreía. Vega miró la sonrisa durante un rato largo, buscando algo que reconociera, y no encontró nada. Era la cara de una desconocida que se parecía a alguien que había conocido de vieja, en una residencia, con los ojos vacíos y la boca que se movía sin sonido.

Dejó la foto boca abajo en el cajón y cerró el aparador.

A las nueve llamó a Olivia.

—Mamá. Mamá, pregunta importante.

—Dime.

—¿Las arañas pueden nadar?

—…¿Qué?

—Que si las arañas pueden nadar. Es que Bruno dice que sí y Lúa dice que no y yo digo que depende de la araña y la profe dice que busquemos en casa pero papá no sabe y tú sabes de todo.

—No sé de todo.

—Sabes de lo importante. ¿Pueden o no?

Vega se sentó en el escalón de la puerta de la casa, con la niebla a dos metros y el monte detrás como una pared negra, y buscó en su memoria algo sobre arañas y agua mientras su hija respiraba con la urgencia de alguien para quien esa pregunta era el centro del universo.

—Algunas sí. Hay una especie que vive debajo del agua, creo. Se lleva una burbuja de aire abajo, como un casco de buzo.

—¡LO SABÍA! ¡Toma, Bruno! —pausa—. Espera, ¿de verdad o me lo estás inventando?

—De verdad. Se llama araña de agua. Argyroneta, creo.

—A-R-G-I…

—Con Y griega.

—A-R-G-Y… vale, ya lo busco. Mamá, eres la mejor. ¿Cómo está el pueblo?
—Raro.
—¿Raro bien o raro mal?
Vega dudó un segundo de más.
—Raro bonito. Hay mucha niebla y unos huertos enormes.
—¿Hay animales?
—Vacas. Y creo que he oído un búho antes.
—Mola. ¿Puedo ir algún día?
La pregunta le cayó a Vega como una piedra en el estómago sin que supiera por qué. No había ninguna razón para que la idea de traer a Olivia a esta aldea le produjera esa contracción súbita, ese no que le subió a la garganta antes de que pudiera razonarlo.
—Ya veremos, bichito. Esto es más de mayores.
—Todo lo bueno es de mayores.
—Eso no es verdad. La tarta de chocolate no es de mayores.
—La tarta de chocolate es de todos. Es un derecho universal.
Vega se rio. La risa le salió sin permiso, como un eructo o un sollozo, de esas cosas del cuerpo que pasan antes de que el cerebro pueda opinar.
—Te quiero, bichito. Duérmete ya.
—Te quiero, mamá. ¿Estás bien?
—Estoy bien.
—¿De verdad?
—De verdad. Anda, a la cama.
—Vale. Pero mañana me cuentas más cosas del pueblo raro.
Colgó.
Vega se quedó en el escalón con el teléfono caliente en la mano, mirando la niebla, y pensó que Olivia le había preguntado si estaba bien y que ella había dicho que sí y que no estaba segura de que fuese verdad ni de que fuese mentira. Estaba en un estado intermedio, un limbo de sensaciones que no encajaban en las casillas de su cuaderno clínico: dormía bien pero algo la inquietaba; se sentía acogida pero nadie hablaba de su madre; el sitio era hermoso pero los frutos del muro le ponían la piel de gallina; quería irse pero no tenía ninguna prisa.

Entró en la casa. Cerró la puerta. Se descalzó en la cocina.
El suelo estaba caliente.
Más que ayer.

3

El fruto

La niebla bajó durante la noche.

No como baja normalmente la niebla en la montaña —ese descenso lento, perezoso, de masa de aire que se enfría y se deposita en los valles como leche en un cuenco—. Esta bajó de golpe, como si alguien hubiera abierto una compuerta arriba del monte. Vega se despertó a las seis y media y la ventana del dormitorio era un rectángulo blanco. No gris: blanco. Una blancura espesa, opaca, que tragaba la luz de la mañana y la devolvía convertida en algo que no era exactamente claridad ni oscuridad sino una especie de limbo luminoso donde las distancias dejaban de funcionar.

Se vistió y bajó a la cocina. El olor dulce era más fuerte que los días anteriores, tan presente que casi tenía textura: una capa de algo cálido y orgánico que se pegaba al paladar y a las fosas nasales y que recordaba a mermelada hirviendo en un cazo, a la parte de abajo del compost cuando se remueve en verano, a algo fermentado y vivo que no era desagradable pero tampoco era del todo limpio.

Abrió la puerta trasera.

El huerto había cambiado.

No de forma sutil, no como cambian las cosas cuando creces y vuelves y todo parece más pequeño. Había cambiado de la noche a la mañana, con una velocidad que no pertenecía al reino vegetal ni a ningún otro reino que Vega conociera. Las lechugas eran más grandes. Las berzas habían ganado dos palmos. Los tomates del rincón sur tenían frutos nuevos, verdes, que la tarde anterior no estaban. Y las bocas —las grietas del suelo y del muro por donde

crecían los frutos carnosos— se habían abierto más, como si la tierra hubiera bostezado durante la noche, y de cada una asomaba algo.

Los frutos habían madurado.

El que Vega había fotografiado el día anterior, el del muro, era ahora del tamaño de un melón pequeño. La piel translúcida se había vuelto más fina, más tirante, y debajo se veía una pulpa rosada con vetas oscuras que pulsaban —despacio, rítmicamente, con una cadencia que Vega tardó tres segundos en identificar como parecida a la de un corazón humano en reposo—. La superficie estaba cubierta de una película de líquido claro que brillaba con la poca luz que atravesaba la niebla, y de la base, donde el fruto se unía a la grieta de la roca, salía un calor que Vega notó en la cara al agacharse, como el vaho de una olla.

Había más. Muchos más. En cada grieta, en cada fisura, en cada boca del muro y del suelo, un fruto nuevo había crecido durante la noche. Algunos pequeños, del tamaño de una ciruela, todavía verdosos. Otros ya maduros, grandes, pesados, inclinándose hacia fuera como si la tierra los empujara y ellos resistieran lo justo antes de caer.

Vega se incorporó y miró hacia la aldea.

La niebla cubría todo, pero a través de ella llegaban sonidos: pasos sobre piedra mojada, el chirrido de una cancela, algo metálico que podía ser un cubo o una olla. Los vecinos estaban fuera. Cosechando.

Los encontró en el huerto comunitario.

Herbal estaba de rodillas junto al muro norte, arrancando frutos de las bocas con las dos manos y depositándolos en un cesto de mimbre con el cuidado de quien manipula huevos. Flor hacía lo mismo en la otra esquina, más rápida, con un cuchillo corto que usaba para cortar los frutos del punto donde se unían a la grieta —un tallo fibroso, duro, que crujía al partirse húmedo—. Suso estaba en su huerto, al otro lado del camino, y lo único que se veía de él a través de la niebla era el movimiento de los brazos subiendo y bajando, recogiendo, llenando.

Nadie hablaba. Trabajaban en un silencio coordinado que no necesitaba palabras, como gente que lleva años haciendo lo mismo

cada vez que baja la niebla.

Herbal la vio antes de que ella dijera nada.

—Buenos días. Cosecha de niebla. —Se levantó con un esfuerzo que le costó una mueca y le enseñó el cesto. Había siete u ocho frutos dentro, amontonados, y de cerca Vega pudo ver que no eran todos iguales: variaban en tamaño, en color, en la densidad de las venas bajo la piel. Algunos eran casi transparentes. Otros tenían una opacidad lechosa que les daba un aspecto de órgano preservado en formol—. Crecen con la niebla. Siempre ha sido así. Cuando la niebla baja, las bocas dan.

—¿Dan?

—Dan. Producen. Como una vaca da leche o un manzano da manzanas. —Herbal cogió uno del cesto, del tamaño de una pera, con la piel fina y la pulpa rosada visible debajo, y se lo tendió a Vega —. Prueba.

Vega miró el fruto. Estaba caliente en la mano de Herbal. Pulsaba.

—No sé qué es.

—Nadie sabe qué es. Lleva aquí más tiempo que nosotros. Más tiempo que esta aldea, que los castaños, que el camino. —Herbal le acercó el fruto con la paciencia de un abuelo que ofrece una cucharada de sopa—. No muerde.

Flor se acercó, secándose las manos en la bata. Tenía barro en las rodillas y una expresión de satisfacción que Vega asoció mentalmente con la de las mujeres que salen de misa después de comulgar: cumplimiento tranquilo, deber sagrado completado.

—Cómelo, hija. Te va a sentar bien. La primera vez siempre sienta bien.

Vega cogió el fruto.

Pesaba más de lo que esperaba. Como si la densidad de lo que había dentro fuera mayor que la de cualquier fruta que hubiera sostenido nunca. La piel era lisa, tibia, con la textura de un labio — eso fue lo que pensó Vega, y el pensamiento le produjo una incomodidad que no supo clasificar—. Olía al olor dulce que llevaba dos días persiguiéndola por la aldea, pero concentrado, como si el fruto fuera la fuente de todo lo que había olido desde que llegó.

Lo mordió.

La piel se rompió con facilidad, sin resistencia, como morder una uva madura, y la pulpa de dentro era blanda y caliente y soltó un jugo que le llenó la boca antes de que pudiera prepararse para el sabor. Y el sabor fue—

Vega dejó de masticar.

Caldo. Sabía a caldo. Al caldo de Carmela. No a un caldo genérico, no a caldo de pollo o de verduras o de cocido: al caldo exacto, preciso, irrepetible que Carmela hacía los domingos en la cocina de Santiago cuando Vega tenía once o doce años, con la patata deshecha hasta desaparecer en el líquido, con el laurel de más que le daba un amargor verde al fondo, con la punta de pimentón que Carmela echaba al final, fuera de receta, porque decía que el caldo sin color no era caldo. Era ese caldo. Con la temperatura exacta, con el espesor exacto, con el regusto exacto que Vega sentía en el paladar treinta segundos después del primer trago, ese fondo mineral y cálido que sabía a domingo y a casa y a una mujer que todavía recordaba quién era su hija.

Vega se quedó inmóvil con el fruto en la mano y la boca llena de un sabor que no debería existir. Un sabor que pertenecía a una cocina concreta, a un domingo concreto, a una madre concreta que llevaba tres semanas muerta y tres años sin recordar cómo se hacía un caldo ni cómo se llamaba la niña que se lo comía sentada en un taburete alto porque no llegaba a la mesa.

Tragó.

El sabor bajó por la garganta con un calor que no era temperatura sino otra cosa, algo que se expandía por el pecho como un líquido derramándose dentro de una cavidad vacía, llenando un espacio que Vega no sabía que tenía vacío hasta que algo lo llenó. Era como tragar una palabra que llevas años queriendo decir. Era como el primer segundo de un abrazo después de un viaje muy largo.

Le picaron los ojos.

No. No le picaron los ojos. Eso sería la versión del cuaderno clínico, la versión limpia y documentable. Lo que pasó fue que algo se rompió. Algo que llevaba tres semanas —tres semanas, tres años,

treinta años— sosteniéndose con cinta adhesiva y voluntad profesional cedió de golpe, como un dique que se viene abajo no por la fuerza del agua sino porque el material del que está hecho se ha cansado de ser dique, y Vega lloró.

No lloró como se llora en una consulta, con los ojos cerrados y los hombros rectos y un pañuelo preparado en la mano. Lloró feo, con la cara abierta, con un sonido que le salió del fondo de la garganta y que no se parecía en nada a su voz, un sollozo animal y corto que se repitió tres veces antes de que pudiera coger aire. Se tapó la boca con la mano que no sujetaba el fruto y se dobló por la cintura y lloró como no había llorado al recibir la llamada de la residencia, ni al vaciar el armario de Carmela, ni al firmar los papeles del entierro, ni en ningún momento de los últimos tres años en los que su madre fue dejando de ser su madre recuerdo a recuerdo hasta convertirse en una mujer que miraba por la ventana y no reconocía el mundo.

Herbal no se movió. Flor le puso la mano en la espalda, ligera, sin presión, y esperó.

Vega lloró durante lo que le parecieron cinco minutos y probablemente fueron dos. Cuando paró no fue porque se sintiera mejor ni porque hubiera terminado; fue porque el cuerpo se quedó sin combustible, como un coche que frena no por voluntad del conductor sino porque se acaba la gasolina.

Se irguió. Se limpió la cara con el dorso de la mano. Le temblaba la mandíbula.

—Joder —dijo.

Herbal asintió, como si «joder» fuera exactamente la respuesta que esperaba.

—La primera vez siempre es así —dijo—. El fruto sabe a lo que más necesitas. A lo que llevas tiempo echando de menos sin saber que lo echabas de menos. —Se sentó en el muro del huerto con esa lentitud suya que era mitad artritis y mitad ceremonia—. A mí me sabe a las rosquillas que hacía mi madre por Todos los Santos, con anís y corteza de limón. Cada vez. Desde hace cincuenta años. Siempre a eso.

Flor sonrió.

—A mí me sabe a la tarta de manzana de mi abuela. Con la masa fina, ¿sabes?, crujiente, y la manzana casi quemada por arriba.

Vega miró el fruto a medio comer en su mano. El jugo le resbalaba entre los dedos, tibio, claro, con un olor que ahora reconocía perfectamente porque era el olor del caldo de Carmela, el vapor que salía de la olla cuando levantabas la tapa, esa nube caliente que te golpeaba la cara y te hacía cerrar los ojos.

—Eso no es posible —dijo, y su propia voz le sonó hueca, como una objeción de oficio que no convence ni a quien la hace.

—No —dijo Herbal—. No lo es.

Se sentó en el muro junto a Herbal y se terminó el fruto.

No porque quisiera —o no solo porque quisiera—. Se lo terminó porque tirarlo habría sido como tirar un plato de caldo que alguien hubiera cocinado para ella, como rechazar un regalo que no se puede repetir. Cada bocado era el mismo sabor: caldo de Carmela, constante, nítido, sin variaciones, como si el fruto contuviera un recuerdo embotellado que se liberaba al masticar.

Cuando lo terminó tenía las manos pegajosas del jugo y una sensación en el estómago que no era plenitud exactamente sino otra cosa: una tibieza que se extendía desde el centro del cuerpo hacia los brazos, las piernas, la cabeza, como si hubiera bebido algo caliente después de mucho frío. El dolor de cabeza que arrastraba desde la muerte de Carmela —un dolor sordo, constante, que vivía detrás de los ojos y que ella atribuía a la tensión cervical del duelo— aflojó. No desapareció: aflojó. Se aflojó un punto, un cuarto de vuelta, lo justo para respirar.

—¿Mejor? —preguntó Herbal.

Vega asintió sin hablar porque no confiaba en lo que pudiera salir de su boca.

—El monte sabe lo que necesitas —dijo Herbal—. No sé cómo ni me importa mucho. Pero lo sabe.

Vega se limpió las manos en el pantalón y se quedó mirando la niebla. Desde donde estaban sentados no se veía el monte ni el bosque ni nada que no fuera blancura en todas direcciones, y dentro de esa blancura los sonidos de la aldea seguían su rutina: un golpe metálico, pasos, el mugido lejano de una vaca de Suso. Como si el

mundo hubiera encogido hasta tener el tamaño de once casas y un huerto y nada más.

Pasó el resto de la mañana sin hacer nada útil.

No vació armarios, no revisó papeles, no llamó al notario. Se sentó en la cocina de Carmela con un vaso de agua y miró por la ventana cómo la niebla se adelgazaba y se espesaba por turnos —adelgazándose, espesándose— y se dio cuenta de que estaba esperando algo sin saber qué. La tibieza del fruto seguía dentro de ella, repartida por el cuerpo como una manta interna. No recordaba la última vez que había pasado una mañana entera sin hacer nada. En Santiago su agenda era un muro de compromisos: pacientes a las nueve, informes a las dos, supervisión de casos los viernes, Olivia al cole, Olivia del cole, la compra, la cena, el cuaderno clínico a medianoche. Aquí no había nada que hacer excepto estar.

La ausencia de obligación debería haberla puesto nerviosa. No la puso.

A mediodía Flor le trajo un plato de lentejas con chorizo y un trozo de pan de hogaza que pesaba lo suyo.

—Tienes que comer, nena. Que llorar gasta mucho.

—Estoy bien, Flor. De verdad.

—Claro que estás bien. Pero come.

Las lentejas estaban buenas, con ese punto espeso de lentejas cocinadas despacio y un chorizo que no era de supermercado sino de matanza, con mucho pimentón y poca grasa, que teñía el caldo de rojo. El pan tenía corteza gruesa y una miga densa que absorbía la salsa con una avidez que parecía hambre propia. Vega se lo comió todo y después mojó el último trozo de pan en el fondo del plato y se lo comió también y se dio cuenta de que era la primera vez en semanas que terminaba un plato sin esfuerzo.

Flor recogió los platos con la satisfacción de una mujer que considera la comida terminada que consideraba un triunfo.

—¿Ves? La tierra cuida. —Se paró en la puerta—. Oye, Vega, una cosa. El huerto de tu madre necesita que alguien recoja los frutos. Si no se recogen se caen solos y se pudren, y eso no le hace bien a las bocas.

—¿A las bocas?

—A las grietas, mujer. Donde crecen. Si el fruto se pudre encima de la boca, la boca se cierra y no vuelve a dar. Es como una herida que necesita aire.

Vega procesó la metáfora —o la descripción literal, no estaba segura de cuál de las dos era— y asintió.

—Los recogeré.

—Bien hecho. Y no los tires: se comen, se destilan, se conservan. Aquí no se desperdicia nada de lo que da el monte.

Salió al huerto a las tres de la tarde con un cubo de plástico que encontró en el cobertizo.

La niebla se había levantado un poco —se veían los tejados de las casas vecinas, los muros de las huertas, el perfil borroso de los castaños al borde del monte— y los frutos estaban en su punto, según la terminología que Vega empezaba a adoptar sin darse cuenta: maduros, grandes, con la piel tirante y la pulpa visible, soltando calor y ese olor dulce que a estas alturas ya le parecía normal, como el olor a café en una cafetería o a desinfectante en un hospital.

Se arrodilló junto a la primera boca. Era una grieta en el suelo, al pie del muro sur, de unos veinte centímetros de ancho. De dentro crecía un fruto del tamaño de una naranja. Vega lo cogió con las dos manos y tiró, y el tallo fibroso que lo unía a la grieta opuso resistencia durante un segundo antes de romperse con un chasquido húmedo, como un tendón. El fruto se separó y quedó en sus manos, caliente, pesado, pulsando.

Miró dentro de la boca. Oscuridad. Un calor que subía del interior como el aliento de algo dormido. Y en las paredes de la grieta, apenas visible, una red de filamentos finos, blanquecinos, que se ramificaban hacia abajo como las raíces de un árbol vistas al revés.

Se echó hacia atrás. Dejó el fruto en el cubo. Fue a la siguiente boca.

Recogió catorce frutos en total. Tardó una hora. Al terminar tenía las manos cubiertas de jugo y de tierra y olía al olor dulce con una intensidad que sabía que no se iría con jabón. Los dejó en el cubo en la cocina y se lavó las manos y los brazos hasta los codos, dos

veces con jabón, una con estropajo, y el olor se quedó igualmente, metido en la piel como una tinta invisible.

Se sentó a la mesa. Miró los frutos en el cubo.

Cogió uno. Lo mordió.

Caldo de Carmela. El mismo. Exacto. Con el laurel de más y el pimentón y la patata disuelta y ese fondo que era y el calor bajó por la garganta y se instaló en el centro del pecho y Vega cerró los ojos y durante un segundo —uno solo, un instante que duró más que cualquier instante que recordara— sintió que su madre estaba ahí. No como recuerdo. Como presencia. Como si el sabor fuera un canal que conectara la boca de Vega con algún sitio donde Carmela todavía existía, donde todavía sabía hacer caldo, donde todavía sabía quién era la niña que se lo comía.

Abrió los ojos. La cocina estaba vacía.

Se comió tres frutos más antes de que oscureciera.

Llamó a Olivia a las nueve, como las otras noches. La señal era peor con la niebla —la voz de Olivia llegaba con un desfase mínimo, medio segundo, como si viniera de más lejos de lo que cuatrocientos kilómetros justificaban—, pero la llamada entró.

—Mamá, hoy la profe de mates me ha puesto un cero injusto.

—¿Injusto?

—Totalmente injusto. Ha dicho que dos por cuatro no son ocho coma cinco y yo le he dicho que depende del contexto y ella me ha dicho que en mates no hay contexto y yo le he dicho que en la vida todo tiene contexto y me ha puesto un cero por contestona.

—Olivia, dos por cuatro son ocho.

—Ya, pero yo le he puesto ocho coma cinco porque he sumado la buena intención.

Vega se rio. La risa le salió distinta a las de los días anteriores: más fácil, más blanda, como si los frutos hubieran aflojado algo en la musculatura de la mandíbula, en los tendones de la garganta, en el mecanismo que convierte un impulso del diafragma en sonido.

—Eso no es cómo funcionan las matemáticas, bichito.

—Ya, pero es cómo debería funcionar. Si las mates tuvieran en cuenta la actitud, yo sería la mejor.

—No lo dudo.

Silencio breve. Olivia cambiando de posición en la cama, el roce de las sábanas contra el micrófono.

—Mamá, suenas rara.

—¿Rara cómo?

—No sé. Rara… blanda. Como cuando te tomas una copa de vino en Navidad y te pones blandita.

Vega se miró las manos. Todavía olían al olor dulce a pesar de los tres lavados.

—Estoy cansada, bichito. Ha sido un día largo.

—¿Pero estás bien?

—Estoy bien. Mejor que ayer, creo.

—Bien. —Pausa—. Mamá, ¿has llorado?

La pregunta la cogió sin guardia.

—¿Por qué lo dices?

—Porque suenas como cuando lloras pero no quieres que yo sepa que has llorado. Suenas… vaciada. Como después de llorar mucho.

—Otro silencio, más largo—. ¿Estás triste por la abuela?

—Un poco.

—Vale. —Olivia lo dijo con la seriedad absoluta de los niños que aceptan una emoción sin intentar arreglarla—. Pues llora lo que necesites, mamá. Lúa dice que llorar limpia los ojos por dentro.

Vega apretó el teléfono. Tenía algo en la garganta que no era llanto ni era risa sino algo intermedio, un nudo que contenía las dos cosas a la vez.

—Lúa es muy lista.

—Lúa es mi mejor amiga y sabe de todo. Menos de mates. En mates es peor que yo.

—Buenas noches, bichito.

—Buenas noches, mamá. Llora un poco más si te hace falta. No pasa nada.

Colgó.

Vega dejó el teléfono en la mesa y se quedó sentada en la cocina de Carmela, con el cubo de frutos a los pies, y el olor dulce en la piel, y el sabor del caldo todavía en el paladar y pensó en que Olivia tenía razón: sonaba vaciada. Pero no vaciada como después de perder algo. Vaciada como después de soltar algo. Como si los

frutos le hubieran abierto una válvula que no sabía que tenía cerrada y por ahí hubiera salido una presión que llevaba acumulándose desde que Carmela dejó de reconocerla hace tres años, o desde que se fue de esta aldea hace treinta, o desde antes, desde un momento que no recordaba porque pertenecía al agujero de seis meses que tenía en la infancia y que ninguna técnica de su profesión le había ayudado a recuperar.

Se descalzó. El suelo de la cocina estaba caliente.

Cogió otro fruto del cubo. Lo mordió de pie, descalza sobre la pizarra tibia, con los ojos cerrados y el sabor del caldo de su madre llenándole la boca, y afuera la niebla se apretaba contra los cristales como algo que quisiera entrar, y debajo de la casa el pulso seguía, lento, rítmico, constante, como el corazón de algo muy grande que llevara mucho tiempo esperando.

4

El alivio

Al cuarto día, el dolor de cabeza desapareció.

No fue algo gradual. No se retiró como se retiran los dolores de cabeza normales, esa marea lenta que baja de intensidad a lo largo de una hora hasta convertirse en un recuerdo de sí misma. Desapareció. Vega se despertó y no estaba. El peso que llevaba semanas instalado detrás de los ojos, esa presión sorda que no era suficiente para tomar un ibuprofeno pero sí para no poder olvidar que la tenía, se había ido como se va la niebla de la aldea: de pronto, sin aviso, dejando un hueco limpio donde antes había ruido.

Se sentó en la cama y parpadeó. La habitación tenía esa luz lechosa de las mañanas de Ancares que convertía cada superficie en algo más suave de lo que era: las vigas del techo parecían de chocolate oscuro, las sábanas tenían un blanco que no era blanco sino crema, y la pizarra del suelo brillaba con una humedad que venía de dentro, no de fuera, como si la casa sudara ligeramente por la noche.

Se tocó la nuca. Nada. Se apretó los temporales con los pulgares, como hacía cada mañana desde hacía tres años, buscando la tensión que siempre estaba ahí, la cuerda tirante que unía la base del cráneo con los ojos. Nada. Se tocó la mandíbula: floja, relajada, sin la dureza que su dentista llamaba «bruxismo de duelo» con esa delicadeza profesional que Vega detestaba.

Había dormido ocho horas y veinte minutos. Lo sabía porque había mirado el móvil antes de dormirse —once y cuarto— y lo estaba mirando ahora —siete y treinta y cinco—. Ocho horas y veinte minutos de sueño continuo, sin despertares a las tres, sin la

lista, sin la rumiación, sin ese momento en que el cerebro se enciende y empieza a pasar facturas de cosas que ya no se pueden pagar.

En su cuaderno de tapas negras, si hubiera sido una paciente de sí misma, habría escrito: «Mejoría notable del patrón de sueño. Resolución completa de la cefalea tensional crónica. Reducción significativa de la tensión mandibular. Correlación temporal con cambio de entorno, reducción del estrés laboral, e ingesta de sustancia alimentaria de origen no identificado.»

Pero no escribió nada. Se vistió, bajó a la cocina y desayunó pan con mantequilla y un café soluble que seguía sabiendo a lo mismo pero que ya no le importaba, y después salió al huerto y cogió un fruto del muro y se lo comió de pie, con el frío de la mañana en la cara y el sabor de su madre en la boca, y el calor le bajó por el pecho alimentando algo distinto al estómago.

Fue Herbal quien le trajo el licor.

Apareció a media mañana con una botella del líquido ámbar bajo el brazo y dos vasos de chupito que sacó del bolsillo del pantalón de pana con naturalidad de prestidigitador. Se sentó a la mesa de la cocina de Carmela sin pedir permiso —con la naturalidad de alguien que se ha sentado en esa mesa cien veces, mil veces, con la dueña anterior— y sirvió dos dedos en cada vaso.

—Esto es de los frutos —dijo, empujando un vaso hacia Vega—. Se destila. Lleva su proceso, pero el resultado merece la pena.

El licor tenía un color de miel de castaño, denso, casi opaco en el fondo del vaso, y al moverlo dejaba una película oleosa en el cristal, como los orujos buenos, como los licores de monasterio que se venden en tiendas de carretera a doce euros la botella. Olía al olor dulce —el mismo de la niebla, de los frutos, de la tierra caliente— pero concentrado, destilado, limpio de la parte orgánica y terrosa. Olía a caramelo y a algo herbal que Vega no conseguía separar del olor general del monte.

Dio un trago.

No sabía a caldo. No sabía a ningún recuerdo concreto. Sabía a calor. Un calor espeso, lento, que no quemaba la garganta como el aguardiente de Bieito sino que la recorría con una suavidad que

parecía diseñada para no encontrar resistencia, como un líquido que conoce de antemano la forma exacta del tubo por el que va a pasar. Bajó al estómago y se quedó ahí, irradiando, y después se extendió: primero al pecho, después a los hombros, después a los brazos, a las manos, a los dedos. Una ola de calor que iba de centro a periferia y que no era embriaguez —Vega no sintió el mareo ni la ligereza del alcohol— sino algo más parecido a lo que sientes cuando entras en una bañera caliente después de un día de lluvia: la rendición del cuerpo, la desaparición instantánea de todas las tensiones que no sabías que tenías hasta que dejan de estar.

Se le aflojaron los hombros.

Llevaba tres años con los hombros subidos. No como metáfora: subidos de verdad, levantados dos centímetros por encima de donde deberían estar, por la tensión acumulada de las visitas a la residencia, de las conversaciones con neurólogos que no tenían explicación para lo de Carmela, de las noches mirando el techo de su piso en Santiago pensando que su madre se estaba muriendo por partes y que ella, que se había especializado en la memoria humana, no podía hacer absolutamente nada.

Y ahora los hombros bajaron.

Herbal la observaba con la paciencia de un pescador que ha echado la caña y no tiene prisa.

—¿Qué es esto? —preguntó Vega, y su voz sonó distinta, más grave, como si el licor hubiera destensado también las cuerdas vocales.

—Te he dicho. Es de los frutos. Se recogen, se machacan, se fermentan y se destilan. El proceso lleva unas tres semanas. —Herbal se bebió el suyo de un trago, sin ceremonia, como quien bebe agua—. Esto es lo que nos mantiene. No los frutos —esos alimentan—. Esto cura.

—¿Cura qué?

Herbal levantó la mano derecha. La abrió y la cerró delante de la cara de Vega. Los nudillos se movieron sin esfuerzo, los dedos se estiraron completamente, la garra artrítica que Vega había registrado el primer día se desplegó como una flor marchita a la que le hubieran dado agua.

—Tengo artritis reumatoide desde los cuarenta y cinco. El reumatólogo de Ponferrada me dio cortisona, metotrexato, antiinflamatorios que me destrozaban el estómago. Nada funcionaba más de unos meses. —Cerró la mano. La abrió otra vez—. Con esto llevo quince años sin un brote. Las manos me funcionan o no me funcionan dependiendo de si bebo o no bebo.
—Eso no tiene sentido médico.
—No. No lo tiene. Pero tiene las manos.

Se quedaron sentados un rato más. Herbal le contó —sin que ella preguntara, con esa habilidad del buen maestro para soltar la información en el momento en que el alumno está receptivo— los otros casos. Las cataratas de Flor: diagnosticadas, programadas para operar, y un día se levantó y veía. El médico de Vega de Espinareda le dijo que a veces pasa, que el cristalino se recoloca, que hay remisiones espontáneas. Flor sabe que no fue espontáneo. La cadera de Suso: fractura de cuello de fémur, operada con clavo y placa, cojera crónica. Lleva diez años caminando recto. El insomnio de Rosalía: treinta años sin dormir más de tres horas seguidas, y ahora duerme seis. El dolor de espalda de uno de los hermanos del arroyo, el temblor de manos del otro.
—No digo que sea milagroso —dijo Herbal, sirviéndose otro dedo de licor—. Digo que funciona. Lo otro ya es cosa de cada uno.

Vega sabía lo que tenía que hacer. Lo sabía con la parte de su cerebro que había completado un máster en neuropsicología clínica, dos años de residencia y siete de práctica privada. Tenía que coger uno de esos frutos, meterlo en un tupper, bajar a Ponferrada, buscar un laboratorio y analizar la composición química. Tenía que documentar las propiedades del licor, medir la concentración de compuestos activos, descartar alcaloides, identificar los mecanismos de acción. Tenía que hacer, en resumen, lo que cualquier científica haría frente a una sustancia desconocida con efectos biológicos aparentemente significativos.

Pero para hacer todo eso tenía que subirse al coche y conducir cuarenta minutos por la pista de barro hasta la carretera, y la pista estaba empapada por la niebla y el coche no había arrancado esta mañana —la batería, probablemente, o la humedad en algún

contacto—, y además Herbal le acababa de servir otro dedo de licor y el calor del primero no se había ido todavía y sus hombros estaban abajo y su cabeza no dolía y el suelo de la cocina estaba tibio bajo los pies descalzos.

Se bebió el segundo vaso.

—Mañana —se dijo—. Mañana intento arrancar el coche y bajo a buscar un laboratorio.

No lo dijo en voz alta. No hacía falta: Herbal ya había guardado la botella y se levantaba de la mesa, lento, apoyándose en las manos que le funcionaban, y al pasar junto a ella le dejó la botella en la encimera.

—Para esta noche. Una copa antes de dormir. Vas a ver qué sueño.

Se fue. La puerta se cerró con un clic suave y la cocina se quedó en silencio y Vega miró la botella en la encimera y la encimera era de madera vieja y la botella de cristal sin etiqueta tenía un aire de laboratorio clandestino o de herbolario medieval y la neuropsicóloga que había dentro de ella le dijo que aquello era una sustancia psicoactiva no regulada con efectos analgésicos y ansiolíticos de mecanismo desconocido y que ingerirla sin análisis previo era una irresponsabilidad clínica.

La hija que había dentro de ella le dijo que los hombros no le dolían por primera vez en tres años.

La botella se quedó en la encimera.

Por la tarde salió a caminar.

No al monte —no se atrevía todavía con los caminos de montaña que salían del pueblo hacia arriba, hacia esa masa de castaños y robles que se apretaba contra la aldea como una multitud de gigantes muy pacientes— sino por los senderos que unían las casas, los que rodeaban los huertos, los que bajaban al arroyo y subían hasta la casa de Rosalía. La niebla se había levantado a mediodía y el cielo seguía gris, bajo, pero dejaba ver, y lo que dejaba ver era un paisaje que Vega reconoció con una parte del cerebro que no usaba desde los nueve años.

Los Ancares en febrero deberían ser un sitio hostil. Un lugar de frío mineral, de montañas peladas por el invierno, de arroyos que bajan turbios y de viento que corta la cara. Y lo eran, a juzgar por lo

que Vega había visto al subir por la pista: las aldeas vecinas, las que se adivinaban en las laderas de enfrente, eran manchas grises en un paisaje marrón, sin vida visible, sin humo, sin movimiento. Casas abandonadas entre matorrales secos. La sierra como un hueso.

Pero Boca del Monte era otra cosa.

Los castaños que rodeaban la aldea no estaban pelados. Tenían hojas. No muchas, no las hojas densas del verano, pero sí un follaje verde oscuro que no correspondía a la estación y que daba al bosque un aspecto de otoño perpetuo, como si los árboles se hubieran negado a soltar la última tanda de hojas y estas se hubieran resignado a quedarse. El musgo de los muros era de un verde eléctrico, brillante. La hierba de los prados estaba corta, densa, sin el aspecto pajizo del invierno. Y los huertos, vistos desde arriba —desde el camino que subía a casa de Rosalía—, eran rectángulos de un verde tan intenso que parecían recortados de otro paisaje y pegados aquí por error.

Vega se paró a medio camino y miró hacia abajo.

Desde esa altura se veía toda la aldea: las casas distribuidas sin patrón, los huertos rodeándolas, los muros de piedra, la capilla con su espadaña, el arroyo que cruzaba el valle. Y se veía también lo que no se veía desde abajo: los huertos tenían bordes. No bordes de muro o de propiedad —los muros estaban ahí, sí— sino bordes de fertilidad. El verde intenso de cada huerto terminaba en una línea nítida, casi geométrica, y al otro lado de esa línea la tierra era normal: marrón, seca, de invierno. Como si alguien hubiera pintado cada parcela con un pincel y se hubiera detenido exactamente en el perímetro.

Vega sacó el móvil y le hizo una foto.

En la imagen no se veía igual. Los contrastes se suavizaban, la geometría se perdía, y lo que en persona era un patrón inquietante en la pantalla parecía simplemente un pueblo verde rodeado de montaña marrón. Normal. Explicable.

Guardó el móvil. Se quedó mirando un rato más, con las manos en los bolsillos y el frío en la cara y esa tibieza del licor todavía irradiando desde el centro del cuerpo, y pensó que era un sitio bonito. Que era un sitio donde se podía respirar. Que olía a leña y a

hierba y al olor dulce que ya no le parecía raro sino parte del paisaje, como el verde de los huertos y el gris de las piedras y el silencio activo de una aldea donde todo funciona y nadie sabe explicar por qué.

Bajó caminando despacio, sin ganas de llegar a ningún sitio.

En el camino se cruzó con Suso.

El ganadero venía del arroyo con un cubo de agua en cada mano y no aflojó el paso al verla. Vega se apartó para dejarle sitio —el sendero era estrecho, dos personas no cabían sin que una pisara el borde del huerto— y Suso pasó a su lado con un asentimiento mínimo de cabeza.

—Suso.

Se paró. La miró con la cara de quien espera que sea rápido.

—Me han dicho que tú puedes arreglar cosas en la casa. Hay un grifo que gotea en el baño de abajo.

—Mañana paso.

Siguió andando. Tres palabras. Conversación cerrada. Pero al pasar, Vega vio algo que la detuvo: Suso caminaba recto. Completamente recto, sin cojera, sin asimetría, cargando un cubo de agua en cada mano con un equilibrio perfecto. La cadera que se había roto hacía diez años y que según Herbal funcionaba gracias al licor no mostraba ni la más mínima señal de haber estado rota. Ni compensación postural, ni rigidez articular, ni esa micropausa casi invisible que los pacientes con prótesis de cadera hacen al cargar peso en la pierna operada.

Vega se quedó mirándolo mientras se alejaba camino abajo. Lo miró con los ojos de su profesión, con la mirada que usaba para evaluar el gait de pacientes con daño neurológico, y lo que vio fue un hombre de sesenta y ocho años que caminaba como uno de cuarenta.

Se tocó la nuca.

Después se tocó los hombros. Seguían abajo.

La tarde se le pasó sin que hiciera nada con ella.

Se sentó a la mesa de la cocina con la intención de hacer una lista de cosas que sacar de la casa, y en vez de eso se quedó mirando por la ventana cómo la luz se movía por el huerto. El cielo

gris cambiaba de tono a lo largo del día —de gris perla a las diez, a gris plomo a las dos, a gris azulado a las cinco— y esos cambios de luz hacían cosas en el huerto que Vega no había visto en ningún otro jardín: los colores de las verduras se encendían y se apagaban como si tuvieran interruptor, y los frutos de las bocas brillaban cuando la luz bajaba, con un resplandor tenue, rosado, como ascuas vistas desde lejos.

A las seis calentó el guiso de lentejas que sobraba de mediodía y se lo comió leyendo las primeras páginas de un libro que había encontrado en la estantería del salón: un manual de agricultura de montaña, editado en 1978, con diagramas de rotación de cultivos y tablas de siembra que no se correspondían con nada de lo que crecía en los huertos de fuera. El libro hablaba de centeno, avena, patatas y nabos. No hablaba de tomates en febrero ni de frutos que pulsaban.

Después fregó los platos, barrió la cocina, ordenó los trapos. Rutinas que en Santiago le parecían obligaciones fastidiosas y que aquí, en esta cocina de piedra y madera, con el calor de la caldera y el olor dulce flotando como una presencia constante, tenían algo de ritual. Cada gesto lento, cada objeto en su sitio, cada superficie limpia ofrendas domésticas a la casa que la estaba acogiendo.

Se dio cuenta de que llevaba cuatro días en la aldea y no había llamado al notario para lo de la venta.

Se dio cuenta de que no le importaba.

A las diez, después de hablar con Olivia —«Mamá, Bruno ha traído una araña muerta al cole y la profe ha gritado y Bruno se ha echado a llorar y ahora la profe se siente mal y Bruno también y la araña estaba muerta desde el principio así que era todo innecesario, ¿no?»—, se sirvió una copa del licor.

Un dedo. En uno de los vasos de cristal grueso del armario de Carmela, que tenían la base pesada y un borde grueso que se sentía sólido contra el labio. Se sentó en la silla de la cocina, descalza —siempre descalza ya, el suelo caliente se le había convertido en necesidad sin que lo decidiera—, y bebió despacio.

El calor bajó igual que por la mañana pero más lento, más hondo, como si el licor de noche encontrara menos resistencia, como

si el cuerpo ya supiera lo que venía y le abriera paso. Los hombros, que no habían subido en todo el día, se hundieron un milímetro más. La mandíbula se aflojó. Los ojos se le cerraron solos, no de golpe sino por grados, como persianas que bajan con un mecanismo hidráulico.

Subió al dormitorio con el vaso vacío en la mano y una pesadez agradable en las piernas que no era sueño todavía sino la antesala del sueño, esa zona de transición donde el cuerpo ya ha decidido que va a dormir y la cabeza todavía no se ha enterado. Se metió en la cama sin lavarse los dientes. El colchón la recibió como algo blando recibe algo que pesa: cediéndole sitio, adaptándose.

Antes de dormirse tuvo un pensamiento. No un pensamiento formulado con palabras sino una sensación con forma de idea, como esos sueños que contienen conceptos enteros comprimidos en una imagen: estaba cómoda. No bien, no contenta, no feliz —esas eran palabras demasiado grandes para lo que sentía—. Cómoda. Como si la cama fuera exactamente del tamaño de su cuerpo. Como si la casa fuera exactamente del tamaño de su necesidad. Como si la aldea entera estuviera calibrada para ella, para su dolor específico, para su hueco específico, del mismo modo que los frutos estaban calibrados para su sabor específico.

El pensamiento debería haberla alarmado.

Se durmió antes de que pudiera hacerlo.

Esa noche, por primera vez en cuatro días, no soñó con Carmela. No soñó con la residencia ni con la bata ni con la cara vacía que la miraba sin reconocerla. Soñó con algo que no recordaría al despertar pero que su cuerpo registraría como un descanso profundo, mineral, sin imágenes ni narrativa, como si durante ocho horas hubiera dejado de existir y hubiera sido solo peso sobre un colchón en una casa de piedra con un huerto debajo donde algo caliente latía con la paciencia de lo que sabe que tiene todo el tiempo del mundo.

En la encimera de la cocina, la botella de licor tenía un dedo menos que al mediodía.

En el huerto, los frutos de la noche anterior ya habían sido reemplazados por otros nuevos.

5

Las grietas

Lo de Herbal pasó el quinto día, a media mañana, mientras le contaba a Vega cómo había sido la escuela.

Estaban en la cocina de Carmela. Herbal tenía un café delante que no se estaba bebiendo y las manos puestas sobre la mesa, abiertas, descansando, y hablaba de los años en que la aldea todavía tenía niños —ocho, nueve, diez críos sentados en pupitres de madera que él mismo había lijado, con una pizarra que se sostenía con dos clavos y un mapa de España que tenía a Franco impreso en la esquina porque nadie se había molestado en cambiarlo— cuando se paró.

No se paró como se para alguien que pierde el hilo o que busca la palabra justa. Se paró de golpe, a mitad de frase, con la boca ligeramente abierta y la última sílaba colgando en el aire como una nota que nadie ha terminado de tocar. Los ojos se le quedaron fijos en un punto de la pared que no tenía nada —cal desconchada, una mancha de humedad con forma de nada— y los labios empezaron a moverse.

Sin sonido. Sin articulación reconocible. Los labios de Herbal se movían como los de alguien que reza en una iglesia vacía: el gesto completo de hablar sin la parte del hablar que produce palabras. Un movimiento rítmico, repetitivo, que no se parecía en nada a lo que estaba diciendo un segundo antes.

Vega dejó el café en la mesa.

Contó. Uno, dos, tres. El cuerpo recto, los hombros inmóviles, la respiración superficial pero regular. Siete, ocho, nueve. Pupilas fijas, sin seguimiento. No había nistagmo, no había parpadeo, no había la

más mínima señal de que Herbal supiera que ella estaba ahí. Quince, dieciséis, diecisiete.

A los veinticuatro segundos, Herbal parpadeó.

El movimiento de los labios se detuvo. Los ojos recuperaron foco, se posaron en Vega, y Herbal retomó la frase exactamente donde la había dejado, como si alguien hubiera pulsado pausa y después play en una grabadora.

—…y claro, con tantos niveles en la misma aula lo que hacías era poner a los mayores a ayudar a los pequeños, que así aprendían todos.

Vega no dijo nada.

Herbal la miró. En sus ojos había algo que no era exactamente conciencia de lo que acababa de pasar, sino algo más incómodo: la costumbre de que pase. La familiaridad de un cuerpo que hace cosas que su dueño ha dejado de cuestionar.

—¿Estás bien? —preguntó Vega.

—Perfecto. ¿Por?

—Te has ido un momento.

—¿Ido?

—Has dejado de hablar. Se te han quedado los ojos fijos. Los labios se te movían pero no decías nada. Han sido unos veinticinco segundos.

Herbal cogió el café. Dio un trago. Lo dejó en la mesa con el gesto de alguien que usa el tiempo que tarda en beber para decidir qué cara poner.

—Me pasa a veces. Es la edad. Me quedo en blanco.

—Eso se llama crisis de ausencia, no quedarse en blanco.

—Eso suena a diagnóstico.

—Soy neuropsicóloga. Es un diagnóstico.

Herbal sonrió. La sonrisa de un hombre que tiene ochenta años cumplidos y que ha decidido hace tiempo que los médicos le dicen cosas que él ya sabe con otras palabras.

—Aquí lo llamamos rezar al monte.

—¿Perdona?

—Rezar al monte. Nos pasa a todos. Te quedas un rato fuera y vuelves. No duele, no molesta, no deja resaca. Es como pestañear

pero por dentro.
—¿A todos?
—A todos los que llevamos tiempo aquí.

Vega abrió la boca, la cerró. Tenía una lista de preguntas clínicas que le subían por la garganta como bilis —¿desde cuándo? ¿con qué frecuencia? ¿hay aura previa? ¿pérdida de tono muscular? ¿amnesia postictal?— pero Herbal ya estaba levantándose de la mesa con esa parsimonia suya que no admitía prisa ajena, y al pasar junto a la puerta se dio la vuelta.
—Si te quedas lo suficiente, te pasará a ti también. No es malo. Es el monte, que habla, y a veces uno se para a escuchar.

Se fue.

Vega se quedó sola en la cocina con las dos tazas de café y la certeza de que lo que acababa de ver no era un trastorno de la edad ni meditación rural ni nada que pudiera archivarse bajo «cosas que hacen los viejos.» Había visto cientos de crisis de ausencia en su carrera. Sabía exactamente cómo eran: el onset brusco, la fijación de la mirada, los automatismos orales, la desconexión del entorno, la recuperación inmediata sin confusión postictal. Lo que Herbal acababa de tener era indistinguible de una crisis de ausencia típica. Actividad epileptiforme. Algo que interfería con su corteza cerebral durante veinticinco segundos y después lo soltaba.

Cogió el cuaderno de tapas negras.

Pasó el resto de la mañana observando.

No de forma abierta —no se plantó delante de los vecinos con un bloc y un cronómetro—, sino con la discreción entrenada de quien lleva años evaluando pacientes que no saben que están siendo evaluados. Caminó por la aldea, se paró a hablar con Flor junto a la capilla, ayudó a Suso a cargar un saco de pienso hasta el establo, se sentó en el muro del huerto comunitario a mirar cómo los otros vecinos —los que apenas conocía: el matrimonio mayor, los dos hermanos del arroyo— trabajaban la tierra.

En una hora y cuarenta minutos registró cuatro episodios.

Flor: catorce segundos. Se quedó inmóvil con la escoba en la mano, delante de la puerta de la capilla, con los labios moviéndose en silencio y los ojos fijos en el monte. Cuando volvió, siguió

barriendo sin pausa, como si los catorce segundos no hubieran existido.

Uno de los hermanos del arroyo —el más bajo, el que Herbal había dicho que tenía temblor de manos—: treinta y un segundos. Estaba arrancando berzas y se quedó de rodillas con la mano dentro de la tierra, los dedos hundidos en el barro hasta los nudillos, la mirada perdida, los labios moviéndose. Al volver arrancó la berza con un tirón limpio y la metió en el cesto.

Suso: nueve segundos. Apenas perceptible. Un parpadeo largo, una pausa en el gesto de cerrar la puerta del establo, los labios apretados en vez de moviéndose. Si Vega no hubiera estado mirando con atención se lo habría perdido. Suso ni siquiera pareció notar que había pasado.

El marido del matrimonio mayor: veintidós segundos. De pie junto al pozo, con un cubo en la mano, mirando al cielo gris con los ojos abiertos y la boca haciendo algo que no era hablar ni masticar ni tragar sino un movimiento propio, sin referente, como una lengua que se hubiera olvidado de para qué sirve la boca.

Cuatro episodios en menos de dos horas. Cuatro vecinos diferentes. Todos con el mismo patrón: inicio brusco, fijación ocular, automatismos orales, desconexión breve, recuperación inmediata sin confusión. Y todos, absolutamente todos, con los ojos orientados en la misma dirección durante el episodio: hacia arriba. Hacia el monte.

De vuelta en la cocina, Vega abrió el cuaderno y se puso a escribir con la letra apretada que usaba cuando el cerebro iba más rápido que la mano.

«Crisis de ausencia: observadas en al menos 4 de 11 vecinos en un período de 1h40m. Duración variable (9-31 seg). Patrón consistente: onset brusco, fijación de mirada, automatismos orolinguales, recuperación completa sin confusión. Orientación de la mirada: superior/posterior (dirección monte). Frecuencia aparente: alta (¿múltiples episodios diarios por individuo?). Amnesia del episodio: parcial o total — los sujetos no reportan el evento ni muestran preocupación.»

Hizo una pausa. Mordió el bolígrafo. Siguió.

«Diagnóstico diferencial: (1) Epilepsia de ausencia tardía — improbable: prevalencia de 4/11 en un grupo aleatorio descarta etiología genética individual. (2) Epilepsia sintomática por causa ambiental — posible: exposición compartida a un agente tóxico o infeccioso que afecte la actividad cortical. Candidato más probable: los frutos y/o el licor destilado. Ambos contienen compuestos psicoactivos de mecanismo desconocido. Hipótesis: los frutos y el licor contienen un compuesto neuroactivo que altera la actividad eléctrica cortical, produciendo descargas paroxísticas intermitentes clínicamente indistinguibles de crisis de ausencia. (3) Otra causa ambiental compartida: emanaciones del subsuelo, agua del pozo, esporas, agente micótico. Necesario: EEG (no disponible), análisis de sangre (no disponible), análisis de los frutos (no disponible).»

Cerró el cuaderno. Lo miró. Lo volvió a abrir.

«Nota personal: yo he consumido frutos durante 3 días y licor durante 1. No he tenido episodios (que yo sepa). ¿Efecto acumulativo? ¿Umbral de exposición? ¿Factor de susceptibilidad individual? Monitorizar.»

Dejó el bolígrafo en la mesa y se quedó mirando la página. La escritura era nítida, profesional, con la estructura de un informe clínico que cualquier colega podría leer y entender. Eso la tranquilizaba. Documentar era controlar. Mientras pudiera poner lo que veía en palabras y las palabras en casillas y las casillas en un orden que siguiera la lógica de su formación, lo que pasaba en esta aldea era un fenómeno por estudiar, no un horror por temer.

Se comió un fruto. El quinto del día.

No lo apuntó en el cuaderno.

Por la tarde hizo lo del termómetro.

No tenía uno clínico —el de mercurio que llevaba en el neceser servía para axilas, no para suelos—, pero encontró un termómetro de cocina en un cajón de Carmela, de esos con la sonda metálica larga que se clavan en un pollo para saber si está hecho. Lo llevó al huerto.

Clavó la sonda en la tierra del centro de la parcela, a cinco centímetros de profundidad. Esperó un minuto. Leyó: 23,4 grados.

La sacó. Se arrodilló junto al muro sur, donde la tierra debería estar más caliente por recibir algo de sol. Clavó la sonda. Esperó. Leyó: 24,1 grados.

Fue al borde del huerto, justo al otro lado del muro, donde la tierra dejaba de ser fértil y era solo montaña. Clavó la sonda. Esperó. Leyó: 6,2 grados.

Se sentó sobre los talones y miró las dos lecturas apuntadas en el dorso de la mano con bolígrafo. Dentro del huerto: veintitrés, veinticuatro grados. Fuera del huerto: seis grados. Dieciocho grados de diferencia en menos de un metro de distancia. No había ningún sistema geotérmico conocido que produjera un gradiente tan abrupto. No había aguas termales en la zona —lo había comprobado en el libro de agricultura de montaña, que incluía un mapa geológico básico de la sierra—. No había conducción de calefacción bajo el huerto, ni compostera activa, ni nada que explicara por qué la tierra dentro de la parcela de Carmela tenía la temperatura de un día de mayo y la de fuera la de lo que era: febrero en los Ancares.

Fue a otro huerto. El de Flor: 22,8 grados. El comunitario: 23,1. El de Suso: 21,9.

Todos iguales. Todos calientes. Todos con el mismo corte abrupto en el perímetro exacto de la parcela, como si alguien hubiera trazado una línea bajo tierra y a un lado pusiera calor y al otro frío.

Volvió a la casa. Se lavó las manos. Se sentó. Abrió el cuaderno.

«Temperatura del suelo dentro de las parcelas cultivadas: 21,9-24,1°C (media 23,1°C). Temperatura del suelo fuera de las parcelas: 6,2°C. Gradiente: ~17°C en <1m. Distribución: consistente en todas las parcelas medidas (4/4). Fuente de calor: subterránea, localizada bajo las áreas cultivadas, con límites precisos que coinciden con el perímetro de los huertos. Hipótesis geotérmica: descartada (no hay registro de actividad termal en la sierra de los Ancares). Hipótesis biológica: la fuente de calor podría estar relacionada con el organismo que produce los frutos. Los frutos crecen en las ‘bocas’ —fisuras en el suelo que funcionan como puntos de emergencia. Si existe una red subterránea que conecta las bocas, esa red podría generar calor metabólico.»

Se detuvo. Releyó la última frase. «Red subterránea.» Lo había escrito como quien pone una hipótesis en un paper, con la distancia de la tercera persona y la protección del condicional. Pero la palabra le retumbó en la cabeza con un peso que no tenía nada de académico.

Red. Algo debajo de la tierra que conecta los huertos. Algo que produce calor. Algo que hace crecer frutos que saben a los recuerdos de quien los come. Algo que late.

Cerró el cuaderno con un golpe que sonó más fuerte de lo que pretendía.

A las tres y doce de la mañana se despertó.

No con el sobresalto de las tres semanas anteriores, no con el pecho apretado ni la lista ni la rumiación. Se despertó limpia, de golpe, como si alguien hubiera dicho su nombre en voz baja desde un sitio muy cerca. Se quedó tumbada, con los ojos abiertos en la oscuridad, y escuchó.

Nada. El silencio de la aldea a las tres de la madrugada era tan completo que tenía bordes: podías oír dónde empezaba y dónde terminaba, como una habitación hecha de quietud. Sin coches, sin tuberías, sin viento. Solo el zumbido sordo de la nevera en la planta de abajo y algo más, algo que estaba debajo del zumbido, debajo del silencio, debajo de todo.

El pulso.

Lo había sentido antes, los primeros días, como un cosquilleo vago que podía ser imaginación o sangre en los oídos o el motor del generador de Herbal filtrándose por el suelo. Pero a las tres de la mañana, sin nada que lo tapara, sin ruido de fondo ni actividad diurna ni la distracción de vivir, el pulso era otra cosa.

Era real.

Bajó a la cocina descalza. La pizarra estaba caliente bajo las plantas de los pies, más caliente que de día, como si lo que hubiera debajo se activara de noche o como si durante el día la actividad de la casa —los pasos, las puertas, la caldera— lo enmascarara. Se quedó de pie en el centro de la cocina, inmóvil, con las manos a los lados del cuerpo, y sintió.

Subía por los pies. A través de la pizarra, a través de las plantas, hasta los tobillos. No era vibración —no temblaba nada, el vaso sobre la mesa estaba quieto, el agua dentro del vaso no se movía—. Era algo más sutil, más profundo, como una frecuencia que el cuerpo capta pero el oído no. Un latido. Lento. Constante. Cada tres segundos, más o menos: una contracción suave seguida de una expansión, como la respiración de algo grande debajo de la losa.

Vega se agachó. Puso las palmas de las manos en el suelo.

Más claro así. A través de las manos la frecuencia llegaba con más definición, como si la carne de las palmas fuera mejor conductor que las plantas de los pies. Cada tres segundos: un apretón, una relajación. Apretón, relajación. No era maquinaria. No era agua. No era ningún fenómeno geológico que Vega pudiera nombrar con su formación, que no incluía geología pero sí suficiente fisiología para saber que lo que estaba sintiendo se parecía a un latido cardíaco humano con una bradicardia extrema. Un corazón que late veinte veces por minuto.

Se tumbó.

No lo decidió. Su cuerpo lo hizo solo, como el cuerpo hace cosas a las tres de la mañana que la cabeza no aprobaría a las diez: se deslizó desde la posición de cuclillas hasta quedar boca abajo sobre la pizarra, con la mejilla pegada al suelo y las manos abiertas a los lados, y el pulso le llegó a todo el cuerpo a la vez. Mejilla, pecho, vientre, muslos, manos. Todo contra el suelo caliente. Todo recibiendo el latido.

Era como tumbarse sobre el pecho de alguien dormido.

Cerró los ojos. La pizarra olía a piedra y a un fondo dulce que venía de abajo, como si el olor de los frutos no naciera en los frutos sino en lo que los producía, y lo que los producía estuviera ahí, debajo de Vega, debajo de la casa, debajo de todo, latiendo con la lentitud de lo que no tiene prisa porque no va a ningún sitio.

Se quedó así diez minutos. Quizás más. No contó. La neuropsicóloga que había dentro de ella registraba datos —frecuencia, amplitud, regularidad— pero lo hacía a lo lejos, como alguien que toma notas desde el fondo de un anfiteatro. Lo que estaba en primer plano era otra cosa: el calor en la mejilla, el peso

del cuerpo contra la piedra, la sensación insensata y absoluta de estar siendo sostenida por algo.

Cuando se levantó tenía la marca de las losas en la cara y las manos rojas por la presión y los ojos húmedos por un motivo que no supo identificar.

Subió al dormitorio. Se metió en la cama. No escribió nada en el cuaderno.

Lo que había sentido tumbada en el suelo de la cocina a las tres de la mañana no cabía en una hipótesis con condicionales y diagnósticos diferenciales. No era un dato. Era otra cosa, algo que pertenecía al mismo cajón que el sabor del caldo de Carmela en los frutos: un reconocimiento. Una familiaridad que no pasaba por la cabeza. Como si su cuerpo supiera algo sobre este lugar que su memoria había borrado o que su memoria nunca tuvo, algo anterior a los recuerdos, anterior al lenguaje, anterior a la niña de nueve años que se fue de aquí una noche y no volvió.

El monte recuerda lo que tú olvidaste.

La frase le llegó sin origen, como llegan las frases a las tres y media de la mañana: de un sitio que no tiene nombre. No sabía si la había leído, si la había oído, si la había inventado o si simplemente estaba ahí, dentro de ella, desde siempre, esperando el momento de hacerse audible.

Se dio la vuelta. Cerró los ojos.

Debajo de la almohada, debajo del colchón, debajo del somier, debajo del suelo de madera del dormitorio, debajo de las vigas, debajo de la pizarra de la cocina, debajo de los cimientos de piedra, debajo de la tierra, el pulso seguía. Constante. Lento. Esperando.

6

El borracho

Bieito no salió de su casa en todo el sexto día.

Vega lo supo porque lo estuvo buscando. No deliberadamente, no con una intención que pudiera nombrarse y defenderse, sino con ese merodeo disimulado que hacen los profesionales de la salud mental cuando un caso les pica: pasó dos veces por delante de su puerta por la mañana, una a mediodía, otra a las cuatro. La puerta estaba cerrada. Las contraventanas, puestas. No salía humo de la chimenea ni se oía nada dentro. Solo el cigarrillo del escalón seguía ahí —el mismo de hacía dos días, o uno nuevo en el mismo sitio, la colilla aplastada contra la piedra , una marca territorial sin ganas—.

A la segunda pasada de la mañana, Flor la interceptó saliendo de la capilla con la escoba en la mano.

—No le busques, hija. Cuando Bieito se cierra, se cierra. Hay que dejarle que se le pase la negra.

—¿La negra?

—La borrachera mala. Las hay de dos clases: la que te pone alegre y la que te mete en la cama. Bieito no se emborracha de la primera. —Flor barría la entrada de la capilla con cuatro pelos de escoba que no movían una mota, pero ella barría igualmente. El gesto importaba más que el resultado—. Lleva así desde que era chaval. Hay temporadas mejores y temporadas peores. Ahora toca peor.

—¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo bebe?

—Desde cuándo toca peor.

Flor dejó de barrer. Apoyó las dos manos en el mango de la escoba y miró a Vega con la expresión de alguien que está

calibrando cuánto puede decir sin decir lo que no debe.

—Desde que supo que venías.

La frase se quedó en el aire entre las dos, sólida . Flor la dejó ahí y volvió a barrer y no añadió nada más, y Vega se quedó con las ganas de preguntar por qué su llegada habría empeorado la borrachera de un hombre al que no conocía, pero Flor ya estaba dentro de la capilla y la puerta se cerró con un clic suave que significaba conversación terminada.

La mañana se estiró con esa consistencia de chicle que tenían los días en la aldea, donde las horas no pasaban sino que se derramaban unas sobre otras sin la estructura de las obligaciones. Vega intentó trabajar. Se sentó a la mesa con el cuaderno clínico, repasó las notas del día anterior —las crisis de ausencia, las temperaturas del suelo, el pulso nocturno— e intentó construir un plan. Necesitaba muestras. Necesitaba análisis. Necesitaba bajar a la civilización con un fruto en un tupper y una botella del licor y encontrar a alguien con un espectrómetro y la voluntad de mirar.

El coche seguía sin arrancar. Lo había intentado esa mañana: el motor tosió dos veces, giró en falso y se rindió con un suspiro electrónico. Batería, probablemente. O la humedad metida en algún relé. Suso le había dicho que mañana le echaba un ojo, con esa economía suya de palabras y plazos que significaba que lo haría cuando le diera la gana, que sería cuando el coche le pareciera un problema que merecía su tiempo.

Mientras tanto, Vega estaba atrapada. No de forma dramática —podía bajar andando hasta la carretera, eran cuarenta minutos a pie, y desde ahí hacer autostop o llamar a un taxi de Vega de Espinareda —, pero la idea de caminar cuarenta minutos por una pista de barro con niebla para llegar a una carretera sin arcén le producía una pereza que no era exactamente pereza. Era algo más parecido a la resistencia de un cuerpo que está cómodo donde está y que opone una inercia sorda a cualquier movimiento que lo aleje de esa comodidad.

Se comió dos frutos a media mañana. Los cogió del huerto sin pensar, como quien abre la nevera y coge una manzana, y los masticó de pie junto al muro mirando la niebla que se arrastraba por

el valle como un animal lento. El primero sabía a caldo de Carmela, igual que siempre. El segundo sabía a otra cosa: a chocolate caliente. Al ColaCao que Carmela le preparaba por las mañanas cuando llovía, espeso, con la leche demasiado caliente y el cacao sin disolver del todo, con esos grumos que Vega se tragaba enteros porque le gustaba la textura. Tenía siete años. La cocina de Santiago. Lluvia en los cristales.

Cerró los ojos. Se agarró al muro.

Cada fruto le devolvía algo que no sabía que había perdido. Algo que creía genérico —el sabor de la infancia, la memoria del cuerpo de una madre cocinando— pero que resultaba ser de una precisión insoportable: no era chocolate caliente en abstracto, era aquel chocolate, en aquella cocina, con aquella lluvia, con aquella mujer que todavía sabía cómo se llamaba su hija.

Abrió los ojos. Se limpió las manos en el pantalón. Volvió a la casa.

No apuntó nada en el cuaderno.

Herbal pasó a verla después de comer.

Traía un plato cubierto con un paño de cocina —filloas, resultó, rellenas de crema y dobladas en cuartos, hechas por Flor pero presentadas por él como si fueran un trámite administrativo que debía cumplirse— y se sentó a la mesa con la postura del hombre que no tiene intención de irse pronto.

—¿Qué tal duermes? —preguntó, como si fuera un médico de cabecera haciendo la ronda.

—Bien. Mejor que en Santiago.

—Claro. Aquí no hay ruido.

—No es el ruido. —Vega dudó un segundo—. Es algo más. Es como si el cuerpo reconociera el sitio.

Herbal asintió con esa lentitud de quien escucha lo que esperaba oír.

—Naciste aquí. Se te olvidó, pero el cuerpo no olvida igual que la cabeza. El cuerpo tiene su propia memoria, más vieja, más terca. —Se señaló las manos, que hoy estaban peor: los nudillos hinchados, la garra más cerrada que ayer—. Hay mañanas que me levanto y las manos no van. Y les digo: «venga, que sabéis hacer esto», y al rato

arrancan. Porque las manos se acuerdan de lo que tenían que hacer aunque yo no les diga cómo.

Vega cogió una filloa. La crema estaba fría, dulce, con un punto de limón.

—Herbal, ayer vi algo que me preocupa.

—Las ausencias.

No era una pregunta.

—Las ausencias —confirmó Vega—. Las tuyas y las de al menos otros tres vecinos. Episodios compatibles con actividad epileptiforme, con una prevalencia que no es normal en ninguna población. ¿Desde cuándo os pasa?

Herbal cogió una filloa. Le dio un mordisco. Masticó despacio, con la mandíbula trabajando de lado, como mascan los viejos que han perdido molares y compensan con los premolares.

—Desde siempre.

—Desde siempre no es una respuesta clínica.

—No te estoy dando una respuesta clínica. Te estoy dando la verdad. —Tragó. Se limpió la boca con el dorso de la mano—. Nos pasa a todos los que llevamos tiempo aquí y comemos de lo que da la tierra. A unos más, a otros menos. A Suso apenas se le nota. A mí me pasa tres o cuatro veces al día. ¿Sabes a quién no le pasa? A Bieito. Porque Bieito no come frutos. Bieito come de lata y bebe orujo de garrafa que le trae un primo de Becerreá.

Vega procesó la información. Si Bieito no comía frutos y no tenía las ausencias, la correlación era directa. Los frutos contenían un compuesto neuroactivo que alteraba la actividad cortical. Era la hipótesis que había escrito en el cuaderno, confirmada ahora por exclusión.

—Entonces sabéis que los frutos os hacen esto.

—Sabemos que el monte nos da lo que necesitamos y que a veces nos pide que escuchemos. —Herbal la miró con una paciencia que tenía algo de agotamiento, como la de un profesor que lleva cuarenta años explicando la misma lección a alumnos distintos—. Tú le llamas epilepsia. Nosotros le llamamos escuchar. El resultado es el mismo: treinta segundos de silencio en un día de veinticuatro horas. ¿Eso te parece un precio alto por lo que recibes a cambio?

Vega no contestó. No porque no tuviera respuesta sino porque la respuesta que tenía —sí, cualquier efecto neurológico adverso es un precio alto, independientemente del beneficio percibido— sonaba a protocolo, a guía clínica, a algo que se dice en un despacho con fluorescentes y diplomas en la pared y que pierde toda su fuerza en una cocina de piedra donde una botella de licor sin etiqueta te ha quitado un dolor de cabeza de tres años.

Herbal se levantó. Dejó las filloas.

—Tu madre también preguntaba mucho al principio. Después dejó de preguntar. —Pausa—. No porque le diera igual. Porque entendió que hay cosas que funcionan sin que nadie les encuentre el porqué.

Se fue. Vega se quedó con las filloas y con una frase dando vueltas en la cabeza sin salida: «tu madre también preguntaba mucho.» Era la primera vez que alguien le hablaba de Carmela en presente verbal, como alguien que estuvo aquí, que hizo cosas, que tuvo opiniones. No la Carmela de la residencia, la del camisón y la mirada vacía. La otra Carmela. La de antes.

Bieito salió de su casa a las diez de la noche.

Vega lo oyó antes de verlo: pasos irregulares sobre la piedra mojada, el arrastre de alguien que camina sin preocuparse por dónde pisa, y después el golpe de algo de cristal contra algo de piedra y una palabra en gallego que Vega no entendió pero cuyo significado era universal.

Estaba en el escalón de la casa de Carmela, con el móvil en la mano y la señal demasiado débil para llamar a Olivia. Llevaba quince minutos intentándolo: la barra aparecía y desaparecía como un semáforo averiado, y cada vez que marcaba, la llamada se cortaba antes del primer tono. La niebla estaba baja, espesa, casi sólida, y en la aldea no había más luz que la de la bombilla de la cocina a su espalda, que pintaba un rectángulo amarillo en la piedra y no iluminaba nada más allá de dos metros.

Bieito apareció por el borde del rectángulo de luz como alguien que entra en escena desde las candilejas. Traía una botella en la mano —no del licor ámbar, no: una garrafa de plástico transparente con algo que parecía agua sucia y que era, casi con certeza, orujo destilado en algún garaje de la carretera— y los ojos que tienen los

borrachos que no beben por placer sino por método: vidriosos, fijos, con una concentración paradójica, como si el alcohol le permitiera enfocar algo que la sobriedad borraba.
—No te coge la señal —dijo. No era una pregunta.
—No.
—Nunca coge con la niebla. —Se sentó en el escalón junto a ella sin pedir permiso, como se sientan los borrachos: de golpe, con un abandono de peso que es más caída controlada que gesto deliberado—. Bueno, miento. Hay sitios donde coge. Arriba, junto a la casa de Rosalía. O abajo, pasado el arroyo. Aquí en medio, nada.

Olía a orujo, a tabaco frío y a algo ácido debajo, como sudor viejo o como el olor que deja la ropa cuando llevas demasiados días sin cambiarla. Vega registró todo eso sin juicio —deformación profesional: los alcohólicos que veía en urgencias durante la residencia olían exactamente así— y se corrió un poco para dejarle sitio.
—¿Querías hablar conmigo el otro día? —preguntó Vega.
—No.
—Me dijiste que acabara rápido y me fuera. Parecía que querías decir algo más.

Bieito dio un trago de la garrafa. Hizo una mueca que era mitad asco y mitad resignación, la cara de alguien que sabe que lo que bebe es una mierda y lo bebe igualmente porque no es el sabor lo que busca.
—¿Ya probaste los frutos?
—Sí.
—¿Y el licor?
—También.
—Bien. —Lo dijo sin ironía, sin sarcasmo. Lo dijo con el tono plano de quien confirma un diagnóstico que ya sabía—. Ya estás jodida.

Vega giró la cabeza hacia él.
—¿Perdona?
—Que ya estás jodida. Los frutos enganchan. El licor engancha más. No es como el vino o el orujo, que puedes dejar si te da la gana. Esto entra en otro sitio. —Se dio un golpe en el pecho con los

nudillos, un gesto entre clínico y animal—. Aquí. No en la cabeza. En lo de dentro.

—¿Por eso tú no los comes?

—Yo no como nada que salga de esas bocas.

La palabra «bocas» sonó distinta en su voz. Cuando Flor decía «bocas» sonaba a costumbre, a nombre de siempre, como quien dice «el arroyo» o «la era.» Cuando Bieito lo dijo sonó a otra cosa. A herida. A algo que se abre y que no debería estar abierto.

Vega esperó. Había aprendido hacía años que el silencio es la mejor herramienta clínica: si te callas lo suficiente, la gente habla. Los pacientes, los testigos, los borrachos. Todos llenan el vacío porque el vacío pesa más que las palabras.

Bieito tardó un minuto.

—¿Sabes por qué la tierra es tan buena aquí?

—Herbal dice que siempre fue así.

—Herbal dice muchas cosas. Herbal dice lo que conviene. Es maestro: sabe contar historias. —Otro trago. Más largo—. Yo no sé contar historias. Yo sé lo que vi.

—¿Qué viste?

Bieito se miró las manos. Las tenía grandes, como las de Suso, pero más descuidadas: uñas rotas, padrastros, los nudillos pelados de golpear algo o de caerse borracho o de las dos cosas. Las giró despacio, mirando las palmas como si buscara algo escrito en las líneas.

—Mi madre se llamaba Encarna. Tenía treinta y cuatro años y el pelo más bonito de la aldea. Todo el mundo lo decía. Pelo negro, largo, que le llegaba a la cintura, y ella se lo peinaba cada noche cien veces, con un cepillo de cerda que había sido de su abuela. —Pausa —. Me acuerdo del ruido del cepillo. Cien veces. Todas las noches.

Vega no dijo nada.

—Un día mi madre dejó de peinarse. Fue en invierno, creo. O en otoño. Yo tenía ocho años. Dejó de peinarse y empezó a hablar de la tierra. De lo que la tierra necesitaba. De lo que la tierra daba y de lo que había que darle a cambio. Mi padre le decía que se callara, que no hablara de eso delante de mí, y ella le decía que el niño tenía que

saber. Discutían. Mi padre le pegó una vez. Solo una. Después dejó de pegarle porque dejó de servir de algo.

La niebla se movía alrededor de los dos, lenta, con esa densidad de cosa viva que tenía siempre por la noche, y el olor dulce estaba ahí, debajo del orujo y del tabaco de Bieito, constante como un bajo continuo que no se calla aunque cambies de canción.

—Una mañana mi madre no estaba. La cama estaba hecha. Las cosas de la cocina limpias. El cepillo del pelo en la cómoda, con tres pelos negros entre las cerdas. Yo bajé al huerto porque era donde ella pasaba más tiempo y el huerto tenía una parte de tierra removida que el día anterior no estaba. Tierra fresca, suelta, como cuando se siembra algo. Y mi padre estaba de pie al lado, con la pala en la mano, mirando la tierra con una cara que yo no le había visto nunca.

Bieito dejó de hablar. No como Herbal —no fue una ausencia, no hubo automatismos—. Dejó de hablar porque se le acabaron las palabras para esa parte de la historia, como un coche que se para porque se le acaba la gasolina en mitad de una cuesta.

—Le pregunté dónde estaba mamá. Me dijo que se había ido a Ponferrada a cuidar a una tía enferma. Le pregunté cuándo volvía. Me dijo que pronto. —Otra pausa, más larga—. Nunca volvió.

—¿Qué año fue eso?

—1989.

Vega hizo la cuenta. 1989. Bieito tenía ocho años. Encarna tenía treinta y cuatro.

—¿Y qué crees que pasó?

Bieito se giró hacia ella. La luz de la cocina le daba en media cara y la otra media era niebla, y en el ojo que Vega podía ver había algo que no era rabia ni era dolor sino una mezcla sucia de las dos cosas, como agua con barro.

—No lo creo. Lo sé. Pregúntale a Herbal qué se planta en esta aldea. Pregúntale qué se planta en los huertos que no se planta en ningún otro sitio. —Se levantó del escalón con un movimiento que costó dos intentos—. Y cuando te lo diga, piensa en la tierra fresca que yo vi aquella mañana y en la pala que tenía mi padre y en que el huerto

de mi madre dio la mejor cosecha del pueblo ese año y todos los que vinieron después.

Se fue. No hacia su casa: hacia el camino que bajaba al arroyo, hacia la oscuridad completa, con la garrafa en la mano y los pasos desiguales perdiéndose en la niebla buscando un rincón donde echarse.

Vega se quedó en el escalón.

El frío le subía por los pies —se había quitado los zapatos al sentarse, por costumbre, buscando la tibieza del suelo, y el suelo de fuera no estaba tibio, estaba helado— y el teléfono seguía sin señal y la niebla se había cerrado hasta el punto de que no se veía ni el muro del huerto a tres metros.

Qué se planta en esta aldea.

La frase de Bieito tenía un doble fondo que Vega notaba como se nota una corriente de aire frío debajo de una puerta: no la ves, pero sabes que algo no está sellado. «Plantar» era una palabra que en este pueblo significaba dos cosas a la vez y las dos daban miedo, y la imagen de un hombre de pie junto a la tierra removida con una pala y la cara que un hijo de ocho años no le había visto nunca era una imagen que Vega, como profesional del trauma, reconocía: era la imagen fundacional de un duelo complicado, el momento en que la narrativa del niño se quiebra y todo lo que viene después es intento de reconstrucción.

Bieito llevaba treinta y seis años reconstruyendo. Con orujo y cigarrillos que se consumían solos y una casa con una ventana tapiada y la certeza de que su madre no se había ido a Ponferrada a cuidar a ninguna tía. La certeza de que lo que su padre había plantado aquella mañana en el huerto no era una semilla.

Vega entró en la casa. Cerró la puerta. Se apoyó contra la madera y respiró.

Podía explicarlo de dos formas. La primera: Bieito era un alcohólico con treinta y seis años de duelo no resuelto, ideación paranoide agravada por el aislamiento, y una narrativa delirante construida sobre un recuerdo infantil distorsionado por el trauma y la sustancia. La madre se fue. El padre mintió. El niño construyó una historia de horror para dar forma a un abandono que no podía

procesar. Era la explicación más probable. Era la que Vega habría firmado en un informe.

La segunda: Bieito estaba diciendo la verdad.

Y si Bieito estaba diciendo la verdad, lo que había debajo de los huertos no era un sistema geotérmico ni una red de micelio anómalo ni ninguna de las hipótesis asépticas que Vega había escrito en su cuaderno con letra de profesional y condicionales de protección.

Era otra cosa.

Se sirvió un dedo de licor. El calor bajó por la garganta y le aflojó algo que se había apretado durante la conversación con Bieito, un nudo en el plexo solar que no sabía que tenía hasta que el licor lo deshizo. Se sirvió otro. Se lo bebió más despacio, sentada a la mesa de Carmela, descalza sobre la pizarra caliente, con el olor dulce rodeándola y el pulso debajo latiendo como siempre, como todas las noches, constante, paciente, como algo que lleva mucho tiempo ahí y que sabe que no va a tener que moverse.

Antes de subir a dormir abrió el cuaderno. Quiso escribir lo que Bieito le había contado. Las manos, la historia de Encarna, el pelo negro, el cepillo, la tierra removida, la pala, el verbo «plantar» con su doble filo. Pero la mano que sostenía el bolígrafo no se movió. No porque no pudiera: porque algo la frenaba, una resistencia blanda, como la de un músculo que se niega a moverse no porque esté lesionado sino porque sabe que lo que va a hacer va a doler.

Cerró el cuaderno en blanco.

Esa noche, tumbada en la cama con el sabor del licor todavía en el paladar, pensó en Carmela. No en la Carmela de la residencia ni en la Carmela de los frutos. En la Carmela que preguntaba mucho, según Herbal. En la Carmela que al final dejó de preguntar. En la Carmela que cogió a su hija y se fue de esta aldea una noche de 1997 y no volvió y no explicó por qué y pasó los treinta años siguientes perdiéndose pieza a pieza hasta no quedar nada.

¿Qué había visto Carmela? ¿Qué había entendido? ¿Qué pregunta hizo que la respuesta fuera coger a una niña de nueve años y conducir cuatro horas hasta Santiago sin mirar atrás?

Debajo de la almohada, debajo del colchón, debajo del suelo, el pulso latía.

Vega se durmió con las preguntas abiertas y el cuaderno en blanco y una certeza nueva que se instaló en algún rincón del cuerpo donde la lógica no llega: mañana iba a buscar lo que Bieito le había señalado. Iba a mirar debajo del huerto. Iba a cavar, si hacía falta.

La voz de Carmela le llegó desde el mismo sitio de siempre, ese limbo entre la vigilia y el sueño:

«No caves, Veguiña.»

Pero esta vez la frase no sonó como advertencia.

Sonó como súplica.

7

El cuaderno

Lo encontró por el ruido.

Estaba barriendo la cocina —una actividad que en Santiago le habría parecido una pérdida de tiempo y que aquí, en la casa de Carmela, se le había convertido en una especie de rezo laico, una cosa que hacía cada mañana con la escoba de cerdas duras y el recogedor de chapa que encontró detrás de la puerta— cuando la escoba pasó por encima de una losa y el sonido cambió. Las demás losas de pizarra sonaban a lo que eran: piedra sobre tierra, macizo, sin eco. Esta sonó hueca.

Vega se agachó. Pasó la mano por la superficie. Era una losa como las demás, del tamaño de una revista abierta, con los bordes desiguales y una veta de cuarzo que la cruzaba en diagonal. Pero al dar un golpe con el nudillo, el sonido confirmó lo que la escoba había encontrado: debajo había un espacio vacío.

Tardó diez minutos en levantarla. Tuvo que meter la hoja del cuchillo de cocina por la junta —más ancha que las demás, ahora que se fijaba, como si alguien hubiera sacado y repuesto esa losa muchas veces a lo largo de los años— y hacer palanca con cuidado de no romper el filo. La losa pesaba más de lo que parecía. Debajo había un hueco del tamaño de una caja de zapatos, excavado en la tierra compactada del cimiento, revestido de un barro seco que se había endurecido hasta parecer cerámica.

Dentro, envuelta en un trapo de cocina que en algún momento fue blanco y ahora era del color de la tierra, había una caja de latón.

De las de galletas. Vega reconoció la marca por el relieve de la tapa: galletas Fontaneda, el dibujo en relieve del trigo y la fuente

que llevaban las latas desde los años setenta. Carmela tenía una igual en la cocina de Santiago cuando Vega era niña. Guardaba botones sueltos y agujas de coser.

Esta no tenía botones.

Se sentó a la mesa. Puso la caja delante. El metal estaba frío a pesar de haber estado bajo el suelo caliente, como si el contenido hubiera mantenido su propia temperatura. La abrió.

Dentro había un cuaderno.

De los de antes, de tapas duras de cartón con un jaspeado verde y marrón que Vega asoció inmediatamente con los pupitres de la escuela, con los años en que se escribía a mano porque no había otra opción. Tamaño cuartilla, lomo cosido, las esquinas redondeadas por el uso. En la primera página, con una caligrafía firme y ligeramente inclinada hacia la derecha que Vega reconoció antes de leer una sola palabra —la letra de Carmela, la letra de las notas que le dejaba en la fiambrera del cole, la letra de la lista de la compra pegada con un imán en la nevera de Santiago—, una fecha: agosto de 1989.

Debajo de la fecha, una lista.

Cinco líneas. Cinco nombres. Cinco fechas. Cinco parcelas.

«Manolo O Ferreiro — 1932 — Huerto do Medio.»

«Visitación da Fonte — 1951 — Huerto da Fonte.»

«Pepe O Roxo — 1968 — Huerto do Camiño.»

«Encarna Moure — 1989 — Huerto da Eira.»

Y debajo de Encarna, con un espacio que podía ser pausa o duda o el tiempo que tarda alguien en decidir que va a escribir su propio nombre en una lista que hasta entonces solo contenía los de otros:

«Carmela Aneiros — 1997 — Huerto da Casa.»

Vega dejó el cuaderno en la mesa.

Huerto da Casa. El huerto trasero. El de los tomates imposibles, el de las bocas que producían frutos que sabían al caldo de su madre, el del suelo a veintitrés grados, el del pulso que le subía por los pies descalzos cada noche.

La lista tenía la limpieza de un registro. No era un diario ni una carta ni un desahogo. Era un documento. Alguien que anota datos:

nombre, año, ubicación. Como un libro de contabilidad. Como un censo.

O como un registro de siembras.

Pasó la página.

La caligrafía de Carmela seguía firme en las siguientes hojas, pero el tono cambiaba. Ya no era registro: era escritura de alguien que intenta ordenar lo que sabe, como si el acto de ponerlo en papel fuera la única forma de que no se deshiciera.

«Herbal me lo explicó el día de San Xoán. Dice que siempre ha sido así. Que el monte necesita y la aldea da. Que es un trato. Que los viejos lo sabían y los de antes de los viejos también y que no hay memoria de cuándo empezó porque empezó antes que la memoria.»

Vega pasó tres páginas. La letra seguía igual: firme, inclinada, con la disciplina de alguien que aprendió a escribir en una escuela rural donde el maestro te medía los márgenes con una regla.

«Visitación llevaba ahí desde el 51. Herbal dice que los primeros años es como estar dormida pero despierta. Que sueñas pero no duermes. Que sientes pero no te mueves. Que el monte te va cogiendo despacio, como la hiedra coge un muro: sin prisa, sin daño, sin que te des cuenta de que ya no eres solo tú.»

Otra página. La letra igual, pero las frases más cortas, como si la mano o el pensamiento fueran más rápido.

«Fui al huerto de Pepe O Roxo. Metí la mano en la tierra. Está caliente. Como piel. Y notas algo debajo, algo que se mueve, muy despacio, como una respiración de animal grande. Le pregunté a Suso si él lo siente. Me dijo que sí. Le pregunté si no le da miedo. Me dijo que su padre está ahí abajo y que el miedo se le quitó hace tiempo.»

Vega levantó los ojos del cuaderno. Miró por la ventana de la cocina. El huerto estaba ahí, al otro lado del cristal, verde y absurdo en pleno febrero, con los frutos brillando en las bocas del muro como joyas orgánicas, y debajo de todo eso —debajo de la tierra, debajo de las raíces, debajo del calor y del pulso y del olor dulce que llevaba una semana pegado a su piel— el nombre de su madre en una lista de cinco personas y una parcela asignada y una fecha.

1997. El año que se fueron.

Volvió al cuaderno.

No lo leyó de corrido. No podía. Cada página era un golpe de algo que no era miedo ni asco ni tristeza sino una mezcla de los tres que no tenía nombre clínico en ningún manual que Vega hubiera estudiado. Leía tres líneas, levantaba los ojos, miraba el huerto, respiraba, volvía.

Carmela escribía con una honestidad seca que Vega reconoció como herencia: era la misma forma de mirar las cosas que ella usaba en su cuaderno clínico. Sin adornos, sin piedad para sí misma, sin el consuelo de la ambigüedad. Cada frase decía lo que decía y no había forma de leerla de otra manera.

«Encarna se plantó ayer. Tenía el pelo recogido y un vestido limpio y una cara que no sé describir. No era miedo. No era paz. Era la cara de alguien que ya ha decidido y le sobra todo lo demás. Herbal preparó la infusión. Suso cavó. Flor rezó. Yo estuve de pie mirando cómo la tierra le tapaba la cara y pensé: tiene treinta y cuatro años. Tiene un hijo de ocho. Y se está metiendo debajo de un huerto porque alguien le ha dicho que es lo que hay que hacer y ella lo ha creído.»

Vega se llevó la mano a la boca.

Encarna. La madre de Bieito. 1989. La tierra removida que Bieito vio de niño. La pala en las manos de su padre. No había mentira en la historia de Bieito. Había una verdad peor que la que él mismo conocía, porque Bieito no había visto la plantación: había visto el después. Pero Carmela sí. Carmela había estado ahí de pie, mirando.

«El huerto de Encarna empezó a dar a los tres días. Frutos grandes, densos, los mejores que hemos visto. Herbal dice que es porque era joven. Que los jóvenes dan más. Que la consciencia de una persona de treinta y cuatro tiene más alimento que la de una de sesenta. No sé si eso es verdad o si Herbal se lo inventa para que suene a lógica.»

Y después, saltando varias páginas en blanco, como si Carmela hubiera dejado de escribir durante semanas o meses y después hubiera vuelto:

«Bieito me preguntó ayer dónde está su madre. Tiene nueve años. Le dije lo que le dicen todos: que se fue a Ponferrada. Me miró

como me miraba Vega cuando le decía que los Reyes existen: queriendo creerme y sabiendo que no puede. Tiene los ojos de Encarna. Cada vez que lo miro veo a su madre y pienso: está debajo del huerto de la eira y su hijo juega encima de ella sin saberlo.»

Vega cerró el cuaderno.

Se levantó. Fue al fregadero. Abrió el grifo. Se echó agua fría en la cara, en la nuca, en las muñecas. El agua salía con ese sabor a hierro y a profundidad de los pozos de montaña y estaba tan fría que le cortó la respiración durante un segundo, y eso era lo que necesitaba: un corte. Una línea entre lo que acababa de leer y lo que tenía que pensar ahora.

Se secó con el trapo de cocina. Se sentó. Abrió el cuaderno otra vez.

Las últimas páginas escritas tenían fecha de 1997.

La letra había cambiado. No mucho —seguía siendo la de Carmela, seguía inclinándose a la derecha, seguía teniendo la disciplina del lápiz y la regla—, pero era más pequeña, más apretada, como si las palabras se estuvieran encogiendo o como si la mano necesitara más esfuerzo para hacerlas del tamaño que solían tener.

«Me lo han pedido. Herbal vino anoche con Rosalía y Flor y Suso. Se sentaron a esta mesa donde estoy escribiendo y me lo pidieron como se pide un favor entre vecinos. Suso no habló. Flor lloró un poco. Rosalía dijo los números: la parcela de Encarna se está agotando. Los frutos son más pequeños, el licor menos potente, el calor del suelo baja. Dice que quedan dos años, tres a lo sumo, antes de que la red pierda capacidad y los huertos se sequen y la aldea se muera como se están muriendo todas las aldeas de la sierra.»

«Me lo pidieron a mí. Porque soy la más joven después de Bieito. Porque no tengo marido. Porque mi hija tiene nueve años y ellos dicen que a los nueve todavía puedes arrancar a un niño de un sitio sin que se rompa. Dicen que a Bieito no se lo pudieron sacar porque tenía ocho y ya estaba plantado en la aldea como uno de los castaños. Dicen que Vega todavía está a tiempo.»

A Vega se le secó la boca. Tragó saliva que no tenía y siguió leyendo.

«Le dije que no. Les dije que no a los cuatro. Herbal me cogió las manos y me dijo que lo pensara. Que nadie iba a obligarme. Que así no funciona. Que la ofrenda tiene que ser de verdad. Que si digo que no, es no, y buscarán a otra persona. No sé si le creo.»

Una página en blanco. Después:

«He dicho que sí.»

Tres palabras. Solas en la página. Con la letra más grande que el resto, como si la mano hubiera necesitado más espacio para escribirlas, o como si Carmela quisiera que quien las leyera algún día no tuviera que esforzarse para entenderlas.

Vega pasó la página. Las manos le temblaban. No mucho —un temblor fino, de alta frecuencia, que habría diagnosticado como temblor postural fisiológico exacerbado por estrés agudo—, pero lo bastante para que la hoja le bailara entre los dedos.

«He dicho que sí con una condición. Que Vega se vaya. Que la saquen de aquí. Que la lleven lejos, a Santiago, a donde sea, y que no le cuenten nada. Que crezca sin saber lo que hay debajo de los huertos ni lo que le pasó a su madre ni por qué se fue. Que crezca libre. Que sea lo que quiera ser y que nunca, nunca, vuelva a poner los pies en esta aldea.»

«Herbal dijo que sí. Todos dijeron que sí. Firmaron.»

Vega pasó la página y ahí estaba: un folio suelto metido entre las hojas del cuaderno, doblado en tres. Lo desdobló. Era un papel de hilo, amarillento, con un texto escrito a máquina —una Olivetti, por el tipo de letra, por las oes ligeramente elevadas— que decía:

«Yo, Carmela Aneiros Soto, vecina de Boca del Monte, municipio de Candín, provincia de León, declaro mi voluntad libre de entregarme a la tierra para el beneficio de la comunidad. Pongo como condición única e irrenunciable que mi hija Vega Aneiros sea sacada de la aldea antes de la plantación y criada fuera de ella sin conocimiento de los hechos. Firmado en Boca del Monte a 14 de agosto de 1997.»

Debajo, la firma de Carmela. Y debajo de la firma de Carmela, siete firmas más. Vega reconoció la de Herbal por la H mayúscula

con un rabo ornamental, de maestro de escuela. Las demás eran trazos irregulares, algunos apenas legibles: Suso, Flor, Rosalía, y tres nombres que no conocía.

No estaba la firma de Bieito. Bieito tenía diecisiete años en 1997. Nadie le pidió que firmara. Nadie le contó.

Dejó el documento encima del cuaderno. El cuaderno encima de la mesa. Las manos encima de las rodillas. Se quedó muy quieta.

En su cabeza, la neuropsicóloga y la hija de Carmela estaban teniendo una discusión a gritos en la que ninguna de las dos levantaba la voz.

La neuropsicóloga decía: este es un documento producido por una comunidad cerrada con creencias delirantes compartidas, probablemente inducidas por la ingesta crónica de un compuesto psicoactivo presente en los frutos y en el licor. Carmela, tras años de exposición, adoptó la creencia del grupo y firmó un documento que no tiene validez legal ni sentido racional. Lo que los vecinos llaman «plantarse» es, con toda probabilidad, una metáfora ritualizada para un proceso de aislamiento voluntario, retiro comunitario, o en el peor de los casos, una forma de eutanasia consentida seguida de enterramiento en la parcela familiar. No hay evidencia de que las personas «plantadas» estén vivas bajo la tierra. La temperatura del suelo, el pulso y los frutos son fenómenos biológicos con una explicación que no requiere cuerpos humanos enterrados.

La hija de Carmela decía: el fruto sabe a su caldo.

Y eso era todo. Eso era lo que la neuropsicóloga no podía archivar, clasificar ni desmontar con diagnósticos diferenciales y condicionales protectores. El fruto que crecía en el huerto trasero de la casa de Carmela sabía al caldo que Carmela hacía los domingos, con el laurel de más y el pimentón al final, y ese sabor no era genérico, no era aproximado, no era «parecido a»: era el sabor exacto, y ese sabor salía de la tierra, y en esa tierra, según el cuaderno que Vega tenía delante, su madre se había metido voluntariamente en agosto de 1997.

El monte recuerda lo que tú olvidaste.

Más que frase, era descripción operativa. El monte —la red, el organismo, lo que fuera que hubiera debajo de los huertos—

almacenaba lo que los plantados tenían dentro: recuerdos, sabores, la forma en que alguien preparaba un caldo un domingo de hace veinte años. Y lo devolvía. A través de los frutos, a través del calor, a través del pulso que Vega sentía cada noche en el suelo de la cocina.

Carmela no se había ido a Santiago. Carmela se había metido debajo de un huerto.

Entonces, ¿quién la crió?

Se levantó de la silla con un movimiento brusco que tiró el vaso de agua. El agua se derramó sobre la mesa y empapó la esquina del cuaderno y Vega lo cogió y lo secó con el trapo y lo apretó contra el pecho como se aprieta algo que no puedes dejar caer, y se quedó de pie en la cocina, descalza sobre la pizarra caliente, con el cuaderno de su madre contra las costillas y una pregunta que no tenía respuesta o que tenía una respuesta tan grande que no cabía en la cocina.

Si Carmela se plantó en agosto de 1997, la mujer que la sacó de la aldea y la llevó a Santiago y la crió no era Carmela.

Pero era Carmela. Vega la recordaba. Recordaba su cara, su voz, su forma de andar, la marca de nacimiento en el cuello, el gesto de apartarse el pelo de la frente que hacía cuando estaba concentrada. No era una impostora. No era una desconocida. Era su madre.

A no ser que la fecha estuviera mal. A no ser que Carmela hubiera escrito «1997» en la lista pero no se hubiera plantado ese año. A no ser que se hubiera echado atrás.

Vega abrió el cuaderno por las últimas páginas. Las que no había leído todavía.

La letra era distinta.

No distinta como la de otra persona. Distinta como la de la misma persona escribiendo desde un sitio diferente. Las letras eran más grandes, más temblorosas, con un trazo que presionaba demasiado en algunos puntos y apenas tocaba el papel en otros, como si la mano que escribía no tuviera control fino sobre la presión. Las líneas no seguían la pauta: subían y bajaban, se torcían, se montaban unas sobre otras.

«Estoy aquí.»

Dos palabras. Torcidas, grandes, escritas con una presión que había dejado surco en el papel.

«Estoy aquí y no es como dijeron. No es dormir. No es estar tranquila. Es otra cosa. No hay oscuridad. Hay calor y hay algo que se mueve y me toca y entra y yo no puedo moverme pero puedo pensar y puedo sentir y puedo oír el huerto arriba, los pasos de alguien, los pájaros.»

La letra se degradaba a lo largo de la página, como si cada línea le costara más que la anterior. Las palabras se separaban de forma irregular, algunas pegadas, otras con huecos enormes entre ellas.

«Le dijeron a Herbal que me trajera el cuaderno. Que lo bajara. Que yo pudiera escribir. Herbal lo trae cada mes. Me lo pone en las manos. Yo escribo a oscuras. No sé si se entiende lo que escribo. No sé si alguien lo va a leer.»

Vega se sentó en el suelo.

No fue una decisión. Las rodillas cedieron y se sentó, con la espalda contra la pared y el cuaderno en el regazo y la pizarra caliente debajo y las manos temblando y los ojos secos porque lo que sentía era demasiado grande para el llanto, era algo que ocupaba todo el espacio disponible dentro del cuerpo sin dejar hueco para las reacciones normales.

Pasó la página.

«Vega se fue. Herbal me lo dijo. Dice que la llevaron a Santiago. Que una vecina de Candín la recogió y la va a criar como suya. Dice que está bien. Dice que no sabe nada. Que es lo que yo pedí. Que es lo que firmé.»

«Echó de menos. Escribo su nombre para que no se me olvide: VEGA. Mi hija se llama Vega.»

Debajo, con una letra que ya apenas era letra, que era más gesto que grafía, una línea sola que Vega tuvo que acercar a la luz de la ventana para descifrar:

«A veces puedo hacer que el huerto dé algo para ella. Un sabor. Algo que le guste. No sé si lo sabrá. No sé si vendrá. Le digo al monte que se acuerde de mi hija. El monte se acuerda de todo.»

Y después, en las últimas tres páginas, la escritura ya no era escritura. Eran trazos. Líneas que querían ser letras y no llegaban,

que subían y bajaban por el papel como el electrocardiograma de algo que se apaga. Vega reconoció una palabra suelta —«quién»—, otra más adelante —«niña»—, y al final, en la última página que tenía algo escrito, con un trazo tan débil que parecía hecho con el dedo y no con un bolígrafo:

«mía»

Una palabra. La última que Carmela escribió. La rúbrica de una mente que se disolvía y que, antes de apagarse del todo, necesitó poner en un papel una sola cosa: que la niña era suya.

Vega cerró el cuaderno.

Se quedó sentada en el suelo de la cocina con la espalda contra la pared y las rodillas contra el pecho y el cuaderno apretado entre las dos cosas. No lloró. No se movió. No escribió nada en su cuaderno clínico de tapas negras. Se quedó ahí, con el calor del suelo subiéndole por las piernas y el olor dulce envolviéndola y el pulso debajo de la pizarra latiendo con la misma cadencia de siempre —tres segundos, contracción, expansión, tres segundos—, y pensó en el caldo que sabía a domingo y en la mujer que la crió en Santiago y en si esa mujer era su madre o no era su madre o era su madre pero no del todo o era otra persona con la cara de su madre y en las mil preguntas que salían de esa pregunta como raíces de un tronco que crece hacia abajo.

No tenía respuestas. Tenía un cuaderno con la letra de su madre degradándose de página en página como un grito que se va apagando. Tenía una lista de nombres que correspondían a parcelas y las parcelas correspondían a huertos y los huertos producían frutos y los frutos sabían a los recuerdos de gente que, si el cuaderno decía la verdad, llevaba décadas enterrada viva debajo de la tierra.

Tenía que hablar con Herbal.

Tenía que hablar con Herbal, pero antes tenía que llamar a Olivia, porque eran las ocho de la noche y Olivia estaba a cuatrocientos kilómetros en un piso de Santiago viviendo su vida de nueve años sin saber que su abuela no había muerto en una residencia de Ourense sino que llevaba veintinueve años debajo de un huerto en los Ancares, y Vega necesitaba oír su voz, necesitaba oír a alguien que no supiera nada de todo esto, alguien que le

hablara de arañas que nadan y de profesoras injustas y de pasta asquerosa, alguien que la anclara a la superficie.

Cogió el teléfono. La señal tenía una barra. Marcó.

—¡Mamá! ¿Sabes qué? Hoy he aprendido a decir «gracias» en seis idiomas. Bueno, cinco y medio, porque en japonés no estoy segura de que me haya salido bien. ¿Tú sabes japonés?

—No.

—Nadie sabe japonés. Es injusto. Los japoneses sí saben japonés, claro, pero el resto del mundo no y eso me parece una falta de consideración global.

Vega cerró los ojos. Se apretó el teléfono contra la oreja. La voz de Olivia entraba por el auricular como algo caliente y desordenado que no cabía en un solo canal, que se desbordaba, que ocupaba más espacio del que le correspondía y no pedía permiso.

—Mamá, ¿estás ahí?

—Estoy aquí.

—Suenas rara otra vez.

—Estoy cansada.

—Siempre dices que estás cansada. ¿El pueblo te cansa?

—Un poco.

—Pues vuelve. —Lo dijo con la simplicidad aplastante de los nueve años, donde los problemas tienen la forma de sus soluciones: si el sitio te cansa, te vas; si la comida no te gusta, no la comes; si echas de menos a tu madre, la llamas—. Vuelve y ya está.

—Pronto, cariño. Ya queda poco.

—¿Cuánto es pronto?

—Unos días.

—Unos días es mucho. —Pausa—. Te echo de menos, mamá. La casa huele raro sin ti.

Vega apretó los ojos. El nudo de la garganta era una cosa física, un objeto con masa y volumen que le bloqueaba el paso del aire.

—Yo también te echo de menos, bichito. Mucho.

—¿Más que mucho?

—Más que mucho.

—Bien. Eso es lo correcto. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches.

Colgó. Se quedó con el teléfono en la mano y el cuaderno de Carmela en la otra y los pies descalzos en el suelo caliente y pensó que Olivia tenía razón: vuelve y ya está. Coge el cuaderno, mete la caja de latón en la maleta, arranca el coche si arranca o baja andando si no arranca y vuelve a Santiago y llama a la policía o a la Guardia Civil o a quien sea y cuenta lo que has encontrado y deja que otros se encarguen de saber si hay cuerpos debajo de los huertos y por qué la tierra está caliente y qué son los frutos y qué le pasó a Carmela.

Vuelve.

Pero para volver tenía que soltar el suelo caliente. Tenía que ponerse los zapatos. Tenía que dejar de comer frutos que sabían a su madre. Tenía que aceptar que el caldo y el ColaCao y la leche con miel no eran recuerdos: eran sobornos. Y tenía que aceptar que la sensación de estar siendo sostenida que sentía cada noche tumbada sobre la pizarra de la cocina no era consuelo: era el mismo mecanismo que había convencido a Carmela de meterse debajo de la tierra.

Se puso los zapatos.

Se los quitó.

Se sirvió un dedo de licor y se lo bebió de pie, mirando por la ventana el huerto de su madre, y el calor bajó por la garganta y le aflojó lo que el cuaderno le había apretado y pensó mañana, mañana hablo con Herbal, mañana le pongo el cuaderno en la mesa y le pregunto qué coño hicisteis con mi madre, mañana.

Se fue a la cama con el cuaderno debajo de la almohada.

Durmió seis horas. Sin pesadillas. Sin despertares.

El monte cuidaba de los suyos.

8

La pregunta

Lo esperó a que viniera él.

No fue un cálculo ni una estrategia. Fue algo más parecido al instinto de una profesional que ha hecho centenares de entrevistas difíciles y sabe que la posición importa: no es lo mismo ir a buscar a alguien que dejar que venga. Si vas a su casa estás pidiendo. Si viene a la tuya estás recibiendo. Y Vega necesitaba recibir, no pedir, porque lo que iba a poner encima de la mesa no era una pregunta sino un cuaderno con la letra de su madre degradándose de página en página y un documento firmado por siete personas que seguían vivas y que comían a su lado y le traían filloas y le ofrecían licor.

Herbal vino a las diez de la mañana, como todas las mañanas desde que Vega había llegado. Traía el periódico atrasado bajo el brazo y un gesto que era mitad costumbre y mitad vigilancia, el de un hombre que pasa a ver cómo va algo que ha puesto en marcha y que necesita supervisar sin que se note la supervisión.

La puerta estaba abierta. Vega estaba sentada a la mesa con el cuaderno de Carmela delante, cerrado, con la lata de Fontaneda al lado y dos tazas de café puestas. Una para ella, que ya estaba fría. Otra para él, que humeaba.

Herbal entró. Vio la lata. Vio el cuaderno. Se detuvo un paso dentro de la puerta con el periódico todavía bajo el brazo y durante un segundo —Vega lo cronometró mentalmente, porque eso hacía, cronometrar las reacciones de la gente cuando veían algo que no esperaban ver— su cara no se movió. Ni sorpresa, ni alarma, ni la microexpresión de quien es pillado en falta. Solo una quietud atenta,

evaluativa, como la de un ajedrecista que mira el tablero después de que el otro haya movido.

Después dejó el periódico en la encimera y se sentó.

—Has encontrado la caja —dijo, cogiendo el café.

—He encontrado la caja.

Herbal dio un sorbo. El café estaba a la temperatura exacta, porque Vega lo había preparado hacía tres minutos, calculando el tiempo que Herbal tardaba en subir desde su casa, y ese detalle —que ella hubiera preparado café caliente para la persona a la que iba a confrontar— le produjo una incomodidad que no supo colocar. Hospitalidad como inercia. O como trampa. O como la costumbre de una profesional que siempre ofrece agua a sus pacientes antes de la sesión difícil.

—¿Lo has leído todo?

—Todo lo que se puede leer. Las últimas páginas son… —Vega buscó la palabra. No la encontró. Las últimas páginas eran un derrumbe en tinta, la desintegración de una caligrafía que había sido firme y disciplinada hasta convertirse en garabatos y después en trazos y después en una sola palabra que no era palabra sino grito—. Son difíciles.

—Lo sé. Fui yo quien le bajaba el cuaderno.

La frase cayó sobre la mesa como un objeto pesado. Herbal la había soltado sin énfasis, sin drama, con el tono de quien dice «fui yo quien arregló la gotera» o «fui yo quien le daba de comer al gato.» Un dato. Una función. Algo que había que hacer y que él hacía porque alguien tenía que hacerlo.

Vega abrió el cuaderno por la primera página. La lista. Giró el cuaderno hacia Herbal, como se gira un expediente hacia un paciente para que vea lo que dice su informe.

—Cinco nombres. Cinco fechas. Cinco parcelas. El último nombre es el de mi madre.

—Sí.

—La fecha es 1997. El año que nos fuimos.

—El año que te fuiste tú. Tu madre no se fue.

Silencio. El reloj de pared de la cocina —un reloj de péndulo que no funcionaba, que Vega no había tocado porque no le parecía suyo

— colgaba inmóvil sobre la cabeza de Herbal, con las agujas paradas en las cuatro y veinte de algún día de algún año que ya no importaba. Fuera, los cencerros de las vacas de Suso hacían su ruido metálico e irregular.
—Cuéntamelo —dijo Vega.
—¿Qué parte?
—Toda.

Herbal dejó el café en la mesa. Se miró las manos, que hoy estaban entre medias: ni la garra cerrada de los días malos ni la flor abierta de cuando el licor hacía efecto. Los dedos a medio camino, como la conversación.
—No puedo contarte toda la parte en un café, Vega. Es más grande que un café. —Levantó los ojos. Tenía los iris de un marrón claro, casi miel, que en otra cara habrían sido cálidos y que en la suya eran otra cosa: atentos. Midiendo—. Lo que puedo decirte ahora es que el cuaderno dice la verdad. Tu madre firmó. Nadie la obligó. Nadie le mintió. Sabía exactamente lo que estaba haciendo y por qué lo hacía.
—Se metió debajo de la tierra.
—Se entregó al monte. Que no es lo mismo.
—Es exactamente lo mismo, Herbal. Se metió debajo de la tierra y vosotros la tapaisteis y ahora hay un huerto encima que produce tomates en febrero y frutos que me saben al caldo que ella hacía los domingos.

La voz le había subido medio tono. No gritaba —Vega no gritaba, no era su forma de funcionar, el control era el suelo que pisaba y sin él se caía—, pero el medio tono estaba ahí, afilando las consonantes, estrechando las vocales, y Herbal lo notó porque inclinó la cabeza medio grado hacia un lado, como un animal que detecta una frecuencia.
—El caldo —dijo Herbal, y algo le cambió en la cara. No ternura exactamente. Algo más incómodo: reconocimiento—. Le salía muy bueno. Con el laurel de más.
—No me hables de su caldo.
—Tú has sacado el tema.

—Yo he sacado el tema porque esos frutos saben a algo que solo mi madre sabía hacer, y si lo que este cuaderno dice es verdad, la razón por la que saben así es que ella está debajo de la tierra produciendo ese sabor con lo que le queda de consciencia. —La voz bajó. No porque se calmara, sino porque lo que iba a decir era demasiado grande para gritarlo—. ¿Es eso lo que está pasando, Herbal? ¿Mi madre está debajo de mi huerto?

Herbal no desvió la mirada. Vega le concedió eso: no le esquivó los ojos. Se quedó ahí, sentado a la mesa de la mujer que había enterrado veintinueve años atrás, mirando a la hija de esa mujer con una expresión que era, si Vega leía bien —y leer expresiones era literalmente su trabajo—, una mezcla de alivio y de peso, como alguien que suelta una maleta que ha cargado demasiado tiempo.

—Sí.

Una sola palabra. Sin explicación, sin contexto, sin el colchón retórico que Herbal solía poner debajo de todo lo que decía. Sí.

Vega cerró los ojos. Los abrió.

—¿Está viva?

—No como tú entiendes la palabra.

—¿Está viva, Herbal?

—El cuerpo sigue ahí. La red lo mantiene. El corazón late, los pulmones respiran, las células se renuevan. Pero la mente… —Se tocó la sien con el índice—. La mente es lo que el monte consume. Lo que alimenta los huertos, los frutos, todo esto. Y después de veintinueve años, lo que queda de la mente de tu madre es… poco. Los últimos apuntes del cuaderno lo dicen mejor que yo.

Los últimos apuntes. Las letras que se deshacían. El «quién» suelto entre garabatos. El «niña» a medio camino de ningún sitio. El «mía» final, apretado contra el papel como un puño que no quiere soltar lo último que tiene.

—¿Y la mujer que me crió?

Herbal se pasó la mano por la cara. El gesto de alguien que lleva mucho rato conteniendo algo y necesita un segundo para reorganizarse.

—Tu madre negoció. Dijo que sí con la condición de que tú te fueras y no supieras nada. Nosotros cumplimos. Una vecina de Candín,

prima lejana de Flor, te recogió y te llevó a Santiago. Carmela le dio instrucciones: el colegio, el médico, la ropa, los gustos. Todo apuntado en una libreta que tu madre preparó antes de plantarse.
—Pausa—. Esa mujer te crió como suya. Adoptó el nombre de Carmela para los papeles del colegio, para el médico, para todo. Para que tú no notaras el cambio.
—Noté el cambio.

Lo dijo sin pensarlo. Salió de un sitio que no era la cabeza: de un cajón del cuerpo que llevaba treinta años cerrado y que la frase de Herbal abrió como una llave a la que se le ha gastado la espera. Noté el cambio. Claro que lo noté. Tenía nueve años y de un día para otro la mujer que la arropaba olía distinto, cocinaba distinto, le ponía la mano en la frente para ver si tenía fiebre con los dedos equivocados —los de su madre eran más finos, más frescos, con las uñas siempre cortas porque decía que las uñas largas no sirven para nada que merezca la pena—, y Vega lo notó y no dijo nada porque tenía nueve años y las cosas que notan los niños de nueve años se quedan sin nombre cuando los adultos no les dan uno.
—La demencia —dijo Vega.
—¿Qué demencia?
—La de la residencia. La mujer que murió en la residencia de Ourense hace tres semanas con un diagnóstico de deterioro cognitivo que no encajaba en ninguna categoría clínica. Esa mujer no era mi madre.

Herbal negó con la cabeza.
—Era Consuelo. La prima de Flor. Te crió desde los nueve hasta que tú te independizaste, y después se quedó sola, y cuando empezó a fallar la trajimos a la residencia porque ya no podía vivir por su cuenta y tú creías que era tu madre y no podíamos decirte la verdad sin contarte todo lo demás.

Vega asintió. Lo hizo despacio, no porque estuviera de acuerdo sino porque la cabeza necesitaba moverse para que el cuerpo no se quedara completamente rígido. Consuelo. La mujer que la crió, que la llevó al cole, que le hacía la cena, que le firmaba las notas, que le tomó la fiebre con los dedos equivocados. No era su madre. Nunca

fue su madre. Su madre estaba debajo de un huerto a cuatrocientos kilómetros, alimentando tomates con lo que le quedaba de mente.
—Tu madre era una mujer muy generosa, Vega. —Herbal dijo la frase que había dicho el segundo día, la de los frutos y las filloas y la sonrisa de maestro viejo, pero ahora sonaba distinta. Ahora tenía peso. Ahora significaba lo que significaba—. Dio todo lo que tenía para que tú pudieras irte.
—No me digas que fue generosa. Fue un sacrificio. Hay una diferencia.
—Aquí no.

Herbal se sirvió más café. Lo hizo con la calma de un hombre que ha estado esperando esta conversación durante meses —o años, o décadas— y que ahora que ha llegado no tiene ninguna prisa en terminarla. Dio un sorbo. Dejó la taza. Se recostó en la silla.
—Quieres que te lo cuente todo de golpe. No funciona así. No porque yo quiera dosificarlo, sino porque hay cosas que no se entienden si no se ven. —Se inclinó hacia delante—. Dame unos días. Déjame enseñarte lo que hay debajo. La cueva, la red, los filamentos. Lo que tu madre decidió y lo que eso significa. Después de verlo, si quieres irte, te vas. Nadie te lo va a impedir. Nunca le hemos impedido a nadie que se fuera. —Pausa—. Tu madre no se fue porque se lo impidiéramos. Tu madre se quedó porque decidió quedarse.
—Mi madre se quedó porque os la metisteis debajo de un huerto.
—Tu madre se quedó porque entendió lo que iba a pasar si no lo hacía. Y decidió que el precio de no hacerlo era peor.

Vega cogió el cuaderno. Lo cerró. Lo metió en la lata. Cerró la lata.
—¿Qué precio, Herbal?
—El que ya has visto. Las aldeas que se mueren. Los pueblos vacíos. La gente que se va porque la tierra deja de dar y el frío entra y los pozos se secan y los hijos se van a Madrid o a Barcelona y los viejos se quedan solos muriendo de a poco en casas que se caen a pedazos. —Señaló la ventana. Fuera, la niebla tapaba el monte pero no los huertos, que seguían ahí, verdes, absurdos, vivos—. Eso es lo

que pasa cuando el monte no recibe. La aldea se muere. Como todas las de alrededor.

—Las aldeas de alrededor se mueren porque la gente joven se va y el gobierno las abandona. No porque un monte mágico deje de alimentarlas.

—Las dos cosas son ciertas —dijo Herbal—. Y la segunda no quita la primera.

Se levantó. Las rodillas le crujieron con un sonido de madera seca. Se abotoné el botón superior del jersey, que llevaba desabrochado, y el gesto fue tan cotidiano, tan de viejo que se prepara para salir al frío, que por un segundo Vega olvidó que estaba hablando con un hombre que había enterrado viva a su madre.

—Dame unos días —repitió—. Déjame enseñarte. Después decides.

—¿Decidir qué?

Herbal la miró desde la puerta. El rectángulo de luz gris le recortaba la silueta y la niebla de fuera le difuminaba los bordes, y durante un instante pareció menos una persona y más una forma, algo que pertenecía al paisaje igual que los castaños y los muros y las bocas de la tierra.

—Lo que quieras hacer con lo que sabes.

Se fue.

Se quedó sentada un rato que no midió.

El café se enfrió. La luz de la ventana cambió dos veces de ángulo, lo que significaba que había pasado al menos una hora, quizás más. No se movió. No abrió el cuaderno clínico. No hizo llamadas. Se quedó con las manos en la mesa, una a cada lado de la lata de Fontaneda, y los pies descalzos en el suelo caliente, y la cabeza procesando lo que acababa de oír con la misma lentitud insoportable con la que un ordenador viejo carga un archivo demasiado grande.

Su madre estaba debajo del huerto. Su madre había firmado un documento. Su madre la había hecho sacar de la aldea para que no viera lo que iba a pasar. La mujer que la crió no era su madre sino una prima de Flor que se llamaba Consuelo y que había asumido el nombre de Carmela y sus costumbres y su casa y su hija como quien

asume un turno en un trabajo que alguien ha dejado vacante. Los frutos sabían al caldo de Carmela porque Carmela estaba debajo produciendo ese sabor con los restos de una consciencia que llevaba veintinueve años disolviéndose.

Cada uno de esos hechos, por separado, era procesable. Vega podía coger cada uno, darle vueltas, mirarlo con la distancia clínica que usaba para los casos más difíciles de su consulta —los pacientes con delirios sistematizados, los que habían construido una realidad alternativa tan coherente que costaba encontrar la costura— y archivarlo en una categoría. Juntos no. Juntos formaban algo que no cabía en ningún archivo porque la implicación final era insoportable.

Si Carmela estaba debajo del huerto y seguía produciendo el sabor de su caldo y el olor dulce de la casa y el calor del suelo y el pulso que Vega sentía por las noches, entonces Carmela no estaba muerta. Estaba siendo consumida. Despacio, durante décadas, como una vela que arde desde dentro. Y Vega llevaba una semana comiendo frutos y bebiendo licor que estaban hechos de su madre.

Se levantó. Fue al fregadero. Vomitó.

No salió mucho. El café, una bilis amarilla, algo claro que podía ser jugo de fruto o podía ser agua. El cuerpo se contrajo tres veces con la eficiencia mecánica de un reflejo que no consulta con la voluntad, y después paró, y Vega se quedó agarrada al borde del fregadero con la boca abierta y los ojos cerrados y un sabor a hierro y a ácido que le borró por un momento el recuerdo del caldo.

Se enjuagó la boca. Se lavó la cara.

Miró la botella de licor en la encimera. La botella que Herbal le había traído. El licor hecho de frutos hechos de gente. De su madre.

La cogió. La abrió. La volcó sobre el fregadero.

El licor salió espeso, lento, con ese color de miel de castaño y ese olor dulce que ahora significaba otra cosa, y el fregadero se llenó de ámbar y Vega apretó la botella hasta que el último hilo cayó y la botella quedó vacía y el fregadero olía a monte y a algo orgánico que el agua del grifo no se llevaba por más que corriera.

Se apoyó contra la encimera. Respiró.

Bien. Eso estaba bien. No más licor. No más frutos. No más comer cosas que crecen de la mente disuelta de personas

enterradas en huertos. Se iba a ir de aquí. Iba a bajar andando si hacía falta, con la lata de Fontaneda en la mochila, y en Vega de Espinareda iba a llamar a la Guardia Civil y les iba a enseñar el cuaderno y el documento firmado y les iba a decir que debajo de los huertos de una aldea en los Ancares había cuerpos humanos mantenidos en estasis por un organismo subterráneo y que—

Se detuvo.

Se oyó a sí misma. Oyó lo que iba a decirle a la Guardia Civil. Cuerpos humanos. Organismo subterráneo. Estasis. Frutos que saben a recuerdos.

Cerró los ojos.

Nadie la iba a creer. No sin pruebas. No sin un cuerpo que enseñar, un análisis que presentar, un experto que la respaldara. Iba a llegar a un cuartel con los ojos hinchados, una lata de galletas con un cuaderno manuscrito y una historia que sonaba exactamente como lo que suena: el delirio de una mujer en duelo agudo que ha pasado una semana aislada en una aldea de montaña comiendo sustancias de origen desconocido.

Ella misma, si una paciente le contara esto, pediría un ingreso para observación.

Abrió los ojos.

El fregadero todavía olía a licor. La botella vacía estaba en la encimera. Y en el huerto, visible a través de la ventana, los frutos de la mañana brillaban en las bocas del muro como órganos expuestos al aire, y debajo de los frutos estaba la tierra y debajo de la tierra estaba su madre, y Vega estaba descalza sobre la pizarra que cubría todo eso, y el calor le subía por las plantas de los pies con la misma constancia de siempre, como si nada hubiera cambiado.

Porque nada había cambiado. Lo que Herbal le había contado no era información nueva: era el nombre de algo que Vega ya sabía. Llevaba una semana sintiéndolo. El pulso, el calor, los frutos, el sabor del caldo. Su cuerpo lo sabía antes que su cabeza, igual que Herbal le había dicho: el cuerpo tiene su propia memoria, más vieja, más terca. Y la memoria de su cuerpo le decía que debajo de este suelo había algo que la reconocía. Algo que producía un sabor exacto para ella. Algo que, si el cuaderno no mentía, la recordaba.

El monte recuerda lo que tú olvidaste.

Y lo que Vega había olvidado —o lo que le habían borrado a los nueve años, o lo que ella misma había encerrado en el agujero de seis meses que tenía en la infancia— era esto: que su madre no se fue. Que su madre se quedó. Que su madre estaba aquí, debajo de esta cocina, debajo de este suelo, latiendo.

A las nueve salió al escalón de la puerta para buscar señal.

Tardó cuatro intentos. La niebla se había cerrado otra vez y la barra del teléfono aparecía y se iba como el último aliento de algo que agoniza, pero al quinto intento la llamada entró y la voz de Olivia llegó con un desfase de medio segundo que convertía cada frase en un eco levemente dislocado, como hablar con alguien que está un poco más lejos de lo que debería.

—Mamá, pregunta. ¿Los árboles sienten dolor?

De todo lo que Olivia podía haber preguntado, eligió eso.

—No lo sé, bichito.

—Porque en el cole hemos visto un documental de un señor que dice que los árboles se comunican por las raíces. Que tienen una red debajo de la tierra y se mandan mensajes. ¿Eso es verdad?

Vega se apretó el teléfono contra la oreja. La niebla le mojaba la cara y los pies descalzos sobre la piedra del escalón estaban helados por primera vez en días, porque la piedra de fuera no estaba caliente como la de dentro, porque la piedra de fuera no tenía nada debajo que la calentara.

—Es verdad. Se llama micorriza. Los hongos conectan las raíces de los árboles entre sí y comparten nutrientes.

—O sea que los árboles se hablan.

—De alguna manera, sí.

—¿Y qué se dicen?

—No lo sabemos. No es un lenguaje como el nuestro. Es más… químico. Señales.

—Ah. —Pausa. El cerebro de Olivia procesando a la velocidad de los nueve años, que es más rápida que la de cualquier adulto porque no tiene que desmontar lo que ya cree antes de montar lo nuevo—. ¿Y si están pidiendo ayuda y nadie les entiende?

Vega no pudo contestar.

No porque no tuviera respuesta. Porque la pregunta de Olivia le había dado de lleno en un sitio que no estaba protegido, un punto blando entre lo que sabía y lo que sentía, y la imagen que le vino no fue la de un documental de árboles sino la de las últimas páginas del cuaderno de Carmela: trazos que querían ser letras. Una mente pidiendo ayuda a través de un medio que no estaba diseñado para comunicar lo que ella necesitaba decir. Un grito traducido a garabato.

—Mamá, ¿estás llorando?

—No.

—Suenas como si estuvieras llorando.

—Es la señal, bichito. Se oye mal.

—Vale. —Olivia no insistió. A los nueve años se aprende cuándo la madre miente y cuándo vale la pena dejarla—. ¿Mamá?

—Dime.

—¿Cuándo vuelves? De verdad. No «pronto.» De verdad.

Vega miró la niebla. El monte que no se veía detrás. La aldea que no se veía alrededor. Las luces de los vecinos que no se veían pero que estaban ahí, encendidas, once puntos de calor en una montaña oscura, once personas que sabían lo que había debajo y vivían encima y comían de ello y callaban.

—Unos días más. Necesito hacer una cosa antes de irme.

—¿Qué cosa?

—Una cosa de la abuela.

—Pensaba que la abuela estaba muerta.

La frase fue como una piedra en un estanque. Circular, exacta, irrefutable. Los niños dicen las cosas así: sin intención de herir y con una puntería que ningún adulto alcanza.

—Sí, bichito. La abuela está muerta. Pero me ha dejado unas cosas y tengo que ocuparme de ellas.

—Vale. Pero no tardes. —Pausa—. Te quiero, mamá.

—Te quiero, Olivia.

Usó su nombre completo. No «bichito», no «cariño», no ninguno de los diminutivos blandos que funcionaban como amortiguadores entre la emoción y la palabra. Olivia. Cuatro sílabas que pesaban todo lo que Vega tenía arriba, todo lo que la ataba a la superficie,

todo lo que un coche de vuelta a Santiago y una vida con consulta y cole y pasta asquerosa significaba.

Colgó.

Entró en la casa. Cerró la puerta. Se quedó de pie en la cocina con el teléfono en la mano y la lata de Fontaneda en la mesa y la botella vacía en la encimera y el fregadero que todavía olía a licor.

Había dicho «unos días más.» No «me voy mañana.» No «voy a denunciar lo que he encontrado.» No «esto es un crimen y vosotros sois cómplices.» Había dicho unos días más, porque había aceptado la oferta de Herbal sin darse cuenta de que la estaba aceptando: dame unos días, déjame enseñarte, después decides.

Podía irse mañana. Podía bajar andando con el cuaderno y la lata y buscar ayuda. Pero si se iba mañana no vería lo que Herbal quería enseñarle. No vería la cueva, ni la red, ni los filamentos. No sabría cómo funcionaba. No entendería por qué su madre dijo que sí.

Y necesitaba entenderlo.

No como neuropsicóloga. No como investigadora ni como denunciante ni como nada que pudiera ponerse en un cuaderno con tapas negras y letra profesional. Como hija. Necesitaba saber por qué Carmela había firmado ese papel. Qué había visto, qué le habían dicho, qué le habían ofrecido que fuera lo bastante grande como para meterse debajo de la tierra y dejar a su hija de nueve años con una desconocida.

Se sentó a la mesa. Abrió su cuaderno clínico. Quiso escribir algo. Lo que fuera. Un diagnóstico, una hipótesis, un plan de acción. Lo que escriben los profesionales cuando el mundo se desordena y la única forma de no ahogarse es ponerlo en palabras.

Escribió una sola línea:

«Mi madre está debajo del huerto.»

Cerró el cuaderno.

Miró la botella vacía. Miró la encimera donde había estado. El cerco húmedo que el licor había dejado al caer, una marca circular en la madera vieja, como un ojo.

Se levantó. Fue al huerto. Era de noche y no se veía nada pero los frutos brillaban en la oscuridad con ese resplandor tenue, rosado,

que tenían cuando no había otra luz, como brasas blandas. Cogió uno. Pequeño, del tamaño de un huevo, duro todavía, sin madurar.

Lo sostuvo en la mano. Caliente. Pulsando.

Lo dejó en la grieta.

Lo cogió otra vez.

Se lo llevó a la boca. Lo mordió. El sabor del caldo le llenó la lengua y cerró los ojos y por un segundo fue domingo en Santiago y su madre estaba en la cocina y la olla humeaba y todo estaba entero.

Se tragó el fruto.

Subió a la cama con el cuaderno de Carmela debajo de la almohada y su propio cuaderno en la mesilla y una línea escrita en cada uno que decía la misma cosa con distinta letra y el mismo dolor.

9

La red

Herbal la llevó al monte al día siguiente, temprano, con la niebla todavía pegada a las copas de los castaños y el suelo de la pista blando de la helada que se deshacía.

No le avisó de que iban a ir. Apareció a las ocho con las botas de goma y un chubasquero verde que le quedaba grande y le dijo «vamos» y echó a andar hacia arriba sin esperar a que ella dijera que sí, con esa autoridad suave de los maestros viejos que saben que si te dan tiempo para pensarlo probablemente digas que no.

Vega cogió el abrigo y lo siguió.

El camino salía por detrás de la casa de Rosalía, que estaba en la puerta con las manos metidas en los bolsillos de una bata acolchada, mirándolos pasar con la inexpresividad de una piedra. No los saludó. Herbal no la saludó. Fue un intercambio de miradas que duró medio segundo y que contenía algo —una confirmación, una pregunta, un permiso— que Vega registró sin poder descifrar.

Subieron durante veinte minutos por un sendero que se perdía entre los castaños. El bosque era más viejo de lo que parecía desde abajo: los troncos tenían el diámetro de mesas de comedor, con la corteza negra y agrietada y unas raíces que salían de la tierra como tendones de algo enorme que se hubiera quedado dormido debajo del suelo y asomara los nudillos. El musgo lo cubría todo. No solo las piedras y la base de los árboles: también las ramas bajas, el suelo del sendero, los restos de un muro que debió ser una linde y que ahora era una línea de piedras cosidas de verde. Olía a tierra húmeda, a descomposición vegetal, a la respiración lenta y constante de un bosque que lleva siglos haciendo las mismas cosas.

Y debajo de todo eso, el olor dulce. Más fuerte aquí que en la aldea. Más concentrado, como si la fuente estuviera más cerca.

Herbal caminaba delante sin hablar. Sus botas se hundían en el barro con un sonido de succión y el chubasquero le rozaba las piernas a cada paso con un frufrú rítmico que era lo único que rompía el silencio del bosque. No miraba atrás para comprobar si Vega seguía. Daba por hecho que sí.

A los veinte minutos se desvió del sendero hacia la derecha, entre dos castaños tan juntos que había que pasar de lado, y bajó por una pendiente de hojas podridas hasta un claro que no era un claro sino una depresión del terreno, un hundimiento del suelo como si algo debajo hubiera cedido, y en el centro de esa depresión había una boca.

No una fisura pequeña como las del muro del huerto. Una boca de verdad. Un agujero de metro y medio de ancho en la roca viva del monte, con los bordes lisos, redondeados por el agua o por el uso o por algo que los había ido puliendo desde dentro, y de ella salía un aliento tibio y dulce que Vega notó en la cara a tres metros de distancia, como el vaho de una boca humana en un día de frío.

Herbal se paró al borde.

—Esto es una de las bocas grandes. Hay cuatro en esta ladera del monte. Son las que comunican la superficie con lo de abajo.

—¿Lo de abajo?

—Lo de abajo.

Se agachó con un esfuerzo que le sacó un gruñido de las rodillas, encendió una linterna que sacó del bolsillo del chubasquero —una linterna de mano, de las gordas, con la carcasa de goma amarilla y una luz potente que cortó la oscuridad del agujero como un bisturí— y empezó a bajar.

Había escalones. No tallados: formados, como si la roca hubiera cedido en escalones naturales o como si algo los hubiera moldeado a fuerza de repetición, del mismo modo que los pies de mil peregrinos moldean la piedra de una catedral. Herbal bajó cuatro, cinco, seis escalones y se giró hacia Vega con la linterna apuntando hacia abajo.

—Ven.

Vega bajó.

La temperatura cambió en los primeros tres metros. Fuera hacía cuatro o cinco grados, el frío cortante de febrero en los Ancares. Dentro, después del sexto escalón, hacía algo que no era frío ni calor sino una tibieza constante, envolvente, como estar dentro de un cuerpo. El aire era denso, húmedo, con una presión sutil que Vega notó en los oídos igual que se nota al bajar un puerto de montaña. Y el olor era el olor. El mismo de los frutos, el de la niebla, el del suelo de la cocina. Pero aquí no era un fondo ni un matiz: era todo. Saturaba el aire hasta el punto de que cada respiración era sabor además de oxígeno, un sabor dulce y orgánico y caliente que se pegaba al paladar y a las fosas nasales y que tenía la densidad de algo masticable.

Los escalones terminaron en un pasadizo bajo —Vega tuvo que agacharse, Herbal no porque la edad le había quitado tres centímetros de estatura y los que le quedaban cabían justo— que se abría después de diez metros a una cámara.

Herbal se detuvo en la entrada y movió la linterna despacio, de izquierda a derecha, iluminando la cámara por secciones en pasadas lentas.

Vega vio las paredes primero.

Roca. Caliza gris, húmeda, con vetas de algo más oscuro que podía ser pizarra o podía ser otra cosa. Normal hasta ahí. Pero la roca no estaba desnuda. Sobre su superficie, pegados a ella como las venas de un brazo se pegan al músculo, corrían filamentos.

Cientos de ellos.

Eran del grosor de un cable eléctrico, los más finos, y del de una muñeca, los más gruesos. De un color que no era exactamente blanco ni exactamente rosa sino algo intermedio, como la carne de un pescado crudo visto a contraluz. Recorrían las paredes de la cámara en todas direcciones, ramificándose, uniéndose, cruzándose, formando una red que cubría la roca del suelo al techo como un sistema circulatorio expuesto. En algunos puntos se agrupaban en haces densos que parecían cables de tendido eléctrico; en otros se separaban en filamentos individuales tan finos que parecían hilos de seda pegados a la piedra.

Pulsaban.

No todos a la vez. Una onda de contracción recorría la red en oleadas lentas, de arriba abajo, como las olas de un estadio vistas desde arriba: un grupo de filamentos se contraía, el movimiento pasaba al grupo siguiente, y al siguiente, y así hasta recorrer toda la pared, y un segundo después empezaba otra vez. La frecuencia era la misma que Vega había sentido en el suelo de la cocina: cada tres segundos. El pulso.

Herbal le dejó tiempo.

No habló. No explicó. Se quedó de pie con la linterna apuntando a las paredes y la dejó mirar, con la paciencia de alguien que sabe que lo que está enseñando no necesita comentario. Vega giró sobre sí misma, despacio, siguiendo los filamentos con los ojos, trazando su recorrido por las paredes, por el techo, por el suelo donde se hundían en la roca o en la tierra y desaparecían hacia abajo, hacia algo más profundo que esta cámara, hacia una extensión que Vega no podía ver pero que intuía por la forma en que los filamentos convergen: todos iban hacia el mismo sitio. Todos bajaban.

—¿Qué es?

Lo dijo en voz baja, no por respeto sino porque el lugar pedía voz baja del mismo modo que una iglesia o un quirófano o la habitación de un enfermo la piden: hay espacios que reducen el volumen de quien entra.

—No tiene nombre —dijo Herbal—. O tiene demasiados. Los viejos lo llamaban de una forma, los de antes de otra. Yo lo llamo la red, que es lo más parecido a lo que es.

—¿Cuánto hay de esto?

—Rosalía dice que kilómetros. Toda la sierra, puede ser. Esto que ves es una sala pequeña, una terminal. Como una estación de metro: lo que pasa por aquí viene de muy lejos y va más lejos todavía.

Vega se acercó a la pared. El calor que irradiaban los filamentos le llegó primero a la cara y después a las manos, un calor húmedo, de organismo, como ponerse cerca de un caballo o de un perro grande que acaba de correr. A veinte centímetros distinguía las venas dentro de cada filamento: una red de conductos más finos que los propios filamentos, por los que circulaba un líquido claro,

lento, visible a través de la piel translúcida como la sangre se ve a través de la muñeca cuando la pones al sol.
—No es vegetal —dijo Vega.
—No.
—Ni fúngico.
—No.
—¿Qué es, entonces?

Herbal se sentó en una roca que había junto a la entrada de la cámara, una piedra lisa que tenía la forma de un asiento, como si alguien se hubiera sentado ahí mil veces y la piedra hubiera cedido a la costumbre.
—Algo anterior. Anterior a las plantas, a los hongos, a los animales, a todo eso. No piensa, no quiere nada, no tiene voluntad ni plan ni crueldad. Pero crece. Y para crecer necesita alimentarse.
—¿De qué?
—De lo que hace que una persona sea esa persona y no otra. —Herbal se miró las manos, que a la luz de la linterna parecían más viejas, más usadas, con las venas marcadas bajo la piel , una réplica diminuta de lo que cubría las paredes—. Los recuerdos. Las emociones. La identidad. Lo que tú llamas consciencia y lo que yo llamo… —Hizo un gesto vago con la mano, un gesto que abarcaba la cueva, el monte, todo—. Lo que somos, Vega. Se alimenta de lo que somos.

Se quedaron en silencio. El pulso de los filamentos llenaba la cámara con un sonido que no era exactamente sonido —no tenía frecuencia audible, no vibraba el aire— sino una presencia rítmica que se sentía en el pecho y en las sienes y en el estómago, como estar cerca de un subwoofer que emite por debajo del rango humano: no lo oyes, pero tu cuerpo sabe que está ahí.

Vega se agachó junto a la base de la pared, donde los filamentos más gruesos se hundían en la tierra. Sacó el móvil. Le hizo fotos. El flash iluminó la red con un destello blanco que les quitó el color y los hizo parecer huesos, como un esqueleto extendido sobre la roca, y Vega pensó que eso era exactamente lo que eran: el esqueleto de algo. Su sistema de soporte. La estructura sobre la que se construía lo demás.

—Puedes tocarlos —dijo Herbal.

Vega lo miró.

—No muerde —repitió, y la frase era la misma que había usado con el fruto hacía cuatro días, la misma cadencia, la misma sonrisa contenida, y Vega pensó que Herbal llevaba toda la vida diciendo «no muerde» a la gente que entraba en esta cueva por primera vez.

Alargó la mano.

Tocó un filamento. Uno medio, del grosor de un dedo meñique, que corría horizontal a la altura de su cintura. La superficie era lisa, tibia, con la firmeza elástica de un tendón. No estaba húmeda exactamente: tenía una película de algo que no era agua sino una sustancia más densa, más oleosa, que se quedó en la yema de los dedos de Vega con un brillo claro. Y estaba vivo. Lo supo al tocarlo igual que sabes que una persona duerme y no está muerta cuando le pones la mano en el pecho: había algo dentro que se movía, que circulaba, que respondía.

El filamento reaccionó al contacto. No se contrajo ni se apartó: pulsó. Un latido extra, fuera de ritmo con la onda general, como un corazón que da un vuelco. Un pulso para ella.

Y después vino la descarga.

No fue eléctrica. No fue dolor. No fue nada que tuviera un equivalente en la experiencia de Vega ni en los miles de páginas de neurología que había leído a lo largo de su carrera. Fue un recuerdo.

Pero no suyo.

Una cocina. Azulejos blancos con cenefa azul, de los de los años cincuenta, con juntas oscurecidas por décadas de vapor y grasa. Una ventana pequeña con cortinas de vichy. Un fogón de hierro con dos quemadores y una cafetera de aluminio encima, puesta al fuego, con el agua empezando a gorgotear. Sol entrando por la ventana, espeso, de media mañana, con partículas de polvo flotando en el haz. Y una mujer de espaldas, joven, con el pelo oscuro recogido en un pañuelo de tela estampada, moviendo algo en un cazo mientras cantaba.

Vega la oyó cantar. No con los oídos: con otro sitio, un lugar interior que no sabía que tenía, como si la canción le llegara a través de las yemas de los dedos y del filamento y de la red y de la tierra

hasta un receptor del cerebro que no figuraba en ningún atlas neuroanatómico. La mujer cantaba una copla que Vega no conocía, en gallego, con una voz que no era bonita pero sí segura, una voz de alguien que canta porque está sola y porque la cocina está caliente y porque el café va a estar listo en un minuto y eso es suficiente.

Duró tres segundos. Quizás cuatro.

Vega soltó el filamento.

La cocina desapareció. La mujer desapareció. La copla se cortó a mitad de una frase que tenía algo que ver con un río y con un puente y con alguien que esperaba al otro lado. Vega estaba en la cueva otra vez, de rodillas, con la mano suspendida en el aire a dos centímetros del filamento y los dedos todavía calientes del contacto y un olor a café de aluminio que no existía en esta cámara pero que era tan nítido que podría haberlo señalado en el aire con el dedo.

Miró a Herbal.

—Esa era Visitación —dijo Herbal—. Lleva ahí desde el 51.

Su voz era suave. No compasiva exactamente. Más bien la voz de alguien que ha visto esa reacción muchas veces y sabe que no hay forma de suavizarla porque no es una reacción a algo terrible sino a algo verdadero, y lo verdadero no se puede amortiguar.

Vega se miró la mano. La yema del índice tenía la sustancia oleosa del filamento, clara, con un reflejo irisado como gasolina en agua. Olía al olor dulce. Y debajo, muy debajo, tan tenue que podía ser memoria o podía ser real, olía a café de aluminio.

—He visto… una cocina. Una mujer. Cantaba.

—Visitación cantaba mucho. Decían que se sabía todas las coplas de O Courel y que se inventaba las que no sabía. —Herbal sonrió. Una sonrisa que no era de un hombre que muestra un horror sino de un hombre que recuerda a una vecina—. Tenía una voz como un grajo, pero a ella le daba igual. Cantaba hasta freír un huevo.

—Estoy… he sentido un recuerdo que no es mío.

—Has sentido lo que queda de ella. Lo que la red conserva mientras la procesa. Visitación lleva setenta y cinco años ahí dentro y todavía canta, de alguna forma. Cada vez menos. Cada vez más lejos. Pero canta.

Se sentó en el suelo de la cámara. No eligió sentarse: las piernas le dijeron que ya no querían sostenerla y ella les hizo caso. La roca estaba caliente, como todo aquí, y los filamentos más cercanos a su cuerpo pulsaron con un ritmo que parecía acelerarse ligeramente al tenerla cerca, , acelerándose al tenerla cerca.

Herbal no se movió de su piedra.

—¿Los plantados… —Vega tragó. La palabra se le atascó. La repitió —. ¿Los plantados sienten?

—Al principio sí. Los primeros meses, según Rosalía, están ahí. Piensan, sienten, oyen lo que pasa arriba. Algunos producen frutos que tienen sabores muy concretos, como mensajes. Tu madre hacía eso: frutos que sabían a su caldo, a su leche con miel. Era su forma de decir que estaba ahí. —Pausa—. Después se va difuminando. Los recuerdos se sueltan. La identidad se adelgaza. Al cabo de diez, veinte años, lo que queda es… menos. Un eco. Una forma. Visitación ya casi no es Visitación. Es una cocina con una copla.

—¿Y mi madre?

La pregunta salió con un temblor que Vega no pudo controlar. No en la voz: en el aire. Como si la cámara misma hubiera vibrado al oírla.

Herbal la miró.

—Tu madre lleva veintinueve años. Lo que queda de ella es… poco. El cuaderno te lo dice. Los últimos frutos que produce son más débiles, más genéricos. Todavía saben a algo, pero ya no es el caldo de antes. Es un sabor a… presencia, más que a recuerdo concreto. Como un perfume que se queda en una habitación horas después de que la persona se haya ido. —Se tocó la rodilla. Le crujió—. Eso es lo que pasa con el tiempo, Vega. La red lo extrae todo. Lo convierte en energía, en calor, en lo que alimenta los huertos. Y lo que queda del plantado se va haciendo más pequeño hasta que un día no queda nada y la parcela deja de producir y hay que…

No terminó la frase.

No hacía falta. Vega la terminó sola: hay que plantar a otro.

Salieron de la cueva a mediodía.

La luz de fuera era una agresión. Después de la tibieza constante de la cámara, el frío de febrero le golpeó la cara como una mano

abierta, y los ojos tardaron un minuto en ajustarse a la claridad gris del bosque. Vega parpadeó, se frotó los brazos, y se dio cuenta de que tenía las manos heladas excepto la yema del dedo que había tocado el filamento, que seguía caliente, como si el contacto hubiera dejado un residuo térmico que no se enfriaba.

Bajaron sin hablar. El sendero estaba más blando que a la subida —la escarcha se había deshecho del todo y las hojas del suelo eran una masa parda y resbaladiza— y Vega caminó con cuidado, mirando dónde ponía los pies, concentrada en la mecánica del descenso para no tener que concentrarse en nada más.

A medio camino, Herbal se paró junto a un castaño enorme, de esos que necesitan cuatro personas para abrazarlos, y le puso la mano en el tronco. La corteza era negra, rugosa, con surcos profundos que parecían cicatrices.

—Este castaño tiene quinientos años. Puede que más. —Habló sin mirar a Vega, mirando el árbol, con la voz que usaba cuando contaba algo que le importaba de verdad y no algo que convenía que ella supiera—. Cuando lo plantaron, los Reyes Católicos todavía no habían llegado a Granada. Lleva cinco siglos sacando castañas de esta tierra, respirando este aire, bebiendo de esta agua. Y sigue aquí. ¿Sabes por qué?

—Porque los castaños viven mucho.

—Porque el monte lo alimenta. —Herbal le dio una palmada al tronco como quien palmea el lomo de un caballo viejo—. La red llega hasta sus raíces. No lo consume, como a los plantados. Lo nutre. Le da más de lo que la tierra le daría sola. Por eso este castaño tiene quinientos años y los de las laderas de enfrente, que están a un kilómetro, duran cien o ciento cincuenta y después se secan.

—No es lo mismo. Un árbol y una persona no son lo mismo.

—No. Un árbol no tiene recuerdos que dar. Pero Vega —y al decir su nombre, la voz de Herbal cambió de tono medio grado, del registro de maestro al de algo más parecido a un padre o a un confesor—, los plantados no sufren. No están ahí abajo gritando. Están… disolviéndose. Despacio. Como un terrón de azúcar en agua caliente. No duele. Se va.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los frutos que producen no saben a dolor. Saben a caldo de domingo. Saben a café con leche. Saben a lo que esa persona tenía de bueno. Si sufrieran, los frutos sabrían a sufrimiento. Y no saben así.

Era un argumento que no habría sobrevivido un minuto en un paper académico. Era un argumento que, en esta montaña, con el dedo todavía caliente del filamento y el eco de la copla de Visitación en algún rincón del cerebro que Vega no sabía nombrar, tenía un peso que ningún paper podía tener.

Llegaron a la aldea a la una. Herbal se fue a su casa sin despedirse, como alguien que ha hecho lo que tenía que hacer y no necesita confirmación de que lo ha hecho bien. Vega entró en la casa de Carmela, se quitó las botas, se sentó a la mesa y puso las manos sobre la madera con las palmas hacia arriba.

La yema del índice derecho seguía caliente.

Se la acercó a la nariz. El olor oleoso del filamento se había mezclado con el olor de su propia piel, y el resultado era algo nuevo: un olor que era mitad monte y mitad Vega, como si el contacto hubiera creado una sustancia que no pertenecía ni al organismo ni a ella sino a la zona donde se tocaban.

Cerró los ojos. Intentó convocar el recuerdo de la cocina de Visitación: los azulejos, la cenefa azul, la cafetera de aluminio, el sol, la copla. Lo recordaba con una nitidez que no era normal para un recuerdo ajeno experimentado durante tres segundos. Podía ver las juntas oscurecidas entre los azulejos. Podía oler el café. Podía sentir la temperatura del sol en la piel que no era su piel sino la de Visitación, un sol de verano, denso, de los que calientan las casas de piedra hasta bien entrada la noche.

Un recuerdo que no era suyo almacenado en su cerebro con la calidad de algo vivido.

Lo que la red hacía con los plantados —extraer, conservar, procesar consciencia— también lo hacía, en miniatura, con quien la tocaba. Le había dado un fragmento de Visitación a cambio de tres segundos de contacto. Un trueque mínimo. Una muestra gratis.

Abrió el cuaderno clínico. Escribió rápido, sin pensar en la estructura, sin la disciplina de los informes. Escribió como alguien

que necesita vaciar algo antes de que se asiente.

«He tocado la red. He recibido un recuerdo ajeno a través del contacto dérmico con un filamento. Duración: 3-4 seg. Contenido: escena completa con imagen, sonido, olor, temperatura. Correspondencia con persona identificada (Visitación, plantada 1951). El recuerdo persiste con alta fidelidad 2h después del contacto. Interpretación fisiológica: desconocida. Posible transferencia de información codificada en compuestos bioactivos presentes en la superficie del filamento, absorbidos por vía transdérmica, con activación de circuitos de memoria a través de un mecanismo que no existe en ninguna literatura que yo conozca.»

Hizo una pausa. Se mordió el labio.

«Nota: la experiencia no fue desagradable. Fue…»

Dejó la frase sin terminar. No encontró la palabra. O la encontró y no quiso escribirla, porque la palabra que le vino fue «íntima» y escribir «íntima» en un cuaderno clínico sobre la experiencia de recibir el recuerdo de una mujer muerta a través de un organismo subterráneo era cruzar una línea que Vega todavía no estaba preparada para cruzar.

Cerró el cuaderno.

Se descalzó. El suelo estaba caliente. El pulso, ahí, tres segundos, contracción, expansión, constante, conocido. Y ahora, con la imagen de la cueva fresca en la cabeza y la yema del dedo todavía tibia y el olor a café de aluminio de Visitación flotando en algún rincón de la memoria, el pulso significaba otra cosa.

No era un fenómeno geológico. No era una anomalía. Era el latido de algo que contenía a su madre y a Visitación y a Encarna y a Pepe O Roxo y a Manolo O Ferreiro, y que los conservaba y los consumía al mismo tiempo, y que producía el calor que le calentaba los pies y los frutos que sabían a lo que más le dolía perder.

Y ese algo la había reconocido. Cuando tocó el filamento, pulsó para ella. Un latido extra, fuera de ritmo. Un saludo. O un tanteo. O el equivalente biológico de oler algo nuevo que te interesa.

Vega se quedó de pie en la cocina, descalza, con las manos colgando y la cabeza llena de Visitación cantando en una cocina de los años cincuenta, y pensó que lo que acababa de ver en la cueva

no era un horror. Era un horror y era otra cosa a la vez. Era un sistema que funcionaba. Que producía. Que cuidaba a los suyos —a los de arriba con comida y medicina, a los de abajo con calor y tiempo— y que pedía a cambio algo que, si de verdad no dolía, si de verdad era un disolverse lento como azúcar en agua caliente, no era tan distinto de lo que hace la tierra con cualquier cuerpo que muere y la naturaleza descompone y el suelo convierte en nutriente para lo que viene después.

Era una versión extrema, acelerada, consciente, de lo que pasa en cualquier cementerio.

La diferencia era que en un cementerio el muerto no siente.

Y aquí sí.

Al menos al principio.

Se sirvió un vaso de agua. Mientras lo bebía miró por la ventana al huerto. Los frutos de la tarde brillaban en las bocas del muro con su resplandor rosado de siempre. El más grande estaba justo debajo de la ventana, a la altura de los ojos, gordo, maduro, con la piel tirante y las venas visibles.

Sabía a qué iba a saber si lo mordía.

No lo mordió.

Esa noche cenó el pan y el queso que quedaban en la nevera, sin frutos, sin licor, sin nada que viniera del monte. Llamó a Olivia, que le contó que había inventado un idioma nuevo con Lúa que se llamaba «lunático» y que tenía ochenta palabras de las cuales setenta eran insultos, y Vega se rio con una risa que le costó un esfuerzo que Olivia no podía ver y que fue, por esa razón, la risa más agotadora que había hecho en su vida.

Durmió mal. Sin el licor, sin los frutos, el insomnio de tres semanas volvió a medio gas: se despertó a las cuatro con el pecho apretado y la mandíbula dura y la lista de Carmela pasándole por la cabeza sin pausa.

Se quedó tumbada mirando el techo.

A las cuatro y media bajó a la cocina. Se sentó en el suelo. Puso las manos en la pizarra caliente.

El pulso la encontró y ella lo dejó.

10

El mecanismo

Herbal vino a las tres de la tarde con una bolsa de plástico del mercadillo de Vega de Espinareda, que alguien debía de haber subido en coche meses atrás, porque el logotipo estaba descolorido y las asas se deshacían. Dentro traía castañas asadas que había hecho en la lumbre de su cocina, envueltas en papel de periódico viejo, y una botella de vino que no era del monte sino de un supermercado, con etiqueta y todo, un mencía de El Bierzo que costaba cuatro euros en cualquier estante.

Puso las castañas en la mesa. Dejó el vino al lado. Se sentó.
—No es de los frutos —dijo, señalando la botella—. Es vino de tienda. Por si te importa.

Le importaba. Vega no había comido frutos desde la noche anterior y el cuerpo se lo estaba cobrando: el dolor de cabeza había vuelto a medio gas, un zumbido sordo detrás de los ojos que no era el dolor de antes pero se le parecía, y los hombros habían subido dos centímetros durante la noche, como si los músculos recordaran su posición de siempre y hubieran aprovechado la ausencia del licor para volver a casa.

Abrió el vino. Sirvió dos vasos. La garnacha sabía a garnacha: áspera, simple, sin la profundidad de una gota del licor, sin el calor que baja y abre y afloja. Vino normal. El contraste le dijo más sobre lo que había estado bebiendo durante una semana que cualquier análisis de laboratorio.
—Me debes una explicación —dijo Vega.
—Te debo varias. —Herbal peló una castaña con los dedos, que hoy funcionaban a medias: los pulgares bien, el índice derecho

agarrotado, el izquierdo doblado en un ángulo que a Vega le habría dolido mirar si no fuera porque llevaba una semana viendo cómo esos mismos dedos se abrían y cerraban según el nivel de licor en sangre—. ¿Por dónde quieres empezar?

—Por cómo funciona.

Herbal asintió. Se comió la castaña. Masticó despacio, con esa lentitud suya que podía ser artritis mandibular o podía ser la pausa calculada de alguien que ordena lo que va a decir.

—Mi padre me lo contó cuando yo tenía diecisiete años. A él se lo contó su padre. Y a su padre, el suyo. No sé cuántas generaciones lleva esto, Vega. Más de las que nadie puede contar. La aldea no tiene archivo ni registro ni nada que se parezca a una historia escrita. Lo que hay es lo que se pasa de boca a boca, y las bocas mienten, y olvidan, y adornan. Pero el fondo es siempre el mismo.

Peló otra castaña. La cáscara crujió entre los dedos como un hueso pequeño.

—Debajo del monte hay algo vivo. Tú lo viste ayer. La red, los filamentos, lo que sea. Nadie sabe qué es ni cómo llegó ni cuánto lleva ahí. Rosalía cree que es anterior a los árboles. Yo creo que es anterior a casi todo. No es un bicho. No es una planta. No tiene ojos ni boca ni nada que se parezca a lo que tú y yo entendemos por un ser vivo. Pero crece. Y lo que crece necesita comer.

—Eso ya me lo dijiste ayer. Que se alimenta de consciencia.

—De lo que hace que tú seas tú y no otra persona. De los recuerdos, de las emociones, de la forma en que piensas, de lo que sientes cuando hueles el caldo de tu madre. De eso. No sé el nombre técnico. No creo que lo tenga.

Vega dio un trago de vino. El mencía le dejó un regusto ácido que era lo contrario del licor: donde el licor ablandaba, el vino raspa. Le vino bien.

—Explícame el proceso. Desde que alguien decide plantarse hasta que la parcela produce.

Herbal se recostó en la silla. Le crujió la espalda. Fuera, el cielo estaba gris como todos los días y la niebla se arrastraba por los huertos con esa lentitud de animal viejo que ya no necesita correr porque todo lo que quiere está cerca.

—Se elige un sitio. Una parcela que esté cerca de las bocas, porque la red necesita acceso directo. Se cava un hoyo. Metro y medio de profundidad, más o menos. Rosalía lo supervisa: ella es la que sabe dónde están los filamentos más gruesos, dónde la conexión va a ser mejor. —Hablaba como un fontanero que describe una instalación. Sin misterio. Sin pompa. La voz del hombre que ha visto esto varias veces y lo ha integrado en su repertorio de cosas que se hacen, como podar los castaños o limpiar la acequia—. La persona se tumba en el hoyo. Se le da una infusión para que esté tranquila, para que el cuerpo no luche. No duerme: está despierta. Pero relajada. Y se la tapa.

—Con tierra.

—Con tierra. —Herbal la miró como si la interrupción fuera innecesaria, como si estuviera claro que se tapaba con tierra y no con mantas ni con esperanza—. Los filamentos la encuentran en cuestión de horas. Buscan el calor del cuerpo, o la humedad, o algo que nosotros no podemos medir. Entran por la piel. Primero los finos, los que parecen hilos. Después los gruesos. En unas semanas han reemplazado los vasos sanguíneos principales. En unos meses están dentro de todo: músculos, nervios, huesos. El cuerpo sigue funcionando, pero ya no funciona solo. Funciona con la red.

Vega cogió una castaña. No la peló. La apretó en la mano. Necesitaba algo sólido, algo con textura y resistencia, algo que su mano pudiera agarrar mientras la cabeza procesaba lo que estaba oyendo.

—¿Y la mente?

—La mente es lo que la red quiere. El cuerpo es el envase. La mente es el alimento. —Herbal buscó las palabras con el cuidado de un hombre que sabe que las que elija van a quedarse en la cabeza de quien las oiga durante mucho tiempo—. Los primeros meses, el plantado piensa con claridad. Oye lo que pasa arriba: los pasos, las voces, la lluvia en el tejado. Puede producir frutos con sabores concretos, como mensajes. Tu madre hacía eso. Al principio, cada fruto del huerto sabía a algo distinto: un día a caldo, otro a leche con miel, otro a ese guiso de castañas que hacía por Navidad. Era su forma de hablar.

La castaña crujió en la mano de Vega. Se había cerrado sin darse cuenta.

—¿Y después?

—Después la red empieza a extraer. Despacio. Como decirte: no es un tirón, no es un robo. Es más parecido a… —Se rascó la nuca. Vega reconoció el gesto: era el suyo propio, el gesto que hacía cuando algo la inquietaba. Los gestos se contagian en las comunidades cerradas. El rascarsey la nuca era de Herbal o de Carmela o de alguien anterior, y Vega lo había heredado sin saberlo —. ¿Tú sabes cómo se hace el queso?

—¿Qué?

—El queso. Se coge la leche, se le echa el cuajo, y el cuajo separa lo sólido de lo líquido. El sólido es el queso. El líquido es el suero. El cuajo no rompe nada: reorganiza. Aparta lo que tiene estructura de lo que fluye.

—Y la red es el cuajo.

—Algo así. La red separa lo que la persona tiene de… sólido —la identidad, los recuerdos, lo que la mantiene siendo ella— de lo que fluye. Y lo que fluye va a la red. Y la red lo convierte en calor, en frutos, en lo que alimenta los huertos.

—¿Y lo sólido?

—Lo sólido se va quedando cada vez más pequeño. Como un queso al que le quitas capas. Al principio es entero: tiene forma, tiene bordes, tiene sabor. Al cabo de diez años es un trozo. Al cabo de veinte, una esquina. Al cabo de treinta…

No terminó.

—Una palabra —dijo Vega.

Herbal la miró.

—Lo último que mi madre escribió en el cuaderno fue una palabra. «Mía.» Al cabo de treinta años, eso es lo que le quedaba. Una palabra.

El silencio que siguió tenía la densidad de algo físico. Herbal cogió el vaso de vino y lo sostuvo sin beber, mirando el líquido oscuro, y Vega vio en su cara algo que no había visto antes: algo que podía ser vergüenza o podía ser pena o podía ser la mezcla concreta de las dos cosas que siente alguien que ha participado en

algo que no puede justificar del todo aunque lleve décadas intentándolo.

—Tu madre fue la persona más fuerte que conocí —dijo Herbal—. Y lo último que le quedó fue saber que tenía una hija.

Vega se levantó de la silla. No porque quisiera irse sino porque su cuerpo necesitaba estar de pie para lo que venía, necesitaba la verticalidad como una forma de no ceder.

—¿Cuánto dura el proceso? De principio a fin.

—Depende. Manolo O Ferreiro, el primero de la lista, duró casi cuarenta años. Era un hombre terco. Dicen que los tercos duran más, que la red tarda más en separarles las cosas porque se agarran fuerte. —Un asomo de sonrisa que no llegó a cuajar—. Visitación lleva setenta y cinco. Es un récord. Pero Visitación ya no es casi nada: una cocina y una copla, como viste ayer. Pepe O Roxo duró veinticinco. Tu madre lleva veintinueve.

—¿Y cuánto le queda?

Herbal dejó el vaso.

—Poco. Rosalía dice que la parcela está bajando de rendimiento. Los frutos son más pequeños, el calor del suelo ha bajado medio grado en el último año. El licor que se saca es menos potente. —Se frotó las manos. El índice agarrotado le crujió con un ruido que le contrajo la cara un instante—. Cuando el plantado se agota, la parcela muere. Los frutos dejan de crecer. El calor se va. La tierra vuelve a ser tierra normal.

—Y entonces qué.

—Entonces hay que plantar a otro. O la aldea se muere.

Lo dijo como se dice que hay que cambiar el aceite del coche o que hay que arreglar el tejado antes del invierno. Con la naturalidad de lo inevitable, de lo que no admite negociación porque no es una decisión sino una condición del sitio donde vives.

Vega volvió a sentarse. Las piernas le pesaban como si la gravedad hubiera aumentado durante los últimos diez minutos.

—¿Cuántas veces has hecho esto, Herbal?

—¿Plantar a alguien?

—Plantar a alguien.

Herbal contó con los dedos. Los que le funcionaban.

—Tres. Pepe, en el 68. Yo era joven, tenía veintitrés, me tocó cavar. Encarna, en el 89. Y tu madre, en el 97. Para Manolo y Visitación yo no había nacido. Me lo contaron.

—Tres personas. Las enterraste vivas. Les echaste tierra encima mientras estaban despiertas y les dejaste unos filamentos de un organismo desconocido que les entró por la piel y les fue sacando la persona de dentro hasta dejarlas vacías. Y lo dices como si fuera un trabajo de temporada.

La voz le salió más fría de lo que pretendía. No con rabia: con algo peor. Con el tono que usaba en la consulta cuando un paciente le contaba una atrocidad con la voz de quien cuenta una anécdota y Vega necesitaba que el paciente oyera lo que estaba diciendo, necesitaba que las palabras le rebotaran como en un espejo.

Herbal no se encogió. No bajó la mirada. Le sostuvo los ojos con la misma quietud con la que le había sostenido todo desde el primer día.

—No es un trabajo de temporada. Es lo más difícil que he hecho en mi vida, las tres veces. Y las tres veces lloré después, a solas, en mi casa, con la puerta cerrada, como un crío. —La voz le tembló un cuarto de tono. Solo un cuarto. Pero Vega lo registró porque registrar temblores de voz era su oficio—. Pero las tres veces fue necesario. Y las tres veces, la persona que se plantó sabía lo que hacía y lo hizo porque quiso.

—Porque la convencisteis.

—Porque la alternativa era peor. —Herbal se inclinó hacia delante. El jersey de lana le colgaba en el pecho con el peso de algo que ha absorbido demasiada humedad—. ¿Tú sabes cómo se muere un pueblo, Vega? No de golpe. No hay un día en que todo se apaga. Se muere como se muere una persona vieja: pierde una cosa, después otra, después otra. El médico deja de subir. El cartero deja de pasar. La escuela cierra. La tienda cierra. Los jóvenes se van. Los viejos se quedan solos con el frío y la humedad y las articulaciones que no funcionan y la farmacia a cuarenta minutos por una pista que en invierno se pone impracticable. Y un día te das cuenta de que llevas tres semanas sin que nadie venga de fuera y de que si te caes en la cocina y te rompes la cadera nadie va a oír el golpe.

Señaló la ventana. La niebla. Los huertos verdes.

—Eso es lo que les pasa a todas las aldeas de esta sierra. A todas menos a esta. Porque esta tiene el monte. Y el monte nos da lo que ningún gobierno ni ninguna política de España vaciada nos ha dado nunca: comida, salud y la posibilidad de quedarnos.

—A cambio de personas.

—A cambio de una persona cada treinta o cuarenta años. Una. A cambio de que once personas, o veinte, o treinta, o las que fueran en los tiempos buenos, puedan vivir con dignidad en un sitio donde nacieron y donde quieren morir.

Vega se quedó callada un rato. El vino se calentaba en el vaso. Las castañas se enfriaban en el periódico. El reloj de péndulo seguía parado en las cuatro y veinte de su día infinito.

Lo que Herbal estaba describiendo no era un pacto con el diablo. No era un ritual oscuro ni una secta ni una locura colectiva. Era, si lo mirabas con la distancia que da el mencía de cuatro euros y treinta años de formación profesional, un sistema de gestión de recursos llevado a su conclusión más extrema. Una comunidad que ha encontrado un recurso que funciona y que tiene un coste, y que administra ese coste con el mismo pragmatismo con el que otras comunidades administran la matanza del cerdo o la quema de rastrojos o la rotación de quien limpia la acequia. Un horror normalizado. Integrado. Funcional.

Y eso era lo peor. Que funcionaba.

—¿Mi madre lo sabía todo antes de firmar?

—Todo. Visitó la cueva. Tocó los filamentos. Habló con Suso, que le contó cómo fue lo de Pepe. Habló con la viuda de Manolo, que ya murió, y la viuda le contó cómo fue la primera vez, en el 32, cuando nadie sabía muy bien qué iba a pasar y Manolo se metió en el hoyo medio borracho diciendo que peor que la guerra no iba a ser.

—¿Y el dolor? ¿Le dijisteis que no iba a doler?

—Le dijimos lo que sabemos: que los frutos que producen los plantados no tienen sabor a sufrimiento. Que los recuerdos que la red conserva son recuerdos buenos. Que Visitación sigue cantando después de setenta y cinco años, que Pepe sigue oliendo a la resina con la que arreglaba las barricas. Que si la experiencia fuera dolor, lo

que sale del monte sabría a dolor, y no sabe así. —Herbal la miró a los ojos—. No te voy a mentir: no sé si duele. No puedo saberlo. Nadie ha vuelto para contarlo. Pero lo que llega arriba no es dolor.
—Eso no es una prueba. Es una inferencia.
—Es lo que tenemos.

La luz de la ventana había cambiado mientras hablaban. La niebla se espesó de golpe, como hacía cada tarde, y la cocina se oscureció medio tono y las sombras de los objetos sobre la mesa se difuminaron hasta desaparecer, y Vega y Herbal se quedaron en una penumbra tibia que olía a castañas, a vino tinto, a la cal vieja de las paredes y, debajo de todo, al olor dulce que no se iba nunca porque venía de abajo, de la fuente, de lo que latía bajo la pizarra.

Herbal se sirvió más vino. Un gesto doméstico. Normal. El gesto de un viejo que tiene sed, no el de un hombre que está a punto de decir algo que cambiará la conversación de sentido.
—Hay algo más que debes saber. —Dejó el vaso sin beber—. La parcela de tu madre se está agotando. Rosalía lleva un año diciéndomelo: los números bajan. La producción baja. Este invierno, los frutos han sido más pequeños que nunca. El licor que destilamos tiene menos potencia. El calor del suelo ha bajado. No mucho, pero baja. —Se pasó la mano por la cara—. Eso significa que lo que queda de tu madre ya no da para alimentar la aldea. Queda un año, quizás dos.
—¿Y después?
—Después esto se acaba. Los huertos se secan. El licor se termina. Las cataratas de Flor vuelven. Mi artritis vuelve. La cadera de Suso vuelve. Y sin frutos, sin licor, sin el calor del suelo, once ancianos en una aldea sin carretera, sin médico, sin tienda y sin futuro se convierten en exactamente lo que son todas las aldeas de alrededor: un sitio donde ir a morirse despacio.
—O alguien se planta.

Herbal no contestó. No hacía falta. La frase flotó entre los dos con el peso de algo que se dice en voz alta por primera vez aunque todo el mundo lo sabe, como cuando alguien en una reunión de familia nombra la enfermedad que todos ven pero nadie menciona.

Vega le sostuvo la mirada.

—¿Por eso me invitasteis? ¿Por eso preparasteis la casa? ¿Por eso el notario me llamó y Flor me trajo guiso y tú apareciste con vino el primer día como si me estuvieras esperando?

Herbal cogió el vaso. Esta vez sí bebió. Un trago largo, con los ojos cerrados, y cuando los abrió tenía la mirada de alguien que ha decidido no esquivar.

—Sabíamos que vendrías. La casa es tuya. El notario hizo su trabajo. Nosotros hicimos el nuestro: preparar la casa, recibirte, dejarte tiempo. —Pausa—. Pero no, Vega. No te invitamos para que te plantes. Te invitamos porque esta es tu casa y la muerte de tu madre —de Consuelo— te iba a traer de vuelta de todas formas. Lo que pase después de que estés aquí no es cosa nuestra. Es cosa tuya.

—Los frutos.

—¿Qué pasa con los frutos?

—Los frutos saben al caldo de mi madre. El primero que comí me supo a su caldo. Eso no es casualidad, Herbal. Eso es un cebo.

Herbal no negó. Se miró las manos. El índice agarrotado le tembló una vez, un tic que podía ser la artritis o podía ser otra cosa.

—Los frutos saben a lo que la persona de abajo produce. El huerto de tu madre produce frutos que saben a ella porque ella está debajo. Es lo que queda de su consciencia convertido en sabor. No es un cebo. Es… lo que es.

—Es un cebo. Sabe a lo que yo más necesito. Me hace llorar, me alivia el dolor de cabeza, me ayuda a dormir. Cada vez que me como uno estoy más enganchada. Lo sabes.

—Lo sé.

Dos palabras que le costaron. Vega lo vio en la forma en que la mandíbula de Herbal se apretó después de decirlas, en el parpadeo extra que hizo, en la mano que fue al vaso y no llegó a cogerlo y volvió a la mesa.

—Los frutos enganchan —dijo Herbal—. El licor más. Es lo que son: una sustancia que altera el cerebro. Tú eres neuropsicóloga, lo sabes mejor que yo. No te voy a decir que no es adictivo porque sería mentira, y ya te he mentido bastante por omisión como para añadir una mentira directa.

Fue lo más honesto que le había dicho. Y lo más peligroso, porque la honestidad de Herbal era un arma más eficaz que su manipulación: cuando admitía una verdad incómoda, todas las demás cosas que decía ganaban credibilidad. Vega lo sabía. Lo sabía porque lo había visto en pacientes que manipulaban a sus terapeutas exactamente así: con dosis calculadas de sinceridad.

Pero también sabía —con la parte de ella que no era terapeuta sino hija, que no analizaba patrones sino que sentía el calor del suelo bajo los pies— que Herbal no estaba fingiendo. El temblor del dedo, la mandíbula apretada, la mirada que no esquivaba: eso no era teatro. Herbal creía lo que decía y le dolía lo que admitía y las dos cosas eran ciertas y eso lo hacía peor, no mejor, porque un manipulador que cree en lo que hace es más difícil de combatir que uno que miente a sabiendas.

Se terminaron el vino y las castañas. No hablaron más del monte ni de la red ni de los plantados. Hablaron de la escuela, de los niños que Herbal había educado, de la vez que una tormenta de nieve aisló la aldea durante tres semanas en el invierno del 83 y los críos hicieron un iglú con el tejado de la escuela y Herbal les dejó dar clase dentro porque la temperatura era mejor que en el aula. Hablaron del padre de Suso, que se plantó en el 68 y que, según Herbal, fue la persona más callada que había conocido en su vida: «en cuarenta años no le oí decir más de cien palabras, y sesenta eran para el ganado.»

Vega escuchó. Dejó que Herbal hablara. No porque le hubiera perdonado nada ni porque la conversación anterior hubiera terminado, sino porque necesitaba ver al hombre que había detrás del administrador del pacto. Necesitaba saber si Herbal era un monstruo que disfrazaba su monstruosidad de sabiduría rural o si era algo peor y más humano: un hombre que había heredado una responsabilidad imposible y que la gestionaba lo mejor que podía con las herramientas que tenía, que eran las de un maestro de escuela rural de los años sesenta, no las de un filósofo moral ni las de un bioético.

Cuando Herbal se fue, a las seis, con el periódico bajo el brazo y las manos metidas en los bolsillos porque el frío de la tarde se las

estaba cerrando, Vega se quedó en la puerta viéndolo bajar por el camino. Caminaba con la postura ligeramente inclinada de los viejos que han trabajado la tierra: la espalda curvada hacia delante, como si el cuerpo recordara la posición de agacharse aunque ya no hubiera nada que recoger.

A mitad de camino se paró. Se quedó de pie un segundo. Dos. Cinco.

Una ausencia. Desde donde estaba, Vega no podía ver sus labios moverse, pero vio la postura: rígida, fija, con los hombros inmóviles y la cabeza orientada hacia el monte. Duró quince segundos. Después Herbal parpadeó, se sacudió un poco como un perro que sale del agua, y siguió caminando.

Vega cerró la puerta.

Esa noche no llamó a Olivia.

No porque no quisiera. Porque la señal estaba muerta, completamente muerta, y después de doce intentos en los que el teléfono le devolvió el silencio con la indiferencia de un aparato que ha dejado de creer en su propia función, lo dejó en la mesa y se sentó en el suelo de la cocina, descalza, con las manos en la pizarra.

El pulso le subió por las palmas.

Sabía lo que era ahora. Sabía que debajo de esa pizarra, debajo de los cimientos, debajo de la tierra, una red de filamentos que no era planta ni animal ni hongo estaba procesando lo que quedaba de la mente de su madre y convirtiéndolo en calor y en frutos y en el olor dulce que le impregnaba la piel y las sábanas y el pelo. Sabía que cada latido que sentía era el ritmo de un metabolismo que se alimentaba de consciencia humana. Sabía que el calor que le calentaba las manos era, en algún sentido que la ciencia que conocía no podía formular, su madre.

Y no apartó las manos.

Se quedó ahí, sentada en el suelo a las diez de la noche, con las manos en la piedra caliente y los ojos cerrados, y dejó que el pulso le entrara por los dedos y le subiera por los brazos y le llegara al pecho, y lo que sintió no fue horror ni asco ni la necesidad urgente de levantarse y huir. Lo que sintió fue la misma cosa que había sentido la primera noche que se tumbó en la pizarra a las tres de la

mañana, antes de saber nada de todo esto: la sensación de estar siendo sostenida por algo.

Ahora sabía qué era ese algo.

Y seguía sintiéndolo.

Eso era lo que Herbal no le había dicho con palabras porque no hacía falta: que saber la verdad no cambiaba la sensación. Que el caldo seguía sabiendo a caldo aunque supieras de dónde venía. Que el pulso seguía sintiéndose como consuelo aunque supieras qué lo producía. Que el monte no necesitaba mentir porque la verdad funcionaba igual de bien.

Abrió los ojos. Se miró las manos sobre la piedra. Las palmas estaban rojas del calor, con las líneas marcadas como un mapa de algo que no sabía leer.

Se levantó. Fue al huerto. La noche estaba cerrada y la niebla cubría todo y los frutos brillaban con su resplandor rosado, el único punto de color en un mundo negro y blanco.

Cogió uno. No el más grande ni el más maduro. Uno pequeño, del tamaño de una ciruela, casi verde todavía, que pulsaba en su mano con la debilidad de un corazón cansado.

Lo mordió.

Sabía a leche con miel. A las noches de invierno en Santiago cuando Vega no podía dormir y Carmela le calentaba un vaso y se sentaba en el borde de la cama y le contaba cosas en voz baja hasta que se le cerraban los ojos. El vaso caliente entre las manos. La voz de su madre. El peso del sueño llegando.

Vega se comió el fruto de pie en el huerto, con la niebla en la cara y los pies descalzos en la tierra caliente que era su madre.

No escribió nada en el cuaderno.

Había dejado de ser la clase de cosa que cabía en un cuaderno.

11

La firma

Volvió al cuaderno por la noche, cuando la aldea se había callado.

La primera vez lo había leído de pie, a trompicones, con el estómago revuelto y la cabeza intentando procesar frases que no tenían sitio donde caer. Ahora lo abrió sentada a la mesa de la cocina, con un vaso de agua al lado y la luz de la bombilla desnuda cayéndole encima, y lo leyó desde el principio con la lentitud de quien sabe que no va a poder leerlo una tercera vez sin romperse.

Porque ahora entendía las palabras. Antes eran datos. Ahora eran carne.

Había visto los filamentos. Había tocado uno y había recibido a Visitación cantando en una cocina con azulejos de cenefa azul. Había sentido la red pulsando contra la palma de su mano. Y había escuchado a Herbal explicar, con la voz de un maestro que describe el funcionamiento de una caldera, cómo los filamentos entran por la piel y reemplazan los vasos sanguíneos y van separando lo sólido de lo líquido hasta que de una persona no queda más que una esquina de queso en un plato vacío.

Ahora podía leer el cuaderno de Carmela como lo que era: no un documento, no un informe, no el delirio de una mujer con tendencia a la paranoia. El diario de alguien que se preparaba para meterse debajo de la tierra.

Las primeras entradas, las de agosto del 89, tenían el tono de alguien que toma notas para sí misma. Carmela escribía como hablaba —o como Vega imaginaba que hablaba, porque en realidad no la recordaba hablar, solo recordaba la voz de Consuelo disfrazada

de Carmela, que no era lo mismo—: frases cortas, sin adornos, con una tendencia a ir al grano que Vega reconoció como propia. Heredada.

«Herbal me llevó a la cueva el martes. Hacía calor dentro. Los filamentos son más grandes de lo que esperaba. Tocar uno es raro: como meter la mano en agua caliente que piensa. No sé explicarlo mejor.»

Vega se paró en la frase. Agua caliente que piensa. Carmela había sentido lo mismo que ella. La misma imposibilidad de nombrar lo que el contacto producía, la misma necesidad de recurrir a una comparación que no funcionaba del todo pero que era lo más cerca que el lenguaje podía llegar.

«Rosalía dice que la red tiene memoria. Que guarda lo que recibe y lo procesa durante años. Que Manolo lleva ahí desde el 32 y todavía produce, aunque poco. Dice que cuanto más rica es la persona —rica de dentro, de experiencia, de cosas vividas— más dura. Que un hombre de ochenta que ha tenido una vida completa da más que uno de treinta que no ha salido de la aldea. No sé si eso es ciencia o fe.»

Pasó varias páginas. Carmela no escribía todos los días: los huecos entre entradas variaban de una semana a un mes. El cuaderno no era un diario de costumbre sino un lugar donde volcaba lo que no cabía en la conversación. Los vecinos no hablaban de esto entre ellos —eso lo decía Carmela en una entrada de septiembre— del mismo modo que no hablaban de la muerte o del sexo o de cualquier otra cosa que todo el mundo sabía y nadie necesitaba nombrar.

«Aquí lo del monte se lleva como se lleva lo de la iglesia: todo el mundo cree, nadie habla, y el que pregunta demasiado es un incordio. Yo soy un incordio. Herbal me lo dice con los ojos cada vez que abro la boca.»

Vega sonrió. No quiso sonreír —no era una situación de sonreír— pero la sonrisa le salió igual, porque la voz de Carmela en el cuaderno tenía un humor seco, una ironía de fondo, que era exactamente el tono que Vega usaba con sus pacientes más

resistentes: la capacidad de mirar algo terrible y describirlo con un medio giro de muñeca que le quitaba el peso sin quitarle la verdad.

Su madre era graciosa. No lo sabía. Consuelo no era graciosa: era amable, era eficiente, era cariñosa a su manera, pero no tenía humor. El humor era de Carmela.

Las entradas de 1989 giraban alrededor de Encarna. Carmela la observaba con la atención de alguien que sabe que está viendo un ensayo general de su propio futuro.

«Encarna ha decidido. No sé cómo lo ha decidido ni qué la ha convencido del todo. Sé que lleva semanas hablando con Rosalía, que es la que entiende la red, y que Rosalía le ha explicado lo que va a pasar con una frialdad que a mí me pondría los pelos de punta pero que a Encarna parece tranquilizarla. Encarna dice que prefiere saber. Que lo peor es la niebla.»

Vega giró la página. La tinta había cambiado: azul oscuro en vez del negro anterior. Carmela debía haber empezado un bolígrafo nuevo.

«El niño tiene ocho años y unos ojos que te hacen daño de lo grandes que son. Se llama Bieito. Juega solo porque aquí no hay más niños de su edad y los mayores ya no juegan. Lo veo desde la ventana de la cocina corriendo detrás de las gallinas del corral y pienso: ¿sabe lo que va a pasar? ¿Le han dicho algo? Encarna dice que no. Dice que cuando se vaya (así lo dice: cuando me vaya, como si fuera un viaje) le dirán que se fue a Ponferrada a cuidar a una tía. Bieito no tiene tía en Ponferrada. Bieito no tiene a nadie fuera de esta aldea. Cuando su madre se meta debajo del huerto, Bieito va a quedarse con un padre que le pega y un pueblo que le miente y nadie a quien preguntarle por qué su madre un día dejó de peinarse el pelo.»

Vega tuvo que parar. No por el contenido, que ya conocía. Por la forma en que Carmela lo contaba. Por esa mezcla de compasión y rabia fría que se sentía en cada frase, como alguien que mira una injusticia y la describe con precisión porque sabe que gritar no serviría de nada.

«Hoy he visto la plantación de Encarna.»

La entrada era de octubre del 89. La letra, igual de firme que siempre, pero Vega notó algo en la presión: el bolígrafo había apretado más en ciertas palabras, dejando surco en el papel, como si la mano necesitara empujar para que salieran.

«Suso cavó. Flor rezó. Herbal preparó la infusión. Encarna se puso el vestido bueno, el azul con las margaritas, que era el que se ponía para la misa de Navidad. Se peinó por última vez: cien pasadas, como siempre, con el cepillo de su abuela. Le brillaba el pelo. Lo llevaba suelto. No se lo recogió. Dijo: quiero que la tierra me lo toque suelto.»

«Se tumbó en el hoyo como quien se tumba en una bañera. Cerró los ojos antes de que empezaran a echar la tierra. No quiso ver. Herbal le puso la mano en la frente y le dijo algo que no oí. Ella sonrió. La tierra le tapó la sonrisa.»

«Me fui a casa. Vomité. Después volví al huerto y me quedé de pie mirando la tierra fresca hasta que oscureció. A las tres de la mañana volví otra vez y la tierra ya estaba caliente.»

Vega puso el cuaderno boca abajo en la mesa. Respiró. La cocina olía a pizarra caliente y a lo de siempre, al olor que ya era parte de la casa como la cal o la madera, y debajo de sus pies descalzos el suelo latía con el ritmo de lo que ahora sabía que había ahí abajo.

Carmela había visto la plantación de Encarna ocho años antes de plantarse ella misma. Había visto la tierra tapar la sonrisa de una mujer de treinta y cuatro años con el pelo suelto y un vestido de margaritas. Había vomitado. Había vuelto a mirar. Y ocho años después había firmado.

¿Cómo se pasa de vomitar a firmar?

El cuaderno tenía la respuesta, desperdigada a lo largo de ocho años de entradas irregulares.

Carmela no pasó de un día para otro. Pasó de mes en mes, de año en año, viviendo sobre la parcela de Encarna, comiendo los frutos que crecían de ella, bebiendo el licor que se destilaba de esos frutos, criando a Vega en una aldea donde todo funcionaba porque debajo de los huertos había gente disolviéndose. Y lo que el cuaderno mostraba —sin que Carmela lo dijera nunca con estas

palabras, porque no era de las que se psicoanalizan— era un proceso que Vega reconoció como profesional: normalización progresiva. La habituación del horror. La forma en que un sistema monstruoso se convierte en paisaje cuando lo miras el tiempo suficiente.

«Noviembre del 91. El huerto de Encarna da unas calabazas que son una cosa absurda. Suso dice que nunca vio nada igual. Las filloas que hace Flor con la harina de castañas del monte tienen un sabor que no es de este mundo, o que es de este mundo pero de la parte de abajo, que a lo mejor es lo mismo. Vega se come tres de golpe y le duele la barriga y yo le digo que no sea burra y ella me dice que no es burra sino eficiente y nos reímos las dos en esta cocina que huele a castañas y a algo dulce que viene del suelo.»

Vega leyó la entrada tres veces. No por la información. Por la última frase. «Nos reímos las dos en esta cocina.» Era un dato mínimo, una frase de nada, pero contenía algo que a Vega le faltaba: un recuerdo de su madre riéndose. No lo tenía. No recordaba haber reído con Carmela. Recordaba haber reído con Consuelo, que se reía con la boca cerrada, un sonido nasal que parecía más cortesía que alegría. Pero la risa de Carmela —la que salía de esta frase como sale el olor de un libro viejo— debía de ser otra cosa. Una risa abierta, de barriga, la risa de una mujer que llama «burra» a su hija de cinco años y se ríe con ella en una cocina que huele a castañas.

El monte recuerda lo que tú olvidaste. Pero no solo el monte. También el cuaderno.

«Marzo del 93. Vega tiene siete años y me ha preguntado por qué las bocas del muro sangran. Le he dicho que no sangran, que es jugo de los frutos. Me ha dicho que parece sangre. Le he dicho que muchas cosas se parecen a otras sin ser lo mismo. No me ha creído. Tiene los ojos de su padre cuando no cree algo: se le achican, como si apretar los ojos le ayudara a ver mejor la mentira.»

Vega se tocó los ojos. No sabía que los achicaba cuando desconfiaba. Nadie se lo había dicho nunca. O sí: Tomás, su exmarido, le dijo una vez que tenía «cara de terapeuta descontenta» cuando creía que le estaban mintiendo, y la descripción incluía algo

sobre los ojos estrechándose. Pero Tomás creía que era un gesto aprendido, profesional. Venía de su padre, no de la formación. Un hombre del que no sabía nada excepto que no estaba y que tenía los ojos pequeños cuando olía una mentira.

«Junio del 95. La parcela de Pepe O Roxo se está agotando. Rosalía lo ha dicho esta mañana en la cocina de Herbal, con la misma cara que pone cuando anuncia que va a llover: sin drama, con datos. Dice que los frutos de Pepe son más pequeños cada temporada, que el calor del suelo ha bajado un grado en dos años, que el licor de su parcela ya no quita dolores como antes. Herbal ha preguntado cuánto queda. Rosalía ha dicho: dos años, tres con suerte. Todos nos hemos mirado. Nadie ha dicho lo que todos estábamos pensando.»

«Septiembre del 95. Se lo están preguntando a la gente. No directamente, no con esas palabras. A la manera de aquí: con rodeos, con insinuaciones, con frases que suenan a otra cosa si no sabes escuchar. Herbal le preguntó ayer a Suso si se había planteado 'hacer algo por el pueblo'. Suso le dijo que arregla más cosas que todos los demás juntos. Herbal no insistió. Pero yo sé lo que quería decir y Suso también.»

«Febrero del 96. Nadie quiere. Suso no quiere. Los hermanos del arroyo no quieren. Bieito tiene veinticinco años y está tan borracho que no serviría: Rosalía dice que un cerebro con alcohol no rinde, que la red necesita material limpio. Los del matrimonio mayor dicen que están dispuestos pero Rosalía dice que son demasiado viejos, que a su edad la consciencia es un hilillo y la parcela no duraría ni diez años.»

Vega pasó la página con la yema del pulgar. Las hojas se habían vuelto más blandas en esta zona del cuaderno, como si las hubieran tocado muchas veces.

«Abril del 97. Me lo van a pedir a mí. Lo sé. No porque me lo hayan dicho sino porque soy la única que queda. Tengo treinta y seis años, no bebo, tengo la cabeza en su sitio (creo) y no tengo marido que se oponga. Lo único que tengo es a Vega. Y Vega tiene nueve años y los ojos de su padre y una forma de reírse que llena la cocina entera.»

«Mayo del 97. Me lo han pedido. He dicho que lo pienso.»

Aquí la escritura cambiaba. No la caligrafía —esa seguía firme— sino el ritmo. Las entradas se acercaban. Cada pocos días, a veces consecutivos. Carmela ya no volcaba lo que no cabía en la conversación: volcaba lo que no cabía en la cabeza.

«3 de junio. Pros: Vega se va de aquí. Crece en un sitio normal. Estudia. Tiene una vida que no depende de una montaña. Contras: no me ve crecer. No sabe quién soy de verdad. Cree que me fui. Cree que la abandoné.»

«7 de junio. Herbal dice que las primeras semanas son fáciles. Que oyes todo. Que sientes la tierra y el agua y los pasos de la gente arriba. Que puedes pensar con claridad. Que algunos plantados producen frutos el mismo día, como si la conexión fuera instantánea. Dice que es como meter los pies en un río: primero te mojas los pies, después las rodillas, después la cintura, y cuando te quieres dar cuenta el agua te lleva y ya no tienes que hacer esfuerzo.»

«7 de junio, noche. Vega está dormida. Estoy sentada en el borde de su cama mirándole la cara y pensando: tiene los pómulos de mi madre. La forma de la boca. El pelo, que no es ni rizado ni liso sino una cosa entre medias que hace lo que le da la gana. Pienso: ¿me va a recordar? ¿Nueve años son suficientes para que un niño recuerde la cara de su madre? ¿O la cara de la siguiente mujer que le diga mamá va a tapar la mía, como un cuadro que se pinta encima de otro?»

Vega cerró los ojos. Los apretó. Los abrió.

«15 de junio. He bajado al huerto de Encarna. Me he tumbado en la tierra. He cerrado los ojos. He pensado: si me planto aquí al lado, ¿la sentiré? ¿Podré hablar con ella? Rosalía dice que los plantados de la misma red se comunican, que hay algo parecido a la conversación entre las consciencias conectadas, sobre todo al principio, cuando todavía queda bastante de cada uno. Si eso es verdad, puedo hablar con Encarna. Y con Pepe. Y con Visitación, que según Herbal todavía canta. Puedo no estar sola ahí abajo.»

«20 de junio. No es valor. No es generosidad. No es heroísmo. Es que las opciones son dos: me planto y Vega se va y tiene una vida, o

no me planto y la aldea se muere y Vega crece en un pueblo fantasma sin médico, sin cole, sin futuro, viendo cómo los viejos se van muriendo uno a uno de cosas que el licor les quitaba y que sin el licor les van a volver. No es una elección entre vivir y morir. Es una elección entre dos formas de perderla.»

Vega dejó el cuaderno en la mesa. Se llevó las manos a la cara. Se las apretó contra los ojos hasta que vio luces.

Lo que estaba leyendo no era el sacrificio de una mártir. Era el cálculo de una madre. Una tabla de pros y contras hecha con la misma frialdad con la que Vega hacía sus informes clínicos: datos, opciones, consecuencias. Carmela no se había plantado porque creyera en el monte ni porque la hubieran convencido de que era un honor ni porque le hubieran prometido la vida eterna. Se había plantado porque había mirado las opciones disponibles y la menos mala era meterse debajo de la tierra.

No era una heroína. No era una víctima. Era una mujer que hacía cuentas.

Igual que Vega.

La entrada del 14 de agosto ya la había leído, pero ahora, después de leer los meses de deliberación que la precedían, cayó distinta.

«He dicho que sí.»

Tres palabras que ya no sonaban a rendición. Sonaban a decisión. A una mujer que ha pasado tres meses mirando un agujero y que un día se levanta y dice esto es lo que hay y lo hace porque no hay otra cosa que hacer.

Y debajo, la condición. La que Vega ya conocía pero que ahora leía como si la leyera por primera vez:

«Que mi hija se vaya. Que la saquen de aquí. Que no sepa nada. Que crezca libre.»

Cuatro frases. Cada una más corta que la anterior. Como alguien que va quitándose capas de ropa antes de meterse en agua fría: una frase para la razón, otra para el plan, otra para el pacto, y la última para lo que de verdad importaba, lo único que Carmela no podía negociar consigo misma y que exigió como precio de todo lo demás. Que crezca libre. Dos palabras que pesaban más que las

cuatrocientas páginas de cualquier tratado sobre filosofía moral que Vega hubiera leído en la carrera.

Pasó a las entradas de debajo de la tierra.

La primera vez las había leído con la desesperación de alguien que busca pruebas. Ahora las leyó con la lentitud de alguien que acompaña.

«Estoy aquí. Noto los filamentos en los brazos. Entran despacio. No duele. Es como cuando te sacan sangre y notas la aguja pero no el daño: una presión, una presencia, algo que entra donde antes no había nada.»

La letra era grande, irregular, escrita a ciegas. Herbal le bajaba el cuaderno. Se lo ponía en las manos. Carmela escribía sin ver lo que escribía, guiada solo por la memoria muscular de una mujer que había aprendido caligrafía con regla y tintero y que, incluso debajo de un metro de tierra con filamentos creciéndole dentro del cuerpo, mantenía la inclinación hacia la derecha.

«Oigo cosas. Los pasos de Herbal arriba. El goteo de la fuente del camino. Las campanas de Flor cuando abre la capilla por la mañana. Todo llega amortiguado, como estar debajo de una manta, pero llega. Y puedo pensar. Pienso en Vega. Pienso en si habrá llegado bien. Pienso en si Consuelo le habrá dado la cena a tiempo porque Vega si no cena antes de las nueve se pone insoportable.»

Vega soltó un sonido que fue risa y sollozo al mismo tiempo, un ruido híbrido que el cuerpo produjo sin consultarle. Era verdad. A los nueve años, si no cenaba antes de las nueve se ponía insoportable. A los treinta y ocho seguía pasándole, aunque ya no lo llamaba insoportable sino hipoglucemia funcional, porque ponerle nombre técnico a las cosas te da la ilusión de que las controlas.

«Segunda semana. He aprendido a hacer algo. No sé cómo explicarlo. Puedo mandar cosas arriba. No palabras: sabores. Si pienso en algo con mucha fuerza —en una comida, en un olor, en un sabor concreto— la red lo coge y lo pone en los frutos. He probado con el caldo. He pensado en el caldo de los domingos, con la patata bien deshecha, con el laurel, con el pimentón al final. Y Herbal me ha bajado un fruto esta tarde y me lo ha puesto en la mano y me ha dicho: sabe a tu caldo, Carmela. Funciona.»

Vega dejó de leer.

Se quedó mirando la página con los ojos fijos y la respiración detenida y una comprensión que no era intelectual sino visceral, que le subió del estómago a la garganta como un reflujo de algo que no era comida sino significado: el caldo. El caldo que sabían los frutos. El sabor que le había hecho llorar el tercer día, el sabor que le supo a domingo y a casa y a una madre que todavía recordaba cómo se llamaba su hija. Ese sabor no era un efecto aleatorio de un organismo que procesa consciencia. Era intencional. Era Carmela, debajo de la tierra, pensando con toda su fuerza en un caldo de domingo para que, si algún día su hija mordía uno de esos frutos, supiera que su madre estaba ahí.

Un mensaje en una botella de sabor.

Enviado a ciegas, sin saber si llegaría, sin saber si Vega volvería algún día, sin saber si el monte mantendría la frecuencia de ese sabor o lo disolvería en algo genérico con el paso de los años. Pero enviado. Con intención. Con las últimas reservas de una consciencia que sabía que se estaba gastando y que eligió gastar una parte en esto: en asegurarse de que el huerto de encima de ella supiera a casa.

Vega lloró. No como la primera vez, no con el desbordamiento animal del tercer día. Lloró despacio, con la boca cerrada y las manos sobre el cuaderno, como llora la gente que ha aprendido a llorar en silencio porque vive sola y no tiene a quién despertar.

Las entradas siguientes cubrían meses. La letra se encogía.

«Octubre. Puedo hacer la leche con miel. He pensado en ella con todo lo que tengo y esta mañana Herbal me ha dicho que el fruto sabe a leche caliente con miel. Es lo que le daba a Vega cuando no podía dormir. Si algún día vuelve, quiero que sepa que soy yo.»

«Enero. Noto que se me van cosas. No cosas grandes todavía. Cosas pequeñas. El nombre de la vecina de Santiago, la que tenía el perro que ladraba por las noches. La marca de la lavadora. El número de teléfono del médico de Vega. Cosas que no importan. Pero se van. Como arena entre los dedos.»

«Abril. He intentado pensar en la cara de mi madre y no me ha salido entera. Me sale la boca. Los ojos. Pero no juntos. No puedo

juntar las piezas. Es como un puzzle al que le faltan trozos del centro.»

La caligrafía cambiaba. Ya no era inclinada a la derecha de forma uniforme: se torcía, se enderezaba, se torcía otra vez, como un coche que va perdiendo la dirección asistida.

«No sé qué mes. Hace calor. Los filamentos están en todas partes, en los brazos, en las piernas, en el pecho. No los siento entrar pero sé que están porque cuando pienso en algo y lo aprieto mucho, lo noto salir: como si el pensamiento tuviera peso y los filamentos lo recogieran al caer.»

«Escucho a Encarna. Está cerca. No habla, no exactamente. Es más como un color. Encarna es un color rojo suave, como el vestido de margaritas, y está ahí, al lado, siempre. A veces siento que se acerca y me toca algo que ya no sé si es mi mano o mi pensamiento o un filamento que nos conecta.»

«Herbal me baja el cuaderno. Le doy las gracias. Le pido que le diga a Vega que la quiero. Me dice que Vega está bien. En Santiago. Con Consuelo. Que va bien en el cole. Que ha aprendido a nadar. Que es lista.»

«Mi hija ha aprendido a nadar. No voy a verla nadar.»

Vega apretó el cuaderno contra la mesa. Las yemas de los dedos se le pusieron blancas de la presión. No podía parar. No podía cerrar el cuaderno y dejarlo para mañana y subir a la cama y fingir que esto era un caso más, un informe que revisar con distancia profesional. Esto era su madre escribiendo a oscuras debajo de un huerto mientras le sacaban la persona de dentro.

Las últimas páginas con texto legible:

«La niña. Mi niña. Se llama. Se llama Vega. VEGA. Lo escribo grande para que no se vaya. Los nombres se van. Los nombres son lo primero que coge. Pero este no. Este no lo suelto.»

La letra era un garabato. Las palabras se montaban unas encima de otras como coches en un accidente. Pero VEGA estaba escrito con mayúsculas que ocupaban tres centímetros de alto, apretadas contra el papel con una fuerza que había atravesado la hoja.

Y después las páginas que Vega ya conocía: los trazos que ya no eran letras. Los intentos de forma que se rendían a mitad de camino.

El «quién» suelto. El «niña» a medio formar. Y en la última página, el «mía» que era más marca que palabra, más garra que escritura, el último gesto de una mujer que no recordaba su propio nombre pero sabía que algo le pertenecía y necesitaba que el papel lo supiera también.

Cerró el cuaderno.

Lo puso dentro de la lata de Fontaneda. Cerró la tapa. La tapa hizo un clic suave que sonó final, como el cierre de un ataúd o de un libro o de una fase de la vida que no se reabre.

Se quedó sentada en la cocina durante mucho rato. El reloj no importaba. La niebla de fuera no importaba. La señal del móvil que hacía tres horas que no funcionaba no importaba. Lo que importaba era lo que acababa de leer y lo que lo que acababa de leer hacía con lo que Vega creía saber sobre su propia historia.

Carmela no era la madre demente de una residencia de Ourense. Ni la mártir de una aldea oscura. Ni la víctima de un sistema monstruoso. Era una mujer de treinta y seis años que escribía con humor seco y que achicaba los ojos cuando olía una mentira y que amaba a su hija de una forma que no era tierna ni heroica sino práctica, feroz, contable: hizo números, miró las opciones, eligió la que dejaba a su hija con más posibilidades, y se metió debajo de un huerto con el pelo suelto y un cuaderno en las manos y la fuerza de voluntad necesaria para seguir produciendo caldo de domingo durante años para que su hija supiera que estaba ahí.

Era todas esas cosas a la vez. Heroína y cómplice. Víctima y voluntaria. Madre y sacrificio.

Y estaba debajo de los pies de Vega. Ahora. En este momento. Con lo que le quedaba de mente todavía intentando producir un sabor que su hija reconociera.

Vega se agachó. Puso las dos manos en el suelo de pizarra. Cerró los ojos.

—Estoy aquí, mamá —dijo en voz baja, a la cocina vacía, al suelo caliente, a lo que hubiera debajo—. He vuelto. He leído el cuaderno. Sé lo que hiciste.

El pulso le subió por las palmas. Igual que siempre. Tres segundos. Contracción. Expansión.

Pero durante un instante —tan breve que podía ser imaginación o podía ser esperanza o podía ser verdad— le pareció que el pulso se aceleraba. Un latido extra. Fuera de ritmo. Como el que había sentido al tocar el filamento en la cueva.

Como un corazón que da un vuelco al oír algo que llevaba mucho tiempo esperando.

12

El pueblo

El día después de releer el cuaderno, Vega no habló con nadie.

Se levantó a las siete, se vistió, recogió la cocina, salió al huerto, miró los frutos sin tocarlos y volvió a entrar. Se preparó un café soluble que sabía a lo de siempre y se lo bebió de pie junto a la ventana, mirando la aldea despertarse con la precisión silenciosa de una maquinaria que funciona sin instrucciones: Suso cruzó el camino hacia el establo a las siete y cuarto, Flor barrió la entrada de la capilla a las ocho menos diez, los cencerros de las vacas empezaron a sonar a las ocho, Herbal salió a la puerta con su periódico viejo a las ocho y media.

Once personas viviendo sobre un cementerio que producía comida.

Vega los observó desde la ventana durante toda la mañana. No como neuropsicóloga, no con el cuaderno clínico ni la mirada de evaluación ni las categorías diagnósticas que le habían servido de parapeto durante días. Los observó como alguien que acaba de enterarse de que los vecinos del rellano llevan años haciendo algo que no sabía y que ahora necesita mirarlos otra vez, desde el principio, para ver si lo que siempre estuvo a la vista encaja con lo que acaba de descubrir.

Encajaba.

Todo encajaba con una exactitud que daba náuseas.

Lo encontró en la capilla a media mañana.

No rezando —Herbal no rezaba, o al menos Vega no lo había visto hacerlo nunca, lo cual en un pueblo con capilla y beata oficial decía bastante—. Estaba sentado en el único banco de madera, con

las manos sobre las rodillas y los ojos puestos en el cristo de yeso como quien mira un cuadro en un museo: con atención pero sin devoción, evaluando la pieza más que hablando con ella.

Vega se sentó a su lado. La madera del banco crujió con un sonido que en el silencio de la capilla fue ensordecedor.

—No vengo mucho —dijo Herbal, sin mirarla—. Esto es más de Flor. Pero a veces me siento aquí y pienso.

—¿En qué?

—En los nombres.

Señaló la placa de metal detrás del altar. La que Vega había visto de refilón el segundo día, la que Flor no le había dejado leer. Desde el banco se veía mejor: una placa de latón empotrada en la piedra, con letras grabadas en una tipografía que imitaba la caligrafía manuscrita. Los mismos nombres que la lista de Carmela. Manolo, Visitación, Pepe, Encarna, Carmela. Y encima de ellos, otros más antiguos que Vega no conocía: Dolores, 1903. Xosé, 1887. María da Graza, 1854. La lista seguía hacia arriba, con nombres cada vez más borrosos, hasta una fecha que Vega no pudo leer pero que parecía del siglo XVIII.

—¿Una placa conmemorativa?

—Algo así. Flor la mantiene. Dice que son santos. Yo digo que son personas que hicieron lo que había que hacer.

—No es lo mismo.

—No. Pero las dos versiones nos dejan dormir, así que las dos sirven.

Herbal se miró las manos. El índice agarrotado temblaba con ese tic que Vega ya había aprendido a leer como señal de que estaba pensando algo que le costaba.

—¿Sabes cuál es el trabajo más difícil del mundo, Vega? Ser maestro de un pueblo donde los niños se van. Llegas cada septiembre y hay un pupitre menos. Un año son doce críos, al siguiente son nueve, al siguiente son seis. Y tú sigues ahí, preparando la lección del día, limpiando la pizarra, afilando los lápices. Sabiendo que estás enseñando a gente que se va a ir y que lo que les enseñes no les va a servir donde vayan, porque donde vayan van a tener maestros mejores, con más medios, con calefacción que funcione.

No miraba a Vega. Miraba la placa.

—El último año de escuela tuve tres alumnos. Tres. Un niño de ocho, una niña de diez y tu madre, que tenía diecisiete y venía porque le gustaba leer y en su casa no había libros. Se sentaban los tres en la primera fila y yo les daba clase como si fueran treinta, con el mapa de Franco y la pizarra y los ejercicios de caligrafía, porque si dejaba de dar clase como si importara, dejaba de importar.

Se giró hacia Vega.

—Eso es lo que hago con el monte. Administrar lo que hay como si importara. Porque si dejo de hacerlo, se muere todo. No el monte: el monte va a seguir ahí hagamos lo que hagamos. Lo que se muere es la aldea. Y la aldea soy yo. Y Flor. Y Suso. Y los demás. Once personas que nacieron aquí y que quieren morirse aquí y que no van a poder hacerlo si la tierra deja de dar porque nadie se ocupa de que siga dando.

—Administrar. Esa es la palabra que usas.

—Es la más honesta. No soy un sacerdote ni un líder ni un profeta. Soy un maestro jubilado que gestiona un recurso. Un recurso terrible, sí. Un recurso que requiere cosas que en cualquier otro sitio serían impensables. Pero un recurso que funciona. Y cuando la alternativa es no funcionar…

Dejó la frase a medias. No por efecto: porque no la necesitaba. Vega la completó sola, como la completaba cada vez que miraba por la ventana y veía los huertos verdes rodeados de la sierra marrón y muerta.

Flor la encontró a la salida de la capilla.

Estaba esperándola. No disimulaba: estaba de pie junto a la puerta con la escoba apoyada en el muro y la cara de alguien que ha oído voces dentro de su templo y quiere saber qué se ha dicho. No por cotilleo. Por celo.

—¿Estuviste con Herbal ahí dentro?

—Sí.

—Herbal no entiende la capilla. —Lo dijo con una suavidad que era peor que la crítica, porque no pretendía herir sino constatar un hecho que le producía pena—. Le deja limpia, eso sí. Pero no entiende para qué sirve.

Caminaron juntas por el sendero que bajaba hacia la fuente. Flor llevaba un cántaro de barro que llenaba cada mañana, aunque la casa tenía grifo, porque decía que el agua de la fuente era mejor y que las cosas hechas con las manos sirven más que las que vienen por tubería.

—Tú has leído el cuaderno de tu madre —dijo Flor.

No era una pregunta. En esta aldea nadie preguntaba lo que ya sabía.

—Sí.

—¿Y qué piensas?

—Todavía no sé qué pienso.

—Normal. Yo tardé años. —Flor puso el cántaro bajo el caño de la fuente. El agua salió fina, clara, con un sonido de cristal que rompía el silencio del camino con una dulzura que no correspondía al tema de la conversación—. Cuando me lo explicaron, yo tenía veinticinco y acababa de enterrar a mi padre. No aquí: en Ponferrada, en un cementerio con lápidas y flores de plástico. Lo metimos en una caja y lo metimos en un agujero y le echamos tierra y le pusimos una piedra encima. ¿Y qué sacamos de eso? Nada. Un sitio donde ir a llorar los domingos.

Levantó el cántaro. El agua rebosaba por el borde y le mojaba los dedos.

—Y entonces vine aquí y vi lo que hace el monte y pensé: esto es lo que tendría que ser un entierro. No meter a alguien en una caja para que se pudra sin dar nada a nadie. Meterlo en la tierra de verdad. Que la tierra lo use. Que lo que esa persona fue se convierta en comida, en salud, en calor. En algo que beneficie a los que quedan. —Se ajustó el cántaro en la cadera con el gesto de las mujeres que han cargado agua toda su vida—. El cura de Vega de Espinareda dice que el cuerpo de Cristo es el pan y la sangre es el vino. Aquí no es metáfora. Aquí es literal.

—No es lo mismo, Flor. En la comunión nadie muere.

—Cristo murió.

Lo dijo sin ironía, sin argumentación, con la sencillez plana de alguien para quien esa frase no es retórica sino el fundamento del mundo. Cristo murió para que otros vivieran. Los plantados mueren

para que la aldea viva. Para Flor, la línea entre las dos cosas no existía o era tan fina que caminar por ella era como caminar por el borde de un muro: cuestión de equilibrio, no de geometría.

Vega la miró mientras subían por el camino, con el cántaro de barro brillando húmedo contra su cadera y el escapulario bailándole sobre el pecho a cada paso, y pensó que Flor no era una fanática. No tenía la rigidez de los fanáticos, ni la mirada acuosa, ni el tono de púlpito. Flor era una mujer con una fe tan integrada en su forma de funcionar que distinguir dónde terminaba la persona y empezaba la creencia habría requerido un bisturí que Vega no tenía. Flor creía en Dios y creía en el monte y las dos creencias eran la misma creencia con dos nombres, y esa fusión era lo que la hacía capaz de rezar un avemaría mientras Suso echaba tierra sobre una mujer viva y sentirse en paz con ambas cosas.

Eso, en la consulta de Vega, habría sido un diagnóstico. Aquí era una forma de sobrevivir.

A Suso lo encontró arreglando el muro del huerto comunitario.

Era el mismo muro que llevaba arreglando desde que Vega había llegado, y el mismo que, según Herbal, llevaba arreglando tres años. No porque el muro se cayera: porque Suso necesitaba algo que hacer con las manos que no requiriera hablar ni pensar ni estar en una habitación con otra persona.

Vega se sentó en una piedra al otro lado del camino y lo observó trabajar. Suso cogía piedras del montón que tenía al lado, las giraba en la mano buscando el ángulo que encajara, las colocaba en el hueco del muro, las ajustaba con golpes cortos de martillo, pasaba a la siguiente. Cada piedra era un problema de geometría que resolvía sin pensar, con la inteligencia de las manos que Herbal le había atribuido el segundo día. Las manos más listas de la sierra.

Trabajó diez minutos sin mirarla. Vega no habló. El silencio entre ellos tenía la consistencia de algo negociado: los dos sabían que el otro estaba ahí, los dos aceptaban la presencia sin exigirle nada.

A los diez minutos, Suso dejó la piedra que estaba colocando. Se sentó en el muro. Se limpió las manos en el pantalón.

—Mi padre se llamaba Pepe. Pepe O Roxo, por el pelo. Pelirrojo. Yo no salí pelirrojo. Salí a mi madre, que era morena y callada. —

Hablaba mirando la piedra que acababa de colocar, como si la piedra fuera el destinatario del discurso y Vega un testigo incidental—. Se plantó en el 68. Yo tenía diez años. Fui yo quien le llevó el cuaderno abajo los primeros meses. Herbal me enseñó dónde bajar, cómo llegar hasta la cámara de los filamentos, cómo encontrar la mano de mi padre entre las raíces y ponerle el cuaderno en los dedos.

Pausa. Suso cogió otra piedra. La giró. La dejó.

—Tenía diez años y le ponía un cuaderno en las manos a mi padre enterrado y esperaba en la oscuridad a que él escribiera. No veía nada. Solo notaba el calor y olía lo de siempre. Y mi padre escribía. No mucho. Nunca fue de escribir. Pero un día me escribió una cosa que he guardado aquí —se tocó la sien— toda mi vida.

Vega esperó.

—Me escribió: «Cuida el muro del huerto, que se cae.» —Suso miró el muro que estaba arreglando—. El mismo muro. Este muro. Lleva cincuenta y ocho años cayéndose y yo llevo cincuenta y ocho años arreglándolo.

No dijo nada más. Cogió otra piedra. La giró. Encontró el ángulo. La colocó. El martillo golpeó dos veces: toc, toc. El sonido más antiguo del mundo. Un hijo haciendo lo que su padre le pidió.

Vega se levantó de la piedra. Se fue sin despedirse, porque despedirse habría roto algo que el silencio estaba sosteniendo. Suso siguió trabajando.

A Bieito fue a buscarlo.

Lo encontró detrás de su casa, sentado en un tocón junto a la leñera, con una garrafa de orujo a medio vaciar y el cigarrillo eterno humeando entre los dedos. El sol de mediodía —un sol acuoso, de invierno, que apenas calentaba pero que producía una luz blanca y fría que quitaba los colores del mundo— le daba en la cara y le hacía achicar los ojos de una forma que le sumaba diez años a los cuarenta y cinco que tenía.

—Sé lo de mi madre —le dijo Vega sin preámbulo.

Bieito la miró. El orujo le había puesto las pupilas grandes y acuosas, pero detrás del alcohol había algo alerta, un animal agazapado que observa desde el fondo de un pozo.

—¿Qué sabes?

—Que Encarna se plantó en el 89. Que tu padre la enterró. Que tú tenías ocho años.
—Nueve. Ya había cumplido.

La corrección fue automática, sin emoción, como alguien que ha corregido ese dato tantas veces que se ha convertido en reflejo. Nueve, no ocho. Un año más de madre que la versión oficial le concedía. Un año que Bieito defendía con la terquedad de quien sabe que los detalles son lo único que no te pueden quitar.
—¿Desde cuándo lo sabes?
—Desde que tuve edad para emborracharme y mi padre, cuando se emborrachaba él, perdía la capacidad de callarse. —Bieito dio un trago corto. No de los largos: un trago de mantenimiento, de quien bebe para no bajar, no para subir—. Me lo contó una noche de Navidad. La Nochebuena del 96. Yo tenía dieciséis. Le pregunté por mi madre, como le preguntaba cada Navidad desde que se fue, y esa noche, en vez de decirme lo de la tía de Ponferrada, me dijo la verdad. Y después me pidió que no se lo dijera a nadie. Y después se murió. Un año después. Infarto. En el huerto. De pie, con la azada en la mano. Como si hubiera querido caerse cerca de ella.

Vega se sentó en el suelo, de espaldas a la leñera, porque el tocón era de Bieito y no había otro asiento y quedarse de pie habría sido hablar desde arriba, y lo que necesitaba era hablar desde el mismo nivel.
—¿Por qué no te fuiste?

La pregunta le cambió la cara. No de golpe: por capas, como si debajo de la expresión de borracho crónico hubiera otras caras apiladas y la pregunta las fuera destapando una a una. Primero rabia. Después algo más blando que podía ser vergüenza. Después algo que Vega reconoció porque lo veía cada semana en su consulta: la cara de alguien que lleva años dando vueltas a una pregunta y todavía no tiene respuesta.
—Porque está aquí. —Lo dijo despacio, como quien pisa hielo—. Mi madre está debajo de un huerto a treinta metros de donde estoy sentado. No puedo verla. No puedo hablar con ella. No puedo ir al cementerio a ponerle flores porque no tiene cementerio ni lápida ni nada que yo pueda visitar como una persona normal. Pero puedo

estar cerca. Puedo levantarme por la mañana y pisar la tierra que la tiene debajo y saber que está ahí, que no se ha ido a Ponferrada, que lo que mi padre hizo por lo menos sirvió para que este pueblo de mierda siguiera en pie.

Pausa. Trago.

—Y no como los frutos porque me dan asco. Porque los frutos de su parcela saben a su guiso de Navidad. Al guiso que hacía con castañas y chorizo y berza y un hueso de jamón que guardaba todo el año para esa olla. Y yo no puedo morder una cosa que me sabe a eso y tragarla sabiendo de dónde viene. No puedo. —Se le quebró algo en la voz, un crujido breve como una rama seca—. Así que bebo orujo de garrafa que sabe a mierda y duermo como puedo y arreglo el tejado cuando hace falta y espero.

—¿Esperas qué?

—No sé. Algo. Que se acabe. Que se la lleve. Que no quede nada de ella ahí abajo y pueda irme de aquí sin sentir que la abandono.

El cigarrillo se había consumido hasta el filtro. Bieito lo tiró al suelo, sacó otro del bolsillo de la camisa —siempre del bolsillo de la camisa, nunca de un paquete, como si guardara los cigarrillos sueltos para tener siempre uno a mano sin tener que cargar con la evidencia de cuántos fumaba—, y lo encendió con un mechero de gasolinera que tardó tres intentos en hacer llama.

—Lo que más me jode —dijo, y la voz le había vuelto al registro plano, al tono de hombre que ha practicado la contención hasta convertirla en hábito— es que tienen razón. Herbal, Flor, todos. Tienen razón. Sin el monte esta aldea se habría muerto hace décadas. Mi padre estaría en un asilo de León con un babero de plástico y yo estaría en un piso de Ponferrada yendo a verle los domingos con un paquete de galletas. En vez de eso, mi padre murió de pie con la azada en la mano, a treinta metros de su mujer, con las piernas buenas y los ojos claros y la boca llena de frutos que le sabían a la infancia. —Calada larga—. El puto monte funciona, Vega. Funciona de cojones. Y eso es lo que no te perdono.

A Rosalía la visitó a las cuatro de la tarde.

La puerta baja, el agacharse para entrar, la mesa de cocina con las patatas y el cuchillo de dos guerras. Rosalía pelaba con el mismo

gesto que la primera vez, pero hoy había algo distinto en la mesa: un cuaderno abierto, de los de cuadrícula, con números escritos en columnas. Temperaturas, fechas, cifras que Vega tardó un momento en identificar como mediciones de producción: kilos de frutos por parcela, litros de licor destilado, grados del suelo.

—¿Llevas un registro?

—Llevo un registro desde el 72. Mi madre llevaba uno antes que yo, pero lo quemó antes de morirse porque no quería que saliera de la aldea.

—¿Puedo verlo?

Rosalía levantó la vista de la patata por primera vez. Sus ojos eran de un gris claro que a la luz de la ventana parecía casi blanco, como el cielo de los Ancares cuando no llueve pero está a punto.

—Puedes.

Vega giró el cuaderno hacia ella. Los datos eran meticulosos: cada mes, cada parcela, cada cifra anotada con una letra pequeña y regular que no se parecía en nada a la de Carmela. La letra de Rosalía era técnica, sin personalidad, la letra de alguien que escribe para registrar y no para comunicar.

—Esto es un monitoreo sistemático.

—Es lo que es.

—Podrías ser investigadora.

—Soy investigadora. Lo que no soy es de universidad.

No había orgullo en la frase ni falsa modestia. Era una descripción funcional. Rosalía operaba la red con conocimiento práctico acumulado durante décadas, sin la capa de teoría que la academia habría puesto encima pero con una competencia que ningún académico podría igualar porque ningún académico había pasado cincuenta años metiendo las manos en la tierra y midiendo lo que salía.

—¿Cómo sabes cuándo una parcela se agota?

—Los frutos encogen. El calor baja. El licor pierde potencia. Todo sigue una curva descendente que puedo predecir con seis meses de antelación. —Volvió a la patata. Pelaba con una eficiencia que era casi violenta: un movimiento continuo de la muñeca que quitaba la piel en una espiral perfecta, sin cortar carne—. La parcela de tu

madre está en la parte baja de la curva. Le queda un año, quizás un poco más.
—¿Y después?
—Después nada. La parcela muere. Los frutos dejan de crecer. El calor se disipa. Lo que queda del cuerpo se mineraliza y pasa a ser parte de la roca. En unos cientos de años no quedará rastro.
—¿Y la aldea?

Rosalía dejó la patata pelada en el cuenco. Cogió otra. La giró en la mano, buscando el mejor ángulo de ataque, con la misma evaluación práctica con la que hablaba de todo lo demás.
—Sin parcela activa, los huertos producen lo que produce cualquier huerto de los Ancares en invierno: nada. El licor se acaba. Las enfermedades vuelven. Herbal no va a poder abrir las manos. Flor no va a poder ver. Suso va a volver a cojear. Los del arroyo se van a quedar sin manos que funcionen. Y yo me voy a pasar las noches en vela otra vez, mirando al techo, contando las horas.
—¿Cuánto tiempo llevas sin dormir bien sin el licor?
—Desde 1972. —Empezó a pelar la patata nueva—. Cincuenta y cuatro años.

Se quedaron en silencio. Rosalía pelaba. Vega miraba los números del cuaderno. Fuera, el sol del invierno empezaba a bajar detrás del monte, tiñendo la niebla baja de un naranja sucio que entraba por la ventana y le daba a todo —las patatas, el cuchillo, las manos de corteza de Rosalía, los números de la libreta— un color de cosa que se acaba.
—Rosalía.
—Dime.
—¿Alguna vez pensaste en irte?

La mano del cuchillo se paró un segundo. Solo uno.
—Todos los días. Y todos los días decido no hacerlo. —Retomó la peladura—. No por lealtad ni por amor ni por nada de eso. Porque si me voy, nadie sabe leer la red. Y si nadie sabe leer la red, la próxima plantación sale mal. Y si sale mal, la persona sufre más de lo necesario y la parcela rinde menos y todo se acorta.
—Te quedas por competencia técnica.

—Me quedo porque soy la única que sabe hacer esto. —Pausa—. Y porque no tengo a nadie fuera a quien le importe si me voy o si me quedo.

Lo dijo sin autocompasión. Como quien dice que no tiene paraguas. Un hecho, no una tragedia.

A Amalia no fue a buscarla. Amalia la encontró a ella.

O quizás «encontró» no era la palabra. Vega volvía de casa de Rosalía por el camino de arriba cuando pasó por delante de la ventana de Suso y Amalia y vio que la mecedora estaba vacía. No se le ocurrió pensar en ello hasta que, al doblar la esquina hacia la casa de Carmela, vio a Amalia de pie en el huerto trasero.

La mujer estaba inmóvil sobre la parcela. Descalza. Con los pies hundidos en la tierra blanda hasta los tobillos y las manos colgando a los lados y la cabeza inclinada en un ángulo que no correspondía a nada que Vega hubiera visto hacer a un ser humano, ni despierto ni dormido: un ángulo como de escucha, como de alguien que pega la oreja a una pared para oír lo que hay al otro lado.

Los labios se le movían.

Sin sonido. Sin articulación. El mismo movimiento que Vega había visto en Herbal, en Flor, en los otros vecinos durante sus crisis de ausencia. Pero Amalia no estaba teniendo una ausencia de treinta segundos: llevaba ahí el tiempo suficiente para que los pies se le hubieran hundido en la tierra mojada, lo que significaba minutos. Muchos minutos.

Vega se acercó despacio.

—¿Amalia?

La mujer no respondió. No parpadeó. Los ojos estaban abiertos pero no miraban nada de lo que estaba arriba: miraban hacia abajo, hacia la tierra, como si pudiera ver a través de ella.

Vega le tocó el brazo. Estaba caliente, mucho más de lo que debería estar una mujer de sesenta y siete años descalza en un huerto en febrero. La piel tenía esa temperatura que tienen las personas con fiebre alta, o los niños que se acaban de despertar de una siesta larga, o —y la comparación le llegó a Vega como un puñetazo en el esternón— los frutos del monte.

—Amalia.

Los ojos se movieron. Despacio, como los de un buceador que sube a la superficie y tarda en ajustarse a la luz. Encontraron a Vega. La miraron.

Y Amalia dijo, con una voz que sonaba como si viniera de más lejos que su garganta, de algún sitio debajo de los pies o debajo del suelo o debajo de todo:

—Tu madre dice que el caldo le sale cada vez peor. Que se le olvida el pimentón.

Vega se quedó inmóvil.

Amalia parpadeó. La expresión le cambió, como si alguien hubiera pasado una toalla por un cristal empañado y debajo apareciera una cara distinta: confusa, ligeramente avergonzada, como alguien que se despierta en un sitio que no esperaba.

—Perdona. A veces se me cruzan cosas. —Sacó los pies de la tierra con un esfuerzo que le sacó un gemido de las rodillas y se limpió el barro en el camisón con un gesto que tenía la torpeza de lo recién despertado—. No sé por qué vine al huerto. Me pasa. Me levanto y estoy aquí.

—¿Los oyes?

Amalia la miró. En sus ojos no había la niebla que Vega le había atribuido el segundo día, esa mirada vacía de demencia o de abandono. Había algo peor: lucidez. La lucidez afilada de alguien que sabe exactamente lo que le pasa y que ha decidido no explicarlo porque la explicación sería peor que el malentendido.

—Siempre —dijo Amalia—. Desde hace veinte años. Día y noche. A Pepe, a Visitación, a Encarna, a tu madre. No los oigo con los oídos. Es otra cosa. Es como tener una radio encendida en una habitación de al lado: no distingues las palabras, pero sabes que alguien habla.

—¿Por eso estás siempre en la mecedora?

—Estoy en la mecedora porque sentada en la mecedora es donde menos fuerte se oye. —Una sonrisa breve, amarga, como un destello de la mujer que debió de ser antes de que la red le metiera un murmullo constante en la cabeza—. En la cama se oye más, porque estoy más cerca del suelo. De pie se oye más, porque los pies tocan la tierra. En la mecedora, con los pies arriba y la madera entre medias, se oye menos. No se calla, pero se oye menos.

—¿Suso lo sabe?
—Suso lo sabe. Suso lo sabe todo pero no dice nada porque es como su padre: cien palabras en cuarenta años y sesenta para el ganado. —La sonrisa se le apagó—. Suso sabe que yo oigo a su padre ahí abajo. A veces me pregunta cómo está. Yo le digo: igual. Siempre le digo igual porque no sé qué otra cosa decir. ¿Qué le digo? ¿Que su padre se va apagando como una emisora que pierde frecuencia? ¿Que cada año le oigo menos, que lo que antes era una voz ahora es un zumbido, y que dentro de unos años el zumbido va a parar y Suso va a preguntarme «¿cómo está?» y yo le voy a tener que decir «ya no está»?

Se le llenaron los ojos. No lloró. Aspiró una vez, fuerte, por la nariz, con la determinación de alguien que ha decidido que las lágrimas son un lujo que no se puede permitir, y se giró hacia la casa.

—No le digas a Suso que estuve en el huerto. Se preocupa.

Se fue. Los pies descalzos dejaron marcas en la tierra blanda del sendero, huellas pequeñas que se iban llenando de agua oscura a medida que Vega las miraba, hasta desaparecer.

Al caer la tarde, Vega subió al camino que pasaba por encima de la casa de Rosalía.

No para hablar con nadie. Para mirar.

Desde ahí arriba, con la luz última del día convirtiendo la niebla en un velo de ceniza dorada, la aldea parecía lo que siempre parecía desde la distancia: un puñado de casas de piedra en la ladera de un monte, con huertos verdes y tejados de pizarra y una capilla con espadaña y un arroyo que sonaba sin verse. Hermosa. Pequeña. Obstinada.

Mientras Vega miraba, las luces se fueron encendiendo. Once ventanas que se iluminaron por turno a medida que oscurecía, una a una. La primera fue la de Herbal —siempre la primera, con esa puntualidad de maestro que prende la luz del aula antes de que lleguen los alumnos—. Después la de Flor, la de Suso, la de los hermanos del arroyo. Once luces en una montaña que se tragaba todo lo demás: los castaños, los caminos, el cielo.

Once personas que habían encontrado una forma de no morir.

La forma era monstruosa. Requería cuerpos. Requería una persona cada treinta o cuarenta años que dijera que sí y se tumbara en un hoyo y dejara que la tierra se la comiera despacio. Requería silencio, complicidad, la capacidad colectiva de hacer algo terrible y no hablar de ello salvo cuando era estrictamente necesario, como una familia que tiene un secreto en el armario y se organiza para que el armario no se abra.

Pero también era otra cosa. Era Suso arreglando un muro porque su padre se lo pidió desde debajo de la tierra. Era Flor rezando por los plantados con la misma fe con que rezaba por los santos, porque para ella eran la misma cosa. Era Herbal administrando lo inadministrable con la dignidad de un maestro que sigue dando clase a tres alumnos porque dejar de darla sería peor que lo que dan. Era Bieito quedándose cerca de su madre aunque la cercanía le estuviera destrozando, porque irse sería abandonarla y él no soportaba abandonar lo que ya lo había abandonado a él. Era Rosalía midiendo temperaturas y kilos de frutos con la disciplina de una científica sin título, no porque le gustara sino porque si dejaba de hacerlo, alguien sufriría más. Era Amalia sentada en una mecedora tratando de no oír a los muertos que le hablaban sin parar desde debajo del suelo.

Seis formas de convivir con lo monstruoso. Ninguna cómoda. Todas comprensibles.

Y debajo de las once luces, debajo de los huertos, debajo de la tierra, la red latía con su pulso de siempre, alimentándose de lo que les quedaba, produciendo lo que necesitaban, esperando con la paciencia de algo que lleva más tiempo aquí que cualquier historia que los humanos puedan contarse para justificar lo que hacen sobre ella.

Vega bajó la colina en la oscuridad, guiada por la luz de la ventana de su cocina —la cocina de Carmela, que era la luz número doce, la que no estaba cuando llegó y que ahora se sumaba a las otras como si siempre hubiera tenido su hueco esperándola.

Entró en la casa. Se descalzó. El suelo caliente.

Llamó a Olivia. La señal entró a la primera, nítida por una vez, sin el desfase ni el eco de los últimos días, como si la niebla hubiera

decidido concederle un canal limpio justo cuando más lo necesitaba.
—Mamá, ¿sabes qué? Hoy he aprendido a hacer un nudo marinero.
—¿Un nudo marinero?
—Sí. Un nudo que no se suelta nunca. Papá me ha enseñado con un cordón de zapato. Dice que los marineros los usan para que las cosas no se separen.

Para que las cosas no se separen. Vega cerró los ojos.
—Es un buen nudo, bichito.
—El mejor. El nudo más fuerte del mundo. ¿Mamá?
—Dime.
—¿Tú y yo tenemos un nudo de esos?
—Tenemos uno que no se suelta nunca, Olivia. Te lo prometo.
—Bien. Buenas noches.
—Buenas noches, bichito.

Colgó. Se quedó con el teléfono en la mano. El suelo caliente debajo. Once luces fuera. Un nudo que no se suelta nunca.

El problema era que Vega tenía dos nudos. Uno que tiraba hacia arriba, hacia Santiago, hacia una niña de nueve años que aprendía nudos marineros y ponía nombres a las moscas y creía que su madre volvía pronto. Y otro que tiraba hacia abajo, hacia la tierra, hacia una mujer que se olvidaba del pimentón y que llevaba veintinueve años intentando que un fruto supiera a caldo de domingo para que su hija, si algún día volvía, la reconociera.

Dos nudos. Los dos fuertes. Los dos marineros. Y Vega en el medio, descalza sobre la pizarra caliente, sin saber cuál iba a soltarse primero.

13

La tierra

Salió al huerto a las once de la noche porque no podía estar dentro.

No era claustrofobia. No era insomnio. Era otra cosa, algo que no tenía nombre clínico y que se parecía más a lo que sienten los animales cuando cambia la presión atmosférica: una urgencia sin dirección, un tirón del cuerpo que no venía de la cabeza. Llevaba una hora sentada a la mesa de la cocina mirando la pared de enfrente sin verla, con el cuaderno de Carmela cerrado debajo de la lata de Fontaneda y su propio cuaderno abierto en una página en blanco que seguía en blanco porque no encontraba palabras para lo que necesitaba escribir ni sabía si lo que necesitaba era escribir o era otra cosa.

Se puso las botas. Se las quitó. Se puso los zapatos. Se los quitó.

Salió descalza.

La noche estaba cerrada y sin luna, con esa oscuridad de montaña que no es la ausencia de luz sino la presencia de algo más denso que la ocupa: la niebla, que había bajado después de cenar y que ahora cubría la aldea con un grosor que convertía cada metro de distancia en una negociación entre los ojos y lo visible. Vega no veía el monte ni los castaños ni las casas vecinas. Veía el muro del huerto, los primeros dos metros de tierra, y los frutos que brillaban en las bocas con su resplandor rosado de siempre, el único color en un mundo que se había quedado sin.

La tierra del huerto estaba caliente bajo los pies. No tibia como el suelo de la cocina: caliente de verdad, con una temperatura que

debía de rondar los veinte grados y que en contacto con la piel desnuda, con el frío de febrero apretando desde arriba, producía un contraste que era casi indecente, como meterse en la cama con las sábanas recién planchadas mientras fuera nieva.

Caminó hasta el centro de la parcela. La tierra le cedía bajo los pies con una blandura que no era barro ni arcilla sino otra cosa, algo con más elasticidad, como si debajo de la capa superficial hubiera un colchón de materia orgánica que amortiguaba el peso. Los dedos de los pies se le hundieron dos centímetros y el calor le subió por los arcos plantares y por los tobillos y la primera oleada de alivio le llegó antes de que pudiera prepararse para ella: los hombros bajaron, la mandíbula aflojó, el nudo del plexo solar que no sabía que tenía se deshizo un punto.

Los frutos. Los malditos frutos, que hacían exactamente esto: ablandar el cuerpo antes de que la cabeza pudiera objetar. Pero no estaba comiendo frutos. Estaba descalza sobre la tierra. Y el alivio venía del suelo, no de la boca.

Se agachó. Puso las manos en la tierra.

Lo que pasó después no fue una decisión.

Fue un gesto que su cuerpo hizo sin consultar, con la autoridad de algo que sabe lo que necesita antes de que la persona que lo habita se entere. Las rodillas cedieron. Las manos se apoyaron. Y Vega se tumbó en la tierra del huerto de su madre, boca arriba, con la espalda contra el suelo caliente y la cara hacia un cielo que no existía porque la niebla lo tapaba todo, y el calor la envolvió desde abajo como un baño que sube de nivel sin que nadie abra el grifo.

La tierra estaba húmeda. Le mojó la camiseta, el pantalón, el pelo. Un barro fino y cálido que olía al olor de siempre —dulce, orgánico, fermentado— pero que aquí, a ras de suelo, con la nariz a tres centímetros de la fuente, tenía una intensidad nueva, una densidad que no era solo olor sino presencia, como si el aire que respiraba tuviera más cosas dentro de lo normal: más moléculas, más información, más algo que los sentidos de Vega no tenían nombre para nombrar.

Y el pulso.

Le llegó entero. No como en la cocina, donde lo sentía a través de la pizarra y de los cimientos y de un metro de piedra y de tierra. Aquí no había nada entre ella y lo de abajo. Solo treinta centímetros de suelo blando y después la red, los filamentos, el organismo que latía debajo de toda la sierra con una paciencia que no era humana ni animal ni vegetal sino anterior a cualquiera de esas cosas.

Cada tres segundos. Contracción. Expansión. El ritmo le entraba por la espalda, por los omoplatos, por la columna vertebral, por la parte de atrás del cráneo donde el hueso es más fino y las vibraciones del suelo se transmiten al líquido cefalorraquídeo con una fidelidad que la neuropsicóloga que había dentro de Vega habría encontrado fascinante si no estuviera ocupada en otra cosa, que era llorar.

No supo cuándo empezó a llorar. No fue como la primera vez, en el huerto comunitario con el fruto en la mano, aquel desbordamiento animal y breve que le salió del fondo de la garganta. Este llanto fue silencioso, lento, de los que te mojan las sienes cuando estás tumbada boca arriba y las lágrimas no bajan por las mejillas sino que resbalan hacia las orejas y te mojan el pelo y se mezclan con el barro. Un llanto de gravedad, no de convulsión.

Lloraba por Carmela.

No por la Carmela del cuaderno ni por la Carmela de la lista ni por la Carmela de la residencia que no era Carmela. Lloraba por la Carmela que estaba debajo de ella. Ahora. A treinta centímetros. Conectada a la red, envuelta en filamentos, con el cuerpo en estasis y la mente —lo que le quedaba de mente— produciendo frutos que sabían a caldo de domingo para una hija que no sabía si iba a volver.

Y había vuelto.

Y estaba tumbada encima de ella.

Y la sentía.

No como se siente un recuerdo. No como se siente una idea o una esperanza o la proyección de un deseo en el vacío. La sentía como se siente a alguien que está en la habitación de al lado: no la ves, no la oyes, pero sabes que está ahí porque algo en el aire cambia cuando hay otra persona cerca, una densidad, una

temperatura, un desplazamiento de algo invisible que el cuerpo humano detecta antes que la cabeza.

Carmela estaba ahí.

Lo que quedaba de ella, lo poco que la red no había extraído todavía, estaba debajo de Vega y estaba despierto y estaba —Vega no tenía otra palabra— atento. Como si la presencia de su hija sobre la parcela hubiera agitado algo, hubiera activado un residuo de reconocimiento que no dependía de la memoria ni del lenguaje sino de algo más viejo: el vínculo que une a una madre con lo que salió de su cuerpo, un hilo de carne y de tiempo que no necesita consciencia para existir.

El pulso cambió.

No de ritmo. De calidad. La contracción de siempre —tres segundos, constante, mecánica— se suavizó debajo de Vega. No en todas partes: solo debajo de ella. Como si la zona de la red que estaba justo bajo su cuerpo se hubiera vuelto más lenta, más cálida, más envolvente. Como si algo ahí abajo la hubiera reconocido y se hubiera girado hacia ella del mismo modo que un girasol se gira hacia el sol: sin voluntad, sin decisión, por pura orientación.

Vega apretó las manos contra la tierra. Los dedos se hundieron en el barro caliente y algo subió por ellos que no era calor ni vibración ni ningún estímulo que pudiera clasificarse: era un sabor. No en la boca. En las manos. Un sabor que le llegaba a través de la piel y que era leche con miel.

La leche que Carmela le calentaba cuando no podía dormir.

Tibia, no caliente. Con la miel disuelta a medias, de modo que los últimos tragos eran más dulces que los primeros. En una taza blanca con el asa rota que Carmela nunca tiró porque decía que las cosas rotas que todavía sirven merecen quedarse. Y la mano de Carmela en la frente de Vega mientras bebía, comprobando la temperatura con la palma, con esos dedos finos y frescos que la mujer de Santiago —Consuelo, que no era su madre, que nunca fue su madre— no tenía.

Vega se quedó tumbada con las manos en la tierra y el sabor de la leche subiéndole por los brazos y la espalda contra el suelo caliente y el llanto silencioso mojándole el pelo y el barro y pensó,

con una claridad que no venía de la cabeza sino de un sitio más abajo y más viejo: mi madre me está tocando.

Desde abajo. A través de treinta centímetros de tierra. Con lo que le queda.

Me está tocando.

No supo cuánto tiempo estuvo tumbada.

El tiempo en el huerto de noche no funcionaba como el tiempo de dentro de la casa. No había reloj, no había luz que cambiara de ángulo, no había ninguno de los marcadores que el cerebro usa para estimar duración. Solo la niebla y el calor y el pulso y el olor dulce y el sabor de leche con miel en las manos y la sensación de estar siendo sostenida por algo que no necesitaba que Vega hiciera nada, que no pedía nada, que solo latía debajo de ella con la constancia de lo que lleva mucho tiempo esperando y que al fin tiene lo que esperaba encima.

En algún momento dejó de llorar. Las lágrimas se secaron en las sienes y el barro de la cara se endureció un poco con el frío de la niebla y Vega se quedó en un estado que no era vigilia ni sueño sino un tercer sitio, una zona intermedia donde la cabeza se apaga y el cuerpo toma el mando y lo que sientes es solo cuerpo contra tierra, calor contra frío, ritmo contra silencio.

Pensó en Olivia. No con la urgencia de las noches anteriores, no con el tirón de la culpa que la empujaba hacia el teléfono. Pensó en ella con una calma extraña, como si la distancia entre la aldea y Santiago se hubiera convertido en algo que se podía sostener sin que doliera. Olivia estaba bien. Olivia estaba con Tomás. Olivia aprendía nudos marineros y ponía nombres a las moscas y dormía en una cama que olía a suavizante industrial, no a lavanda y a tierra. Olivia estaba arriba, en la superficie, donde las cosas funcionan con electricidad y wifi y horarios de colegio, y Vega estaba aquí, tumbada sobre su madre, en un huerto que producía comida a partir de consciencia humana, y las dos cosas eran ciertas al mismo tiempo y ninguna de las dos anulaba a la otra.

Junto a su cabeza, en una grieta del suelo, un fruto nuevo estaba creciendo.

Lo vio al girar la cara. Era pequeño todavía, del tamaño de una cereza, con la piel translúcida y las venas apenas visibles, como un embrión de algo. Crecía despacio, empujando desde la grieta con la determinación blanda de las cosas vivas que no tienen prisa. Y mientras Vega lo miraba, el fruto se movió. No un crecimiento lento: un movimiento. Un giro mínimo, un ajuste, como si buscara la mejor posición para seguir creciendo. Como si supiera que había alguien al lado y quisiera orientarse hacia ella.

Vega alargó la mano. Lo tocó con la yema del índice. Estaba tibio. Pulsaba con el ritmo de la red pero también con otro ritmo, más rápido, más superficial, como un corazón pequeño que late dentro de otro más grande.

No lo arrancó. Lo dejó ahí, creciendo junto a su cara, y se quedó mirándolo con los ojos a la altura de la tierra, donde el mundo se reduce a lo que hay en los tres centímetros que separan tu ojo del suelo: barro, grietas, raíces finas, el resplandor del fruto, y debajo de todo el calor que sube y el pulso que baja y la sensación insoportable y hermosa de estar tumbada sobre alguien que no puede hablar pero que ha encontrado otra forma de decir estoy aquí.

Se despertó con luz gris en la cara y escarcha en el pelo.

No recordaba haberse dormido. El último recuerdo era el fruto creciendo junto a su mejilla y el pulso y el sabor de leche con miel, y después nada, un hueco sin sueños ni imágenes ni tiempo, como si el cuerpo hubiera decidido que dormir sobre la tierra caliente era más eficiente que subir a la cama y lo hubiera hecho sin consultar.

Se incorporó despacio. Le dolía la espalda —el suelo blando no era un colchón, por más caliente que estuviera— y tenía la ropa empapada de barro y de rocío y el pelo pegado a la cara con una mezcla de tierra y lágrimas secas que le tiraba de la piel al moverse. Las manos estaban rojas del frío de la noche —el calor del suelo las protegía solo hasta los codos; a partir de ahí, febrero hacía lo que le daba la gana— y olían a monte, a esa mezcla de dulce y orgánico y tierra que a estas alturas ya no era un olor sino una segunda piel.

El fruto de la grieta había crecido durante la noche. Era del tamaño de un huevo. Maduro, rosado, con las venas visibles y un

brillo húmedo que atrapaba la primera luz del día.

Vega lo cogió. Lo arrancó del tallo fibroso con un tirón suave que apenas necesitó fuerza, como si el fruto quisiera soltarse, como si llevara toda la noche esperando a que ella lo recogiera.

Lo mordió.

Leche con miel. Exacta. Tibia. Con la miel a medio disolver y los últimos tragos más dulces que los primeros. El sabor le llenó la boca y le bajó por la garganta con el calor de siempre, pero esta vez el calor no era solo calor: era reconocimiento. Era Carmela diciendo te he sentido toda la noche aquí arriba y he hecho esto para ti.

Vega se comió el fruto entero, sentada en la tierra mojada con las piernas cruzadas y la cara sucia y la ropa empapada y los ojos hinchados, y mientras masticaba miró el huerto a la luz del amanecer y vio que algo había cambiado.

Los frutos de las bocas del muro eran más grandes que ayer. Más brillantes. Más densos. Como si la parcela hubiera recibido un impulso durante la noche, una inyección de energía que la había hecho producir con más fuerza. Los tomates del rincón sur tenían frutos nuevos que no estaban al atardecer. Las lechugas habían crecido un palmo. La tierra estaba más caliente bajo las manos de Vega: puso la palma plana y estimó veinticinco grados, quizás veintiséis. Más que nunca.

La parcela de Carmela había respondido a la presencia de su hija orientándose hacia ella.

O como un organismo que detecta una fuente de energía nueva y se orienta hacia ella.

Las dos interpretaciones eran posibles. Las dos eran terribles. Y las dos eran hermosas de una forma que Vega no sabía cómo metabolizar, porque lo hermoso y lo terrible no deberían caber en el mismo gesto, pero aquí cabían, como cabían en el cuaderno de Carmela y en la placa de la capilla y en el muro que Suso llevaba cincuenta y ocho años arreglando y en la mecedora donde Amalia se sentaba para oír menos fuerte a los muertos.

Entró en la casa a las siete y media.

Se duchó con agua tan caliente que le enrojeció la piel. El barro del huerto salió del pelo en hilos oscuros que bajaron por el desagüe

con una lentitud espesa, como si no quisieran irse. Se frotó los brazos, la espalda, las piernas. El olor dulce se fue parcialmente: quedó un fondo, un residuo que el jabón no alcanzaba, metido en alguna capa de la epidermis que la ducha no tocaba.

Se vistió con ropa limpia. Se hizo un café. Se sentó a la mesa.

Le temblaban las manos. No del frío ni de la fatiga ni de ningún estímulo que pudiera identificar con su vocabulario clínico. Le temblaban de lo que había sentido tumbada en el huerto, que seguía dentro de ella como el eco de una explosión que ya ha pasado pero cuyas ondas todavía rebotan en las paredes del cuerpo.

Había sentido a su madre.

No en abstracto. No como metáfora ni como proyección psicológica ni como el resultado de una sustancia neuroactiva que activa circuitos de memoria y produce alucinaciones somatosensoriales congruentes con el deseo del consumidor. Había sentido a su madre. La presencia de Carmela debajo de la tierra, orientándose hacia ella, produciendo un fruto que sabía a leche con miel, respondiendo a su cuerpo tumbado encima con un aumento de calor y de producción que era, si lo mirabas desde el ángulo correcto, una forma de abrazo.

Podía explicarlo de otra manera. Lo sabía. Podía sentarse con el cuaderno clínico y escribir una interpretación alternativa en la que todo lo que había sentido era el resultado de la combinación de duelo patológico, exposición crónica a compuestos psicoactivos, privación de sueño, aislamiento social y la tendencia natural del cerebro humano a encontrar patrones significativos en estímulos aleatorios. Podía escribir eso y firmarlo y sería verdad. Una verdad que funcionaba como una puerta cerrada: te protege de lo que hay fuera, pero te deja dentro.

O podía no escribir nada y dejarse la puerta abierta.

No escribió nada.

Herbal apareció a las nueve con el periódico y un tarro de miel que le dejó en la encimera sin comentarios. La miró una vez, de arriba abajo, con la evaluación rápida de alguien que lleva cuarenta años leyendo caras de alumnos que no han hecho los deberes, y no dijo nada sobre la tierra en el cuello de la camiseta, ni sobre los ojos

hinchados, ni sobre las botas limpias junto a la puerta que significaban que Vega no las había usado para ir al huerto.
—¿Has dormido?
—He dormido.

No preguntó dónde. Sirvió dos cafés del cazo que Vega tenía en el fuego —se había acostumbrado a dejar café hecho de más por las mañanas, para cuando él apareciera, un gesto de hospitalidad involuntaria que los dos fingían no notar— y se sentó.
—La parcela está más caliente hoy —dijo, como quien comenta el tiempo.
—Sí.
—Y los frutos son más grandes.
—Sí.

Herbal asintió. Bebió su café. No añadió nada. Vega le agradeció el silencio con la parte de sí misma que no estaba ocupada en mantener las manos quietas sobre la mesa, y las dos partes —la agradecida y la temblorosa— coexistieron durante el rato que duró el café sin que ninguna de las dos ganara.

Cuando se fue, Vega lo vio bajar por el camino y detenerse junto al muro del huerto. Se agachó. Tocó la tierra con la mano. Se quedó así un momento, con la palma plana sobre el suelo, y después se levantó y siguió caminando.

Vega supo lo que estaba comprobando. El calor. La respuesta de la parcela. El viejo maestro tomando la temperatura de su recurso más importante, palpándola como quien mide un rendimiento.

No le dio asco. Debería habérselo dado. Pero lo que sintió fue algo más complicado: la comprensión fría de que para Herbal, lo que Vega había hecho anoche —tumbarse sobre la parcela, llorar, dormir, alimentar el vínculo con su madre enterrada— no era solo un acto de duelo. Era también un dato. Un indicador de que la hija de Carmela era receptiva a la red, de que la red respondía a ella, de que la parcela rendía más cuando Vega estaba cerca.

Un dato que Herbal iba a usar.

El problema era que Vega ya lo sabía y no le importaba lo bastante.

Esa noche la llamada a Olivia entró limpia, sin desfase, con la voz de su hija tan cerca que parecía estar en la habitación de al lado.

—Mamá, tengo que contarte una cosa muy seria.

—Dime.

—He decidido que cuando sea mayor quiero ser inventora de sabores.

—¿Inventora de sabores?

—Sí. Inventar sabores nuevos que no existen. Porque todos los sabores que hay ya los ha probado alguien y eso no tiene gracia. Yo quiero inventar uno que nadie haya probado nunca. —Pausa para coger aire—. ¿Tú crees que se puede?

Vega cerró los ojos. La ironía era tan brutal que si la hubiera inventado un guionista la habría rechazado por inverosímil. Inventora de sabores. Su hija de nueve años quería inventar sabores y ella acababa de pasar la noche tumbada sobre una máquina biológica que convertía la consciencia de su madre en sabores que no existían en ningún otro sitio del mundo.

—Creo que sí. Creo que es un trabajo precioso.

—¿A que sí? Lúa dice que es una tontería, pero Lúa quiere ser veterinaria de dragones, así que su criterio profesional es cuestionable.

Vega se rio. La risa le salió más fácil que las anteriores, con menos esfuerzo, y eso la asustó un poco porque la facilidad significaba que algo se había aflojado durante la noche en el huerto, algo que antes hacía resistencia y que ahora había cedido, y lo que cede sin que tú lo decidas no es relajación: es rendición.

—Mamá.

—Dime, bichito.

—¿Cuántos días llevas ahí?

Vega contó. Le costó. Los días en la aldea no tenían la forma de los días de Santiago, que empezaban con el despertador y terminaban con el telediario y en medio tenían estructura. Aquí los días eran masas de tiempo sin borde, que se derramaban unos en otros como la niebla se derramaba sobre los huertos.

—Once. Creo.

—Once días. —Olivia lo dijo con el tono de una fiscal que presenta pruebas—. Dijiste una semana.
—Lo sé.
—Una semana son siete días. Once no son siete.
—Tienes razón.
—¿Cuándo vuelves?

La pregunta. La misma de cada noche, pero esta vez sin el envoltorio de broma ni la entonación juguetona de una niña que pregunta por preguntar. Esta vez era una pregunta pelada, sin cobertura, con el filo de alguien que necesita una respuesta concreta porque las respuestas vagas le están empezando a hacer daño.
—Pronto, Olivia.
—Eso ya lo dijiste.
—Lo sé.

Silencio. Largo. El tipo de silencio que los niños de nueve años usan como arma cuando las palabras no les funcionan: un silencio que dice estoy enfadada y estoy triste y no sé cuál de las dos cosas soy más.
—Papá dice que le preocupas.
—No tiene por qué preocuparse.
—Dice que no contestas los mensajes.

Era verdad. Tomás le había mandado cuatro mensajes en los últimos tres días que Vega había visto y no había contestado, no porque no quisiera sino porque contestarlos requería formular frases sobre la venta de la casa y la fecha de vuelta y el estado del coche y la logística de una vida que, desde el huerto de Carmela, parecía pertenecer a otra persona.
—Le contesto mañana. Dile que estoy bien.
—¿Estás bien?
—Estoy bien.
—No suenas bien. Suenas… lejos.

Lejos. La palabra le cayó a Vega de golpe. No «cansada.» No «rara.» No «blanda.» Lejos. Olivia no estaba describiendo un estado de ánimo: estaba describiendo una distancia. Una distancia que no era geográfica sino de otra cosa, algo que se mide en cantidad de suelo caliente bajo los pies y en noches pasadas tumbada sobre la

tierra y en frutos que saben a una madre que no es la que tu hija necesita que seas.

—No estoy lejos, bichito. Estoy aquí.

—No. Estás ahí. —Lo dijo con la precisión quirúrgica de los nueve años—. Aquí es donde estoy yo.

Vega no contestó. No podía. Olivia tenía razón con la certeza irrefutable de los niños que todavía no han aprendido a confundir las palabras con lo que significan: aquí era Santiago, aquí era la casa con el suavizante industrial y el cuarto con las pegatinas de dinosaurios en la pared y la cama donde Vega le leía cuentos hasta que se dormía. Ahí era la aldea. Ahí era el monte. Ahí era el sitio donde Vega estaba y del que cada día le costaba más hablar de irse.

—Vuelvo pronto, Olivia. Te lo prometo.

—Vale.

Un vale seco, sin la cola de alegría que solía ponerle, sin el «vaaale» alargado que significaba que te creo aunque no me convences. Un vale y punto. Un vale de nueve años que ha aprendido a guardar la decepción en una sílaba.

—Te quiero, bichito.

—Yo también.

Sin «mamá» al final. Sin exclamaciones. Sin el ruido de fondo de siempre —la tele, Tomás fregando, algo cayéndose— que hacía que las llamadas de Olivia sonaran a casa habitada. Solo «yo también» y después el clic de la llamada cortándose.

Vega dejó el teléfono en la mesa.

Se quedó sentada mucho rato. La cocina se enfrió porque la caldera hacía un ruido que significaba que se estaba quedando sin gasóleo y Vega no se levantó a comprobar. El café del cazo se puso rancio. La luz de la bombilla zumbó con ese zumbido constante de las bombillas viejas que están a punto de fundirse.

Fuera, el huerto latía.

Dentro, el teléfono no sonó.

Vega bajó la vista al suelo. La pizarra estaba caliente, como siempre. Debajo de la pizarra, los cimientos. Debajo de los cimientos, la tierra. Debajo de la tierra, los filamentos. Debajo de los filamentos, su madre.

Y debajo de su madre, más filamentos, más red, más monte, extendiéndose kilómetros en todas direcciones, conectando parcelas y cuerpos y consciencias y recuerdos en un sistema que no tenía nombre ni fin ni principio y que latía con la paciencia de algo que sabe que todo lo que necesita acabará viniendo a él, porque todo lo que vive acaba en la tierra, y la tierra es lo único que no se va.

Vega se descalzó. Bajó del taburete. Puso los pies en el suelo.

El calor le subió por las plantas y le recorrió las piernas y le llegó al centro del cuerpo, y ahí se quedó, irradiando, como una mano que se posa en el vientre de alguien que tiene frío.

Esa noche no durmió en la cama.

Se tumbó en el suelo de la cocina, sobre la pizarra caliente, con una manta encima y la cara contra la piedra y el pulso de su madre entrándole por la mejilla, y se durmió en menos de un minuto, como se duermen los niños: de golpe, sin transición, cayendo en algo blando que los recibe sin pedir nada a cambio.

O que pide, pero no todavía.

14

La oferta

Herbal eligió la tarde del día siguiente para decirlo.

No la mañana, que era cuando solía aparecer con su café y su periódico atrasado y su forma de sentarse a la mesa como si la cocina de Carmela fuera una extensión de la suya. No el mediodía, cuando Flor pasaba con un plato y Vega no podía negarse a comer sin que la mujer la mirara con esa compasión de beata que era peor que un reproche. La tarde. Cuando la aldea se quedaba quieta y los sonidos se apagaban y la niebla bajaba del monte con su peso de siempre y la luz menguaba en la cocina hasta dejar solo los bultos: la mesa, las sillas, la lata de Fontaneda sobre el aparador, la botella vacía que Vega no había tirado ni reemplazado.

Trajo una botella nueva de licor. La puso en la encimera sin comentarios, al lado de la vacía, como quien deja el relevo de una guardia.

—No quiero licor —dijo Vega.

—No es para ahora. Es para que lo tengas.

Se sentó. Las manos sobre la mesa, abiertas, con las palmas hacia abajo. Hoy le funcionaban a medias: los pulgares y los meñiques bien, el resto en una garra suave que le obligaba a apoyar los antebrazos en la madera para que no le temblaran. No había tomado licor en todo el día, quizás en dos. Vega lo notó en las ojeras, en la forma en que los párpados le pesaban un punto más de lo normal, en la rigidez de los hombros que el licor le quitaba cada mañana y que sin él volvían como volvía todo: despacio, con la insistencia de las cosas que saben esperar.

Fuera oscurecía. Los últimos pájaros del día —gorriones, carboneros, algún mirlo de los que anidaban en los castaños— hacían ese ruido de final de jornada que es menos canto que trámite: los últimos avisos, los últimos ajustes, el cierre de algo que volverá mañana.

—¿Cómo dormiste? —preguntó Herbal.

—En el suelo.

No añadió nada. Herbal tampoco preguntó por qué, porque los dos sabían por qué y decirlo en voz alta habría sido como explicar un chiste: le quita la gracia y le quita la verdad.

Vega había dormido en el suelo de la cocina, sobre la pizarra caliente, con una manta y una almohada y el pulso de la red entrándole por la espalda y por las costillas y por la mejilla apretada contra la piedra. Había dormido nueve horas. Sin despertarse. Sin soñar. Mejor que en cualquier cama de los últimos tres años.

—Voy a decirte una cosa —dijo Herbal— y necesito que me escuches entera antes de contestar.

—La estás dosificando.

—¿Perdona?

—La información. Llevas dos semanas dándomela a cucharadas. Primero los frutos, después el licor, después la cueva, después el mecanismo, después el cuaderno. Cada pieza en el momento justo para que yo no pueda irme sin tener la siguiente. —Vega se recostó en la silla. La madera crujió con un quejido viejo—. Soy psicóloga, Herbal. Reconozco un condicionamiento operante cuando lo veo.

Herbal la miró. En sus ojos miel no había ofensa. Había algo peor: admisión.

—Tienes razón.

—Claro que tengo razón.

—Tienes razón y no cambia nada. Porque lo que te he ido contando es verdad, y la verdad funciona igual de bien esté dosificada o no. —Se frotó el índice agarrotado con el pulgar de la otra mano. El gesto tenía algo de mecanismo de consuelo, un tic que Vega había catalogado mentalmente como «autocontacto de regulación» y que en Herbal significaba que estaba a punto de decir algo que le

costaba—. Lo que voy a decirte ahora es lo último. Después de esto no hay más piezas. Se acabó el rompecabezas.

Vega cruzó los brazos. Era un gesto de protección tan obvio que en consulta se lo habría señalado a cualquier paciente, pero aquí, en esta cocina, con este hombre, los manuales no servían.

—Dilo.

Herbal cogió aire. No fue un suspiro: fue un gesto técnico, el de un hombre que va a hablar largo y necesita oxígeno.

—Tu madre se está apagando. Lo sabes. Los frutos son más pequeños cada mes. El calor baja. Rosalía me da los números y los números dicen que a tu madre le queda un año de producción útil, quizás un poco más. Después de eso, lo que haya sido Carmela se habrá disuelto en la red y la parcela dejará de dar y la aldea perderá su fuente. ¿Hasta ahí estamos de acuerdo?

—Hasta ahí.

—Bien. —Herbal juntó las manos. Los dedos que podían cerrarse se cerraron; los que no, se quedaron a medio camino—. Lo que le queda a tu madre no es solo producción. Es consciencia. Es lo último que tiene de ser Carmela. El caldo, la leche con miel, lo que sentiste anoche en el huerto —la presencia, el calor, la reacción de la parcela —. Eso es ella. Los últimos restos. Y se están gastando.

—Lo sé.

—Lo que no sabes es que hay una forma de alcanzarla antes de que se apague.

La cocina se quedó sin aire. No literalmente —la ventana estaba entreabierta y la corriente de la tarde entraba con su frío húmedo de Ancares—, pero Vega sintió que algo se contraía, una reducción del espacio disponible que no tenía que ver con las paredes sino con lo que acababa de oír, con las implicaciones que se abrían debajo de esa frase como las raíces debajo de un árbol: invisibles, enormes, ocupando más sitio que la parte de arriba.

—La red conecta a los plantados entre sí —dijo Herbal—. No con palabras. No como una conversación. Rosalía dice que es más parecido a estar en la misma habitación: no hablas, pero sabes que el otro está. Sientes su temperatura, su ritmo, lo que le queda de

forma. Encarna y Visitación llevan décadas conectadas. Pepe y Manolo también, aunque de Manolo ya queda poco.

—¿A dónde vas con esto?

—Voy a que si alguien se plantara en la parcela de al lado, la red lo conectaría con tu madre. Y durante el tiempo que le quede a Carmela —un año, dos, lo que sea—, esa persona estaría con ella. No visitándola. No tocándole la cara a través de la tierra. Con ella. En la misma red. Sintiendo lo que queda de ella desde dentro.

Silencio.

El reloj de péndulo parado en las cuatro y veinte. Los cencerros de Suso apagándose a lo lejos porque las vacas estaban volviendo al establo. El goteo del grifo del baño que nadie había arreglado. El pulso debajo, constante como siempre, tres segundos, ajeno a lo que se decía encima.

—Si te plantaras junto a ella, Vega, tendrías años de contacto. No meses. Años. La red te conectaría con lo que queda de tu madre y podrías estar a su lado mientras se apaga. Acompañarla. Saber que está ahí. Y ella sabría que estás tú.

Herbal lo dijo mirándola a los ojos. Sin la retórica que usaba para las explicaciones generales, sin la cadencia de maestro, sin la sonrisa contenida que le servía de escudo contra las preguntas difíciles. Lo dijo pelado, con la voz de un hombre que ofrece algo que sabe que es monstruoso y que también sabe que es verdad y que no ha encontrado la forma de decir las dos cosas a la vez.

Vega no contestó.

No dijo que no.

No dijo que sí.

No dijo nada durante un rato que fue más largo que cualquier silencio terapéutico que hubiera sostenido en su consulta, y ella había sostenido silencios de cinco minutos con pacientes que tenían cosas peores que esto atragantadas en la garganta. Este silencio duró más. Duró lo que dura una idea en convertirse en posibilidad y una posibilidad en tentación y una tentación en algo que no puedes descartar aunque todo lo que eres te diga que deberías.

Herbal la dejó.

No insistió. No añadió argumentos. No apeló a la aldea, ni al deber, ni a la tradición, ni a ninguna de las palancas que habría usado un manipulador con menos oficio. Se quedó sentado con las manos sobre la mesa, esperando, con la paciencia de un hombre que ha lanzado un anzuelo y sabe que tirar del hilo ahora lo rompería.

Lo que pasaba dentro de Vega no era un debate.

Un debate tiene dos partes que argumentan. Lo que ella tenía era una colisión. Dos fuerzas moviéndose en direcciones opuestas dentro del mismo cuerpo, sin retórica, sin lógica, sin la estructura de un pro y un contra que se puedan poner en una tabla y comparar. Una fuerza tiraba hacia arriba: Olivia, Santiago, la consulta, los pacientes, el piso con suavizante industrial y pegatinas de dinosaurios, la vida que Carmela le había comprado metiéndose debajo de un huerto. La otra tiraba hacia abajo: la pizarra caliente, el pulso, el sabor del caldo y de la leche con miel, la noche en el huerto con la espalda contra la tierra y la presencia de su madre entrándole por la piel.

Las dos fuerzas eran amor.

Ese era el problema. Si una fuera amor y la otra fuera miedo, o deber, o culpa, Vega podría haberlas separado y elegido. Pero las dos eran amor y el amor no se pesa en una balanza porque no tiene unidades de medida y cada vez que intentas meterlo en una ecuación se sale por los bordes.

Olivia la necesitaba arriba. Carmela se apagaba abajo. Y Herbal le estaba ofreciendo la posibilidad de estar con su madre mientras se moría de verdad —no la muerte administrativa de una residencia a las seis y cuarto de la mañana, sino la muerte real, la disolución lenta de una consciencia que todavía la reconocía y que pronto dejaría de reconocer todo—, y esa posibilidad era un regalo envenenado y era un veneno regalado y era, si lo mirabas desde el ángulo exacto donde la luz le daba de una forma determinada, la cosa más generosa que nadie le había ofrecido nunca.

Acompañar a tu madre mientras muere.

El precio era morirte tú.

Herbal se había terminado el café. Tenía las manos alrededor de la taza vacía, con los dedos medio cerrados, como un hombre que reza con un vaso en vez de con un rosario.

—¿Cuánto duraría? —preguntó Vega.

La pregunta salió con una voz que no reconoció. No era la voz de la neuropsicóloga ni la de la hija ni la de la madre. Era una voz nueva, plana, técnica de una forma que no tenía nada que ver con la ciencia: la voz de alguien que evalúa los términos de un contrato que no ha firmado todavía pero que ya está leyendo la letra pequeña.

Herbal no mostró sorpresa. Había oído esa pregunta antes. De Encarna, probablemente. De Carmela, con certeza.

—Depende de la persona. Treinta años es la media. Puede ser más, puede ser menos. Tu madre lleva veintinueve y todavía queda algo, así que la familia tiene resistencia.

—No me hables de resistencia como si fuera una ventaja genética.

—Es una ventaja genética. Las personas con consciencias más densas —más recuerdos, más experiencia, más vida interior— duran más. Tú eres neuropsicóloga. Tienes treinta y ocho años de formación, de pacientes, de libros, de pensamientos sobre cómo funciona la mente humana. —Herbal abrió las manos sobre la mesa como un hombre que enseña las cartas—. Durarías mucho, Vega. Más que tu madre. Más que Encarna.

—Estás vendiéndome la longevidad de una sepultura.

—Te estoy diciendo lo que sé.

—¿Y mi hija?

La frase cambió la temperatura de la habitación. No la temperatura real —esa seguía siendo la de una cocina con la caldera baja y la ventana entreabierta— sino la otra, la que se mide en silencios y en la forma en que las caras de dos personas se recolocan cuando alguien dice algo que importa de verdad.

—Mi hija tiene nueve años. No tiene madre suplente. No hay una Consuelo esperando en Santiago para hacerse cargo. Tomás trabaja, viaja, no puede con todo. Si yo me meto debajo de un huerto, Olivia crece sin madre. Igual que yo. Igual que Bieito.

Herbal no esquivó.

—Lo sé.
—¿Y qué respuesta tienes para eso?
—Ninguna.

Lo dijo sin cobertura. Dos palabras que fueron, en la escala de las cosas que Herbal le había dicho a lo largo de dos semanas, las más honestas. No tenía respuesta para Olivia. No tenía retórica que justificara dejar huérfana a una niña de nueve años. No tenía una versión del pacto que incluyera una cláusula de protección para los hijos de los plantados, porque los hijos de los plantados —Bieito, la propia Vega— eran la parte del sistema que el sistema prefería no mirar.

—No te estoy pidiendo nada, Vega. —Herbal se levantó de la silla con la lentitud de los días malos, apoyándose en los antebrazos porque las manos no aguantaban el peso—. Te estoy diciendo lo que es posible. Lo que hagas con eso es cosa tuya.
—No me estás pidiendo nada y me estás pidiendo todo. No funciona así.
—Funciona exactamente así. Tu madre también lo dijo. También me lo echó en cara. —Se puso el jersey que había dejado en el respaldo de la silla. Los brazos le costaron; Vega tuvo el impulso de ayudarle y no lo hizo—. Me dijo: «No me estáis obligando, lo cual es peor que obligarme, porque si me obligarais yo podría odiaros y el odio es más fácil que esto.»

Se fue. La puerta se cerró. Los pasos sobre la piedra mojada se apagaron por el camino.

Vega se quedó sola en la cocina con la frase de su madre girando dentro de la cabeza como una moneda que no acaba de caer: el odio es más fácil que esto. Más fácil que la libertad de elegir cuando las dos opciones tienen el mismo peso y el mismo filo y te cortan por sitios distintos.

No salió al huerto esa noche.

Fue una decisión consciente, la primera que tomaba en días que sentía verdaderamente suya y no del monte ni de la inercia ni de la gravedad de un suelo caliente que le pedía al cuerpo lo que la cabeza no quería dar. Se sentó en la silla de la cocina con los zapatos puestos —puestos, no descalza, porque descalza significaba

sentir el pulso y sentir el pulso significaba ceder un milímetro y cada milímetro que cedía se convertía en centímetro y cada centímetro en metro y los metros la estaban acercando a un hoyo en la tierra que todavía no existía pero que podía sentir en algún lugar del futuro, esperando, como las bocas esperan a los frutos— y cogió su cuaderno de tapas negras y escribió.

«Herbal me ha ofrecido plantarme junto a Carmela.»

Se detuvo. La frase en el papel era absurda. Tenía la sintaxis de una comunicación clínica y el contenido de una pesadilla. Se obligó a seguir.

«Argumentos a favor (desde la perspectiva de Herbal): (1) Contacto directo con lo que queda de Carmela durante su fase terminal. (2) Posibilidad de acompañamiento durante la disolución. (3) Conexión a la red que permitiría percibir la presencia materna de forma no mediada por los frutos. (4) Duración estimada del proceso: 30+ años, durante los cuales la consciencia del plantado mantiene niveles variables de lucidez.»

«Argumentos en contra: (1) Muerte. (2) Olivia.»

Miró lo que había escrito. Cuatro argumentos a favor con numeración y vocabulario técnico. Dos argumentos en contra con una palabra cada uno.

Cerró el cuaderno.

La asimetría lo decía todo. No necesitaba cuatro razones para saber que la respuesta era no. No necesitaba vocabulario técnico ni marcos teóricos ni perspectivas de nadie. La respuesta era Olivia. La respuesta era siempre Olivia. La respuesta era una niña de nueve años que inventaba idiomas con su mejor amiga y que quería ser inventora de sabores y que le había dicho «estás ahí, aquí es donde estoy yo» con la precisión aplastante de alguien que todavía no ha aprendido a confundir la verdad con la diplomacia.

Olivia era la respuesta.

Entonces, ¿por qué le había preguntado a Herbal cuánto duraría?

Se levantó de la silla. Fue al fregadero. Se echó agua fría en la cara. El agua de los Ancares salía tan fría que le cortó la respiración un instante, y en ese instante —ese segundo de ausencia que produce el frío cuando es lo bastante intenso como para borrar el

pensamiento— Vega sintió algo parecido al alivio. Un segundo sin la oferta. Un segundo sin los dos nudos tirando.

Después el agua dejó de ser fría y el pensamiento volvió y con él la pregunta, la única pregunta que importaba y que no era «me planto o no me planto» sino otra, más vieja, más honda, que llevaba debajo de todas las demás desde que había llegado a la aldea:

¿Por qué Carmela dijo que sí?

El cuaderno lo explicaba. Los números, las opciones, la lógica de una madre que mira las alternativas y elige la menos mala. Pero los números no eran suficientes. Vega podía hacer la misma tabla de pros y contras —ya la había hecho, en la silla, con los zapatos puestos, con su letra de profesional— y los números no le daban un sí. Le daban un no. Un no rotundo, claro, que pesaba dos palabras: muerte y Olivia.

Carmela había hecho la misma tabla. Carmela tenía los mismos dos argumentos en contra: muerte y Vega.

Y había dicho que sí.

¿Qué había en la columna del sí que a Vega se le escapaba? ¿Qué sabía Carmela que Vega todavía no sabía? ¿Qué había sentido, qué le habían enseñado, qué le había pasado en esos meses de deliberación que convirtió un no en un sí?

Vega se secó la cara. Miró la botella nueva de licor en la encimera. Ámbar oscuro, sin etiqueta, con el cristal grueso que deformaba la luz de la bombilla en un arco cálido sobre la madera.

No la abrió.

Se sentó en la silla. Cogió el teléfono. La señal tenía una barra. Marcó.

Tardó cuatro tonos. Olivia solía coger al segundo. Cuatro significaba que estaba haciendo algo y que el teléfono no estaba en la mano y que tuvo que ir a buscarlo, lo que a los nueve años puede significar que estaba en la otra habitación o en otro planeta, dependiendo del nivel de absorción de la actividad en curso.

—Mamá.

Sin exclamación. Sin alargamiento de la última a. Sin el ruido de fondo que significaba vida en curso. Solo «mamá», seco, en una habitación que sonaba vacía.

—Hola, bichito. ¿Qué hacías?
—Nada.

Nada. Una palabra que a los nueve años no existe, porque a los nueve años siempre estás haciendo algo, aunque sea mirar el techo y decidir si la mancha de humedad se parece más a un dragón o a un pollo. Nada significaba que Olivia estaba sentada en algún sitio esperando que su madre llamara y fingiendo que no.

—¿Cómo ha ido el cole?
—Bien.
—¿Qué habéis hecho?
—Cosas.

Monosílabos. El arsenal pesado de una niña de nueve años enfadada. Vega los conocía bien: Olivia los usaba cuando algo le dolía de verdad y todavía no había encontrado las palabras grandes para decirlo, así que usaba las más pequeñas que tenía y las soltaba como piedras.

—¿Estás enfadada conmigo?

Pausa. Larga.

—No.
—¿Estás triste?

Pausa más larga. Vega oía la respiración de Olivia en el auricular, el sonido pequeño y arrítmico de una niña que respira por la boca porque tiene la nariz tapada de llorar.

—Hoy Lúa me ha preguntado si tú y papá os estáis divorciando.
—No nos estamos divorciando. Ya estamos divorciados, bichito. Eso ya lo sabes.
—Ya. Pero Lúa dice que cuando una madre se va y no vuelve es porque está con otro señor en otro sitio.
—Olivia, estoy en el pueblo de la abuela. Arreglando cosas. No estoy con ningún señor.
—Ya. —Otra pausa. La respiración se le aceleró un punto—. Pero no vuelves. Dices que vuelves y no vuelves. Y cada vez que llamas suenas más rara y más lejos y yo no sé qué hacer cuando no estás porque papá no sabe hacer la trenza y la casa huele distinto y por las noches me despierto y voy a tu cuarto y tu cuarto está vacío y no me gusta que tu cuarto esté vacío, mamá, no me gusta.

Lo soltó de golpe, como se suelta un vómito: sin control, sin forma, sin la edición que los adultos le ponemos a todo lo que decimos para que suene razonable. La voz le temblaba y se le rompía en los bordes y Vega, que llevaba quince años escuchando a gente que sufre como parte de su oficio, apretó el teléfono con una fuerza que le puso los nudillos blancos y cerró los ojos y aguantó como se aguanta una ola: dejando que pase.

—Olivia. Escúchame. Voy a volver.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¡No digas pronto! —Gritó. Olivia gritó por primera vez en todas las llamadas, un grito que no era de rabia sino de un sitio más profundo, del sitio donde los niños guardan el miedo que no se parece al miedo de los monstruos ni al miedo de la oscuridad sino al miedo de verdad, el que no tiene forma, el que es simplemente la certeza de que alguien que debería estar no está y de que el mundo sin esa persona no funciona igual—. ¡Dime un día! ¡Dime lunes o martes o viernes! ¡Dime un día que pueda poner en el calendario y tachar!

Vega apretó los ojos. Las lágrimas le salieron calientes por debajo de los párpados y le resbalaron por las mejillas hasta la barbilla y cayeron sobre la mesa de Carmela con un sonido mínimo que nadie oyó excepto ella.

—Viernes —dijo.

—¿Este viernes?

—Este viernes. Te lo prometo.

Silencio. Olivia procesando. El cerebro de nueve años ejecutando la operación más importante de su repertorio: decidir si le cree o no.

—Vale. Viernes. —La voz le bajó. El grito se había llevado la presión y lo que quedaba era más pequeño, más frágil, como la calma que sigue a una tormenta cuando el cielo se queda vacío y gris y no sabes si va a llover otra vez o no—. Mamá.

—Dime.

—¿Te acuerdas de la leche con miel que hacía la abuela?

A Vega se le paró el corazón. No como metáfora: se le paró una sístole, un vuelco, una contracción que no vino seguida de expansión

durante un instante que duró más que un instante, porque la pregunta de Olivia no venía de ningún sitio que Vega pudiera rastrear. Olivia no recordaba a Carmela. Olivia había conocido a Consuelo, que no hacía leche con miel. Olivia nunca había estado en esta aldea, nunca había probado los frutos, nunca había dormido sobre la pizarra caliente.

—¿La leche con miel?

—Sí. Me acuerdo de que una vez, cuando era muy pequeña, alguien me dio leche con miel tibia. Creo que era la abuela. O a lo mejor eras tú. No me acuerdo bien. Pero me acuerdo del sabor.

Vega se mordió el labio hasta que le supo a hierro.

—Yo también me acuerdo del sabor, bichito.

—Pues cuando vuelvas el viernes me haces una. Con la miel a medio disolver, que así los últimos tragos son más dulces.

Vega no pudo contestar. No porque no tuviera voz. Porque la coincidencia —la miel a medio disolver, los últimos tragos más dulces, la frase exacta de un sabor que venía de debajo de la tierra de una aldea donde Olivia no había pisado nunca— era demasiado grande para caber en una respuesta y demasiado precisa para ser casualidad y demasiado aterradora para no serlo.

—Te la hago —dijo, con una voz que sonó a algo que se rompe por dentro pero que sigue en pie porque no le queda otra—. El viernes. Te lo prometo.

—Bien. Buenas noches, mamá. Te quiero.

—Te quiero, Olivia. Mucho.

Colgó.

Se quedó sentada con el teléfono caliente en la mano y las lágrimas secándose en la cara y una promesa que no sabía si iba a poder cumplir.

Viernes. Había dicho viernes. Faltaban tres días. Tres días para arreglar el coche o bajar andando y conducir cuatro horas hasta Santiago y hacer leche con miel para una niña que recordaba un sabor que no debería recordar y que había dicho «con la miel a medio disolver» como si alguien se lo hubiera soplado al oído mientras dormía.

Como si el monte recordara lo que tú olvidaste y se lo contara también a los que nunca estuvieron aquí.

Se quitó los zapatos.

No quiso hacerlo. Se los quitó igual, con el gesto automático de los pies que buscan lo que les calma, y la pizarra caliente le recibió las plantas con esa tibieza que ya conocía mejor que la de su propia cama, y el pulso le subió por los tobillos y por las pantorrillas y le llegó al centro del cuerpo donde se instaló como siempre, irradiando, pidiéndole sin palabras que se quedara un poco más.

Solo un poco más.

Vega miró la botella de licor en la encimera. No la abrió.

Miró el suelo. No se tumbó.

Subió a la cama con los zapatos en la mano y la promesa del viernes en la boca y el sabor de la leche con miel —que no había probado, que no había comido, que le había llegado a través de la voz de su hija diciendo exactamente las mismas palabras que escribió Carmela en un cuaderno debajo de la tierra— quemándole el paladar como algo que no va a irse por mucho que tragues.

15

La quiebra

Bieito la estaba esperando en el camino a las siete de la mañana.

No borracho. Eso fue lo primero que Vega registró al verlo: no estaba borracho. Tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño y la ropa del día anterior y un corte en la ceja izquierda que parecía de haberse dado contra el marco de una puerta en la oscuridad, pero estaba de pie, estable, con las manos en los bolsillos y una inmovilidad que no era la del alcohol sino la de alguien que lleva horas esperando y ha quemado toda la inquietud que tenía.

Hacía frío. El tipo de frío de los Ancares que no se contenta con la piel: busca las articulaciones, los lóbulos de las orejas, el cartílago de la nariz. Bieito no llevaba abrigo. Una camisa de franela con los puños sin abrochar y los faldones por fuera del pantalón, como si se hubiera vestido a medio hacer y hubiera salido sin terminar.

—¿Puedo entrar? —dijo.

Vega le abrió la puerta.

Se sentó a la mesa sin quitarse las botas. El barro de la suela dejó marcas en la pizarra y Vega las miró sin decir nada porque el barro en el suelo de una cocina de aldea es como la lluvia en el tejado: no merece comentario.

Le puso un café delante. Bieito lo cogió con las dos manos y se lo llevó a la cara y respiró el vapor con los ojos cerrados durante cinco segundos antes de dar un trago. Tenía las manos peor que la última vez: los nudillos pelados, un padrastro sangrando en el pulgar derecho, las uñas negras de algo que podía ser tierra o grasa de motor o las dos cosas.

—Sé lo que Herbal te ha dicho.

Vega se sentó enfrente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Flor se lo contó a Suso y Suso no sabe guardar un secreto si la persona que se lo cuenta le dice que no lo cuente. Es como ponerle un cartel. —Bieito dio otro trago. El café le temblaba en las manos con un temblor fino y constante que no era de frío—. Te ha ofrecido plantarte.

—No exactamente. Me ha dicho que es una posibilidad.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo.

—Vega. —La miró por encima del borde de la taza, con los ojos inyectados y esa lucidez incómoda que tienen los alcohólicos sobrios, la mirada de alguien que ha quitado el filtro que el alcohol le ponía y ahora ve todo con una nitidez que duele—. Es lo mismo. Así empezó con mi madre. No le dijo «tienes que plantarte.» Le dijo que era una opción. Que nadie la obligaba. Que la decisión era suya.

Dejó la taza en la mesa. El golpe fue más fuerte de lo necesario. Café salpicado en la madera.

—Y mientras le decía eso, le daba frutos todas las mañanas. Y licor por las noches. Y la dejaba dormir mejor que en su vida. Y le quitaba los dolores de espalda que tenía desde que nací yo, porque el parto le jodió algo en las lumbares y llevaba nueve años sin poder agacharse sin que le diera un tirón. Y un día se agachó y no le dolió y me miró y me dijo: «Bieito, es un milagro.» Y no era un milagro. Era un soborno.

Vega no habló. Dejó que el silencio hiciera su trabajo, porque Bieito no necesitaba preguntas: necesitaba espacio.

—¿Sabes cuánto tardaron en convencerla? —Se pasó la mano por la cara. El corte de la ceja le brilló al estirarse la piel—. Cuatro meses. Cuatro meses de frutos y licor y de Herbal pasando por casa a tomar café y de Flor trayendo guisos y de Rosalía dándole datos sobre la producción de la parcela de Pepe, que bajaba, que cada vez bajaba más, que la aldea necesitaba, que sin una parcela nueva todos se morían. Cuatro meses de eso, Vega. Todos los días. Gota a gota. Hasta que un día mi madre se levantó de la cama y me dijo que iba

a hacer algo importante por el pueblo y que yo tenía que ser valiente.

Se rascó la nuca. El gesto —el mismo de Herbal, el mismo de Vega, el gesto que se contagia en los pueblos como la gripe— le dejó un rastro rojo en la piel, como si rascarse fuera lo único que le impedía gritar.

—Ser valiente. Tenía ocho años. No sabía qué cojones significaba ser valiente a los ocho años. Pensaba que ser valiente era no llorar cuando te caías de la bici o meterte en el río cuando el agua estaba fría. Mi madre me dijo «sé valiente» y yo dije vale y ella me abrazó y me olió el pelo y salió de casa y al día siguiente ya no estaba.

La voz le tembló en la última sílaba. No mucho. Un cuarto de tono, un desajuste mínimo que alguien sin formación no habría detectado pero que Vega, después de quince años escuchando a gente que se rompe en su consulta, registró como lo que era: el borde de algo que lleva treinta y seis años contenido y que se está fisurando.

—Y me olió el pelo —repitió Bieito, como si esa parte fuera la que más le costara—. Eso es lo que recuerdo. No la cara. No lo que dijo. El olor de su nariz en mi pelo.

Se levantó de la silla. No para irse: para moverse. Bieito de pie en una cocina pequeña era un animal inquieto, alguien que necesitaba los pies en movimiento para que la boca pudiera seguir hablando. Fue de la mesa a la ventana y de la ventana a la puerta y de la puerta al fregadero y en cada parada tocó algo —el marco, el tirador, el grifo— como para asegurarse de que lo sólido seguía siendo sólido.

—Los frutos son una droga, Vega. Lo digo sin rodeos porque tú eres médica o psicóloga o lo que seas y me vas a entender: son una puta droga. Actúan en el cerebro. Cambian la química. Te hacen sentir bien de una forma que ninguna otra cosa te hace sentir bien, y después de una semana comiéndolos tu cuerpo ya no sabe funcionar sin ellos. El licor es peor. El licor te entra en el esqueleto.

—Lo sé.

—Lo sabes con la cabeza. Con la cabeza lo sabes todo. Eres como Herbal: todo es explicable, todo tiene su lógica, todo se puede poner

en un papel y darle vueltas. —Se paró junto a la ventana. Fuera, el huerto de Carmela brillaba con la fertilidad de siempre, verde y absurdo en febrero, con los frutos asomando por las bocas del muro como ojos—. Pero la cabeza no manda aquí. Lo que manda es lo que sientes cuando pones los pies en el suelo y el suelo está caliente y el calor te sube y te afloja todo y piensas: estoy en casa. ¿Verdad que piensas eso?

Vega no contestó.

—Verdad que sí. Porque me pasó a mí también. No con los frutos, porque yo no los como. Pero con el suelo sí. Con el calor. Con el olor. Con la sensación de que este sitio me quiere, de que la tierra me conoce, de que debajo de todo hay algo que me cuida. —Se giró hacia ella. A contraluz de la ventana era una silueta sin cara, solo bordes—. ¿Sabes cuánto tiempo tardé en darme cuenta de que esa sensación es una trampa?

—¿Cuánto?

—Veinte años.

Se sentó otra vez. La silla protestó con un chirrido de madera.

—Veinte años viviendo en esta aldea, sintiendo el calor del suelo, oyendo el pulso por las noches, sabiendo que mi madre estaba debajo del huerto de la eira produciendo frutos que yo no probaba pero que todo el pueblo comía. Veinte años creyendo que la sensación de estar siendo cuidado era real. Que el monte de verdad me quería. Que mi madre de verdad seguía ahí abajo protegiéndome, mandándome calor a través de la tierra como mandaba frutos a los demás.

—¿Y no era real?

—Era real como es real un anzuelo que tiene gusano. El gusano es de verdad. El hambre del pez es de verdad. La boca del pez que muerde es de verdad. Pero lo que hay detrás del gusano es un gancho.

Vega se inclinó hacia delante. Las manos sobre la mesa, una postura que en consulta usaba para decirle al paciente estoy aquí, te escucho, puedes seguir.

—Cuéntame lo del hoyo.

Bieito la miró. Algo le cambió en los ojos: una contracción de las pupilas, como si la palabra «hoyo» les hubiera dado un golpe directo.

—¿Qué hoyo?

—El hoyo que cavaron para tu madre. Me dijiste que lo tenían preparado. Que media hora después de que Encarna dijera que sí, el hoyo estaba hecho.

Bieito cogió la taza de café. Estaba vacía pero la sostuvo igualmente, con los dos pulgares en el borde y los demás dedos agarrados al cuerpo de la cerámica como a un pasamanos.

—No fue media hora. Fue menos. A lo mejor veinte minutos. Suso cava rápido. —Tragó saliva. La nuez le subió y le bajó con el esfuerzo de alguien que traga algo que no es líquido—. Pero lo que quiero que entiendas no es el tiempo que tardaron en cavar. Es que ya sabían dónde cavar. Rosalía tenía el sitio marcado. Marcado, Vega. Con unas estacas en la tierra. Cuatro estacas con un cordel entre ellas haciendo un rectángulo. Lo vi. Yo tenía nueve años y lo vi una semana antes de que mi madre dijera que sí, cuando salí a mear por la noche y pasé por el huerto de la eira y vi las estacas y el cordel y pensé que iban a plantar patatas.

La taza vacía le tembló entre los dedos.

—Patatas. Pensé que iban a plantar patatas. Y una semana después mi madre se metió ahí dentro.

Vega se echó hacia atrás en la silla. La madera le crujió en la espalda con un quejido que sonó a lo que ella sentía por dentro.

—Tenían el hoyo preparado antes de que Encarna aceptara.

—Claro que lo tenían. Porque sabían que iba a decir que sí. Porque llevaban cuatro meses trabajándola. Porque los frutos y el licor y las visitas de Herbal y las rezos de Flor y los datos de Rosalía son un sistema, Vega. Un sistema que funciona. Un sistema que lleva siglos funcionando. El monte no necesita forzar a nadie. El monte te convence. Te ablanda. Te da lo que necesitas hasta que lo que necesitas es él.

Bieito se quedó callado un momento. La cocina se llenó del silencio específico que hacen dos personas que están pensando la misma cosa y ninguna quiere decirla.

Después dijo:

—Contigo están haciendo lo mismo.

No lo dijo con rabia. No lo dijo con la voz cortante de las noches de orujo ni con la ironía amarga del hombre que sabe demasiado y no puede hacer nada. Lo dijo con una suavidad que era peor, porque la suavidad en la boca de Bieito era algo tan infrecuente que cuando aparecía significaba que lo que venía detrás era de verdad.

—Los frutos que saben al caldo de tu madre. El licor que te quita el dolor de cabeza. El suelo caliente que te hace dormir. La noche en el huerto —sí, lo sé, los vecinos te vieron salir y tumbarte, aquí no se mueve nadie sin que alguien lo vea—. La cueva. Los filamentos. El cuaderno. La oferta de Herbal. —Fue contando con los dedos que le funcionaban—. Es la misma secuencia, Vega. La misma que usaron con mi madre. La misma que usaron con la tuya. Primero te dan. Después te enseñan de dónde viene lo que te dan. Después te dicen que se acaba. Y después te ofrecen ser tú la que siga dando.

Vega abrió la boca. La cerró. Lo que iba a decir —«no es lo mismo, yo sé lo que están haciendo, yo soy neuropsicóloga, yo puedo ver el mecanismo»— murió antes de llegar a la garganta porque era mentira. No era mentira que lo supiera. Era mentira que saberlo cambiara algo. Había diagnosticado la adicción, había identificado el condicionamiento, había escrito en su cuaderno de tapas negras la secuencia completa de la manipulación con terminología clínica y diagnósticos diferenciales. Y anoche había preguntado cuánto duraría.

Bieito vio el silencio. Leyó lo que había dentro.

—Ya le preguntaste cuánto dura.

No era una pregunta.

—Sí.

La palabra salió con el peso de algo que cae de un sitio alto. Bieito cerró los ojos. Los apretó. La piel del corte de la ceja se estiró y una gota de sangre fresca asomó por el borde de la costra como una lágrima equivocada.

—Joder, Vega.

—Solo pregunté. No he dicho que sí.

—Mi madre también empezó preguntando.

Se levantó. Esta vez no para moverse: para acercarse. Rodeó la mesa con dos pasos largos y se plantó delante de Vega y se agachó hasta que sus ojos estuvieron a la altura de los de ella, y Vega vio de cerca lo que la distancia y el alcohol y la penumbra de las noches anteriores habían escondido: Bieito tenía los ojos de Encarna. Los mismos ojos marrones claros que Carmela había descrito en el cuaderno, los que hacían daño de lo grandes que eran. Treinta y seis años después, el hijo seguía teniendo los ojos de la madre que estaba debajo del huerto de la eira.

Le cogió las manos.

Lo hizo sin permiso, sin preámbulo, con la torpeza de alguien que no toca a otra persona desde hace más tiempo del que puede contar. Sus manos eran ásperas, grandes, con los callos de quien parte leña y arregla tejados y agarra garrafas de orujo con la desesperación de un náufrago, y las manos de Vega eran más pequeñas y más lisas y estaban calientes del café y del suelo de la cocina y el contraste de temperatura fue lo primero que los dos sintieron: el frío de las manos de Bieito contra el calor de las de Vega. Como tocar a alguien que lleva mucho rato fuera.

—No digas que sí.

Le apretó las manos. No fuerte. Con la fuerza justa de alguien que sabe que si aprieta demasiado la otra persona se asusta y si aprieta demasiado poco no se entera, y que ha calibrado la presión exacta en los tres segundos que tardó en decidir que iba a hacer esto.

—No les digas que sí, Vega. No les des lo que quieren. No te metas debajo de un huerto porque un viejo con artritis te dice que vas a poder hablar con tu madre muerta. Tu madre no está muerta. Tu madre está peor que muerta: está siendo comida, despacio, por algo que no tiene cara ni nombre ni la más puta idea de lo que es una persona. Y si tú te metes ahí dentro te va a pasar lo mismo. Te van a comer. Trozo a trozo. Recuerdo a recuerdo. Hasta que de ti no quede más que un sabor en un fruto que alguien se va a meter en la boca sin saber que está masticando lo que fuiste.

Le temblaban las manos. Las de él, no las de Vega. Un temblor que no era de abstinencia ni de frío sino de otra cosa, algo que Vega

había visto pocas veces en su carrera y que no tenía nombre clínico porque no era un síntoma: era la manifestación física de alguien que está diciendo lo más importante que ha dicho en su vida y que sabe que probablemente no sirva de nada.

—Tienes una hija. —Le apretó los dedos al decirlo, como si quisiera que la frase le entrara por las manos y no solo por los oídos—. Tienes una hija de nueve años que te espera en Santiago y que necesita que su madre esté arriba, no abajo. Arriba, Vega. En la superficie. Donde las madres tienen que estar.

—Lo sé.

—Entonces prométemelo.

—Bieito…

—Prométeme que no vas a decir que sí. Mírame a los ojos y dime que no vas a meterte debajo de la tierra. Porque si tú te metes, tu hija va a crecer como crecí yo: sabiendo que su madre no se fue a Ponferrada y sin poder demostrarlo y sin que nadie le diga la verdad y pasando toda la puta vida encima de un huerto donde su madre se pudre por dentro mientras todo el pueblo come de ella y finge que está bien.

Vega le sostuvo la mirada. Los ojos de Encarna. Los ojos que hacían daño.

—No puedo prometértelo.

Lo dijo sin pensarlo. Sin preparación, sin la cobertura retórica que habría puesto si hubiera tenido un segundo para elegir las palabras. La frase salió del sitio donde las cosas son verdad antes de que la cabeza las procese, del mismo sitio del que salían los diagnósticos inmediatos en urgencias, las impresiones clínicas que resultaban ser correctas antes de que la evidencia las confirmara: no puedo prometértelo.

Bieito la soltó.

No de golpe. Despacio, dedo a dedo, como alguien que suelta algo que sabe que va a caer y que no puede evitarlo y que necesita que la caída sea lenta para poder verla entera. El meñique primero, después el anular, después los demás, y al final los pulgares, que fueron los últimos en separarse de la piel de Vega con un contacto que se resistió medio segundo antes de romperse.

Se incorporó. Dio un paso atrás. Tenía la cara de un hombre al que acaban de decirle algo que ya sabía pero que necesitaba oír para que fuera verdad del todo.

—Joder —dijo otra vez, pero esta vez la palabra no tenía la forma de una queja sino la de un diagnóstico—. Ya te tiene.

Se fue hacia la puerta. Vega se levantó.

—Bieito.

Se paró con la mano en el picaporte. No se dio la vuelta.

—¿Por qué no te has ido tú? Si sabes todo esto. Si lo ves tan claro. ¿Por qué no bajaste andando hasta la carretera hace veinte años y te fuiste a Ponferrada o a León o a cualquier sitio donde no hubiera un monte debajo?

Bieito giró la cabeza. De perfil, con la luz de la mañana entrando por la ventana de la cocina, Vega le vio el ángulo de la mandíbula apretada y la ceja con el corte y la barba de una semana que le oscurecía la parte baja de la cara, y pensó que a los veinticinco, antes del orujo y de las noches en vela y de los años de destrucción metódica, Bieito debió de ser un hombre que las mujeres miraban dos veces.

—Porque mi madre está debajo de un huerto a treinta metros de mi cama —dijo—. Y no puedo irme a dormir a otro sitio sabiendo que ella sigue aquí.

Abrió la puerta. El frío de fuera entró como un animal que esperaba su turno.

—Ojalá hubieras dicho que no, Vega. Ojalá me hubieras mirado y me hubieras dicho que no y yo me habría ido a mi casa a emborracharme sabiendo que al menos tú te ibas a salvar. —Salió al escalón. Se subió el cuello de la camisa de franela, un gesto absurdo contra un frío que necesitaba mucho más que una camisa—. Pero has dicho que no puedes. Y «no puedo» es la palabra que dice todo el mundo antes de decir que sí.

Se fue por el camino. No hacia su casa: hacia el monte. Los pasos firmes, rectos, la caminata de un hombre sobrio por primera vez en semanas que sube una ladera con la determinación de quien necesita estar lejos de todo lo que tiene techo.

Vega lo miró desde la puerta hasta que la niebla se lo tragó.

Se quedó en el umbral un rato.

Las manos le olían a Bieito. A tabaco frío, a la grasa de sus nudillos, a la piel seca de alguien que no usa crema y que el invierno le abre las manos en grietas que sangran sin que les preste atención. Un olor ácido, terrestre, humano de una forma que el olor dulce del monte no era: el olor del monte era orgánico pero impersonal, como el de un bosque o el de una panadería; el olor de las manos de Bieito era el de una persona concreta que sufre de una forma concreta y que le acaba de pedir algo que ella no ha podido darle.

No puedo prometértelo.

Se miró las manos. Las mismas manos que anoche había hundido en la tierra del huerto para sentir a su madre. Las mismas manos que Bieito había apretado para pedirle que no hiciera lo que su madre hizo. Las mismas manos que habían escrito en un cuaderno de tapas negras cuatro argumentos a favor y dos en contra y que habían cerrado el cuaderno sabiendo que los dos en contra pesaban más que los cuatro a favor y que aun así no habían podido prometer nada.

Ya te tiene.

Bieito lo había dicho como un veredicto. No como una acusación ni como un reproche: como el diagnóstico de alguien que conoce la enfermedad porque la lleva viendo toda la vida. El monte te tiene cuando preguntas cuánto dura. El monte te tiene cuando no puedes prometer que no. El monte te tiene cuando sabes que deberías irte y no te vas y la razón por la que no te vas no es lógica ni emocional ni profesional sino algo anterior a todo eso, algo del cuerpo, algo del suelo caliente y del pulso y del sabor de la leche con miel que te sube por las manos cuando las hundes en la tierra de tu madre.

Entró en la casa. Cerró la puerta.

A las tres de la tarde fue al cobertizo a buscar las llaves del coche.

Las encontró en un clavo detrás de la puerta, donde las había dejado el segundo día cuando dejó de intentar arrancar. Las cogió, bajó hasta la explanada donde había aparcado hacía —¿cuánto?

¿doce días? ¿trece?— y se sentó en el asiento del conductor y giró la llave.

Nada. El motor no hizo ni el amago. Ni un tosido, ni un giro en falso, ni el gemido electrónico de la batería intentándolo. Silencio total. Como si el coche llevara años parado, no días.

Vega apoyó la frente en el volante. El plástico estaba helado. El interior del coche olía a cerrado y a goma y a algo más que tardó un momento en identificar: a Santiago. A suavizante industrial, a los caramelos de menta que Olivia dejaba en la guantera, al ambientador de pino que Tomás le había regalado como broma el día que se repartieron las cosas del divorcio. Olía a su vida de antes. A la que tenía antes de llegar aquí.

Se quedó con la frente en el volante y los ojos cerrados y pensó: puedo bajar andando. Cuarenta minutos hasta la carretera. Desde ahí, autostop o llamar a un taxi o caminar hasta Vega de Espinareda, que son otros veinte. Puedo hacerlo ahora. Puedo coger la mochila con el cuaderno de Carmela y la lata de Fontaneda y bajar por la pista y no volver.

Se lo dijo con la voz interior que usaba para las instrucciones claras, la voz del cuaderno clínico, la que no admitía ambigüedad. Puedes irte. El camino está ahí. Nadie te lo impide.

Se lo dijo tres veces.

No se movió.

Después de un rato que no midió, se bajó del coche y subió de vuelta a la casa. Al pasar junto al muro del huerto vio los frutos de la tarde brillando en las bocas con su resplandor rosado, y olió el olor dulce que subía de la tierra con el calor del día que se acababa, y se descalzó antes de entrar en la cocina porque los zapatos le molestaban y el suelo estaba caliente y sus pies querían lo que querían y ya no tenía energía para decirles que no.

Esa noche llamó a Olivia.

La señal entró a la segunda. La conversación duró siete minutos. Olivia le contó que había inventado un juego nuevo con Lúa que se llamaba «el suelo es ciencia» y que consistía en pisar solo las baldosas de un color porque las otras eran «ciencia mala» y que se

había caído y se había hecho un moratón en la rodilla que parecía un mapa de Irlanda.
—¿Estás mejor hoy? —preguntó Olivia al final.
—Estoy bien.
—¿Viernes?
—Viernes.
—Con leche con miel.
—Con leche con miel. Te lo prometí.
—Vale. Buenas noches, mamá. —Una pausa. Pequeña. El tamaño exacto de una duda—. Te quiero.
—Te quiero, bichito. Más que nada.

Colgó.

Faltaban dos días para el viernes.

Vega se tumbó en el suelo de la cocina, con la manta y la almohada y la pizarra caliente contra la espalda, y cerró los ojos y dejó que el pulso le entrara por los huesos y le llenara el cráneo con su ritmo de tres segundos, y pensó en Bieito diciendo «ya te tiene» y en Olivia diciendo «viernes» y en Carmela debajo de ella produciendo un sabor que su nieta recordaba sin haberlo probado nunca, y las tres voces se mezclaron con el pulso y con el calor y con el olor dulce hasta formar una sola cosa que no era pensamiento ni emoción ni decisión sino algo más viejo, más pesado, que la empujaba hacia el suelo con una fuerza que no era gravedad y que no tenía nombre y que se parecía demasiado al alivio para no ser peligrosa.

Se durmió en cuatro minutos.

Fuera, Bieito no había vuelto del monte.

16

La llamada

Bieito no volvió en todo el día.

Vega lo supo porque salió tres veces a la puerta a mirar el camino que subía al monte y las tres veces el camino estaba vacío, mojado, con la hierba de los bordes aplastada por unas botas que habían subido pero no bajado. La tercera vez fue Flor quien se lo dijo, al pasar con un cesto de frutos camino de su casa, sin que Vega preguntara:

—Bieito anda por el monte. Hace eso a veces. Se sube y no baja hasta que se le pasa lo que sea que lleve encima. No te preocupes: conoce cada piedra.

—¿Y si se cae? Estaba bebido.

—No estaba bebido. Estaba peor. Estaba sobrio. —Flor ajustó el cesto contra la cadera. Los frutos de dentro se movieron con un sonido blando, húmedo, de cosas vivas que rozan—. Un Bieito borracho no sube al monte. Un Bieito sobrio sí.

Siguió andando. Vega se quedó en la puerta con el frío metiéndosele por el cuello del jersey y la certeza de que la última frase de Flor no era observación sino advertencia, y de que la advertencia no era sobre Bieito sino sobre lo que Bieito iba a hacer cuando bajara.

El día fue un paréntesis.

Vega intentó vaciar el aparador del salón —se supone que había venido a eso, a vaciar la casa, a venderla, a cerrar un capítulo, palabras que ya sonaban a un idioma extranjero aprendido de memoria y sin convicción—, pero las manos no colaboraban. Sacaba un plato, lo miraba, lo volvía a poner dentro. Abría un cajón, tocaba

un mantel, lo cerraba. Cada objeto de la casa de Carmela tenía ahora un peso que no era físico: el peso de pertenecer a una mujer que los había tocado por última vez antes de meterse debajo de un huerto, que los había dejado en su sitio sabiendo que no iba a volver a usarlos, que quizás los había acariciado en una despedida que nadie vio.

A mediodía se rindió. Se hizo una tortilla con tres huevos y dos patatas del huerto —patatas que crecían de la tierra caliente, patatas alimentadas por lo que quedaba de Carmela, patatas que sabían a patatas y al mismo tiempo a algo más, un fondo dulce casi imperceptible que estaba en todo lo que crecía aquí— y se la comió de pie junto a la ventana, mirando el monte por encima de los tejados.

En algún sitio de esa masa verde y gris, Bieito caminaba. Solo, sobrio, con las manos en los bolsillos de una camisa de franela que no abrigaba nada.

Faltaba un día para el viernes.

Se sentó en el suelo de la cocina a las dos de la tarde porque la silla le parecía demasiado lejos del suelo.

No lo razonó así. No se dijo: necesito estar más cerca de la pizarra caliente, necesito sentir el pulso con más claridad, necesito que la distancia entre mi cuerpo y lo que hay debajo sea la mínima posible. Se sentó porque las piernas la llevaron al suelo como llevan a un animal cansado al sitio donde duerme: por costumbre, por gravedad, por algo anterior a la decisión.

El suelo estaba caliente. Veintitrés grados, quizás veinticuatro. Le subía por las nalgas, por la espalda apoyada contra la pared, por las palmas de las manos puestas a los lados como las de una niña que juega a hacer ángeles en la nieve pero al revés, boca arriba, en una cocina de piedra con el pulso de su madre latiendo debajo.

Cerró los ojos.

No para dormir. Para organizar.

Porque su cabeza, la cabeza de la neuropsicóloga que había construido una carrera sobre la premisa de que todo lo que ocurre dentro de un cráneo es comprensible si le aplicas las herramientas adecuadas, necesitaba organizar lo que le estaba pasando. Ponerlo

en cajas. Etiquetarlo. Aunque fuera para después tirar las cajas al fuego.

Caja uno: los frutos alteraban su neuroquímica. Eso era seguro. Los compuestos psicoactivos de la sustancia habían reconfigurado sus receptores de serotonina y dopamina en menos de dos semanas, creando una dependencia fisiológica real que le producía síntomas de abstinencia cuando dejaba de consumir. El dolor de cabeza que volvía, los hombros que subían, el insomnio que acechaba. Todo eso era bioquímica. Todo eso era tratable, superable, reversible con tiempo y voluntad y quizás un psiquiatra en Santiago que le pautara algo para la transición.

Caja dos: el vínculo con Carmela era real pero estaba mediado por la misma sustancia. Lo que sentía tumbada en el huerto —la presencia, el calor dirigido, el sabor que subía por las manos— podía ser una experiencia genuina de contacto con lo que quedaba de su madre o podía ser una alucinación somatosensorial inducida por la exposición crónica a los compuestos. No podía distinguir una cosa de la otra. Nadie podía. Esa ambigüedad era, en sí misma, el mecanismo más eficaz de la trampa: si no sabes si lo que sientes es real o no, no puedes descartarlo sin arriesgarte a perder algo que quizás sea verdad.

Caja tres: Olivia.

Olivia no cabía en una caja. Olivia era demasiado grande, demasiado ruidosa, demasiado viva para un ejercicio de clasificación. Olivia era una niña de nueve años que tenía un moratón en la rodilla con forma de Irlanda y que quería ser inventora de sabores y que le había gritado por teléfono «dime un día que pueda poner en el calendario» con la desesperación de alguien que necesita un punto fijo en un mundo que se le está moviendo.

Olivia no era una caja. Olivia era la razón por la que existían las cajas. La razón por la que Vega ordenaba el mundo, por la que se levantaba cada mañana, por la que había estudiado el cerebro humano durante veinte años: para entender lo suficiente como para no romperse, para poder sostener una vida que incluía a otra persona más pequeña que dependía de que ella no se cayera.

Y se estaba cayendo.

Lo sabía. Con la misma certeza clínica con la que sabía leer un EEG o interpretar un test de memoria, sabía que estaba cayendo. Cada noche en el suelo de la cocina era un escalón hacia abajo. Cada fruto, cada gota de calor que dejaba entrar por los pies, cada minuto que pasaba descalza sobre la parcela de Carmela era un paso más hacia el hoyo que Rosalía marcaría con cuatro estacas y un cordel si Vega decía que sí.

Abrió los ojos.

La cocina estaba en penumbra. La tarde se había ido sin avisar, como hacían las tardes aquí, robándole la luz al día con la eficiencia de un carterista, y la bombilla zumbaba con su ruido de siempre y la niebla apretaba contra la ventana con su blancura de siempre y el mundo se había reducido otra vez al tamaño de esta cocina, esta casa, esta aldea, este monte.

Mañana era viernes.

A las seis alguien llamó a la puerta con dos golpes secos.

Suso. Con una llave inglesa en una mano y una bolsa de plástico en la otra. Sin saludar, porque Suso no saludaba: entraba, hacía lo que venía a hacer, y se iba.

—El grifo —dijo.

Vega tardó tres segundos en recordar. El grifo del baño. Se lo había pedido hacía más de una semana, en otra vida, en los primeros días cuando todavía creía que venía a arreglar una casa para venderla.

—Ah. Sí. Pasa.

Suso fue al baño de abajo. Vega lo oyó trabajar: el golpe de la llave inglesa contra la tubería, el chirrido de algo que gira, un gruñido breve que podía ser esfuerzo o frustración. Cinco minutos. Salió secándose las manos en el pantalón.

—Era la junta. —Dejó la bolsa de plástico en la encimera—. Te traigo miel. Flor dice que te hace falta.

—Gracias.

Suso no se movió. Se quedó de pie junto a la encimera con las manos en los bolsillos y la postura de un hombre que tiene algo más que decir pero que no ha decidido si lo dice o si se va sin decirlo. Vega esperó. La técnica del silencio funcionaba con todo el mundo,

pero con Suso era casi innecesaria: el hombre vivía en el silencio, se movía dentro de él . Cuando decidía salir del silencio era siempre por algo que merecía la pena.

—Bieito ha bajado del monte hace una hora —dijo por fin—. Está en su casa.

—¿Está bien?

Suso la miró. La primera mirada larga que le dirigía desde que había llegado. Una mirada que no era evaluativa como la de Herbal ni compasiva como la de Flor sino algo distinto, algo que Vega tardó un segundo en identificar como respeto. El respeto de un hombre que sabe que la mujer que tiene delante está siendo aplastada por algo y que sigue de pie.

—No. —Un monosílabo que pesaba de los suyos—. No está bien. Pero ya bajó. Eso es algo.

Se fue. La puerta se cerró. Vega miró la bolsa de miel en la encimera, junto a la botella nueva de licor que Herbal había traído y que seguía sin abrir, y las dos cosas estaban ahí, una al lado de la otra, miel y licor, la dulzura que Olivia le había pedido y la dulzura que el monte le ofrecía, y eran la misma dulzura y no eran la misma dulzura y la diferencia entre las dos era todo.

A las nueve se sentó en el escalón de la puerta con el teléfono.

La niebla estaba baja pero no cerrada, y entre sus jirones se adivinaban las luces de las casas vecinas: el amarillo de la bombilla de Herbal, el parpadeo del televisor de los hermanos del arroyo, la ventana oscura de la casa de Bieito. La noche olía a humo de leña —alguien había encendido la chimenea, probablemente Flor, que era la única que todavía usaba leña para cocinar— y a hierba mojada y al olor dulce de siempre, que a las nueve de la noche, con la niebla y el frío y los pies descalzos buscando el calor de la pizarra del umbral, era menos un olor que una presencia, una cuarta pared que rodeaba la aldea por todos lados.

La señal tenía dos barras. Marcó.

Un tono. Dos. Al tercero:

—¡Mamáaa!

La voz de Olivia llegó con la fuerza de un chorro de agua fría en la cara. Nítida, alta, sin el desfase de los últimos días, como si

alguien hubiera ajustado una antena que llevaba semanas torcida. Detrás de la voz, el ruido de siempre: la tele, algo metálico que podía ser Tomás removiendo una olla, un portazo lejano que era la puerta del baño que no cerraba bien y que Tomás llevaba tres años sin arreglar.

Hogar. Todo eso era hogar.

—Hola, bichito.

—Mamá, espera, déjame que me ponga bien. —Ruido de sábanas. Olivia arrastrándose hacia la cabecera de la cama, buscando la posición que usaba para las conversaciones largas: tumbada boca abajo con los pies en la almohada y la barbilla en las manos, que era, según ella, «la posición oficial de hablar por teléfono en todo el mundo»—. Ya. Ahora sí. Mamá, tengo noticias.

—Cuéntame.

—Primera noticia: Lúa y yo hemos dejado de hablarnos.

—¿Qué?

—Bueno, dejamos de hablarnos esta mañana y a las once volvimos a hablarnos porque ella me dijo que mi mochila era fea y yo le dije que su mochila era más fea y ella dijo que al menos la suya no tenía una mancha de yogur en el bolsillo de delante y yo le dije que esa mancha era arte y ella se rio y ya está, somos amigas otra vez. Pero han sido unas horas muy duras, mamá.

Vega cerró los ojos. La sonrisa le vino sin permiso, sin esfuerzo, desde un sitio que los frutos no habían tocado y que el monte no alcanzaba y que era simplemente esto: la voz de su hija contándole una tontería enorme con la seriedad de quien reporta un conflicto diplomático.

—Me alegro de que lo hayáis resuelto.

—Gracias. Segunda noticia: papá ha intentado hacerme una trenza y me la ha hecho al revés.

—¿Al revés?

—Al revés. En vez de ir de arriba abajo iba de abajo arriba. Parecía una palmera. He ido al cole con cara de palmera, mamá. Es humillante.

—Pobre papá. Lo intenta.

—Intentar no es lo mismo que conseguir. Él mismo lo dice cuando me sale mal un examen.
—Touché.
—¿Qué es touché?
—Es francés. Significa que tienes razón y no puedo rebatirte.
—Ah. Me gusta. Lo voy a usar. —Pausa breve. El cambio de ritmo que Vega ya conocía: Olivia pasando de lo ligero a lo que importa con la misma brusquedad con la que un coche cambia de marcha en una cuesta—. Mamá.
—Dime.
—Mañana es viernes.
—Lo sé.
—¿Vienes?

La pregunta cayó sobre Vega con el peso específico de algo que lleva días acumulándose. No por la pregunta en sí —era la misma que Olivia hacía cada noche, con distintas palabras y distintas entonaciones, desde la broma hasta el grito— sino por el silencio que la seguía. Un silencio que no era táctico ni retórico sino el de una niña que ha preguntado algo de lo que depende su noche y posiblemente su semana y que no respira hasta que la respuesta llega.

—Voy a intentarlo, Olivia. Mañana intento arrancar el coche y—
—No —la cortó Olivia. Sin gritar esta vez. Con una firmeza pequeña, compacta, que era peor que el grito porque no venía de la rabia sino de algún sitio más hondo, del sitio donde los niños de nueve años guardan las promesas que les hacen y las comparan con lo que después pasa—. Dijiste viernes. No dijiste «intento.» Dijiste viernes.

Vega tragó.

—Tienes razón. Dije viernes.
—¿Y?
—Y viernes.

El silencio que siguió tuvo una calidad distinta. No el silencio apretado de la espera sino algo más abierto, más frágil, como el espacio que queda después de que una puerta se desbloquea pero todavía no se ha empujado.

—Mamá.

—Dime, bichito.
—¿Te puedo contar una cosa rara?
—Siempre.
—Anoche soñé con la abuela.

A Vega se le cerró la garganta.

—¿Con la abuela?
—Sí. Pero no con la abuela de la residencia, ¿sabes? Con otra abuela. Una abuela más joven, con el pelo largo y oscuro. Estaba en una cocina que no conozco y hacía algo en una olla grande y olía muy bien. —Olivia hablaba despacio, con la voz de los niños que narran un sueño y todavía están medio dentro de él—. Y me dijo una cosa.
—¿Qué te dijo?
—No me acuerdo de las palabras exactas. Pero era algo como… que me esperaba. Que me estaba haciendo algo rico. Que no me preocupara.

La niebla se movió fuera de la puerta, un rizo de blancura que pasó por delante de Vega de golpe. Dentro de la niebla, el olor dulce se intensificó un grado, como si algo debajo hubiera oído la conversación y hubiera respondido con la única herramienta que tenía.
—¿Mamá? ¿Sigues ahí?
—Sigo aquí.
—¿Es raro que sueñe con una abuela que no conozco?
—No es raro, bichito. Los sueños hacen esas cosas. Cogen pedazos de lo que sabemos y de lo que no sabemos y los mezclan.
—Ya. Pero se sentía… de verdad. ¿Sabes? No como un sueño normal. Se sentía como si la abuela estuviera de verdad ahí y yo estuviera de verdad con ella y la cocina fuera de verdad una cocina. Todo era… caliente.

Todo era caliente. Vega se miró los pies descalzos en la pizarra del umbral. Caliente. La misma palabra que usaría ella para describir lo que sentía cada noche en el suelo de la cocina. Caliente, no como una temperatura, sino como una presencia.
—¿Mamá, la abuela sabía cocinar?
—Sí, bichito. La abuela cocinaba muy bien.

—Lo sabía. En el sueño se le notaba. Cocinaba como si fuera lo más importante del mundo.

Vega se mordió el labio. El sabor a hierro le entró en la boca y se mezcló con algo que no era sangre sino memoria, o la falta de ella, o el eco de un sabor que venía de debajo de la tierra y que, de alguna forma que no tenía explicación en ningún libro que Vega hubiera leído, estaba llegando hasta una niña que dormía en un piso de Santiago a cuatrocientos kilómetros de distancia.

—Mamá, no llores.

—No estoy llorando.

—Sí que estás. Oigo cómo respiras. Respiras diferente cuando lloras.

Vega se pasó la mano por la cara. Tenía la mejilla mojada. No se había dado cuenta.

—Es que te echo mucho de menos, bichito. Eso es todo.

—Pues ven. —Lo dijo con la simplicidad de siempre, la receta de nueve años para todos los males: ven. Vuelve. Estate aquí—. Ven mañana y me haces la leche con miel y me cuentas cosas del pueblo y nos sentamos en el sofá y ya está.

—Suena perfecto.

—Es perfecto. Es un plan perfecto. Solo tiene un requisito.

—¿Cuál?

—Que vengas.

Vega cerró los ojos. El teléfono le quemaba contra la oreja con el calor de la batería y de la voz de Olivia y de la conexión precaria que los unía a través de una barra de señal que podía morir en cualquier momento, y debajo de ella el suelo quemaba con otro calor, el calor de la red y de los filamentos y de lo que quedaba de Carmela procesándose despacio, y los dos calores le llegaban al mismo sitio —al pecho, al centro, al nudo— y la estaban partiendo en dos mitades que no podían existir separadas pero que cada vez se parecían menos la una a la otra.

—Voy, bichito. Mañana. Te lo prometo.

—La última promesa, mamá. Si esta no la cumples, ya no me creo las siguientes.

Lo dijo sin crueldad. Sin intención de herir. Con la honestidad desnuda de los nueve años, que es la edad en la que descubres que

las promesas de los adultos tienen fecha de caducidad y que la confianza es algo que se gasta si no se repone.
—La cumplo, Olivia. Pase lo que pase.
—Vale. Te quiero, mamá.
—Te quiero. Más que nada en el mundo.
—¿Más que el pueblo raro?

La pregunta se le clavó en un sitio que no tenía nombre. No porque fuera cruel —Olivia no sabía lo que preguntaba, no podía saber lo que significaba comparar su peso con el de una aldea donde la tierra comía personas— sino porque la respuesta que Vega debería haber dado sin pensar, la respuesta automática, obvia, inmediata, tardó medio segundo de más.

Medio segundo.
—Mucho más, bichito. No hay comparación.
—Bien. —La sonrisa de Olivia se oía al otro lado del teléfono, una curvatura del sonido que cambiaba la forma de la voz—. Buenas noches, mamá. Hasta mañana.
—Hasta mañana.

Colgó.

El teléfono se apagó despacio en su mano. La pantalla pasó de la foto de Olivia —en la playa, el verano pasado, con un bañador de rayas y un helado de chocolate que se le derretía por el brazo— al negro, y la cocina se quedó a oscuras salvo por la bombilla y por el resplandor rosado de los frutos del huerto que entraba por la ventana como una luz de vigilia.

Medio segundo.

Había tardado medio segundo en decir que quería a Olivia más que al pueblo. Medio segundo que en una conversación normal se pierde en el ruido, que nadie nota, que no significa nada. Pero Vega sabía lo que significan los medios segundos. Sabía, con la precisión de alguien que lleva quince años midiendo tiempos de reacción en baterías neuropsicológicas, que la velocidad de una respuesta es directamente proporcional a la certeza de quien la da. Las respuestas seguras son instantáneas. Las que tardan, dudan.

Medio segundo de duda entre su hija y un monte.

Se levantó del suelo. Se puso los zapatos. Los cordones le costaron: los dedos le temblaban con ese temblor fino que ya conocía, el que no era frío ni abstinencia sino sobrecarga, el cuerpo procesando demasiadas señales a la vez.

Fue al dormitorio. Sacó la maleta del armario. La puso en la cama abierta. Metió la ropa que tenía en una pila sin doblar. El neceser. El cuaderno de tapas negras. El cuaderno de Carmela dentro de la lata de Fontaneda, envuelto en el trapo de cocina. El cargador del teléfono. Nada más, porque no había traído nada más, porque había venido para una semana que se había convertido en dos que se habían convertido en algo que ya no tenía medida.

Cerró la maleta.

La dejó junto a la puerta del dormitorio, preparada para mañana. A primera hora bajaría andando si el coche no arrancaba. Cuarenta minutos hasta la carretera. Desde ahí, lo que fuera. Un camión, un coche, un autobús. Lo que la sacara de esta sierra y la pusiera en la autopista hacia Santiago, hacia un piso con suavizante industrial y pegatinas de dinosaurios y una niña que la esperaba con un calendario donde el viernes estaba marcado con rotulador rojo.

Bajó a la cocina.

Se paró delante de la encimera. La botella de licor y el tarro de miel seguían uno al lado del otro, como dos opciones que esperaran a que alguien eligiera.

Cogió el tarro de miel. Lo abrió. Metió un dedo. Se lo llevó a la boca.

Miel. Miel normal. Dulce, espesa, con el sabor floral de las abejas de montaña que se alimentan de brezo y de castaño. Sin fondo de caldo. Sin eco de leche con miel. Sin la presencia de nadie. Solo miel. Un sabor que terminaba donde terminaba el sabor y que no abría ninguna puerta a ningún sitio.

Cerró el tarro. Miró la botella de licor.

No la abrió.

Se descalzó —el gesto automático, el gesto que ya no podía controlar porque los pies lo hacían solos cada vez que entraba en la cocina, como un perro que se tumba cada vez que llega a su sitio— y el suelo caliente le recibió las plantas con la tibieza de lo que no

falla, de lo que siempre está, de lo que no te pide que marques un día en el calendario porque no tiene calendario, porque no tiene prisa, porque lo que espera es que tú dejes de tener prisa también.

Olivia decía aquí.

El suelo decía aquí.

Y los dos aquís tiraban de ella con la misma fuerza y en la misma dirección —hacia el centro, hacia lo que importa, hacia el sitio donde se está a salvo— pero uno era arriba y el otro era abajo y Vega estaba de pie en la cocina de su madre con la maleta hecha arriba y los pies descalzos en el suelo caliente abajo y mañana era viernes.

Se sentó en la silla. No en el suelo. En la silla, con los zapatos al lado, y los pies colgando sin tocar la pizarra, como una niña en un taburete demasiado alto.

Puso las manos sobre la mesa. Las miró. Manos de neuropsicóloga: dedos largos, uñas cortas, una cicatriz fina en el pulgar izquierdo de cuando Olivia tenía dos años y Vega se cortó abriendo un bote de potitos con un cuchillo que no era el adecuado. Las manos que habían tocado los filamentos de la cueva. Las manos que Bieito había apretado pidiéndole que no dijera que sí. Las manos que habían hundido los dedos en la tierra del huerto de Carmela y habían sentido subir un sabor que no era sabor sino el último aliento de una madre disolviéndose.

Cerró las manos. Las abrió.

Mañana era viernes. Mañana bajaba la maleta por la escalera y la sacaba por la puerta y cerraba la casa y se iba por el camino y dejaba atrás la aldea y el monte y los huertos y los frutos y el pulso y el calor y el olor dulce y lo que quedaba de su madre debajo de la tierra, y conducía cuatro horas hasta Santiago y llegaba a un piso que olía a suavizante y abrazaba a Olivia y le hacía leche con miel —miel normal, miel de tarro, miel sin nadie dentro— y se sentaban en el sofá y la vida seguía.

Mañana era viernes. Mañana se iba.

Apoyó la frente en la mesa. La madera de roble estaba fría, porque la mesa no tocaba el suelo con la superficie sino con las patas, y las patas no conducían el calor de abajo con la misma

eficacia que la pizarra. La mesa era fría. La mesa era neutral. La mesa no tiraba de ella hacia ningún sitio.

Se quedó así, con la frente en la madera fría y los pies en el aire y las manos cerradas y los ojos abiertos mirando la nada del espacio entre la mesa y el suelo, y pensó: viernes. Olivia. Viernes. Olivia. Viernes.

Debajo de la mesa, debajo de la silla, debajo de la pizarra que no tocaba, el pulso latía. Tres segundos. Contracción. Expansión. Tres segundos. Constante. Paciente. Sin prisa.

Como algo que sabe que el viernes no existe.

17

Rosalía

El viernes amaneció con sol.

Era la primera vez que Vega veía el sol en la aldea. Un sol de febrero que entró por la ventana del dormitorio con la timidez de un invitado que llega tarde a una fiesta y no sabe si todavía es bienvenido: bajo, rasante, de un amarillo aguado que no calentaba nada pero que le ponía bordes a las cosas. Las vigas del techo tenían sombra. El armario tenía sombra. La maleta, junto a la puerta, donde la había dejado la noche anterior, tenía sombra.

Vega se quedó mirando la maleta desde la cama.

Viernes. Había prometido viernes. A Olivia, que lo había marcado en un calendario con rotulador rojo y que a estas horas probablemente estaba desayunando en la cocina de Santiago contando las horas con la aritmética feroz de los nueve años: si mamá sale pronto son cuatro horas, si sale a mediodía son cuatro horas más tarde, si no ha salido a las tres es que no viene.

Se levantó. Se vistió. Se lavó la cara con agua fría del grifo que Suso había arreglado y que ya no goteaba. Bajó a la cocina.

El suelo estaba caliente. Como siempre. Como todos los días. Como si debajo no pasara nada, como si la temperatura de veintitrés grados de la pizarra fuera una propiedad de la casa y no el subproducto de una mujer disolviéndose.

Se puso los zapatos.

Los dos. Bien atados.

Cogió las llaves del coche y salió.

El coche estaba donde lo había dejado hacía dos semanas, en la explanada de hierba cortada junto a la entrada de la aldea. Tenía el

parabrisas cubierto de una película de rocío que el sol todavía no había tocado y las ruedas hundidas dos centímetros en la tierra blanda. Olía a cerrado, a goma, a los caramelos de menta de Olivia en la guantera.

Giró la llave.

El motor tosió. Un espasmo largo, asmático, , asmático, largo. Vega apretó el embrague, bombeó el acelerador dos veces —un truco que Tomás le había enseñado cuando el coche era de los dos y las averías eran problemas compartidos—, y giró otra vez.

El motor arrancó.

Irregular, con un traqueteo que decía batería baja y bujías mojadas y quince días de frío y humedad, pero arrancó. El salpicadero se iluminó con sus lucecitas de siempre —gasolina a un cuarto, temperatura del motor subiendo, el reloj marcando las ocho y doce de la mañana de un viernes de febrero— y el sonido del motor llenó la explanada con una vibración que pertenecía a otro mundo, al mundo de las autopistas y las gasolineras y los semáforos, al mundo donde los coches funcionan y las carreteras te llevan a sitios que no están rodeados de montañas.

Vega dejó el motor encendido. Puso la calefacción. Se quedó sentada con las manos en el volante y los ojos cerrados y el aire caliente del ventilador dándole en la cara con un calor que era eléctrico, artificial, sin pulso, sin ritmo, sin sabor a nada. Un calor de máquina.

Abrió los ojos.

Podía irse ahora. Subir a la casa, coger la maleta, meterla en el maletero, conducir cuarenta minutos por la pista hasta la carretera y cuatro horas por la autopista hasta Santiago. Llegar a las dos de la tarde. Recoger a Olivia del cole a las cuatro. Hacerle leche con miel a las nueve. Cumplir la promesa.

Apagó el motor. Se bajó del coche.

No iba a irse sin despedirse. Eso se dijo. No iba a desaparecer de la aldea como había desaparecido Carmela de la vida de Vega treinta años antes: sin explicación, sin adiós, dejando un hueco con la forma de alguien que estuvo y que de pronto no está. Iba a hablar con Herbal, a decirle que se llevaba el cuaderno y la lata de

Fontaneda y que si quería denunciarla por robo que la denunciara, pero que esos papeles eran de su madre y se los llevaba. Iba a despedirse de Flor, de Suso, quizás de Bieito si había vuelto a un estado en el que se pudiera hablar con él.

Y quería ver a Rosalía.

No sabía por qué. O sí lo sabía pero no quería formularlo, porque formularlo le habría obligado a admitir que lo que quería preguntarle a Rosalía no era una pregunta de despedida sino la última pregunta de alguien que todavía no ha decidido del todo si se va o si se queda, y que necesita un dato más, un número, una cifra, algo concreto y frío a lo que agarrarse para que la decisión se tome sola.

Subió por el camino que llevaba a la casa más alta de la aldea.

El sol le daba en la cara por primera vez en dos semanas y la sensación era extraña, como ponerse gafas después de mucho tiempo sin usarlas: todo estaba más nítido, más recortado, con una definición que la niebla le había quitado al paisaje y que ahora volvía de golpe. Los castaños tenían corteza. Las piedras del camino tenían aristas. Las casas de los vecinos tenían el color real de la piedra mojada, que no era gris sino un mosaico de ocres y pardos y verdes de liquen que la niebla convertía en una masa uniforme y que el sol separaba en sus piezas.

Y los huertos se veían con una claridad que era casi obscena.

Sin la niebla, sin la penumbra constante que todo lo igualaba, el contraste entre las parcelas cultivadas y la montaña circundante era brutal. De cerca, cada huerto era un rectángulo de abundancia absurda: verde intenso, frutos brillando en las bocas, tierra negra y fértil que humeaba ligeramente con el calor que le salía de dentro. De lejos, la ladera del monte era lo que era: roca, brezo seco, matorrales pardos, el esqueleto de un paisaje invernal que no tenía nada que darle a nadie. Los huertos parecían parches de otro clima cosidos sobre una tela que no les correspondía.

Vega se paró a medio camino para coger aire. La subida era más empinada de lo que recordaba, o las piernas le pesaban más, o las dos cosas. Desde ahí arriba veía toda la aldea y veía también, por primera vez con claridad, lo que había al otro lado del valle: la ladera de enfrente, donde las ruinas de otras aldeas se distinguían como

manchas grises entre la vegetación muerta. Tres, cuatro, cinco caseríos abandonados, con los tejados hundidos y las paredes desmoronándose y la hierba creciéndoles dentro como un intestino que digiere lo que le echan.

Eso era lo que Herbal le había dicho. Eso era lo que pasaba cuando el monte no daba.

Rosalía estaba en la puerta.

No pelando patatas esta vez. De pie, con una taza de algo humeante en la mano y la otra mano metida en el bolsillo de la bata acolchada, mirando el sol con la expresión de alguien que evalúa una herramienta: sin placer, sin gratitud, midiendo cuánto va a durar y cuánto se puede aprovechar.

—Sol —dijo, como si Vega no lo supiera.

—Sol.

—No dura. Mañana vuelve la niebla. —Dio un sorbo de la taza. Olía a manzanilla—. Pasa.

Se agachó para entrar. La cocina de Rosalía era la misma de siempre: mesa, silla, patatas, cuchillo, y hoy además el cuaderno de cuadrícula con los datos de producción abierto junto a una calculadora de las antiguas, de las que tenían los botones gordos y la pantalla verde.

Rosalía se sentó frente a los números. Vega se quedó de pie porque no había otra silla y porque quedarse de pie le daba la sensación de que iba de paso, de que esta era una visita corta, de que después de esto bajaba a por la maleta y se iba.

—Vienes a preguntarme algo —dijo Rosalía sin levantar la vista de la libreta.

—Vengo a despedirme.

—Y a preguntarme algo.

Vega no lo negó. Rosalía era la persona de la aldea con la que menos sentido tenía fingir, porque Rosalía no operaba en el registro del tacto social ni de la insinuación ni del rodeo: operaba en el de los datos, y los datos no se fingen.

—¿Cuánto le queda a la parcela de mi madre?

Rosalía giró el cuaderno hacia Vega. Los números estaban organizados en columnas: fecha, parcela, temperatura del suelo,

kilos de frutos, litros de licor destilado. Las cifras de la columna de Carmela —«Huerto da Casa»— dibujaban una línea descendente que no necesitaba gráfico para verse: cada mes, un poco menos. Cada trimestre, bastante menos. El último dato, de la semana anterior, marcaba un calor de suelo de 22,3 grados. El de un año atrás era 23,8.

—Grado y medio en un año —dijo Rosalía—. La curva se acelera al final. Siempre pasa. Cuando el plantado llega a cierto punto de agotamiento, la extracción va más rápida porque hay menos resistencia. Como desatascar una tubería: el agua sale despacio al principio y de golpe al final.

—¿Cuánto?

—Meses. No años. —Rosalía le sostuvo la mirada con esos ojos grises que parecían hechos del mismo material que el cielo de los Ancares—. Si la curva sigue así, la parcela dejará de producir entre el verano y el otoño. Para Navidad, la tierra estará fría.

Para Navidad. Diez meses. Diez meses y lo que quedaba de Carmela se habría disuelto en la red y la tierra del huerto trasero volvería a ser tierra normal, fría, muerta, sin pulso, sin frutos, sin el olor dulce ni el sabor del caldo de domingo.

—¿Y después?

—Después nada produce. El licor que tenemos almacenado dura unos meses más, quizás un año si lo racionamos. La artritis de Herbal vuelve. Las cataratas de Flor vuelven. La cadera de Suso vuelve. Todos los que dependemos del licor para funcionar dejamos de funcionar. —Lo recitó sin emoción, con la cadencia de alguien que ha hecho la misma proyección tantas veces que las palabras han perdido peso—. Y los huertos se secan. Sin el calor de abajo, nada crece en esta altitud en invierno. Volvemos a ser lo que somos: una aldea de los Ancares en febrero. Patatas, nabos y silencio.

—¿Y la aldea?

—La aldea sobrevive. No se muere de un día para otro. Pero el camino es el que conoces: el de las aldeas de enfrente. —Señaló la ventana, donde el sol iluminaba las ruinas del otro lado del valle con una nitidez que las hacía parecer más muertas que con la niebla—. Tres años, cinco, diez. Uno a uno.

Silencio. La calculadora de botones gordos estaba encendida. En la pantalla verde, un número: 22,3. La temperatura del suelo del huerto de Carmela. El último dato antes de que la curva bajara otro escalón.

Rosalía cerró el cuaderno. Se recostó en la silla. Cogió la taza de manzanilla y le dio un trago largo que hizo ruido al pasar, el sorbo de alguien que no tiene vergüenza de beber con sonido porque lleva cincuenta años viviendo sola y la etiqueta es una cosa de gente que comparte mesa.

—Eso no es lo que querías preguntarme.

—¿No?

—No. Los números te los podía haber dado Herbal. Herbal tiene los mismos datos. Lo que Herbal no tiene es lo que yo sé sobre la red, y lo que tú quieres saber es algo que solo yo puedo contestar.

Vega se apoyó contra el marco de la puerta. El marco era de piedra, frío, sólido. Un punto de contacto con algo que no latía.

—Pregúntalo.

Vega se lo pensó tres segundos. Los contó.

—¿Qué le queda de mi madre? No de la parcela. De ella. De Carmela.

Rosalía dejó la taza en la mesa. El golpe fue mínimo, preciso, el de una mujer que controla la fuerza de cada gesto.

—Bajo a la red una vez al mes. Toco los filamentos que conectan con cada parcela. Es como tomar el pulso: no sabes exactamente qué pasa dentro, pero sabes cuánta vida hay. —Se miró las manos. Las manos de corteza, sin crema, con las grietas abiertas en los nudillos como mapas de ríos secos—. Tu madre fue la persona más fuerte que he monitoreado. Más que Pepe, más que Encarna, mucho más que Manolo. Los primeros diez años producía con una intensidad que nunca había visto: frutos grandes, licor potente, calor alto. Era como si se negara a diluirse. Como si apretara los dientes debajo de la tierra y dijera: todavía no.

La voz de Rosalía cambió un cuarto de grado. No hacia la emoción —Rosalía no hacía emoción— sino hacia algo más parecido al respeto técnico, la admiración de una operadora por una máquina que rinde más de lo esperado.

—Pero la red no negocia. La red extrae. Y al cabo de veintinueve años, lo que queda de tu madre es… —Buscó la palabra. Rosalía nunca buscaba palabras; las tenía preparadas como tenía preparadas las patatas y el cuchillo. Que buscara una significaba que lo que iba a decir le costaba—. Un contorno. Como la marca que deja un mueble en la pared cuando lo quitas: sabes que había algo ahí, ves la forma, pero el mueble ya no está.
—¿Sigue consciente?
—No de la forma que tú entiendes. No piensa en frases. No recuerda en secuencia. Lo que queda es más parecido a un reflejo. Un impulso que se repite. —Pausa—. Cuando toqué sus filamentos el mes pasado, lo que me llegó fue un sabor. Solo un sabor. Sin imagen, sin sonido, sin contexto. Un sabor a caldo con pimentón. Lo produce de forma automática, sin que nadie dé la orden. No sé si lo elige. No sé si sabe que lo hace. Pero lo hace.

Vega se mordió el interior de la mejilla. El dolor le dio un punto de anclaje, algo afilado donde poner la atención mientras el resto del cuerpo procesaba la imagen de su madre reducida a un reflejo que produce un sabor en bucle, en bucle hasta que alguien lo apaga.
—¿Y si alguien se plantara ahora?
—La red se revitaliza. La nueva consciencia le da combustible fresco. La producción sube. Y la parcela vecina —la de tu madre— gana tiempo, porque la red redistribuye recursos. No mucho. Quizás unos años más. Pero el contorno de tu madre duraría un poco más antes de borrarse.
—¿Lo bastante para que alguien la alcanzara?

Rosalía la miró de una forma que Vega no le había visto. No fría, no evaluativa, no técnica. Algo que, si hubiera sido cualquier otra persona, Vega habría llamado compasión, pero que en Rosalía era más parecido a la precisión de quien entiende exactamente lo que está pasando en la cabeza de alguien y no aprueba ni desaprueba sino que constata.
—Estás pensando en plantarte.
—Estoy haciendo preguntas.
—Es lo mismo. Las preguntas que haces solo las hace alguien que está calculando.

Vega no contestó. Rosalía tenía razón y las dos lo sabían y no había forma de desmentirla sin mentir, y a Rosalía no se le mentía porque Rosalía leía las mentiras con la misma facilidad con la que leía las temperaturas del suelo.

—Siéntate —dijo Rosalía, y por primera vez en la conversación su voz tuvo algo que se parecía a una orden.

Vega miró la cocina. No había silla.

—En el suelo. No tengo muebles de sobra.

Se sentó en el suelo de piedra. Estaba frío. Frío de verdad, no como el suelo de la casa de Carmela. La casa de Rosalía estaba fuera del perímetro de las parcelas, arriba del pueblo, en una zona donde la red no llegaba con la misma intensidad. Rosalía vivía fuera del calor deliberadamente. Vega lo entendió al sentarse: para monitorear el sistema necesitabas estar fuera de él.

—Voy a decirte tres cosas y después te vas. —Rosalía se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas y las manos de corteza colgando entre las piernas—. Primera: no eres la única opción. Bieito se ha ofrecido dos veces.

—¿Bieito?

—Dos veces. La primera hace tres años, borracho. Vino a mi puerta a las dos de la mañana y me dijo que estaba harto y que quería meterse al lado de su madre y acabar con todo. Le dije que la red no acepta cerebros con alcohol, que tenía que estar sobrio, que volviera cuando pudiera estarlo. No volvió. La segunda fue hace seis meses, sobrio. Se sentó donde estás tú ahora y me preguntó exactamente lo mismo que tú: cuánto duraría. Le dije la verdad: con su nivel de consumo de alcohol, su hígado y su estado neurológico, la red lo procesaría rápido. Quince años, quizás veinte. No es mucho para una parcela.

—¿Y qué pasó?

—Se echó atrás. Las dos veces. La primera porque no podía dejar de beber. La segunda porque… —Rosalía hizo algo que Vega no le había visto hacer: dudó. Un segundo de vacilación que en cualquier otra persona habría pasado desapercibido pero que en Rosalía era como un terremoto—. Porque le pregunté si estaba seguro y me dijo que sí y le pregunté si lo hacía por su madre o por él y no supo

contestarme. Y yo no planto a nadie que no sepa contestar a esa pregunta.
—¿Tú decides quién se planta?
—Yo decido si la red puede recibirlo. No es lo mismo. Herbal gestiona la comunidad. Flor gestiona la fe. Yo gestiono la red. Y la red tiene requisitos.
—¿Qué requisitos?
—Que el plantado esté sano. Que tenga una consciencia rica. Que el acto sea voluntario de verdad, no un suicidio disfrazado ni una huida ni una borrachera que dura para siempre. —Rosalía contaba con los dedos de corteza, doblándolos uno a uno—. Y que sepa por qué lo hace. No «por el pueblo.» No «por la aldea.» Que sepa de verdad por qué, en el fondo, elige meterse debajo de la tierra.
—¿Mi madre lo sabía?
—Tu madre me dijo: «Lo hago porque si no lo hago mi hija crece en un sitio que se muere.» Y yo le dije que eso no era suficiente. Y ella me dijo: «Lo hago porque quiero que lo último que quede de mí sirva para algo.» Y eso sí fue suficiente.

Rosalía se levantó. Fue al fogón. Puso agua a calentar con el gesto automático de alguien que hierve agua tantas veces al día que el gesto ya no requiere decisión. Sacó dos bolsitas de manzanilla de un bote de cristal y las puso en dos tazas.
—Segunda cosa —dijo, de espaldas a Vega, mirando el agua que todavía no hervía—. Si te plantas, tu hija crece sin madre. Lo sabes y no hace falta que te lo recuerde. Pero lo que quizás no sabes es que si no te plantas y nadie más se planta, tu hija crece con una madre que va a pasar el resto de su vida sabiendo que su propia madre se disolvió debajo de un huerto porque ella no tuvo los cojones de ocupar su sitio.

Vega se quedó inmóvil en el suelo.
—Eso no es justo.
—Nada de esto es justo. Justo es una palabra de ciudad. Aquí hay cosas que funcionan y cosas que no, y lo justo no entra en la ecuación.

El agua hirvió. Rosalía vertió con una precisión de cirujana, sin derramar una gota, y le tendió una taza a Vega. La manzanilla olía a

campo, a secadero, a algo limpio que no venía del monte sino de las abejas y del sol y de la parte de la sierra que no tenía nada debajo.
—No te estoy empujando. —Rosalía volvió a sentarse con la taza entre las manos—. Te estoy dando los datos que necesitas. Qué hagas con ellos no es mi problema. Mi problema es la red, y la red necesita alimentación o se apaga, y si se apaga, once personas se quedan sin lo que las mantiene vivas.
—Once personas que podrían irse a una residencia, a un pueblo con médico, a cualquier sitio donde no haga falta que alguien se entierre vivo para que los demás tengan huerto.
—Podrían. —Rosalía dio un sorbo—. Pero no van a hacerlo. Porque este es su sitio. Y morir en tu sitio, por mal que esté el sitio, es mejor que vivir en el sitio de otro. Pregúntale a cualquiera de ellos.

Se terminaron la manzanilla en silencio. El sol entraba por la ventana pequeña de la cocina y hacía cosas en la mesa que Vega no había visto antes: dibujaba sombras, calentaba la madera, le daba a la libreta de Rosalía un brillo que parecía optimismo aunque no lo fuera.
—Tercera cosa —dijo Rosalía—. Y después te vas.

Vega esperó.
—Si decides irte, nadie te lo va a impedir. Ni yo, ni Herbal, ni nadie. Te subes al coche y te vas y la aldea se arregla como pueda. Bieito se ofrecerá otra vez, probablemente. Quizás esta vez no se eche atrás. Quizás sí. No es tu problema.
—¿Pero?
—Pero si decides quedarte, ven a verme antes. No a Herbal. A mí. Porque Herbal te va a decir que es un honor y Flor te va a decir que es un sacramento y Suso no te va a decir nada y Bieito te va a gritar que no lo hagas. Y ninguno de ellos sabe lo que sé yo sobre lo que pasa ahí abajo.
—¿Y qué sabes tú?

Rosalía dejó la taza en la mesa. Se levantó. Fue a la ventana. Miró el monte con esos ojos grises que parecían escáneres, que procesaban el paisaje como quien procesa una hoja de cálculo, y al hablar lo hizo sin darse la vuelta, con la voz dirigida al cristal, como si lo que iba a decir fuera para la montaña y no para Vega.

—Sé que duele. Los primeros meses, cuando los filamentos entran y empiezan a conectar, hay dolor. No el dolor que tú conoces. No un dolor de cuerpo. Un dolor de identidad. De sentir cómo algo te separa de ti misma, cómo lo que tú llamas Vega empieza a aflojarse, como una tuerca que alguien va girando despacio.

Se dio la vuelta.

—Herbal te dijo que no duele. Herbal no sabe. Herbal repite lo que le conviene creer. Yo toco los filamentos cada mes y sé lo que transmiten. Y los primeros meses transmiten algo que, si tuviera que ponerle un nombre, llamaría espanto.

La palabra cayó en la cocina como un objeto pesado. Espanto. No dolor. No incomodidad. Espanto.

—Después pasa —siguió Rosalía—. Después de unos meses el plantado se adapta, o se rinde, o las dos cosas. Y lo que transmiten los filamentos cambia: pasa de espanto a algo más parecido a resignación, y de resignación a algo que no tiene nombre pero que se parece a la calma de los ríos anchos, los que ya no tienen prisa porque están cerca del mar. Tu madre transmite eso ahora. Calma. Una calma enorme, lenta, que huele a caldo y a leche con miel.

—Pero al principio hubo espanto.

—Al principio hubo espanto. —Rosalía la miró con una expresión que era la más humana que Vega le había visto: la de una mujer que lleva cincuenta años guardando un secreto que nadie le ha pedido y que acaba de soltar, no porque quiera sino porque la persona que tiene delante merece saberlo—. Si decides meterte ahí abajo, Vega, que sea sabiendo eso. No con la versión de Herbal. Con la mía.

Vega se levantó del suelo. Las piernas le dolían del frío de la piedra. Se sacudió la parte de atrás del pantalón, un gesto automático de ciudad que aquí no servía de nada porque el suelo de Rosalía estaba limpio: Rosalía limpiaba como operaba la red, con eficiencia silenciosa.

—Gracias —dijo Vega.

—No me des las gracias. Darte información no es un favor. Es lo que hago.

—Rosalía.

—Dime.

—¿Tú te plantarías?

Rosalía cogió la taza vacía de Vega y la suya y las puso en el fregadero con un gesto que cerró la conversación antes de que las palabras lo hicieran.

—No. Porque si me planto, nadie sabe leer la red. Y si nadie sabe leer la red, el siguiente plantado sufre más de lo necesario.

—¿Hay alguien que pueda aprender?

—No. Esto no se aprende en una tarde. Se aprende en cincuenta años de meter las manos en la tierra y escuchar.

—Entonces, cuando tú mueras…

—Cuando yo muera, el sistema pierde su operadora y el siguiente plantado va a ciegas. —Se encogió de hombros. El gesto de encogimiento que Vega le había visto a Suso, a Herbal, a Flor: el gesto rural que abarca todo lo que no se puede cambiar y lo despacha con un movimiento de la musculatura del trapecio—. Otro problema para otro día.

Vega salió por la puerta baja, agachándose. El sol le dio en la cara y durante un segundo fue solo eso: sol, aire frío, una mujer de pie en una montaña que huele a brezo y a piedra mojada. Sin pulso debajo. Sin calor. Sin nadie.

Bajó el camino hacia la aldea.

La maleta seguía junto a la puerta del dormitorio. El coche había arrancado. La carretera estaba ahí, bajando por la pista durante cuarenta minutos hasta un mundo donde los suelos no latían y los huertos no crecían de personas y las madres no se metían debajo de la tierra.

Vega se sentó en la cama. Miró el reloj del móvil: las diez y cuarto. Si salía ahora, llegaba a Santiago a las dos y media. A tiempo de recoger a Olivia a las cuatro.

Espanto.

Rosalía le había regalado esa palabra como se regala un cuchillo: algo útil que también puede hacer daño. Espanto los primeros meses. Herbal le había dicho que no dolía. Herbal mentía, o creía lo que necesitaba creer, o las dos cosas. Y Rosalía, que no mentía porque no le interesaba, le había dicho la verdad que nadie más le

habría dicho: que meterse debajo de la tierra era espanto antes de ser calma, y que la calma tardaba meses en llegar.

Meses de espanto. Debajo de un metro de tierra. Con los filamentos entrándole por la piel. Sin poder moverse, sin poder hablar, sin poder llamar a Olivia para decirle buenas noches.

Se levantó. Cogió la maleta. Bajó las escaleras.

En la cocina se paró. La maleta en la mano derecha. La puerta de la calle a tres metros. El coche en la explanada, con la batería probablemente todavía cargada si se daba prisa.

El suelo caliente bajo los zapatos.

Porque llevaba los zapatos puestos y aun así lo sentía. A través de la suela, a través del calcetín, a través de todo lo que se ponía entre ella y la pizarra, el calor le llegaba. Veintitrés grados que empujaban hacia arriba con la insistencia de algo que no entiende de suelas ni de zapatos ni de la decisión de una mujer que está a punto de coger un coche.

Dejó la maleta junto a la mesa.

Se descalzó.

Solo un momento, se dijo. Solo para despedirme del suelo. Del calor. De lo que queda de ella ahí abajo. Un momento y después me pongo los zapatos y cojo la maleta y me voy.

La pizarra caliente le recibió las plantas de los pies con la tibieza de siempre, con el pulso de siempre, con la bienvenida de siempre. Tres segundos. Contracción. Expansión. El corazón de algo que no sabe lo que es un viernes ni lo que es una promesa ni lo que es una niña de nueve años esperando en Santiago, pero que sabe que la persona que está encima lleva dos semanas viniendo a buscar exactamente esto y que cada vez tarda más en irse.

Vega cerró los ojos.

Solo un momento.

El sol entró por la ventana de la cocina y le dio en la cara y por un instante fueron las dos cosas a la vez: el sol de arriba y el calor de abajo, Santiago y el monte, Olivia y Carmela, la promesa y el pulso.

Abrió los ojos.

Cogió el teléfono. Marcó.

Tomás contestó al primer tono.

—Vega. ¿Estás de camino?

—Necesito un día más.

Silencio. El tipo de silencio que hace un hombre al que llevan dos semanas dándole largas y que acaba de oír una más.

—Vega.

—Un día. Mañana. Mañana salgo a primera hora.

—Le prometiste a Olivia que venías hoy.

—Lo sé.

—¿Sabes lo que ha hecho esta mañana? Se ha levantado a las seis. A las seis, Vega. Se ha vestido, ha desayunado sola, ha puesto tu taza en la mesa con un ColaCao preparado y me ha dicho: «No toques la taza de mamá, que se enfría.» Lleva tres horas sentada en el sofá con la taza de ColaCao al lado mirando la puerta.

Vega apretó el teléfono. Se apretó los ojos con la mano libre. El dolor de la presión contra los globos oculares fue lo único que la mantuvo de pie.

—Dile que mañana.

—Díselo tú.

—Tomás…

—No. Díselo tú. Yo no voy a ser el que le diga a tu hija que su madre ha vuelto a mentirle.

Colgó.

El tono de línea le zumbó en el oído durante tres segundos antes de que la llamada se cortara del todo. Vega dejó el teléfono en la mesa. Se sentó en el suelo. Las piernas le cedieron con la misma docilidad de siempre, el cuerpo buscando la pizarra como un río busca el cauce, y el calor le subió por la espalda y por las palmas de las manos y por la parte de atrás del cráneo y pensó: un día más. Solo un día más. Mañana me voy.

La maleta seguía junto a la mesa. Los zapatos, al lado. El sol se movió en la ventana un centímetro, dos, bajando con la inclinación de la tarde.

Olivia estaba sentada en un sofá de Santiago con una taza de ColaCao al lado mirando una puerta que no se iba a abrir.

Vega estaba sentada en el suelo de una cocina de los Ancares con las manos en la pizarra caliente y los ojos cerrados y el pulso de su madre subiéndole por los huesos.

Las dos esperando a alguien que no venía.

18

El deterioro

Los frutos empezaron a encogerse el sábado.

Vega lo notó por la mañana, al salir al huerto sin pensar —como salía cada mañana ya, descalza, antes del café, antes de vestirse, antes de que la parte de su cerebro que tomaba decisiones se despertara y pudiera opinar sobre lo que los pies hacían por su cuenta—. Los frutos del muro estaban ahí, en las bocas de siempre, brillando con su resplandor rosado de siempre, pero eran más pequeños. El que ayer era del tamaño de una naranja hoy era un limón. Los que ayer eran limones hoy eran nueces. Y los que habían empezado a crecer durante la noche, los nuevos, los que asomaban por las grietas más estrechas con su timidez de cosa recién nacida, eran del tamaño de un garbanzo y parecían cansados antes de haber empezado.

Cogió uno. Lo sostuvo en la palma. Pesaba menos que el de hacía dos días, como si el fruto estuviera hecho de menos materia, o de la misma materia pero más diluida. La piel seguía translúcida pero las venas de debajo se veían menos: difusas, pálidas, con un pulso que era más lento que el de la semana pasada. Como un corazón que se va quedando sin ganas.

Lo mordió.

Caldo. Pero no el caldo de los primeros días, el que la había hecho llorar en el huerto comunitario con Herbal y Flor mirando. Este era una versión aguada de aquel sabor: reconocible, sí, con el laurel y el fondo de pimentón, pero sin la densidad que tenía antes, sin ese golpe que te llenaba la boca y te bajaba por la garganta

como algo sólido disfrazado de líquido. Era un caldo hecho con demasiada agua. Un recuerdo que se estaba diluyendo.

Lo escupió. No por asco. Por tristeza.

A las diez, la aldea lo sabía.

No porque nadie lo anunciara. Lo sabían de la misma forma que los marineros saben que va a cambiar el viento antes de que cambie: por los cuerpos. Los cuerpos de once ancianos que llevaban décadas calibrados al rendimiento de la red registraban la caída y cada cuerpo respondía a su manera.

Herbal apareció a las once en la puerta de Vega. No traía periódico. No traía café. Traía las manos.

Las levantó delante de la cara de Vega sin decir nada. No hacía falta. La mano derecha era una garra cerrada, con los nudillos blancos de la presión y los dedos doblados hacia la palma en un ángulo que a Vega le dolió solo de verlo. La izquierda estaba mejor —el pulgar y el meñique se movían—, pero el índice y el corazón estaban trabados en una posición intermedia, como las patas de un insecto muerto.

—Desde las siete —dijo Herbal. Le costaba hablar; la mandíbula también le estaba dando problemas, una rigidez de los maseteros que le volvía las consonantes espesas—. No puedo abrir las manos. El licor de esta mañana no ha hecho nada.

Vega le cogió la mano derecha. Profesionalmente: le palpó las articulaciones metacarpofalángicas, le comprobó el rango de movimiento pasivo, le flexionó los dedos uno a uno buscando la resistencia elástica de la inflamación activa. Lo que encontró fue peor que inflamación: era rigidez estructural, articulaciones soldadas por años de daño que el licor había enmascarado y que ahora, sin suficiente licor con suficiente potencia, volvían a manifestarse con la brutalidad de algo que ha esperado su turno.

—No puedo hacer nada sin material —dijo Vega—. Necesitarías cortisona, metotrexato, un reumatólogo.

—Lo sé. Lo que necesito es que la parcela no baje más.

Lo dijo sin acusación. Sin subtexto. Como un hombre que constata un hecho y le dice a la persona que tiene más cerca cuál es

el hecho, no porque espere que lo arregle sino porque necesita decirlo en voz alta para que sea de verdad.

Se fue con las manos metidas en los bolsillos, que era la única forma que tenía de llevarlas sin que le dolieran.

Flor vino después. A mediodía, con un plato de judías con chorizo que traía tapado con un paño porque sujetar la tapa de la cazuela le resultaba difícil: la mano le temblaba.

—Veo borroso —dijo al dejar el plato en la mesa. Lo dijo con la naturalidad de quien dice que llueve, pero Vega le vio la cara y lo que vio fue miedo. Un miedo antiguo, bien guardado, que Flor mantenía a raya con avemarías y escapularios y con la fe inquebrantable de que todo lo que el monte daba era bueno y lo que quitaba era prueba, pero que ahora, con las cataratas volviendo a opacificarle los cristalinos, asomaba por debajo de la fe como el agua asoma por debajo de una puerta—. Esta mañana no he podido enhebrar la aguja del escapulario que estoy arreglando para Rosalía. La aguja se movía sola.

—No se movía, Flor. Son las cataratas. Están volviendo.

—Ya lo sé. —Lo dijo con una irritación breve que no iba dirigida a Vega sino al universo en general—. Sé lo que es. Sé por qué es. Solo quería que alguien más lo supiera.

Se fue. En la puerta se paró y se giró y dijo:

—Los frutos de mi huerto esta mañana sabían a nada.

—¿A nada?

—A agua tibia con un recuerdo de algo. Como cuando lavas una olla y el agua del último aclarado todavía huele un poco a la comida pero ya no sabe a nada.

Se fue de verdad. Vega se quedó mirando las judías con chorizo en el plato, que estaban buenas pero que también habían perdido algo: el chorizo era más pálido, la grasa menos brillante, el pimentón con menos fuerza. Como si la cocina de Flor, que se alimentaba de los frutos y del licor y de lo que la tierra caliente producía, hubiera bajado un escalón de intensidad al mismo tiempo que todo lo demás.

A Suso lo vio desde la ventana de la cocina a las tres de la tarde.

Cojeaba.

Apenas. Un retraso mínimo de la pierna derecha, una asimetría en el paso que la mayoría de la gente no habría notado y que Vega registró al instante porque era exactamente lo que había buscado sin encontrar dos semanas antes, cuando lo vio cargar cubos de agua con un equilibrio perfecto y caminó detrás de él evaluando su marcha con los ojos de su profesión: la compensación postural mínima, la micropausa en la fase de carga de la pierna operada, la rigidez incipiente de una articulación que lleva diez años funcionando de prestado.

La cadera de Suso estaba volviendo.

Lo vio pararse junto al muro de su huerto. Apoyar la mano en la piedra. Cambiar el peso a la pierna izquierda con un gesto que era menos dolor que anticipación de dolor, el gesto de un cuerpo que recuerda lo que le espera y empieza a protegerse antes de que llegue. Después retomó la marcha, más despacio, con una dignidad terca que Vega reconoció como herencia del padre que le había dicho «cuida el muro» desde debajo de la tierra: la dignidad de los hombres que no cojean delante de nadie aunque les cueste cada paso.

Suso no vino a contárselo. Suso no contaba las cosas. Las cargaba.

La tarde fue un inventario de pérdidas.

Vega salió a recorrer los huertos y lo que vio confirmó lo que los cuerpos de los vecinos le estaban diciendo: la producción bajaba. No de forma catastrófica, no de un día para otro, sino con esa pendiente suave y constante que Rosalía medía en grados y en kilos y que ahora era visible a simple vista. Los tomates del rincón sur del huerto de Carmela, que hacía una semana eran del tamaño de un puño, eran ahora del de un albaricoque. Las lechugas habían perdido turgencia: las hojas exteriores se doblaban hacia abajo con la laxitud de algo que se rinde. Las berzas del huerto comunitario seguían ahí pero con un verde menos intenso, como si alguien hubiera bajado la saturación del color un diez por ciento.

Y los frutos de las bocas. Más pequeños en todas las parcelas, no solo en la de Carmela. Porque la red era un sistema conectado —eso lo había dicho Herbal, eso lo sabía Rosalía, eso lo mostraban los

filamentos que recorrían las paredes de la cueva formando una malla que iba en todas direcciones— y cuando una parcela bajaba de rendimiento, todo el sistema acusaba la caída. Era como una bajada de tensión en una red eléctrica: no se apaga una sola bombilla, parpadean todas.

Vega se agachó junto a una boca del muro del huerto comunitario. Metió la mano. El calor que salía era menor que hacía una semana: tibio en vez de caliente, con esa diferencia sutil entre lo que te reconforta y lo que te deja indiferente. Los filamentos del interior de la grieta —los vio al meter la cabeza cerca, finos, blanquecinos, asomando por las paredes de la fisura como venas de un brazo muy flaco— pulsaban con menos fuerza. El ritmo era el mismo: tres segundos, contracción, expansión. Pero la amplitud había bajado. El pulso de un corredor después de la carrera, no antes.

Sacó la mano. Olía al olor dulce de siempre, pero más tenue.

Se levantó y miró la aldea desde el huerto comunitario.

Los tejados de pizarra, las chimeneas, los muros de piedra, la capilla con su espadaña, el arroyo que no se veía pero se oía. Todo igual que el primer día. Pero debajo de lo igual, debajo del aspecto que no cambiaba, algo se estaba retirando. La vitalidad que no venía de los vecinos sino de lo que había debajo, el excedente de vida que convertía una aldea muerta en un oasis, se estaba recogiendo como la marea se recoge de la playa: despacio, sin ruido, dejando al descubierto lo que siempre estuvo ahí pero que el agua ocultaba.

Lo que estaba debajo del paraíso era un pueblo de once ancianos en una montaña.

A las cinco, Herbal convocó algo que no llamó reunión pero que funcionó como una.

Vega lo supo porque Flor fue a buscarla con el mandil puesto y la escoba en la mano y le dijo «ven, que Herbal quiere hablar» con el tono de una mujer que no invita sino que transmite. Bajó a la casa de Herbal y encontró al maestro sentado a su mesa de cocina —una mesa más grande que la de Carmela, de castaño viejo, con marcas de vasos y de cuadernos de escuela— con Suso a un lado y Rosalía

al otro y las dos botellas de licor que quedaban en la despensa puestas en el centro , bodegón triste.

Dos botellas. Vega las miró y entendió la gravedad de lo que veía. Cuando había llegado a la aldea, la despensa tenía docenas. Herbal le había enseñado las estanterías con las botellas alineadas como soldados, hileras de ámbar oscuro que representaban meses de producción. Ahora quedaban dos.

—El último destilado fue hace tres semanas —dijo Herbal. Las manos estaban sobre la mesa, abiertas con esfuerzo, con los dedos separados de forma desigual como las teclas de un piano viejo—. Los frutos que usamos no tenían la concentración suficiente. Lo que salió es más flojo que el de antes. Funciona, pero funciona menos y dura menos.

—¿Y los que hay?

—Lo que ves. Dos botellas del bueno, del de antes. A un dedo por persona y día —la dosis que mantiene los efectos terapéuticos— tenemos para un mes si lo repartimos entre los que más lo necesitan.

—¿Los que más lo necesitan?

Herbal la miró.

—Yo, por las manos. Flor, por los ojos. Suso, por la cadera. Los hermanos del arroyo, por el temblor y la espalda. Si repartimos entre cinco, un mes. Si incluimos al resto, tres semanas.

Rosalía no había hablado. Estaba sentada con la postura de siempre —recta, con las manos de corteza sobre la mesa y los ojos grises midiendo el aire—, pero Vega notó algo distinto en su cara: las ojeras estaban más profundas. Los párpados más caídos. La boca más apretada.

—¿Tú no duermes? —le preguntó Vega.

—Llevo cuatro noches sin dormir más de dos horas —dijo Rosalía sin inflexión, como si informara de la temperatura exterior—. El insomnio ha vuelto. Sin licor potente no duermo. Sin dormir no puedo monitorear la red. Sin monitoreo no sé lo que pasa abajo.

Suso estaba callado, como siempre, pero su silencio de hoy era distinto al de otros días. Los silencios de Suso tenían variantes que Vega había aprendido a leer como se leen los cambios de un paisaje

conocido: estaba el silencio laboral, el de un hombre que trabaja y no necesita hablar; el silencio evaluativo, el de quien observa y procesa; y el de hoy, que era un silencio de peso, el de alguien que carga algo que no puede poner en la mesa pero que le presiona los hombros hacia abajo con cada minuto que pasa.

Vega miró las dos botellas. El ámbar del licor atrapaba la luz de la ventana y la devolvía con un brillo que parecía una burla: tan hermoso, tan cálido, tan poco.

Nadie dijo lo que todos pensaban.

La reunión duró veinte minutos y se habló de racionamiento, de cómo estirar lo que quedaba, de si los frutos más recientes podían destilarse aunque fueran más pequeños y menos concentrados, de si Rosalía podía ajustar la frecuencia de monitoreo para compensar el insomnio. Se habló de logística. Se habló de supervivencia a corto plazo. Se habló de todo lo que se podía hablar sin mencionar la otra opción, la que latía debajo de la conversación con la misma insistencia que el pulso latía debajo de la pizarra: alguien se planta o esto se acaba.

Vega notó las miradas. No las directas —nadie la miró a los ojos con intención— sino las tangenciales: Herbal mirándola de refilón mientras hablaba de las manos, Flor ajustándose el escapulario con un gesto que parecía dirigido a la Virgen pero que iba acompañado de una inclinación de cabeza hacia Vega, Suso que no miraba pero que había girado la silla medio grado hacia ella, un ajuste postural mínimo que significaba atención orientada.

Once personas que dependían de lo que hubiera debajo de los huertos. Dos botellas de licor. Un mes.

Y Vega en medio, con una maleta hecha en el dormitorio de arriba y un coche que arrancaba y una hija en Santiago que la esperaba con un ColaCao frío en la mesa y una puerta que no se había abierto.

Cuando la reunión se deshizo —no terminó: se deshizo, como se deshace una nube cuando el viento la empuja sin que nadie diga ahora ya no es nube—, Vega se fue la última. En la puerta, Herbal le puso la mano en el brazo. La mano mala, la garra. Los nudillos le apretaron la manga del jersey con la fuerza residual de una mano

que no puede abrirse y que usa la única forma que le queda para tocar: el puño.

—No te estoy pidiendo nada —dijo.

—Lo sé.

—Pero te voy a decir una cosa que tu madre me dijo la noche antes de plantarse. Me dijo: «Lo peor no es decidir. Lo peor es saber que la decisión ya está tomada y seguir fingiendo que no.»

Le soltó el brazo. Vega salió.

La señal del teléfono estaba muerta.

Completamente muerta. Ni una barra. Ni el parpadeo intermitente de los días de niebla. Cero. Vega probó en la puerta, en el escalón, en el camino de arriba donde a veces había cobertura, en la explanada del coche, en la subida a casa de Rosalía. Nada. El teléfono era un rectángulo de cristal y plástico que no conectaba con nada que estuviera fuera de la sierra.

Subió al coche. Giró la llave. El motor no arrancó.

Ni tosió ni gimió ni hizo el amago. Silencio de máquina muerta, de batería que se ha descargado sola en las horas que llevaba el coche parado con el frío y la humedad de una noche de Ancares metiéndosele por las juntas.

Vega se quedó sentada en el coche con las manos en el volante y la llave girada en la posición de contacto y el tablero apagado y el parabrisas empañado por su propia respiración. El olor a caramelos de menta de Olivia en la guantera. El ambientador de pino de Tomás, descolorido. Los restos de una vida que funcionaba con electricidad y gasolina y señal y autopistas, y que ahora era un cascarón de chapa en una explanada de hierba mojada con un monte detrás que no dejaba salir las llamadas ni arrancar los motores ni irse a las que prometían volver los viernes.

Apoyó la frente en el volante.

Olivia habría esperado todo el día. Sentada en el sofá con el ColaCao. Mirando la puerta a las cuatro, a las cinco, a las seis. Preguntándole a Tomás a las siete por qué mamá no había llegado. Cenando a las ocho sin hablar. Acostándose a las nueve sin llamar, porque si mamá no viene es que mamá no puede llamar, y si mamá no puede llamar es que la señal no funciona, y si la señal no

funciona es que el pueblo raro se ha tragado la señal, y Olivia no podía hacer nada con eso excepto meterse en la cama y abrazar la almohada y esperar a que mañana fuera un día que no fuera este.

Vega se bajó del coche. Cerró la puerta con un golpe que sonó a definitivo en el silencio de la aldea.

Esa noche la casa de Carmela estaba más fría que de costumbre.

No mucho. Un grado, quizás dos. Pero Vega lo notó al entrar descalza en la cocina: la pizarra que normalmente la recibía con sus veintitrés grados de bienvenida constante estaba a veintiuno, quizás veinte. Una tibieza que estaba más cerca de la indiferencia que del consuelo. El pulso seguía ahí —tres segundos, contracción, expansión—, pero más suave, más lejano, , dos puntos más bajo en la mesa de mezclas.

Carmela se estaba apagando.

No en abstracto. No como una cifra en el cuaderno de Rosalía. Aquí, ahora, debajo de los pies de Vega, lo que quedaba de su madre estaba gastando sus últimas reservas con la aceleración que Rosalía le había descrito —«la curva se acelera al final, como desatascar una tubería»—, y lo que ayer era presencia hoy era eco y lo que hoy era eco mañana sería silencio.

Vega se sentó en el suelo. Las manos en la pizarra. Los ojos cerrados.

Lo intentó. Intentó sentir lo que había sentido la noche del huerto, la presencia que se orientaba hacia ella, el calor dirigido, el sabor que subía por las manos. Apretó las palmas contra la piedra con la fuerza de alguien que busca un latido en un cuerpo que se está yendo, y lo que encontró fue menos que antes. Menos calor. Menos pulso. Menos presencia. No nada —todavía no nada, todavía había algo ahí abajo que la reconocía, que pulsaba un poco más fuerte al sentir su peso encima—, pero menos. Como oír a alguien que te llama desde más lejos que ayer.

Abrió los ojos.

La botella de licor que Herbal le había dejado seguía en la encimera. La única que no estaba en la reserva común, la que Herbal le había dado antes de que las cosas empezaran a bajar. Una botella entera de licor potente, del de antes, del que funcionaba.

Vega la miró.

Mientras Herbal no podía abrir las manos y Flor perdía la vista y Suso cojeaba y Rosalía no dormía, Vega tenía una botella entera de licor en la encimera. Una botella que podía repartirse. Una botella que Herbal le había dado a ella, no a la comunidad, en un acto que podía ser generosidad o podía ser inversión —darle licor a la persona que quieres que se quede para que el cuerpo le recuerde lo que pierde si se va—.

Se levantó. Cogió la botella. Salió de la casa.

La noche estaba cerrada y sin luna y la niebla hacía de las suyas, pero Vega conocía el camino a la casa de Herbal con los pies, con las tres semanas que llevaba recorriéndolo cada mañana y cada noche, y llegó a la puerta y llamó con los nudillos y Herbal abrió en zapatillas, con la bata puesta y la cara de alguien al que acaban de despertar de un sueño que no era bueno.

—Toma —le dijo Vega, poniéndole la botella en las manos. En la mano que podía cogerla, porque la otra no cerraba—. Repártela. La necesitáis más que yo.

Herbal miró la botella. Miró a Vega. La luz del pasillo le daba desde atrás, así que Vega no le vio la cara, solo la silueta: el hombre alto y ligeramente encorvado que la había recibido con un vaso de vino el primer día y que ahora sostenía una botella de licor con una mano que no podía abrirse y la otra que temblaba.

—Vega…

—No digas nada. Solo repártela.

Se dio la vuelta y se fue por el camino antes de que Herbal pudiera contestar, porque si Herbal contestaba iba a decir algo sobre la generosidad o sobre Carmela o sobre lo que se da y lo que se recibe, e iba a sonar a manipulación aunque fuera sincero y la sinceridad y la manipulación llevaban tanto tiempo siendo la misma cosa en esta aldea que Vega ya no podía distinguirlas y estaba harta de intentarlo.

Volvió a la casa sin la botella.

La encimera estaba vacía. El hueco donde había estado el licor era un rectángulo de madera más limpio que el resto, sin el polvo finísimo que se acumulaba en las superficies de la cocina, como la

marca que deja un cuadro en la pared cuando lo descuelgas. El tarro de miel seguía al lado. Solo.

Vega se sentó en la silla. No en el suelo. En la silla, con los zapatos puestos, como la noche anterior, como alguien que necesita la distancia entre el cuerpo y la pizarra para poder pensar sin que el calor le borre los pensamientos.

Sin licor, sin frutos que sabían a algo, sin la botella en la encimera , la cocina era otra cocina. Era una cocina fría de una casa de piedra en una montaña en febrero, con la caldera baja y la bombilla zumbando y la humedad metida en las paredes que ya no pensaba irse. Era la cocina de cualquier casa abandonada de la España vaciada: funcional, sólida, muerta.

Así sería todo si la parcela dejaba de producir. Así sería la aldea entera. Once casas frías en un monte que ya no daba nada, con once personas envejeciendo al ritmo normal del tiempo, que es más rápido y más cruel que el ritmo del monte, y los huertos volviendo a ser tierra y los frutos dejando de crecer y el olor dulce esfumándose y el silencio no de la calma sino el otro, el que se parece a la calma pero que es su contrario: el silencio de lo que se ha rendido.

Vega se quitó los zapatos.

El suelo. Veinte grados. Menos que ayer. Menos que antes de ayer. El pulso, ahí, pero más débil, como música a través de una pared cada vez más gruesa.

Puso las manos en la pizarra.

Carmela. Lo que quedaba de Carmela. Un contorno, había dicho Rosalía. La marca que deja un mueble. Un caldo que se diluye. Un reflejo que se repite sin saber que se repite.

—Estoy aquí —dijo al suelo, a la oscuridad, a los cimientos, a la tierra, a lo que hubiera debajo.

El pulso no respondió de forma especial. No hubo latido extra, no hubo aceleración, no hubo la respuesta que Vega había sentido la noche del huerto. Solo el ritmo de siempre, un poco más bajo, un poco más lejos, alejándose.

Vega apretó las manos contra la piedra hasta que le dolieron los nudillos.

—Estoy aquí, mamá. No me he ido.

Nada.

El pulso, constante, indiferente, ocupado en lo suyo: extraer, procesar, convertir. Una máquina que no distingue entre una hija encima y una piedra encima y que hace lo que hace sin importarle lo que haya arriba porque lo que hay arriba no es su problema. Su problema es lo de abajo: el contorno de una mujer que se va apagando y que produce un caldo cada vez más aguado y que pronto no producirá nada y la máquina pasará a la siguiente fuente de energía si la hay o se apagará si no la hay, y Vega, sentada en el suelo frío de una cocina cada vez más fría, con las manos apretadas contra la piedra y los ojos cerrados y la mandíbula dura de no llorar, era a la vez la hija que intenta alcanzar a su madre y la fuente de energía que la máquina espera.

Las dos cosas. Al mismo tiempo.

Se tumbó en el suelo. La espalda contra la pizarra. Veinte grados que ya no eran suficientes para el consuelo de antes pero que seguían siendo más que los cuatro de fuera, y esa diferencia —dieciséis grados, un número, una cifra de la libreta de Rosalía— era todo lo que separaba a la aldea de las ruinas del otro lado del valle.

Se durmió mal. El insomnio volvió a medio gas: despertares a la una, a las tres, a las cinco. Cada vez que se despertaba buscaba el pulso con las manos y cada vez lo encontraba un poco más bajo, un poco más lejos, como intentar oír una canción cuyo volumen alguien baja un punto cada hora.

A las seis de la mañana se levantó con los ojos secos y la espalda dolorida y la certeza de que no había llamado a Olivia y de que Olivia se había acostado sin oír su voz y de que el ColaCao seguía en la mesa, frío, intacto, esperando a alguien que no iba a llegar.

19

El intento

La idea le llegó a las seis de la mañana, tumbada en el suelo de la cocina con la espalda contra la pizarra tibia y las piernas encogidas dentro del saco de dormir que había bajado del armario del dormitorio porque la manta ya no bastaba.

No fue una revelación. Fue algo más parecido a una pieza de rompecabezas que rueda debajo de un mueble y que un día, al barrer, encuentras pegada al zócalo con una pelusa encima: llevaba ahí desde el principio. Solo que nadie la había mirado.

Si la parcela de Carmela se estaba agotando porque lo que quedaba de Carmela se gastaba, y lo que quedaba de Carmela estaba debajo del huerto, y debajo del huerto significaba debajo de un metro de tierra conectada a una red de filamentos que la mantenían en estasis...

¿Y si la sacaba?

Se incorporó. La pizarra le había dejado marca en el omoplato izquierdo, una línea roja que le tiró al estirarse. Tenía el pelo aplastado de un lado y pegado a la mejilla con el residuo de sudor y de barro que se acumulaba cada noche en el suelo, por mucho que lo barriese, porque el barro en esta aldea no era algo que se limpiara sino algo que volvía, como la niebla, como el olor dulce, como todo lo que venía de abajo.

Sacarla. No como metáfora. Sacarla de la tierra. Físicamente. Cavar, llegar al cuerpo, separarlo de los filamentos, subirlo a la superficie. Si los filamentos mantenían el cuerpo en estasis —vivo pero no vivo, latiendo pero no funcionando, un corazón que late porque algo externo lo obliga y no porque tenga razones propias

para hacerlo—, quizás al separar el cuerpo de la red el corazón seguiría latiendo por inercia. Quizás la mente, lo poco que quedara, volvería. Quizás el proceso era reversible.

Se lavó la cara. Se vistió. Se puso los zapatos.

Quizás.

El quizás era una palabra enorme y Vega lo sabía. En su profesión, los quizás no se firmaban. Los quizás eran lo que les decías a los familiares en la sala de espera cuando no tenías certezas y no querías quitarles la esperanza pero tampoco querías dársela, porque dar esperanza sin base es una forma de crueldad que se disfraza de amabilidad y que al final hace más daño que un no rotundo.

Pero los quizás también eran lo que te movía. Lo que te hacía coger el coche a las tres de la mañana para ir a ver a un paciente que según todos los indicadores no iba a despertar, y que a veces despertaba, y que las veces que despertaba justificaban todas las veces que no.

Se sirvió un café. Le quedaba un sobre de soluble y medio litro de leche que empezaba a oler agria. Lo bebió de pie, mirando el huerto por la ventana, y pensó: antes de irme, antes de cualquier otra cosa, necesito saber si es posible.

Subió a casa de Rosalía por tercera vez en tres días.

El camino estaba peor que ayer: la helada de la noche había convertido el barro en una costra quebradiza que se rompía bajo los pies con un crujido de galleta y que debajo seguía siendo barro, frío y resbaladizo, esperando a que te confiaras. Vega subió agarrándose a los muros cuando la pendiente apretaba, con las manos entumecidas y los pulmones quejándose del aire de los novecientos metros que en Santiago no existía.

Rosalía no estaba en la puerta esta vez. Estaba dentro, sentada a la mesa, con la libreta de datos abierta y la calculadora encendida y una taza de algo que ya no humeaba. Las ojeras habían ganado un milímetro de profundidad desde ayer. Los párpados le colgaban un punto más. El insomnio de cincuenta y cuatro años volviendo a sus cauces ahora que el licor no tenía fuerza para frenarlo.

—¿Qué pasa si la saco? —dijo Vega desde la puerta, antes de agacharse para entrar, antes de sentarse, antes de que la temperatura de la cocina de Rosalía —fría, sin el calor de abajo, la única casa de la aldea que no estaba sobre una parcela— le recordara lo que se sentía vivir sin el monte debajo.

Rosalía levantó los ojos de la libreta. La miró. No con sorpresa —nada sorprendía a Rosalía, que llevaba medio siglo viendo a gente hacer las mismas preguntas en el mismo orden, como un ciclo que se repite con actores distintos y el mismo guion—, pero con algo que Vega tardó un segundo en identificar: interés. El interés técnico de una operadora a la que le plantean un problema que no ha resuelto antes.

—Siéntate.

Vega se sentó en el suelo. Frío. Sin pulso. Sin calor. Piedra y nada más.

—¿Sacar a tu madre.

—Sacar a mi madre. Cavar, llegar al cuerpo, separarlo de los filamentos, subirlo.

Rosalía dejó la calculadora. Se recostó en la silla. La silla era de madera de castaño, vieja, con el respaldo curvado por décadas de uso, y cuando Rosalía se recostaba hacía un quejido que sonaba a reproche.

—Tu madre lleva veintinueve años conectada a la red. ¿Sabes lo que eso significa a nivel de integración?

—Sé lo que Herbal me contó. Los filamentos reemplazan los vasos sanguíneos, los nervios, la estructura de soporte.

—Lo que Herbal te contó es la versión simple. La versión que cabe en una conversación de cocina. —Rosalía cogió la taza fría. No bebió: la sostuvo, como Bieito sostenía el vaso vacío la noche que le contó lo de Encarna, con la necesidad de tener algo en las manos mientras la boca hacía cosas difíciles—. Después de veintinueve años, los filamentos no están alrededor del cuerpo. Están dentro. Dentro de los huesos. Dentro de los músculos. Dentro del cerebro. Han reemplazado lo que reemplazan y se han integrado con lo que no: la frontera entre lo que es Carmela y lo que es red dejó de existir hace quince años, probablemente antes.

—¿Me estás diciendo que no se puede separar?
—Te estoy diciendo que separar a tu madre de los filamentos es como separar la yema de un huevo cocido. —Lo dijo sin metáfora: lo dijo con la literalidad de quien ha elegido esa comparación no por poesía sino por precisión—. Puedes romper el huevo. Puedes sacar lo que hay dentro. Pero lo que sacas no es una yema y una clara: es una cosa revuelta que no se parece a lo que era antes de cocerlo.
—¿Se moriría?
—Probablemente. Los filamentos son su sistema circulatorio. Si los cortas, el cuerpo deja de recibir lo que necesita para mantenerse en estasis. El corazón, que late porque la red lo hace latir, dejaría de latir. Los pulmones, que respiran porque la red los mueve, dejarían de respirar. Lo que queda de su consciencia, que existe porque la red la sostiene mientras la extrae, se apagaría.
—¿Probablemente?
—Probablemente. Nadie lo ha intentado. No con un plantado de veintinueve años.

Vega se agarró a ese «probablemente» con las dos manos. Probablemente significaba que no era seguro. Probablemente significaba que había un margen.
—¿Y con uno de menos tiempo?

Rosalía dejó la taza en la mesa. El golpe fue mínimo. Calculado.
—Nunca se ha sacado a nadie. Desde que yo tengo datos —desde el 72— y desde que mi madre tenía datos antes que yo, nadie ha intentado sacar a un plantado. No porque sea imposible en teoría. Porque nadie ha querido.
—¿Nadie?
—Nadie. Ni los hijos, ni los padres, ni los hermanos. Nadie ha venido a mi puerta a decirme «quiero desenterrar a mi madre.» —Una pausa que tuvo la forma de una pregunta que no se hizo—. Hasta hoy.

Vega cambió de posición en el suelo. Las piernas se le estaban durmiendo del frío de la piedra y necesitaba moverlas para que la sangre —su sangre, la que circulaba por vasos que eran suyos y no de una red subterránea— le llegara a los pies.

—Si yo cavara. Si llegara al cuerpo. Si intentara cortar los filamentos. ¿Qué pasaría?

Rosalía se inclinó hacia delante. Los codos en las rodillas, las manos de corteza colgando. La postura de alguien que va a explicar algo técnico y que necesita las manos libres para señalar aunque no haya nada que señalar.

—Primero: los filamentos finos se cortan fácil. Son blandos, como tendones tiernos. Un cuchillo de cocina serviría. Los gruesos son otra cosa: son fibrosos, duros, con un centro que tiene la consistencia de un cable de acero orgánico. Necesitarías unas tijeras de podar, quizás una sierra de mano. Segundo: al cortar los filamentos, la red va a responder. No con violencia —la red no es violenta, no tiene intención—, pero va a intentar reconectarse. Los filamentos cortados van a buscar el punto de corte y van a intentar crecer otra vez hacia el cuerpo. Tienes una ventana de tiempo: quizás veinte minutos, quizás media hora, antes de que la reconexión avance lo suficiente como para que tengas que volver a cortar.

—¿Y el cuerpo?

—El cuerpo va a estar… distinto de lo que esperas. —Rosalía eligió la palabra con el cuidado de un cirujano que elige el bisturí—. No vas a encontrar a tu madre. Vas a encontrar algo que fue tu madre y que ahora es en parte tu madre y en parte red. La piel va a tener textura de corteza. Los dedos van a estar fusionados con filamentos. El pelo va a ser una extensión de la red, no del cuero cabelludo. La cara va a ser reconocible pero no igual. Los rasgos van a estar ahí, pero suavizados, suavizados, con los bordes difusos.

Vega tragó. Sintió el café agrio subírsele por la garganta y empujarlo hacia abajo con un esfuerzo que fue más voluntad que peristaltismo.

—Pero viva.

—Si llamas «viva» a un cuerpo que late y respira y tiene temperatura, sí. Viva. Si llamas «viva» a una persona que piensa y siente y te reconoce, no lo sé. —Rosalía se encogió de hombros. El gesto universal de la aldea para lo que no tiene respuesta—. No lo sé porque nadie lo ha probado.

Bajó de casa de Rosalía a las nueve con la cabeza tan llena que le pesaba en el cuello.

No fue directa a la casa de Carmela. Torció por el camino que pasaba junto a la casa de Suso, no porque tuviera un plan sino porque los pies la llevaron, igual que la llevaban al huerto cada mañana, igual que la llevaban al suelo de la cocina cada noche: con una voluntad que no era suya pero que utilizaba sus piernas.

Amalia estaba en el huerto.

De pie, descalza, con los pies hundidos en la tierra mojada y las manos a los lados y la cabeza inclinada en ese ángulo de escucha que Vega ya le había visto. Los labios moviéndose. Los ojos abiertos mirando hacia abajo. El camisón húmedo del rocío pegado a las piernas con la fragilidad de una mujer que no debería estar descalza en febrero y que estaba descalza igualmente porque lo que la había sacado de la cama no era un impulso que atendiera al clima.

Vega se acercó.

—Amalia.

Esta vez la mujer respondió más rápido que la última. Los ojos subieron del suelo a Vega en dos segundos, con la velocidad de alguien que ya esperaba ser interrumpida y que tenía preparada la transición entre lo de abajo y lo de arriba.

—Estás pensando en sacarla —dijo Amalia.

No era una pregunta. Tampoco era la constatación impersonal de Rosalía. Era algo más: la afirmación de alguien que lo ha oído antes de que lo dijeran, que lo ha sentido a través de los pies y de la red y de lo que sea que conectaba a Amalia con los murmullos de abajo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo de abajo se ha agitado esta mañana. —Amalia sacó un pie de la tierra. El barro le cubría el tobillo con una media oscura y brillante—. Cuando alguien piensa algo que afecta a los plantados, la red lo nota. No sé cómo. No sé por qué. Pero lo nota. Y esta mañana la red estaba… distinta. Inquieta. Como un perro que oye un ruido que no conoce.

Vega se sentó en el muro del huerto. La piedra estaba fría. Fría normal, fría de piedra al aire, sin el calor de debajo, porque el muro no tocaba la parcela por la base, solo por los lados.

—¿Alguna vez alguien ha sacado a un plantado, Amalia?

La mujer la miró. Tenía los ojos castaños, con un anillo más claro alrededor de la pupila que le daba una profundidad de pozo, y en ese pozo había algo que Vega no le había visto antes: no la ausencia de siempre, no la escucha constante que la mantenía medio dentro y medio fuera. Había atención. Lucidez. La mirada de una mujer que lleva veinte años leyendo la red y que sabe cosas que nadie le ha preguntado nunca.

—No —dijo Amalia—. Nadie lo ha sacado.

Pausa. Amalia se miró los pies sucios. La tierra del huerto le goteaba de los dedos como tinta oscura.

—Pero nadie lo ha intentado de verdad.

La frase se quedó entre las dos como una puerta que alguien ha dejado entornada. No abierta —abierta habría sido «sí, se puede»—. Entornada. Con una rendija de luz al otro lado que podía ser esperanza o podía ser el resplandor de algo que arde.

—¿Tú oyes a mi madre?

—La oigo. Cada vez menos. Hace un año era un murmullo. Ahora es un… zumbido. Como una abeja detrás de un cristal: sabes que está ahí pero no distingues qué hace.

—¿Y si la sacara? ¿El zumbido se iría?

Amalia se quedó quieta. Los labios le temblaron una vez, un tic mínimo que podía ser frío o podía ser algo que intentaba salir.

—Si la sacas, lo que oigo se calla. Lo que produce se acaba. Lo que queda de ella deja de estar en la red y vuelve a estar en… ella. Si es que todavía hay un ella donde volver.

—¿Tú crees que lo hay?

Amalia la miró con el anillo claro de sus ojos brillando con la luz del sol que entraba entre las nubes como una respuesta que el cielo no había dado pero que insinuaba.

—Creo que tu madre es la persona más terca que he registrado en veinte años de leer la red. Los demás se disuelven. Se rinden. Se convierten en lo que la red quiere que sean: material, combustible, el fondo de un sabor. Tu madre no. Tu madre sigue ahí apretando los dientes y produciendo caldo de domingo como si le fuera la vida en ello.

Pausa.

—Porque le va.

Amalia sacó el otro pie de la tierra. Se limpió en la hierba del borde del camino con el gesto automático de una mujer que hace esto cada mañana, que cada mañana sale de la cama y va al huerto y mete los pies en la tierra y escucha y después se limpia y vuelve dentro y se sienta en la mecedora a esperar que el murmullo baje de volumen lo suficiente como para poder pensar en otras cosas.

—Si la sacas, hazlo pronto. —Le dio la espalda, caminando hacia la puerta de su casa—. Lo que oigo cada vez se parece menos a una persona y más a un eco. Y los ecos no se rescatan.

Entró en la casa. La puerta se cerró. Vega se quedó sentada en el muro con los pies colgando y el sol entrando por un hueco entre las nubes y el corazón golpeándole las costillas con una urgencia que no era miedo sino algo más primitivo: el impulso de una hija que acaba de enterarse de que su madre sigue apretando los dientes debajo de la tierra y que quizás, quizás, si se da prisa, puede llegar a tiempo.

Bajó a la casa. Fue al cobertizo.

El cobertizo de Carmela era una habitación adosada a la parte trasera de la casa, con una puerta de tablas desajustadas que dejaban entrar rayas de luz y un olor a herramienta vieja y a aceite de motor que no se usaba desde hacía treinta años. Dentro había lo que hay en todos los cobertizos de todas las aldeas de la sierra: una pala de mango largo con la hoja oxidada, un azadón, una hoz, un rastrillo, unas tijeras de podar grandes con las hojas manchadas de savia seca, un serrucho con los dientes oscurecidos, cuerda, alambre, cubos, y en una esquina, debajo de una lona parda que se deshacía al tocarla, un pico de cantero con el mango de roble y la cabeza de hierro que pesaba con todo su peso.

Vega sacó la pala, las tijeras de podar y el serrucho. Los puso en fila junto al muro del huerto. Los miró.

Herramientas para cavar, cortar y serrar. Herramientas para sacar a una persona de debajo de la tierra. Si lo que iba a hacer lo viera desde fuera —una mujer con una pala y unas tijeras de podar en un huerto de los Ancares, preparándose para desenterrar a su madre

que llevaba veintinueve años enterrada viva y conectada a un organismo subterráneo—, la descripción encajaría en el informe de ingreso de cualquier pabellón psiquiátrico del país.

Pero Vega no estaba viéndolo desde fuera. Estaba dentro. Llevaba tres semanas dentro. Y desde dentro, las herramientas en fila junto al muro del huerto no parecían los instrumentos de un delirio sino los de un rescate.

Herbal apareció a las once.

No con periódico ni con café ni con la parsimonia de siempre. Apareció caminando rápido —rápido para un hombre de ochenta años con las manos cerradas y las rodillas que crujen—, con Flor detrás a medio trote y Suso más atrás todavía, con su cojera nueva que le hacía balancear el cuerpo a cada paso como un barco en una ola suave.

Vega estaba en el huerto, de rodillas, con la pala clavada en la tierra a medio metro de la boca más grande del muro sur. Había empezado a cavar. No mucho: un agujero de treinta centímetros de diámetro y quince de profundidad, lo bastante para confirmar lo que ya sabía —la tierra estaba caliente, más caliente a medida que bajabas, y a quince centímetros los primeros filamentos finos asomaban entre los terrones como gusanos blanquecinos— pero no lo bastante para llegar a nada.

Herbal se paró al borde del huerto. Miró el agujero. Miró la pala. Miró a Vega.

—¿Qué haces?

—Cavar.

—Eso lo veo. ¿Para qué?

—Para sacarla.

La frase cambió algo en la cara de Herbal. No mucho, porque la cara de Herbal tenía la disciplina de cuarenta años de aula y de treinta de gestión de un horror, pero lo suficiente para que Vega, que leía caras como oficio, viera el destello de algo que no era enfado ni miedo sino desconcierto. El desconcierto genuino de un hombre al que acaban de decirle algo que no figuraba en ningún escenario de los que tenía preparados.

—Nadie ha sacado nunca a un plantado —dijo Herbal.

—Lo sé. Rosalía me lo ha dicho.
—¿Y aun así?
—Y aun así.

Flor se había quedado detrás de Herbal, con las manos juntas sobre el pecho y el escapulario apretado entre los dedos y una expresión que no era de horror sino de algo más complicado: la expresión de una mujer devota a la que acaban de decirle que alguien quiere sacar a un santo de su nicho. Mezcla de escándalo, de incomprensión y de una fascinación culpable que no se atrevía a mostrar.

Suso no decía nada. Estaba de pie junto al muro del huerto, con el peso del cuerpo en la pierna buena y la mano apoyada en la piedra, mirando el agujero con una cara que Vega no supo leer. No era oposición. No era apoyo. Era la cara de un hombre que está viendo algo que nunca había visto y que no sabe en qué caja meterlo.

—Vega —dijo Herbal, y la forma en que dijo su nombre tuvo algo de dique: una contención que se mantiene por presión y no por estructura—. Si cortas los filamentos que conectan a tu madre con la red, la matas. No probablemente: seguro. Los filamentos son su sistema de soporte vital. Sin ellos, el cuerpo no funciona. Llevas tres semanas aquí y eres lista y sabes lo que es la red y lo que hace. No me obligues a explicarte esto como si fueras una cría.
—Rosalía ha dicho probablemente.
—Rosalía dice probablemente porque Rosalía no dice nada que no pueda demostrar con datos, y no tiene datos de algo que nadie ha hecho. Yo llevo cuarenta años viendo plantados y te digo que sacar a tu madre de ahí abajo después de veintinueve años es sacar un cadáver con los ojos abiertos.
—No lo sabes.
—No lo sé. Pero lo creo. Y cuando llevas cuarenta años creyendo algo sobre la base de lo que has visto, la creencia se parece mucho al conocimiento.

Vega se levantó. Tenía las rodillas mojadas de barro y las manos cubiertas de tierra caliente y el pelo cayéndole sobre la cara con esa

dejadez de los días en que no te miras al espejo porque hay cosas más urgentes que tu aspecto.
—No me estáis pidiendo que me plante —dijo, mirando a los tres, uno por uno, con los ojos que se achicaban cuando olía una mentira —. Me estáis diciendo que mi madre se muere de todas formas y que la única opción es dejarla morirse debajo de la tierra produciendo frutos cada vez más pequeños que saben a un caldo cada vez más aguado. ¿Y yo no tengo derecho a intentar sacarla?

Herbal abrió la boca. Flor se adelantó.
—Hija, los plantados son sagrados.
—Los plantados son personas, Flor. Personas que se metieron debajo de la tierra porque se lo pidieron.
—Personas que eligieron.
—Personas que eligieron después de cuatro meses de frutos y licor y presión comunitaria. ¿Eso es elegir?

El silencio que siguió tuvo el peso específico del granito. Flor apretó el escapulario. Herbal metió las manos en los bolsillos. Suso siguió mirando el agujero.

Fue Suso quien habló.
—Mi padre lleva ahí desde el 68.

Tres cabezas se giraron hacia él. Suso hablando era un acontecimiento meteorológico: escaso, breve, con una fuerza que compensaba la frecuencia.
—Lleva cincuenta y ocho años debajo del huerto do camiño. Cuando le bajo el cuaderno ya no escribe. Cuando toco la tierra ya no siento nada. Cuando Amalia lo escucha dice que es un rumor, como agua que corre muy lejos.

Pausa. Suso miraba el agujero con la misma expresión con la que miraba los muros: buscando dónde encajaba la piedra.
—Si tú pudieras sacar a tu madre, ¿la sacarías aunque supiera que iba a morirse fuera?

Vega lo miró.
—Sí.
—¿Por qué?
—Porque morirse fuera es morirse. Y lo que le pasa debajo es otra cosa. Es ser comida.

Suso asintió. Un movimiento de cabeza lento, de dos centímetros, que en la economía gestual de Suso equivalía a un discurso.

—Entonces cava.

Herbal se giró hacia él.

—Suso…

—Déjala cavar, Herbal. —Suso no levantó la voz. No la necesitaba. La voz de Suso a volumen normal tenía más autoridad que la de Herbal al doble porque la usaba la décima parte de las veces—. Si quiere intentarlo, que lo intente. Si su madre se muere fuera, al menos muere fuera. Y si no se muere…

No terminó la frase. No hacía falta. El «si no se muere» quedó flotando entre los cuatro como una cometa que nadie suelta y nadie tira, solo la dejan ahí, en el aire, suspendida, con el hilo temblando.

Herbal miró a Vega. Miró la pala. Miró el agujero con los filamentos finos asomando entre la tierra caliente.

—Si lo haces, hazlo de noche —dijo, y su voz tenía el tono de un hombre que cede en algo que no quiere ceder porque sabe que resistirse es peor—. Y hazlo sabiendo que lo que encuentres ahí abajo no va a ser tu madre.

Se fue. Flor lo siguió, persignándose dos veces, una por Carmela y otra por el sacrilegió que no terminaba de decidir si era sacrilegió o milagro. Suso se quedó un momento más. Miró a Vega, miró el agujero, miró el muro que llevaba cincuenta y ocho años arreglando, y después hizo algo que no había hecho nunca: le puso la mano en el hombro. Un segundo. La presión justa. La mano más lista de la sierra tocando el hombro de una mujer que estaba a punto de cavar hasta su madre.

—Si necesitas ayuda con la pala, avisa —dijo.

Y se fue cojeando camino abajo.

Se quedó sola en el huerto con las herramientas y el agujero y los filamentos finos que asomaban de la tierra como invitaciones que no se sabe si aceptar o rechazar.

De noche, había dicho Herbal. De noche, porque los frutos brillan en la oscuridad y sirven de referencia, porque la niebla amortigua el sonido y los vecinos que no quieran ver no tendrán que

ver, porque el monte de noche es distinto al de día —más blando, más húmedo, más dispuesto a dejarse abrir—, y porque lo que Vega iba a encontrar debajo de la tierra era algo que la oscuridad trataría con más piedad que la luz.

Pasó la tarde preparándose.

Afiló las tijeras de podar con una piedra que encontró en el arroyo, pasando la hoja por la superficie rugosa con un movimiento rítmico que le recordó al de Suso arreglando el muro: gesto repetitivo, concentrado, que calma porque ocupa las manos y deja la cabeza libre para pensar en lo que viene. Comprobó el serrucho: los dientes estaban oscuros pero afilados, con un corte limpio en la madera blanda cuando lo probó contra el mango de una escoba vieja. Sacó punta a la pala con la misma piedra, trabajando el borde de la hoja hasta que brilló. Cortó un metro de cuerda gruesa y lo enrolló. Llenó un cubo de agua del grifo.

A las seis, con la luz bajando y la niebla empezando su descenso vespertino por la ladera del monte, intentó llamar a Olivia.

Una barra. Temblorosa. Marcó. El tono entró una vez, se cortó. Marcó otra vez. Tono, tono, tono. Buzón de voz.

La voz grabada de Olivia: «¡Hola! Soy Olivia, no puedo contestar porque estoy haciendo algo importantísimo, deja un mensaje después del piii.» El piii era Olivia haciendo el sonido con la boca, no la máquina.

Vega esperó al pitido real.

—Bichito. Soy mamá. No he podido llamar ayer, la señal estaba muerta. Estoy bien. Voy a hacer una cosa esta noche que… —Se paró. ¿Qué le dices a una niña de nueve años? ¿Que vas a desenterrar a su abuela? ¿Que vas a meter las manos en la tierra caliente y buscar un cuerpo que lleva veintinueve años fusionándose con un organismo que no tiene nombre?—. Voy a hacer una cosa que necesito hacer. Y mañana te llamo y te lo cuento. Te quiero. Te quiero mucho. Más que al pueblo raro. Sin medio segundo.

Colgó.

Guardó el teléfono. Se sentó en el escalón de la puerta. La niebla había cubierto ya la mitad del huerto y bajaba con esa lentitud de cortina que Vega conocía de memoria. En una hora sería de noche.

En dos, la oscuridad completa de los Ancares, la que no tiene farolas ni coches ni nada que produzca luz excepto los frutos de las bocas, que brillaban en la niebla como brasas blandas, como señales de algo que espera debajo y que esta noche iba a recibir visita.

Vega miró las herramientas alineadas junto al muro. La pala, las tijeras, el serrucho, la cuerda, el cubo.

Respiró.

Esperó a que oscureciera.

20

La excavación

Empezó a cavar a las once de la noche.

La niebla estaba baja, espesa, cerrada sobre los huertos sin terminar de cerrarse, y la única luz eran los frutos: su resplandor rosado en las bocas del muro, tenue, insuficiente para ver pero bastante para no estar a ciegas del todo. Vega llevaba una linterna de mano que había encontrado en el cobertizo, con la pila medio gastada y un haz amarillo que más que iluminar señalaba: este es el sitio, aquí vas a meter la pala.

Había elegido el centro de la parcela. No por lógica —no tenía datos sobre dónde exactamente estaba el cuerpo, a qué profundidad, en qué posición— sino por el calor. El centro era donde la temperatura del suelo era más alta, donde el termómetro de cocina había marcado veinticuatro grados el quinto día, donde el pulso le subía por los pies con más fuerza. Si Carmela estaba en algún sitio, estaba debajo del punto más caliente.

Clavó la pala.

La tierra cedió con una facilidad que no esperaba. Tierra blanda, no la costra compactada de décadas, suelta, con una humedad que no venía de la lluvia sino de abajo, como si lo que hubiera debajo exudara líquido hacia arriba para mantener la capa superficial porosa. La pala entró quince centímetros al primer golpe y sacó un bloque de tierra oscura que olía al olor de siempre pero más concentrado, más orgánico, con un punto de fermentación que le recordó a una bodega o al interior de un horno de pan cuando la masa está subiendo.

Segundo golpe. Tercero. El agujero se abrió con cada palada como algo que quería abrirse, y la tierra parecía querer abrirse.

A los treinta centímetros encontró los filamentos finos.

Eran como los de la cueva pero más pequeños, del grosor de un hilo de coser, blanquecinos, cruzando la tierra en todas direcciones en todas direcciones, tridimensionales. La pala los cortaba sin esfuerzo —se partían con un chasquido mínimo, como hilos de caramelo— y los extremos cortados se contraían hacia abajo, retirándose de la superficie con un movimiento lento que no era dolor sino reflejo, el encogimiento automático de algo que ha perdido tensión.

Vega siguió cavando.

El calor aumentaba con la profundidad. A treinta centímetros, veinte grados. A cuarenta, veinticinco. Las manos se le calentaron en la pala, que absorbía la temperatura de la tierra y la conducía al mango de madera, y el sudor le empezó a bajar por las sienes aunque fuera hacía cuatro grados y la niebla le mojaba el pelo.

A los cincuenta centímetros los filamentos cambiaron. Ya no eran hilos: eran cuerdas. Del grosor de un dedo meñique, con la misma textura carnosa que había tocado en la cueva, pulsando con un ritmo visible a la luz de la linterna. La pala no los cortaba: los empujaba, los deformaba, pero volvían a su sitio con la elasticidad de algo que está diseñado para resistir presión.

Dejó la pala. Cogió las tijeras de podar.

Las hojas de las tijeras mordieron el primer filamento grueso con un sonido que Vega no olvidaría: un crujido húmedo, orgánico, como morder un tallo de apio, seguido de un chorro de líquido claro que salió del corte con la presión de una arteria menor. El líquido era tibio. Le salpicó los antebrazos. Olía dulce.

El filamento se contrajo. Los dos extremos cortados se retiraron hacia abajo con un movimiento más rápido que el de los finos, como gusanos que se meten en un agujero, y donde había estado el filamento quedó un surco en la tierra, una marca húmeda y caliente que supuraba líquido claro.

Vega cortó el siguiente. Y el siguiente. Y los cuatro de después. Las tijeras se llenaron de la sustancia que rezumaban los cortes —

oleosa, clara, con un brillo irisado a la luz de la linterna— y las manos se le empaparon y el olor dulce le llenó la nariz hasta el punto de convertirse en sabor, un sabor a fruta demasiado madura que le cubrió el paladar y que no se fue aunque escupiera.

Siguió.

A setenta centímetros la tierra dejó de ser tierra.

No de golpe. Fue una transición: los terrones de barro se fueron mezclando con algo más fibroso, más denso, una materia intermedia entre la tierra y el tejido orgánico que tenía el color del hígado y la consistencia de la arcilla mojada pero que, cuando la linterna la iluminaba, dejaba ver una red de conductos minúsculos por dentro, como los capilares de un pulmón visto al microscopio. Era la interfaz entre la superficie y la red. La zona donde la tierra dejaba de ser mineral y empezaba a ser otra cosa.

Hacía calor. Un calor de cuerpo, no de suelo. Treinta grados, quizás más. Vega se quitó el jersey y se quedó en camiseta y los brazos se le cubrieron de una película de sudor y de la sustancia de los filamentos que le brillaba en la piel brillándole en la piel.

El agujero tenía ya un metro de diámetro y setenta centímetros de profundidad. Vega estaba de pie dentro, con los pies hundidos en la materia orgánica que no era del todo tierra, cavando hacia abajo con la pala cuando podía y con las manos cuando la pala no servía, arrancando filamentos con las tijeras de podar cuando se interponían, serrrando los más gruesos con el serrucho cuando las tijeras no cortaban.

No pensaba. Había dejado de pensar hacía veinte minutos, cuando la profundidad superó los cincuenta centímetros y la actividad pasó de ser una operación planificada a ser otra cosa, algo que se parecía más a nadar que a cavar: el cuerpo entero trabajando, los músculos de los hombros y de la espalda y de los muslos tirando al unísono, el ritmo de la pala marcando un compás que se sincronizaba, sin que ella lo buscara, con el pulso de la red. Tres segundos. Palada. Tres segundos. Palada. Como si cavara al ritmo de un corazón que estaba debajo y que la guiara.

El ruido de unos pasos en la niebla la hizo parar.

Levantó la linterna. La niebla le devolvió el haz y durante un segundo no vio nada, y después una forma se materializó al borde del agujero: botas de goma, pantalón de pana, camisa de franela. Bieito.

Estaba sobrio. Lo supo antes de verle la cara, por la forma en que se plantó al borde con los pies bien puestos y las manos a los lados con una quietud que los borrachos no tienen. Cuando la linterna le subió a la cara, Vega vio algo que no le había visto antes: resolución. No la rabia, no la amargura, no la ironía corrosiva de las noches de orujo. Algo limpio y afilado que le estiraba las facciones y le achicaba los ojos de la misma forma que a Vega se le achicaban cuando olía una mentira, porque Bieito y Vega se parecían más de lo que ninguno de los dos quería admitir.

No dijo nada. Bajó al agujero. Cogió la pala que Vega había dejado apoyada contra la pared de tierra. Empezó a cavar.

Cavaron juntos durante una hora.

Sin hablar. Sin mirarse. Con el ritmo de dos personas que están haciendo algo que no necesita coordinación verbal porque el objetivo es tan claro que el cuerpo lo entiende sin instrucciones: abajo. Más abajo. A través de los filamentos y de la materia orgánica y del calor que subía hacia algo que estaba debajo de todo eso y que los dos necesitaban encontrar por razones distintas que convergían en el mismo agujero.

A un metro de profundidad, la pala de Bieito tocó algo distinto.

No piedra. No filamento. Algo que cedió de una forma que no era la de la tierra ni la de la materia orgánica ni la de nada que la pala hubiera encontrado hasta ahora. Una resistencia blanda, elástica, que cuando Bieito apretó la hoja de la pala contra ella produjo un sonido que los dos reconocieron al instante, un sonido que está grabado en algún lugar primitivo del cerebro humano y que no se confunde con ningún otro:

Carne.

Bieito sacó la pala despacio.

Vega se arrodilló.

Con las manos. Ya no servían las herramientas: lo que había debajo era demasiado frágil, demasiado integrado con lo que lo

rodeaba, y usar una pala o un serrucho habría sido como usar un martillo para abrir un reloj. Las manos, con los dedos separados, apartaron la última capa de tierra orgánica con el cuidado de una arqueóloga que desentierra algo que lleva siglos esperando y que no va a esperar ni un segundo más.

Lo primero que vio fue tela.

Tela que en algún momento fue blanca y que ahora era del color de la tierra, parda, con manchas de algo oscuro que podía ser humus o podía ser otra cosa. La textura era irreconocible: medio tela, medio fibra orgánica, como si el tejido y los filamentos se hubieran entrelazado a lo largo de años hasta formar un material nuevo que no era ni uno ni otro. Vega tiró de una esquina y la tela se desgarró con la fragilidad de un papel mojado, y debajo apareció la piel.

Vega se quedó inmóvil.

La piel no era piel como la que Vega conocía. No era la piel de un cadáver —gris, fría, con la rigidez de lo que ha dejado de funcionar— ni la de una persona viva —rosa, elástica, con los poros visibles y el vello fino—. Era algo intermedio. Algo que no tenía precedente en ninguna de las miles de páginas de anatomía que Vega había estudiado. Era piel con textura de corteza: lisa en algunas zonas, rugosa en otras, con surcos finos que recordaban las vetas de un tronco joven y un color que oscilaba entre el marrón claro y un rosa apagado, como madera vista a través de una gasa.

Y estaba caliente.

Vega le puso la mano encima. El contacto fue el de algo vivo: treinta y seis grados, quizás treinta y siete, con una humedad superficial que era la misma sustancia oleosa de los filamentos, y debajo de la piel, debajo de la capa de corteza-carne que cubría lo que había sido un cuerpo humano, algo latía. No el pulso de la red, que era lento y mecánico y tenía la cadencia de una bomba hidráulica. Otro pulso. Más rápido, más débil, irregular. Un corazón. Un corazón humano que latía porque los filamentos le decían que latiera pero que conservaba algo propio en la irregularidad, algo que la red no había conseguido estandarizar en veintinueve años.

Bieito estaba de pie detrás de ella, con la pala en la mano y la cara que tienen los hombres cuando ven algo que los asusta y que no van a admitir que los asusta.

—¿Es ella? —preguntó.

Vega no contestó. Siguió excavando con las manos.

Le llevó cuarenta minutos despejar el cuerpo.

No podía ir más rápido. Los filamentos estaban por todas partes: cruzaban el cuerpo como las raíces de un árbol cruzan un muro, entrando por un lado y saliendo por el otro, atravesando la carne-corteza en puntos que parecían elegidos por un criterio que no era anatómico sino funcional, como cables de una instalación eléctrica que siguen la ruta más eficiente, no la más limpia. Vega los cortaba uno a uno con las tijeras de podar, y cada corte producía el mismo sonido húmedo y el mismo chorro de líquido claro y la misma contracción de los extremos buscando reconectarse.

Los brazos aparecieron primero. Estaban a los lados del cuerpo, extendidos, con las palmas hacia abajo. Los dedos estaban fusionados con filamentos gruesos que entraban por las yemas y salían por los nudillos como las raíces de una planta que ha crecido a través de una maceta rota: imposible saber dónde terminaba el dedo y empezaba la raíz. Vega los cortó con el serrucho, trabajando despacio alrededor de cada articulación, y lo que quedó fue una mano que era mitad mano y mitad muñón fibroso, con los dedos pegados entre sí por una membrana de materia orgánica que no dejaba ver las uñas.

Las piernas estaban peor. Los filamentos las habían integrado casi por completo: lo que asomaba de la tierra no eran piernas sino formas que recordaban piernas, con rodillas que se adivinaban bajo la corteza y pies que habían dejado de ser pies para convertirse en el punto de conexión principal entre el cuerpo y la red, un nudo de filamentos gruesos como muñecas que se hundía en la tierra con la solidez de un tronco que ha echado raíces.

Vega serró los filamentos de los pies con un esfuerzo que le hizo sudar a chorros y que le dejó las manos en carne viva por la fricción del mango del serrucho contra las palmas húmedas. El líquido de los cortes le empapó los antebrazos, los vaqueros, la camiseta. Olía a

dulce y a algo metálico que era nuevo, que no estaba en los filamentos de la cueva ni en los del huerto: un olor a hierro, a sangre, a algo que había estado vivo de una forma distinta a como estaban vivas las raíces.

Bieito ayudaba. No con las tijeras ni con el serrucho —las manos le temblaban demasiado para el corte de precisión—, pero con la pala quitaba la tierra alrededor del cuerpo y con las manos arrancaba los filamentos finos que Vega ya había cortado y que intentaban volver a crecer hacia el cuerpo como zarcillos buscando un punto de agarre. Trabajaba en silencio, con la cara de un hombre que está haciendo algo que lleva treinta y seis años necesitando hacer y que no va a pararse a comentarlo.

La cara fue lo último.

Vega la despejó con los dedos, quitando la tierra capa a capa, con la delicadeza de una restauradora que limpia un fresco medieval: un centímetro, parar, comprobar, otro centímetro. La tela del vestido —o lo que quedaba del vestido, una camisa que Carmela debió de ponerse la noche de agosto de 1997 y que ahora era un jirón pardo integrado en la corteza de la piel— cubría el cuello y parte de la barbilla, y Vega la apartó con cuidado de no tirar porque no sabía dónde terminaba la tela y dónde empezaba la carne.

La barbilla. El mentón, con una forma que Vega conocía porque la veía cada mañana en el espejo: redondo, ligeramente partido, con un surco vertical que en Carmela debía ser más pronunciado y que ahora estaba suavizado por la capa de corteza-piel que lo cubría todo.

Los labios. Cerrados. Sin color. Con la textura de madera blanda, lisos, ligeramente agrietados en la comisura izquierda como los labios de todas las mujeres de la familia Aneiros, que tenían la piel fina en esa zona y se les cortaba cada invierno.

La nariz. Recta, pequeña, con los orificios cerrados por la materia orgánica que lo sellaba todo brillándole en la piel. La nariz de Carmela. La nariz de la foto en blanco y negro del cajón del aparador. La nariz de la mujer que sonreía con un bebé en brazos delante de esta misma casa.

Los ojos.

Cerrados. Con los párpados cubiertos de la misma corteza que el resto de la cara, finos, translúcidos en la parte más delgada, donde la piel del párpado había sido siempre fina y donde ahora, a la luz de la linterna, Vega pudo ver algo debajo: la forma oscura del iris a través de una membrana que no era párpado ni corteza ni nada con nombre, como mirar una moneda a través de un papel mojado.

Y la boca. La boca de Carmela estaba ligeramente abierta.

No como una boca muerta, que se abre por la gravedad y por la pérdida de tono muscular. Abierta de una forma que Vega reconoció: abierta como la boca de alguien que respira por ella porque la nariz no funciona. Los labios separados dos milímetros. Y de entre ellos salía un aliento. Tibio, dulce, con el mismo olor de los frutos y del suelo y de todo lo que producía la red, pero con algo más debajo: un fondo que era distinto al olor general del monte, un matiz personal, específico, como el olor que tiene cada persona cuando duerme, ese olor a cuerpo en reposo que no se parece al de ningún otro cuerpo.

El aliento de Carmela.

Vega se quedó de rodillas en el agujero, con las manos sobre la tierra que rodeaba la cara de su madre, y miró lo que había encontrado.

No era Carmela.

Y era Carmela.

Las dos cosas al mismo tiempo, con la misma verdad y la misma fuerza, como una imagen que cambia dependiendo de cómo la mires: si mirabas los rasgos, la forma del mentón, la comisura izquierda, la nariz recta, era Carmela. Si mirabas la textura, el color, la fusión de la piel con la red, la ausencia de todo lo que hace que una cara sea la cara de una persona viva —los gestos, los movimientos, la luz de los ojos—, no era nadie. Era un molde. Un recuerdo tallado en un material que no era piedra ni carne ni madera sino algo que no tenía nombre.

Le tocó la cara.

La mejilla estaba caliente. Treinta y siete grados, la temperatura de un cuerpo humano vivo, transmitida a través de una piel que ya no era del todo piel. Lisa al tacto, con la suavidad de algo pulido por

años de contacto con lo que la rodeaba, como las piedras de un río que el agua ha ido redondeando hasta quitarles las aristas.

Y al tocarla, vino el torrente.

No como el recuerdo de Visitación en la cueva, que había sido un flash de tres segundos: una cocina, una copla, un olor a café. Esto fue una inundación. La piel de la cara de Carmela en contacto con la piel de los dedos de Vega abrió algo que no era una puerta sino un dique, y lo que salió no fue un recuerdo ni una escena ni una imagen sino una vida entera comprimida en un instante que se desplegó dentro de Vega de golpe, desplegándose entero.

Lo vio todo.

Carmela de niña, corriendo por el mismo camino que Vega subía cada mañana hasta la casa de Rosalía, con las rodillas sucias y el pelo suelto y una risa que no tenía sonido pero que Vega sintió como un calor en el pecho. Carmela adolescente, sentada en un pupitre de la escuela de Herbal, leyendo un libro con los codos en la mesa y esa inclinación de cabeza que Vega hacía cuando leía y que no sabía que era herencia. Carmela joven, con un vestido que Vega no había visto nunca, en una fiesta de un pueblo vecino, bailando con un hombre que tenía los ojos que se achican y que debía de ser el padre de Vega aunque nadie le hubiera hablado de él. Carmela embarazada, con las manos en la barriga, sentada en la misma silla donde Vega se sentaba cada noche, mirando por la misma ventana el mismo huerto que entonces no tenía a nadie debajo.

Carmela con Vega en brazos. Recién nacida, arrugada, con ese rojo de los bebés que acaban de llegar y que no se parece a ningún otro color. Carmela oliéndole la cabeza —eso Vega no lo vio sino que lo sintió, el olor a recién nacido entrándole por la nariz como si fuera la nariz de Carmela y no la suya, como si por un instante fueran la misma persona mirando a la misma niña desde el mismo ángulo— y diciendo algo que no tenía palabras pero que significaba mía.

Carmela haciendo caldo. La cocina de Santiago. El laurel que sacaba de un bote de cristal con la tapa desconchada. La patata que pelaba entera, sin cortar, porque decía que cortarla era desperdiciar almidón. El pimentón al final, una punta de cucharilla, el gesto de muñeca que lo espolvoreaba sobre el líquido hirviendo como quien

echa ceniza al viento. El olor. El olor del caldo que Vega llevaba tres semanas comiendo en los frutos y que ahora le llegaba no a través de un fruto sino a través de la piel de la mujer que lo había inventado.

Carmela mirando a Vega dormida. En la cama de la habitación de arriba, la misma cama donde Vega dormía ahora, con las sábanas subidas hasta la barbilla y la boca abierta y el pelo desparramado. Carmela sentada en el borde, con un vaso de leche con miel en la mano que ya no iba a hacer falta porque la niña se había dormido, y acariciándole la frente con los dedos finos y frescos que Consuelo no tenía. Y pensando —Vega lo sintió, no con palabras sino con la forma en que se siente un pensamiento cuando es de otra persona y te llega a través de algo que no es lenguaje—: quiero que seas libre.

Y después.

La noche de agosto de 1997.

Carmela en la cocina de esta casa, con la lata de Fontaneda en la mesa y el cuaderno dentro y el documento firmado y la ropa limpia y el pelo recogido, no suelto como Encarna, recogido, porque Carmela no era Encarna y cada mujer se mete debajo de la tierra a su manera. Herbal en la puerta, con la infusión en la mano. Flor rezando fuera. Suso con la pala. Y Carmela saliendo de la casa por última vez, mirando el cielo de agosto que estaba lleno de estrellas como solo está lleno el cielo cuando no hay luna ni nubes ni farolas, y pensando: mi hija ya se fue, mi hija ya se fue, mi hija ya se fue.

El hoyo. Carmela bajando al hoyo con la misma calma con la que había bajado las escaleras de la casa y había cruzado el huerto y había llegado hasta el rectángulo de tierra fresca que Suso había cavado esa tarde. Tumbándose de espaldas. Mirando el cielo por última vez. Herbal dándole la infusión, que sabía a manzanilla y a algo más, algo que adormecía los músculos y dejaba la mente intacta. Carmela bebiéndola. Carmela cerrando los ojos. No porque la infusión la obligara: porque quiso. Porque mirar el cielo mientras te echan tierra encima es algo que nadie debería tener que hacer y Carmela decidió no hacerlo.

La tierra cayendo. El sonido de la pala de Suso, rítmico, constante, como el pulso de la red pero al revés: no de abajo arriba

sino de arriba abajo. La tierra tapándole los pies, las piernas, las manos, el pecho. La presión. El peso. El momento en que la tierra le cubrió la cara y la oscuridad fue completa y el aire dejó de llegar y los filamentos del fondo del hoyo empezaron a moverse hacia ella, buscándola, encontrándola, entrando.

Y el último pensamiento de Carmela antes de que la red empezara a extraer, el pensamiento que estaba más cerca de la superficie, el más reciente, el que tenía la fuerza de lo último que piensas antes de que todo cambie:

Vega. Mi hija se llama Vega.

Soltó la cara.

No la soltó: arrancó las manos del contacto con un movimiento brusco que le dolió en los hombros porque los músculos estaban rígidos de estar en la misma posición durante lo que había sido un instante y al mismo tiempo una vida entera, y se echó hacia atrás contra la pared de tierra del agujero y se quedó sentada en el barro con las manos abiertas delante de la cara y los dedos temblándole con un temblor que no era fino ni alto ni de abstinencia sino el temblor de un cuerpo al que acaban de pasar treinta y seis años de la vida de otra persona por encima con la violencia de algo que no frena.

Bieito la miraba desde arriba. No había tocado el cuerpo. Se había quedado al borde del agujero, con la pala en la mano y la cara blanca a la luz de la linterna, viendo cómo Vega tocaba la cara de Carmela y se quedaba inmóvil durante lo que él debía haber contado como minutos —¿tres? ¿cinco? ¿diez?— con los ojos abiertos y la boca cerrada y el cuerpo rígido como alguien que está recibiendo una descarga que no es eléctrica.

—¿Qué has visto? —preguntó Bieito.

Vega abrió la boca. La cerró.

¿Qué había visto? Todo. La infancia de su madre, la adolescencia, el embarazo, el caldo, la noche del hoyo. Treinta y seis años de vida comprimidos en un contacto dérmico de tres o cinco o diez minutos, transmitidos a través de los restos de una consciencia que llevaba veintinueve años siendo extraída y que, al sentir a su hija, al reconocer la piel de sus dedos con lo que le quedaba de

capacidad de reconocer, lo había soltado todo. De golpe. Sin filtro. Como una presa que se rompe no por la fuerza del agua sino porque alguien abre la compuerta desde dentro.

Carmela la había reconocido.

Lo poco que quedaba de ella, el contorno, la marca del mueble en la pared, el reflejo que producía caldo en bucle, la había reconocido. Y al reconocerla, le había dado lo último que tenía: todo. Cada recuerdo que la red todavía no se había llevado, cada imagen, cada olor, cada pensamiento. Se lo había vaciado encima como quien vacía un cajón en una bolsa porque se muda de casa y no va a volver.

No iba a volver.

Vega lo supo con la misma certeza con la que sabía diagnosticar una demencia en la primera entrevista: lo que acababa de recibir no era un préstamo. Era una herencia. Carmela le había dado los restos de su consciencia y al hacerlo se había vaciado del todo. Lo que quedaba debajo de la tierra —el cuerpo caliente, el corazón que latía, la boca abierta que exhalaba— era el envase. El contenido se había ido.

Se había ido a Vega.

Bieito bajó al agujero.

Se arrodilló junto al cuerpo de Carmela. No lo tocó. Se quedó mirándolo con la linterna, recorriendo la cara con el haz de luz como quien lee un texto que no entiende pero que necesita leer, y Vega vio en su perfil algo que había visto el día que Bieito le habló de Encarna en el escalón: la cara de un niño de nueve años dentro de la cara de un hombre de cuarenta y cinco, asomando por debajo de la barba y las ojeras y los treinta y seis años de orujo, y en los ojos de Encarna que Bieito tenía la pregunta que Vega supo que iba a hacer antes de que la hiciera.

—¿Mi madre está igual?

Vega lo miró.

—No lo sé, Bieito. No he bajado hasta ella.

—Está en la eira. A treinta metros.

—Lo sé.

Silencio. El agujero olía a tierra y a la sustancia de los filamentos y al aliento de Carmela y a algo nuevo, algo que Vega tardó un momento en identificar como su propio sudor, el olor agrio y salado de un cuerpo que ha trabajado durante horas y que ahora está quieto y empieza a enfriarse.

—¿Está viva? —preguntó Bieito, mirando la cara de Carmela.

Vega se arrastró hacia el cuerpo. Le puso la mano en el cuello. La piel de corteza estaba caliente. Debajo, el latido: irregular, débil, pero presente. Los filamentos que no había cortado —los que entraban por la espalda, por debajo del cuerpo, que Vega no había podido alcanzar sin darle la vuelta— seguían conectados. La red todavía lo alimentaba. Todavía le mandaba lo mínimo para mantener el corazón y los pulmones.

—El cuerpo late. Respira. Tiene temperatura.

—¿Pero?

—Pero cuando la he tocado me ha dado todo lo que le quedaba. —Vega se sentó sobre los talones. Tenía barro en la cara, sangre seca en las palmas donde el serrucho le había pelado la piel, la sustancia de los filamentos cubriéndole los brazos como un guante transparente, y dentro del cráneo un inventario de recuerdos que no eran suyos y que ahora eran suyos porque Carmela se los había dado con la misma determinación con la que había firmado el documento: sin reservas, sin condicionales, todo de golpe—. Creo que se ha vaciado. Creo que lo que quedaba de su consciencia me lo ha dado a mí al reconocerme.

Bieito se quedó mirando la cara de Carmela. Los labios abiertos. El aliento tibio que todavía salía. La cara de una mujer que había sido la vecina de su madre y que ahora era un cuerpo caliente en un agujero con los filamentos todavía dentro y la mente fuera, transmitida a otra persona a través de un contacto que no figuraba en ningún protocolo de la medicina humana.

—¿Le duele?

—No lo sé. No creo. No creo que haya nadie dentro a quien le pueda doler.

Bieito asintió. El movimiento de cabeza de un hombre que acepta lo que no puede cambiar con la práctica de quien lleva toda

la vida aceptando cosas que no puede cambiar.
—Déjala —dijo.
—¿Qué?
—Déjala aquí. Vuelve a taparla. Si le queda el cuerpo, déjaselo. No te lleves eso arriba.

Vega miró el cuerpo. La cara suavizada por la corteza-piel. Los dedos fusionados. Las piernas que ya no eran piernas. El aliento que seguía saliendo, tibio, dulce, constante, sin que nadie lo apagara.

Sacarla significaría arrancar los filamentos que quedaban —los de la espalda, los gruesos que conectaban la columna vertebral con la red— y al hacerlo matar lo que quedaba del cuerpo. Sacarla significaría subir a la superficie algo que no podría vivir fuera de la tierra, algo que moriría en minutos al perder la conexión con el sistema que lo mantenía en estasis. Sacarla significaría tener un cadáver en un huerto de los Ancares a medianoche y tener que explicarle a alguien —a la Guardia Civil, a un juez, al mundo— qué hacía desenterrando a una mujer que llevaba veintinueve años enterrada viva.

Y ya no tenía sentido.

Carmela ya no estaba ahí. Lo que Carmela era —la risa en la cocina con Vega a los cinco años, el caldo de los domingos, la noche de agosto mirando las estrellas, el último pensamiento antes de que la tierra le cubriera la cara— estaba ahora dentro de Vega, metido en su córtex por una vía que no era sináptica sino dérmica, y lo que quedaba debajo de la tierra era un cuerpo que latía y respiraba y exhalaba algo dulce y que iba a seguir haciéndolo hasta que la red terminara de procesarlo, semanas o meses, . Una vela sin llama que sigue gastando cera.

Vega cogió la pala.

Echó la primera palada de tierra sobre el cuerpo de su madre.

La tierra cayó sobre la cara de Carmela con un sonido blando, húmedo, el mismo sonido que debió de hacer la noche de agosto del 97 cuando Suso echó la primera palada y Carmela tenía los ojos cerrados y estaba viva y entera y pensaba en su hija.

Vega echó otra palada. Otra. Otra.

Bieito cogió su pala y ayudó.

Tardaron veinte minutos en rellenar el agujero. Trabajaron sin hablar, con el mismo ritmo sincronizado de la excavación pero al revés, devolviendo la tierra al sitio del que la habían sacado, apisonándola con los pies, alisando la superficie con el dorso de la pala hasta que el huerto pareció otra vez un huerto y no una tumba abierta y cerrada en la misma noche.

Cuando terminaron, Vega se sentó en el muro. Bieito se sentó a su lado. La niebla los cubría y los frutos brillaban en las bocas y el olor dulce subía de la tierra recién movida con la intensidad de algo que ha sido perturbado y que tarda en calmarse.

No hablaron.

Vega tenía dentro de la cabeza la vida entera de Carmela y fuera de la cabeza las manos peladas y la ropa empapada de barro y de la sustancia de los filamentos y un cansancio que no era muscular sino de otro tipo, un agotamiento de capacidad, como un vaso que ha recibido más líquido del que puede contener y que ya no puede procesar nada más.

Bieito sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa. Lo encendió. La llama del mechero iluminó su cara durante un segundo: los ojos de Encarna, la barba de una semana, el corte de la ceja que se estaba cerrando. Dio una calada. Soltó el humo hacia la niebla.

—¿Sabes lo que me jode más?

—¿Qué?

—Que si pudiera, haría lo mismo con la mía. Bajar, tocarla, recibir lo que le queda. Aunque fuera lo último.

Pausa.

—Pero no puedo. Porque si la toco, voy a querer quedarme. Y si me quedo, no salgo.

No dijo más. Fumó en silencio. Vega se quedó a su lado con los pies colgando del muro y la espalda mojada de niebla y de sudor y de barro, y dentro de ella los recuerdos de Carmela pulsaban como un segundo corazón que acabara de encenderse y que todavía no sabía a qué ritmo latir.

21

El dilema

No durmió.

Subió a la casa a las tres de la mañana con el barro seco en los brazos y la sustancia de los filamentos todavía brillándole en las muñecas a la luz de la linterna. Se metió en la ducha sin quitarse la ropa, porque quitarse la ropa habría sido un gesto de normalidad y lo que había hecho esa noche no pertenecía a la normalidad, y dejó que el agua caliente le cayera encima hasta que dejó de ser caliente. El barro salió del pelo en hilos oscuros. La sustancia oleosa no salió: se quedó en la piel una película que el jabón no alcanzaba y que se secó al aire con un tacto de seda que Vega se tocaba cada pocos minutos para comprobar que seguía ahí, como se toca una herida para comprobar que duele.

Se puso ropa seca. Se sentó en la cama. No se tumbó.

Dentro de su cabeza, los recuerdos de Carmela seguían moviéndose.

No como recuerdos propios, que están quietos en sus cajones y solo salen cuando los llamas. Estos se movían solos, sin permiso, , buscando sitio donde asentarse. Le llegaban en ráfagas: un olor a jabón Lagarto que era el de la cocina de Carmela cuando Vega tenía cuatro años. El sonido de una puerta de madera que se cierra con corriente de aire. La sensación exacta de la mano de un hombre en la cintura, bailando —el padre de Vega, que tenía las manos anchas y calientes y que bailaba muñeiras en las fiestas con la rigidez de los hombres que no saben bailar pero que no dejan de intentarlo—. El peso de Vega recién nacida en los brazos. El olor de su cabeza. La forma en que el cuerpo de un bebé se acomoda en el hueco del

codo como si ese hueco hubiera sido diseñado exclusivamente para eso.

Cada ráfaga le duraba tres o cuatro segundos y después se retiraba, , dejando residuo: la humedad de algo que había estado y que iba a volver. Vega los registraba con la parte de su cerebro que todavía funcionaba como neuropsicóloga —almacenamiento involuntario, acceso aleatorio, carga emocional elevada, posible integración en la memoria episódica a largo plazo— y los sentía con la parte que funcionaba como hija, que era más grande y más ruidosa y que no aceptaba diagnósticos.

A las cinco de la mañana dejó de intentar ordenarlos y los dejó ir. Se recostó contra la cabecera de la cama con los ojos abiertos y dejó que los recuerdos de Carmela la recorrieran . Los dejó pasar sin dirigirlos ni retenerlos, sin la pretensión de entender algo que no cabía en ningún marco teórico que hubiera estudiado.

Su madre estaba dentro de ella ahora. No como metáfora: como dato. La consciencia residual de Carmela —lo que la red no se había llevado, lo último, lo que había apretado con los dientes durante veintinueve años— estaba almacenada en el córtex de Vega por una vía que no era sináptica y que ningún paper iba a describir jamás. Eran recuerdos que no le pertenecían pero que sentía como propios, con la nitidez y la carga emocional de cosas vividas, y que se iban asentando en su memoria con la misma naturalidad con la que un inquilino nuevo va poniendo sus cosas en un piso vacío: aquí la cocina, aquí el armario, aquí el cajón donde se guardan las cosas que no se enseñan.

Hacia las seis, las ráfagas se espaciaron. Los recuerdos encontraron sus cajones y se quedaron quietos y Vega pudo pensar, por primera vez desde que había tocado la cara de Carmela en el agujero, con algo parecido a la claridad.

Tres opciones. Ninguna servía.

La primera: irse. Coger la maleta del dormitorio, bajar andando hasta la carretera, hacer autostop o llamar a un taxi desde Vega de Espinareda y conducir cuatro horas hasta Santiago con los recuerdos de Carmela dentro de la cabeza y la certeza de que debajo del huerto quedaba un cuerpo que latía sin nadie dentro, una cáscara

caliente que la red iba a seguir procesando hasta convertirla en material y que cuando se agotara dejaría de producir y la aldea se moriría igual que las de enfrente: despacio, en silencio, con el frío metiéndose por las grietas de las casas como el agua se mete por las grietas de los barcos.

La primera opción le devolvía a Olivia. La primera opción cumplía la promesa. La primera opción era lo que Carmela había comprado metiéndose debajo de la tierra: que su hija se fuera y viviera libre. Elegir la primera opción era respetar el sacrificio de su madre.

La primera opción la destrozaría.

No ahora. No en la autopista de vuelta a Santiago. Después. En las semanas, los meses, los años que vendrían después, cuando se despertara a las tres de la mañana en su piso de Santiago y el suelo estuviera frío bajo los pies y no hubiera pulso y no hubiera calor y el café soluble sabría a café soluble y la leche con miel sabría a leche con miel y nada, absolutamente nada de lo que pudiera comer o beber o tocar le devolvería la conexión que había sentido tumbada en el huerto de su madre con la espalda contra la tierra caliente y el sabor de la leche subiéndole por las manos.

La abstinencia iba a ser brutal. Lo sabía con la misma certeza con la que diagnosticaba trastornos de dependencia en sus pacientes: llevaba tres semanas consumiendo una sustancia que le había reconfigurado los receptores de serotonina y dopamina y que se había integrado en su neuroquímica a un nivel que no tenía precedente en la literatura. Dejar de consumir iba a producir insomnio, ansiedad, cefalea, irritabilidad, anhedonia, y probablemente un cuadro depresivo severo que iba a requerir medicación y terapia y meses de desintoxicación que iban a hacer del regreso a Santiago una versión moderna del destierro.

Pero iba a sobrevivir. Rosalía se lo había dicho: semanas de abstinencia, no meses. Duro pero superable. El cuerpo se recupera. La neuroquímica se recalibra. Los receptores se reajustan. Con el tiempo, el suelo frío dejaría de dolerle y el café soluble dejaría de saber a derrota y la vida en la superficie volvería a ser una vida, no una condena.

Con el tiempo.

¿Cuánto tiempo?

La segunda opción: quedarse. No plantarse. Quedarse en la aldea, en la casa de Carmela, sobre la parcela que se apagaba, comiendo los frutos cada vez más pequeños y bebiendo el licor cada vez menos potente y viendo cómo el paraíso se desvanecía alrededor igual que se desvanece un sueño cuando suena el despertador: por piezas, de los bordes hacia el centro. Quedarse y ver las manos de Herbal cerrarse del todo, los ojos de Flor apagarse, la cadera de Suso romperse otra vez. Quedarse y ser testigo del deterioro de once personas a las que en tres semanas había llegado a conocer como no conocía a nadie en Santiago excepto a Olivia y a sus pacientes, y a sus pacientes los conocía de forma profesional y a estos los conocía de la otra forma, la que no se aprende en la facultad.

La segunda opción no resolvía nada. Solo aplazaba la primera con el añadido de una dosis diaria de culpa por estar mirando cómo se muere algo que ella podría mantener vivo.

La tercera opción.

Vega ni siquiera se permitió formularla con palabras. La dejó ahí, en la periferia del pensamiento, visible solo con el rabillo del ojo, esfumándose al girar la cabeza. La tercera opción era un hoyo en la tierra con la forma de su cuerpo. La tercera opción era treinta años de disolución. La tercera opción era Olivia creciendo sin madre.

La tercera opción era lo que Carmela había hecho.

No. La tercera opción era peor que lo que Carmela había hecho, porque Carmela se había plantado para que Vega viviera libre y Vega se plantaría para no soltar a Carmela, y las dos motivaciones se parecían por fuera —amor, las dos eran amor— pero por dentro eran opuestas: Carmela renunció a su hija para darle una vida; Vega renunciaría a su hija para no perder una madre que ya estaba perdida.

Tres opciones. Irse y romperse. Quedarse y ver cómo se rompe todo. Plantarse y romper a Olivia.

Las tres eran pérdida. Se diferenciaban en quién perdía y cuánto.

A las ocho bajó a la cocina.

El suelo estaba más frío que ayer. Diecinueve grados, calculó Vega al poner los pies descalzos en la pizarra. No lo midió con el termómetro: después de tres semanas caminando descalza por esta cocina, sus plantas habían desarrollado una sensibilidad a la temperatura que ningún instrumento podía mejorar. Diecinueve. Había bajado tres grados desde que llegó. La curva acelerándose, como Rosalía había dicho, como una tubería que se desatasca y suelta lo último de golpe.

El pulso estaba ahí. Más débil. No como una presencia sino como un recuerdo de presencia, la diferencia entre oír a alguien hablar en la habitación de al lado y recordar que alguien habló en la habitación de al lado ayer.

Carmela se había vaciado al tocarla. Lo que la red extraía ahora del cuerpo de abajo eran las sobras de las sobras: la inercia de un sistema que todavía funciona porque nadie le ha dicho que pare, como el corazón de un donante de órganos que sigue latiendo en la UCI porque las máquinas lo mantienen, no porque tenga razones.

Salió al huerto.

La tierra que habían cavado y rellenado anoche se veía: un rectángulo de barro más oscuro que el resto, con la superficie irregular de algo que ha sido removido y vuelto a poner sin el cuidado que la tierra requiere para parecer intacta. Cualquiera que mirara el huerto sabría que alguien había cavado ahí. Los frutos de las bocas del muro eran más pequeños que ayer —garbanzos donde antes había nueces—, y algunos ni siquiera habían crecido: las bocas estaban abiertas pero vacías, como bostezos sin sonido.

Herbal la vio desde el camino. Se acercó. Miró el rectángulo de tierra oscura. Miró a Vega. No preguntó.

—¿La tocaste? —dijo.

—Sí.

—¿Qué queda?

Vega se miró las manos. Todavía tenían el brillo de la sustancia oleosa en las yemas, un barniz iridiscente que el jabón no quitaba y que a la luz de la mañana parecía una segunda piel.

—El cuerpo. El cuerpo queda. Pero lo que era ella me lo ha dado a mí.

Herbal se quedó callado un rato. El viento de la mañana le movía los cuatro pelos del flequillo con una suavidad que no correspondía a lo que había debajo de la conversación. Tenía las manos en los bolsillos, como siempre que le dolían, y la mandíbula apretada con la rigidez de los días sin licor.

—Entonces la parcela se acaba antes de lo que Rosalía pensaba.

—Sí.

—Semanas. No meses.

—Probablemente.

Herbal asintió. Un movimiento lento, de cabeza entera, no de barbilla. El asentimiento de un hombre que ha recibido la confirmación de algo que ya sabía y que ahora tiene que gestionar con las herramientas que tiene, que son las de siempre: su voz, su autoridad moral, su capacidad de hacer que once personas sigan funcionando como comunidad aunque el suelo se les esté hundiendo.

—Voy a hablar con Rosalía —dijo. Y se fue.

A las diez intentó llamar a Olivia.

La señal tenía una barra. Una barra temblorosa que aparecía y se iba como la llama de un mechero barato. Marcó siete veces. Cinco se cortó antes del primer tono. La sexta entró un tono y murió. La séptima, buzón.

La voz de Olivia: «Soy Olivia, no puedo contestar porque estoy haciendo algo importantísimo, deja un mensaje después del piii.»

Vega no dejó mensaje. ¿Qué iba a decir? ¿Que anoche desenterró a su abuela y la volvió a enterrar? ¿Que lleva dentro de la cabeza los recuerdos de una mujer que murió antes de que Olivia naciera? ¿Que no fue el viernes ni va a ir el sábado y que no sabe si va a ir nunca porque el suelo de esta cocina, aunque baje de temperatura cada día, sigue estando más caliente que cualquier suelo que la espere en Santiago?

Guardó el teléfono.

Se sentó en la silla de la cocina —la silla, no el suelo, porque el suelo a diecinueve grados ya no era el consuelo que había sido a veintitrés y la diferencia le parecía una traición, como si el monte le estuviera retirando la mano justo cuando más lo necesitaba— y se

quedó mirando la pared de enfrente con la cabeza llena de recuerdos que no eran suyos y la casa vacía de una voz que sí lo era.

Olivia habría esperado el viernes. Habría esperado con el ColaCao en la mesa y la puerta mirándola y el calendario con el rotulador rojo. Habría esperado hasta que Tomás le dijera, con la voz que usan los padres cuando tienen que decir algo que no quieren, que mamá no viene hoy pero viene mañana. Y Olivia habría dicho vale con su vale seco de las últimas semanas, el que no tiene cola de alegría ni exclamaciones ni la confianza de antes, y se habría ido a la cama sin llamar porque las promesas rotas no se arreglan con llamadas sino con presencia, y la presencia era exactamente lo que Vega no podía dar porque estaba a cuatrocientos kilómetros sentada en una silla mirando una pared.

Se tapó la cara con las manos.

Las manos olían a la sustancia de los filamentos, dulce, oleosa, con el fondo metálico que había descubierto anoche al cortar los más gruesos. Las manos olían a monte. Las manos olían a Carmela.

Se las apartó de la cara.

Bieito apareció a las tres.

Venía del arroyo, con el pelo mojado y una camisa limpia que no le había visto nunca: azul oscuro, de cuadros, sin agujeros, con los botones abrochados hasta el segundo de arriba. Se había afeitado. Debajo de la barba que llevaba semanas —¿meses? ¿años?— sin tocar había una cara que Vega no conocía: más joven de lo esperado, con la mandíbula cuadrada y los pómulos marcados y una boca que sin la barba parecía más suave, más capaz de sonreír. Los ojos de Encarna seguían ahí, por encima de todo: grandes, marrones, demasiado claros para la cara oscura que los rodeaba.

No estaba borracho. No olía a orujo. Olía a jabón barato y a agua fría y al aire de la sierra que a las tres de la tarde de un día sin niebla huele a piedra calentada por el sol.

Vega lo miró desde el escalón de la puerta, donde estaba sentada con una taza de café frío entre las manos y los zapatos puestos y los pies doliéndole por el suelo tibio que no podía pisar sin

sentir que cedía un centímetro más hacia algo de lo que no iba a poder volver.
—Te has afeitado.
—Me he afeitado.
—Y te has lavado en el arroyo.
—En febrero. Está a dos grados. Casi me muero.

Sonrió. Fue la primera vez que Vega lo vio sonreír. No la sonrisa corta y sin gracia de las noches de orujo, esa mueca que era más tic que gesto. Una sonrisa de verdad, con la boca y con los ojos, que le cambió la cara de una forma que era como ver un cuadro que alguien da la vuelta: la misma superficie mostrando otro dibujo.

Se sentó a su lado en el escalón. Los dos mirando la aldea, los huertos, el monte. El sol dándoles en las piernas con un calor que venía de arriba y que era distinto al de abajo: más limpio, más repartido, sin pulso.
—He estado pensando —dijo Bieito.
—¿En qué?
—En lo de anoche. En lo que viste cuando la tocaste. En la cara que pusiste.
—¿Qué cara puse?
—La cara de alguien que recibe un regalo que no cabe en las manos.

Pausa. Bieito se miró los nudillos. Pelados, como siempre, pero limpios: sin el barro ni la grasa ni los restos de lo que fuera que se pegara a las manos de un hombre que vivía medio a oscuras en una casa con una ventana tapiada.
—He tomado una decisión.

Vega giró la cabeza. Lo miró. La camisa azul de cuadros, la mandíbula afeitada, los ojos de Encarna, la sonrisa que se había ido pero que había dejado una marca, como el sol deja marca en la piel cuando se pone detrás de una nube.
—No.
—Sí.
—Bieito, no.
—Escúchame.

Se giró hacia ella. Todo el cuerpo: las piernas, el torso, los hombros. La postura de alguien que ha decidido algo y que necesita que la persona que tiene enfrente lo mire mientras lo dice porque si no lo miran no es real.

—Anoche estuve en ese agujero contigo y vi lo que vi y no toqué a tu madre porque no era mía pero pensé todo el rato en la mía y en que la mía está a treinta metros debajo de un huerto y lleva treinta y seis años ahí y yo llevo treinta y seis años arriba emborrachándome para no pensar en que está ahí. Y hoy me he levantado y me he mirado al espejo y lo que he visto es un tío de cuarenta y cinco años que no tiene trabajo ni mujer ni hijos ni amigos ni nada que no sea una garrafa de orujo y una casa con una ventana tapiada y el recuerdo de una madre que le olió el pelo antes de irse a meter debajo de la tierra.

No temblaba. La voz no le temblaba. Las manos no le temblaban. Estaba quieto con una quietud que Vega reconoció como la de los pacientes que llegan a consulta después de haber tomado la decisión más grande de su vida: la quietud del agua cuando deja de hervir, no porque se haya enfriado sino porque toda la energía se ha gastado en llegar al punto de ebullición y ahora solo queda el vapor.

—Me voy a plantar.

—Bieito.

—No por el pueblo. Me importa una mierda el pueblo. No por Herbal ni por Flor ni por los huertos ni por el licor ni por nada de eso. —Respiró. Soltó el aire despacio, despacio, desde una profundidad en la que ya no quedaba oxígeno—. Por mi madre.

—Tu madre lleva treinta y seis años ahí abajo. Rosalía dice que lo que queda de Encarna es un rumor. Amalia dice que apenas la oye.

—Lo sé. Lo que queda es poco. Pero es algo. Y si me planto al lado, Rosalía dice que la red me conecta con lo que queda. Que los plantados de parcelas cercanas se comunican. Que hay una especie de… presencia compartida. Que puedo estar con ella.

—¿Le has preguntado a Rosalía?

—He subido esta mañana. Le he dicho lo que quería hacer. Le he preguntado si la red me aceptaría.

—¿Y?
—Me ha dicho que estoy sano, que la consciencia me funciona —«sorprendentemente bien para la cantidad de alcohol que has metido», eso ha dicho, textual—, y que si estoy seguro y sé por qué lo hago, la red me puede recibir.
—¿Le has dicho por qué?
—Le he dicho: porque no tengo nada arriba. Ni una sola cosa que me ate a esta superficie. Y abajo está mi madre. Y quiero estar con ella aunque sea lo último que me quede de ella. Aunque sea un rumor. Aunque sea un eco. Prefiero un eco de mi madre a todo el silencio de arriba.

Vega cerró los ojos. Los apretó. Los abrió.

—Rosalía te dijo que la red necesita que sepas por qué. Y tú le has dado la razón por la que te echaste atrás las dos veces anteriores.
—No. Las veces anteriores me echó atrás porque no sabía si lo hacía por mi madre o por mí. Esta vez lo sé. —La miró con los ojos de Encarna, grandes, claros, con una transparencia que Vega no le había visto nunca porque el alcohol y la rabia y los treinta y seis años de destrucción metódica se lo habían tapado—. Lo hago por las dos cosas. Por ella y por mí. Y resulta que cuando las dos cosas son la misma, ya no hay duda.

Le cogió las manos.

Fue un reflejo, el mismo que Bieito había tenido con ella dos días antes, cuando se arrodilló delante de la silla y le apretó los dedos pidiéndole que no dijera que sí. Ahora era Vega la que apretaba y Bieito el que recibía, y las manos de él estaban frías del arroyo y limpias del jabón y tenían los nudillos pelados de siempre pero sin barro, y la inversión de roles fue tan exacta que los dos lo notaron al mismo tiempo y ninguno lo comentó.
—Tú me dijiste que no lo hiciera. Me lo pediste. Me agarraste las manos y me dijiste que no dijera que sí.
—Ya.
—Entonces por qué tú sí.
—Porque tú tienes una hija. —Lo dijo sin rencor, sin autocompasión, con la simplicidad de quien enumera lo que hay encima de la mesa —. Tú tienes a Olivia. Tienes una consulta en Santiago y pacientes y

un ex que hace la pasta asquerosa y una vida que funciona aunque te duela. Yo no tengo nada, Vega. No tengo nada arriba que valga lo que hay abajo.
—Eso no es verdad.
—¿Qué tengo?
Vega abrió la boca. La cerró. ¿Qué tenía Bieito? Una casa con una ventana tapiada. Garrafas de orujo. Cigarrillos que se consumían solos en el escalón. Insomnio. Rabia. La memoria de una madre que lo olió el pelo antes de irse. Treinta y seis años de dolor sin tratar, sin terapia, sin medicación, sin nada que no fuera la anestesia brutal de un alcohol que sabía a mierda y que él bebía igualmente porque no era el sabor lo que buscaba.
—No puedes pararte la vida porque no tienes lo que yo tengo. La vida se construye, Bieito. Puedes irte de aquí, puedes bajar a Ponferrada, puedes empezar de—
—Vega. —Le apretó las manos. Una vez. Firme—. No me des la charla de la psicóloga. No me hables de construir ni de empezar de nuevo ni de opciones. No soy tu paciente. Soy un hombre que ha decidido algo que lleva treinta y seis años necesitando decidir y que por primera vez en esos treinta y seis años está sobrio, limpio, afeitado y tranquilo. Mírame.
Lo miró.
—¿Me ves asustado?
—No.
—¿Me ves borracho?
—No.
—¿Me ves obligado?
—No.
—Entonces déjame hacerlo. —Le soltó las manos. Despacio. Con el mismo cuidado con el que ella las habría soltado si fuera ella la que se despedía—. Y tú vete. Vete a Santiago. Coge a tu hija. Hazle la leche con miel. Y no vuelvas.
—Bieito…
—No vuelvas. —Se levantó del escalón. A contraluz del sol de la tarde era alto, más alto de lo que parecía encorvado en las noches de orujo, con los hombros rectos por primera vez y la camisa azul de

cuadros planchada no se sabe cuándo ni por quién—. Tu madre se metió debajo de esta tierra para que tú te fueras. No la jodas volviendo.

Se fue por el camino. No hacia su casa: hacia la de Rosalía, colina arriba, con los pasos largos y firmes de un hombre que sube una cuesta con la determinación de quien baja por última vez. Al pasar junto al huerto de la eira —el de Encarna, el de su madre— se paró un segundo. Miró la tierra. No se agachó, no la tocó, no hizo ninguno de los gestos de reverencia o de despedida que Vega habría esperado. Solo la miró, como se mira algo que vas a ver desde el otro lado, y siguió subiendo.

Se quedó en el escalón hasta que el sol bajó detrás del monte.

Bieito iba a plantarse. Bieito, que llevaba tres semanas diciéndole que no dijera que sí, que los frutos eran droga y el licor era soborno y el sistema era un horror funcional. Bieito, que no comía frutos ni bebía licor ni se quitaba los zapatos en la cocina. Bieito, que era la única persona de la aldea que estaba fuera del sistema por elección y no por ignorancia. Bieito iba a meterse dentro.

Y al hacerlo, resolvía el dilema.

La aldea tendría parcela nueva. El monte recibiría una consciencia fresca. Los frutos volverían a crecer. El licor volvería a funcionar. Las manos de Herbal se abrirían. Los ojos de Flor se aclararían. La cadera de Suso dejaría de dolerle. Rosalía dormiría. Once personas podrían seguir viviendo en el sitio donde nacieron, con la dignidad de comer de lo que produce su tierra aunque lo que produzca su tierra se alimente de lo que fue un hombre de cuarenta y cinco años con los ojos de su madre y una sonrisa que el mundo solo vio una vez.

Y Vega podría irse.

La puerta estaba abierta. Bieito la había abierto al decidir por ella, al quitarle el peso de encima con un gesto que era heroísmo o suicidio o la mezcla inextricable de los dos que Vega no podía separar y que probablemente nadie pudiera separar porque la diferencia entre sacrificarte por algo y rendirte ante algo depende

del ángulo desde el que lo mires y Bieito lo estaba mirando desde un ángulo que a él le servía y que Vega no tenía derecho a cuestionar.

Podía irse. Mañana. Mañana Bieito se plantaba y la parcela nueva empezaba a dar y la aldea sobrevivía y Vega cogía la maleta y bajaba andando por la pista de barro y hacía autostop hasta Vega de Espinareda y llamaba a un taxi desde el bar del pueblo y en cuatro horas estaba en Santiago y en cinco estaba abrazando a Olivia y en seis le estaba haciendo leche con miel y en siete Olivia estaba dormida y Vega estaba de pie en la puerta de su cuarto mirándola respirar y el suelo del piso estaba frío bajo los pies descalzos y no latía y no olía a dulce y Vega iba a tener que aprender a vivir con eso.

Pero iba a estar con Olivia.

Olivia era la respuesta. Olivia siempre fue la respuesta.

¿Verdad?

Esa noche no llamó a Olivia porque la señal no entró.

Se acostó en la cama —en la cama, no en el suelo, porque si mañana se iba quería pasar la última noche como una persona normal que duerme en un colchón y no como alguien que necesita el contacto con la piedra caliente para funcionar— y se tapó hasta la barbilla con las sábanas que olían a lavanda y a cerrado y al olor dulce que no se iba nunca porque estaba en la casa y en la ropa y en la piel y en el aire, y cerró los ojos.

Los recuerdos de Carmela se movieron.

No con la violencia de las primeras horas, cuando le llegaban como ráfagas sin control. Ahora se movían con suavidad, como alguien que camina por una casa ajena de noche intentando no despertar a los que duermen. Le llegó el olor del laurel del caldo. Le llegó el tacto de la mano del padre de Vega en la cintura, bailando. Le llegó la imagen de Vega dormida a los cinco años con la boca abierta y el pelo en la almohada y Carmela sentada en el borde de la cama pensando: quiero que seas libre.

Quiero que seas libre.

Carmela se había metido debajo de la tierra para que Vega fuera libre.

¿Era libre?

Libre era una palabra que debería significar poder elegir. Y Vega podía elegir. Nadie la forzaba. Nadie la retenía. El coche no arrancaba pero tenía piernas y la carretera estaba a cuarenta minutos y el mundo exterior existía y la esperaba y tenía un sitio reservado para ella con su nombre en la puerta de una consulta y en la mochila de una niña de nueve años.

Pero libre también significaba poder soltar. Y Vega no podía soltar el suelo caliente ni los frutos que sabían a su madre ni la presencia que sentía cada noche a través de la pizarra, aunque la presencia fuera cada vez más débil y los frutos cada vez más pequeños y el calor cada vez más tibio. No podía soltar algo que se estaba yendo porque soltar algo que se va es peor que soltar algo que se queda: lo que se queda puedes volver a cogerlo; lo que se va, no.

Se durmió con las manos fuera de las sábanas, con las palmas hacia abajo, apoyadas en el colchón, buscando un pulso que no estaba ahí porque la cama estaba a un metro del suelo y un metro era demasiada distancia.

Soñó con Olivia.

No con la Olivia del teléfono, la de la voz sin cara que le llegaba comprimida a través de una barra de señal en una montaña. Soñó con la Olivia real: la que pesaba treinta y dos kilos y tenía un moratón con forma de Irlanda en la rodilla y que decía «espaguetis» con la g antes de la a y que se dormía boca abajo con los pies en la almohada y que olía a champú de fresa y a la mezcla de sudor y hierba de los niños que han jugado en un parque y que cuando abrazaba lo hacía con los brazos y las piernas a la vez, como un pulpo pequeño y tibio que no quiere soltar.

Soñó que Olivia la abrazaba así y que el abrazo era cálido y firme y que no necesitaba suelo caliente debajo para sentirse sostenida porque lo que la sostenía eran los brazos de su hija y los brazos de su hija no latían con el ritmo de una red subterránea sino con el ritmo de un corazón de nueve años que late rápido y fuerte y sin paciencia, un corazón que no sabe esperar porque no necesita esperar, porque lo que quiere lo quiere ahora y no dentro de treinta años cuando ya no quede nada.

Se despertó llorando a las cuatro de la mañana.

No bajó al suelo de la cocina.

Se quedó en la cama, con las lágrimas corriéndole por las sienes hacia el pelo —el llanto horizontal de quien llora acostada—, y pensó: mañana Bieito se planta. Mañana me voy. Mañana abrazo a Olivia.

Mañana.

La palabra le sonó distinta esta vez. No como las otras veces, que era aplazamiento disfrazado de promesa. Esta vez sonó a lo que tenía que sonar: a fecha. A día. A algo concreto que iba a ocurrir porque Bieito había tomado una decisión que liberaba a Vega de tener que tomar la suya, y la liberación dolía como duelen las cosas que te quitan un peso del que ya te habías acostumbrado.

Fuera, la noche de los Ancares hacía lo que hacen las noches de febrero en la sierra: existir, inmensa, fría, sin la menor consideración por las personas que se mueven debajo de ella pensando que sus decisiones importan.

Debajo de la noche, debajo de la aldea, debajo de los huertos, la red latía. Más despacio que nunca. Con la cadencia de algo que se apaga o que ahorra.

Esperando.

22

Bieito

La aldea se enteró antes de que Herbal bajara a contarlo.

Vega nunca supo cómo. Quizás fue Rosalía, que habría tenido que salir de su casa después de que Bieito subiera a verla y cuya puerta, visible desde medio pueblo, era un semáforo que los vecinos habían aprendido a leer: puerta abierta significaba que la operadora de la red estaba disponible; puerta cerrada significaba que no se molesta; y Rosalía bajando a media mañana por el camino con el paso firme de quien va a hacer algo significaba que algo pasaba abajo que requería atención. O quizás fue Flor, que tenía una línea directa con lo que ella llamaba Dios y que otros llamaban costumbre y que en la práctica era una red de información vecinal más eficiente que cualquier grupo de WhatsApp. O quizás fue simplemente que en una aldea de once personas, la noticia de que alguien va a meterse debajo de la tierra se transmite por el aire igual que el olor del monte.

A la hora de comer, todos lo sabían.

Vega lo notó en la forma en que los vecinos se movían por la aldea esa tarde. No con prisa ni con alarma: con propósito. El propósito callado de gente que ha hecho esto antes y que sabe cuáles son los pasos aunque no los haya escrito nadie. Suso bajó al huerto de la eira con la pala al hombro y estuvo media hora mirando el suelo, caminando despacio por el perímetro de la parcela, clavando el tacón de la bota cada pocos metros como quien comprueba la consistencia de la tierra antes de cavar. Flor entró y salió de la capilla tres veces con cosas que Vega no pudo ver desde la distancia pero que tenían la forma de tela y de velas. Los

hermanos del arroyo subieron leña a la casa de Herbal sin que nadie se lo pidiera, o al menos sin que Vega oyera el pedido.

Rosalía bajó a las dos. Fue al huerto de la eira, se agachó junto al borde sur, metió las manos en la tierra y se quedó así durante diez minutos con los ojos cerrados y la concentración de una médica que ausculta. Cuando sacó las manos las tenía cubiertas de la sustancia oleosa de los filamentos y se las limpió en el pantalón con un gesto que Vega reconoció como profesional: limpiar las herramientas después de usarlas.

A las tres, Suso empezó a cavar.

Vega lo vio desde la ventana de la cocina.

Suso cavaba como hacía todo lo demás: sin hablar, sin parar, con la eficiencia de un cuerpo que ha repetido un gesto tantas veces que ya no necesita supervisión cerebral. La pala entraba en la tierra de la eira con el mismo sonido blando que Vega había oído la noche anterior en el huerto de Carmela —la tierra blanda, caliente, que quiere abrirse—, y salía cargada de barro oscuro que Suso iba apilando al lado en un montón ordenado, con la disciplina de un albañil que sabe que lo que saca va a tener que volver a entrar.

La parcela de la eira era la de Encarna. La madre de Bieito. Treinta y seis años debajo, con lo que quedara de ella —el rumor que Amalia apenas oía, el eco de un guiso de Navidad con castañas y chorizo que Bieito no probaba porque no podía morder eso sabiendo de dónde venía—. Y Suso estaba cavando un hoyo al lado.

No un hoyo cualquiera. Un rectángulo. Metro ochenta de largo, setenta centímetros de ancho, metro y medio de profundidad. Las dimensiones de una tumba, pero no exactamente: las tumbas son para muertos y lo que iba a entrar en este agujero estaba vivo.

Vega salió de la casa.

Bajó por el camino hasta el huerto de la eira. Suso la oyó llegar pero no paró. La pala seguía su ritmo, tres segundos entre palada y palada —el mismo ritmo de la red, siempre el mismo, como si cavar al compás del pulso fuera una forma de pedir permiso—, y la tierra se iba acumulando al lado y el hoyo se iba haciendo más profundo.

A medio metro de profundidad, los primeros filamentos finos asomaron entre los terrones como hilos de seda manchados de

barro.
—¿Dónde está Bieito? —preguntó Vega.

Suso no paró de cavar.

—En su casa.

—¿Solo?

—Herbal está con él.

Tres frases. Suso volvió al hoyo. La pala entraba y salía con la cadencia de un reloj que mide un tiempo que no es el de los minutos sino el de otra cosa, un tiempo subterráneo, geológico, que funciona a la escala de los organismos que duran más que las personas.

Vega miró el hoyo. El fondo empezaba a brillar con la humedad de los filamentos cortados, y el calor que subía de la tierra abierta le daba en la cara con un aliento que ya conocía, tibio, dulce, con esa densidad de cosa viva que no era viento ni era vapor sino otra cosa que no tenía nombre en castellano ni probablemente en ningún idioma que se hablara en la superficie.

—¿Cuántas veces has hecho esto? —preguntó.

Suso se apoyó en la pala. Se secó la frente con el dorso de la mano. El sudor le había oscurecido el pelo del flequillo y le goteaba por las sienes a pesar del frío de febrero.

—Esta es la segunda. Cavé para tu madre en el 97.

Once palabras. Un récord para Suso. Vega las recibió como se reciben las cosas que pesan: con el cuerpo inclinado hacia delante y los pies bien puestos.

—¿Y quién cavó para tu padre?

—Mi madre.

La pala volvió a entrar. Vega se quedó mirando la tierra que salía, oscura y caliente, con los filamentos finos retorciéndose en los terrones como gusanos sorprendidos por la luz, y pensó en una mujer cavando un hoyo para su marido en 1968 con la misma pala que su hijo usaba ahora para cavar un hoyo para otro hombre que iba a meterse debajo de la tierra junto a una mujer que había sido la vecina de al lado. Tres generaciones cavando hoyos en la misma sierra. La herencia de la pala.

Fue a su casa.

La puerta estaba abierta por primera vez desde que Vega había llegado a la aldea. Herbal estaba dentro, sentado a una mesa que no se parecía a la de los demás vecinos: más pequeña, más sucia, con marcas de vaso y de cigarrillo y una capa de mugre que hablaba de años de vivir sin la voluntad de mantener las cosas en condiciones. Tenía delante una infusión humeante en un vaso de cristal y un bote de cristal con hierbas secas que Vega reconoció como las de Rosalía: manzanilla, valeriana, algo más oscuro que podía ser pasiflora o podía ser otra cosa, algo que crecía en el monte y que solo Rosalía sabía recoger y dosificar.

Bieito estaba de pie junto a la ventana.

Seguía con la camisa azul de cuadros. Seguía afeitado. Seguía sobrio. Miraba hacia fuera —hacia el monte, hacia la masa de castaños que empezaba donde terminaban los huertos— con la postura de alguien que mira algo que ha visto mil veces y que necesita verlo una vez más sabiendo que es la última.

—Ah —dijo al ver a Vega. No como exclamación: como confirmación. Como si la estuviera esperando—. Pasa.

Herbal se levantó para irse. Al pasar junto a Vega le puso la mano —la mano mala, la garra, que hoy era peor que ayer porque el licor se acababa y las articulaciones cobraban lo suyo— en el brazo un segundo y dijo, en voz baja:

—No intentes convencerlo. Está decidido.

Se fue. La puerta se quedó abierta. El frío de la tarde entraba con su aliento de sierra y se mezclaba con el calor de la infusión que humeaba en la mesa, y el resultado era una temperatura intermedia que no era de dentro ni de fuera sino del espacio que hay entre las cosas cuando una puerta se queda abierta.

Vega entró. Miró alrededor.

La casa de Bieito era lo que esperaba y lo que temía: una habitación que contaba la historia de un hombre que ha dejado de cuidar el sitio donde vive porque ha dejado de cuidarse a sí mismo. La cama sin hacer, con las sábanas grises de no lavarlas. Un armario abierto con tres prendas colgadas y el resto en el suelo. La ventana tapiada con tablones que Vega ya había visto desde fuera, pero que desde dentro eran peores porque los clavos estaban torcidos y la

madera tenía la marca de puñetazos —tres, cuatro abolladuras en la tabla de abajo, a la altura de una mano que golpea estando de rodillas—. Y en la esquina, al lado de la puerta del baño, una pila de garrafas vacías que llegaba hasta la cintura.

Bieito vio que miraba las garrafas.

—Sí. Son muchas. No las cuentes.

—No las estoy contando.

—Sí que las estás contando. Eres psicóloga. Miráis las garrafas y las contáis y después calculáis el consumo semanal y el daño hepático y el porcentaje de probabilidad de—

—Bieito.

—Perdona. —Se apartó de la ventana. Cogió la infusión de Herbal y le dio un trago que le hizo cerrar los ojos del calor—. No estoy acostumbrado a las visitas. A esta casa no viene nadie. Ni yo vendría si pudiera evitarlo.

Se sentó en la cama. El colchón cedió con un suspiro de muelles cansados. Vega se quedó de pie porque la única silla tenía la ropa del día anterior y porque sentarse habría sido ponerse cómoda y no estaba ahí para eso.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Mañana. Al amanecer. Rosalía dice que la conexión es mejor por la mañana, que la red está más activa cuando la temperatura de superficie baja porque concentra la energía en las capas profundas. —Dio otro trago de la infusión. La manzanilla le olía bien a Vega, limpia, de campo, sin el olor dulce del monte—. Suso está cavando.

—Lo he visto.

—¿Cómo queda?

—Como un hoyo.

Bieito soltó una risa. Corta, seca, de las suyas de antes, pero sin el filo que solían tener. Una risa limpia. De un hombre que encuentra algo gracioso porque es gracioso, no porque necesite reírse de algo para no llorar.

—Sí. Supongo que queda como un hoyo.

Vega se apoyó contra el marco de la puerta. Los tablones de la ventana tapiada le quedaban a la izquierda, con las abolladuras de los puñetazos a la altura de los ojos.

—¿Tienes miedo?
—No. —Pausa. Honesta—. Tengo otra cosa. No sé el nombre. Es como… ¿sabes cuando estás en el aeropuerto y ya has facturado y has pasado el control y estás en la puerta de embarque y sabes que ya no puedes volver? No es miedo. Es el momento en que la decisión ya no es tuya, es del avión, y tú solo eres un pasajero que ha elegido un destino y que ahora tiene que sentarse y esperar a que lo lleven.
—Nunca te he oído usar una metáfora.
—Nunca he estado tan sobrio.

Se miraron. La luz de la tarde entraba por la puerta abierta —la única fuente de luz de la casa, porque la ventana estaba tapiada y la bombilla del techo llevaba meses fundida— y le daba a Bieito en la mitad izquierda de la cara, dejando la derecha en sombra, y Vega vio las dos mitades a la vez: el hombre que había sido, quizás, antes de que el orujo y la rabia se lo comieran, y el hombre que era ahora, con las ojeras y los nudillos pelados y la barba que estaba empezando a asomar otra vez debajo del afeitado, porque las barbas no entienden de decisiones ni de sacrificios y siguen creciendo.
—Rosalía me ha dicho lo del espanto —dijo Bieito.

Vega sintió un golpe en el estómago.
—¿Te lo ha dicho?
—Me lo ha dicho. Los primeros meses. Cuando los filamentos entran y empiezan a extraer. Ha dicho que duele, pero que no es un dolor de cuerpo sino de… identidad. De sentir cómo algo te separa de ti mismo.
—¿Y aun así?
—Vega. —La miró con los ojos de Encarna, que a esta luz parecían más claros que nunca, casi dorados, con un brillo húmedo que podía ser emoción o podía ser el reflejo de la infusión caliente que sostenía delante de la cara—. Yo llevo treinta y seis años espantado. Lo que hay debajo no puede ser peor que lo que hay encima.

Silencio. El tipo de silencio en el que no cabe nada más porque lo que se ha dicho lo ocupa todo.
—¿Puedo pedirte una cosa? —dijo Bieito.

—Lo que quieras.
—Quédate mañana. No te vayas antes de que… de que termine. Quiero que alguien que no sea de aquí lo vea. Que alguien de fuera sea testigo. No por la aldea ni por Herbal ni por la historia. Por mí. Porque si solo me ven los que llevan toda la vida viéndolo, es rutina. Y yo no quiero ser rutina. Quiero que alguien me mire y vea que esto no es normal y que aun así lo elijo.
—Me quedo.

Lo dijo sin dudarlo. Sin el medio segundo. Sin la vacilación que había tenido con la pregunta de Olivia sobre el pueblo raro. Lo dijo con la inmediatez de algo que no admite pensamiento porque no es un pensamiento: es una respuesta del cuerpo que ha sido educado para estar presente cuando alguien lo necesita, una respuesta de neuropsicóloga que ha pasado quince años sentándose al lado de gente que está a punto de hacer lo más difícil de su vida.
—Me quedo y te veo y después me voy.
—Después te vas. —Asintió. El movimiento de cabeza tenía la lentitud de algo que sella un pacto—. Prometido.
—Prometido.

Se quedaron un rato más.

Bieito le contó cosas que no le había contado antes, no porque no quisiera sino porque las noches de orujo no son el sitio desde el que se cuentan las cosas que importan. Le contó que de crío quería ser conductor de camiones, de esos que cruzan Europa de punta a punta, porque había visto una película en la tele de Herbal en la que un tío conducía un camión por los Alpes y le pareció que no había nada más grande en el mundo que una carretera con nieve a los lados. Le contó que su madre le hacía el guiso de Navidad empezando en octubre, porque decía que las castañas buenas se recogen en octubre y que guardarlas hasta diciembre era un pecado contra la castaña. Le contó que su padre, después de enterrar a Encarna, se pasó una semana sin hablar y que la primera cosa que dijo fue «la vaca necesita sal», y que esa frase se le quedó a Bieito como la cosa más triste que había oído nunca, porque significaba que la vida seguía aunque no debiera.
—La vaca necesita sal —repitió Vega.

—La vaca necesita sal. Los huertos necesitan agua. El muro necesita piedra. Las cosas que hay que hacer siguen estando ahí aunque tú hayas enterrado a tu mujer debajo de un huerto. Ese fue el legado de mi padre: enseñarme que el dolor no te exime de las obligaciones.

Se terminó la infusión. Dejó el vaso en la mesa con un cuidado que no le había visto: lo puso en el centro, lejos del borde, como quien coloca algo que quiere que siga ahí cuando él ya no esté.

—¿Hay algo que quieras llevar? —preguntó Vega, y al decirlo se dio cuenta de lo absurda que era la pregunta, porque no era un viaje del que se vuelve y no hay maleta que quepa en un hoyo de metro y medio de profundidad, pero la preguntó igualmente porque era lo que habría preguntado cualquier persona en cualquier otra situación de partida y las formas a veces son lo único que tenemos cuando el fondo es insoportable.

Bieito se levantó de la cama. Fue al armario. Sacó algo de un cajón del fondo.

Un cepillo de pelo.

De cerda natural, con el mango de madera oscura pulido por el uso, viejo, con las cerdas aplastadas de un lado por la costumbre de peinar siempre en la misma dirección. El cepillo de Encarna. El de las cien pasadas cada noche.

—Lo guardé la mañana que no estaba —dijo, girándolo en las manos con la delicadeza de quien maneja un objeto que pesa más de lo que parece—. Tenía tres pelos de mi madre entre las cerdas. Negros. Largos. Los conté. Tres.

—¿Los sigues teniendo?

—Siguen ahí. No los he tocado en treinta y seis años.

Lo dejó en la mesa junto al vaso. Las dos cosas que iban a quedar cuando Bieito no estuviera: un vaso vacío y un cepillo con tres pelos de su madre.

Vega miró el cepillo. Las cerdas aplastadas. El mango pulido por las manos de Encarna, noche tras noche, cien pasadas, el ruido del pelo contra la cerda que Bieito recordaba como lo primero y lo último de cada día de su infancia.

Se le cerró la garganta.

—No te lo lleves abajo. —Le salió sin pensar—. Déjalo aquí. Que quede algo tuyo arriba.

Bieito la miró. Asintió.

—Quédatelo tú. Cuando te vayas, llévatelo. No lo dejes en esta casa. Esta casa se va a caer en cuanto yo no esté y no quiero que el cepillo de mi madre acabe debajo de un tejado hundido.

—Me lo llevo.

—Bien. —Se puso de pie. Se alisó la camisa azul con las palmas de las manos, un gesto de hombre que quiere estar presentable sin saber muy bien para quién—. Ahora vete. Necesito dormir. Mañana va a ser un día largo.

Vega cogió el cepillo de la mesa. Pesaba poco. Era un objeto pequeño, de madera y cerda, que cabía en una mano. Pero al sostenerlo sintió lo que contenía: treinta y seis años de alguien agarrándose a lo último que le quedaba de su madre, tres pelos negros entre las cerdas, la resistencia muda de un hombre que no se fue porque no podía irse y que ahora se iba de la única forma que le quedaba.

En la puerta se giró.

—Bieito.

—Dime.

—Gracias.

No dijo por qué. No hacía falta. Le daba las gracias por todo y por nada y por la cosa específica que los dos sabían sin nombrar: que al plantarse, Bieito la liberaba. Que el peso que Vega llevaba semanas cargando —el dilema de las tres opciones, la oferta de Herbal, la tentación del hoyo con su nombre— se lo estaba quitando un hombre que tenía menos razones para vivir que para dejarse comer por una montaña y que al decir «yo me meto» le estaba diciendo a ella «tú no te metas.»

Bieito hizo un gesto con la mano. Un gesto de nada, de quita, de no me des las gracias por hacer lo que me da la gana.

—No me las des. Vete. Duerme. Y mañana, cuando esto acabe, coge el coche o baja andando o lo que sea y vete a tu casa y haz la leche con miel y no mires atrás.

Salió de la casa de Bieito con el cepillo en la mano y el frío de la tarde mordiéndole las mejillas.

La aldea se estaba preparando para mañana como se prepara para cualquier cosa que requiera coordinación: sin ruido, sin instrucciones visibles, con la coreografía silenciosa de gente que lleva generaciones haciendo lo mismo. Flor había puesto velas en la ventana de la capilla. Los hermanos del arroyo habían subido un banco de madera al huerto de la eira y lo habían dejado junto al muro, mirando al hoyo, como un asiento de teatro para un espectáculo que no tenía nombre. La mujer del matrimonio mayor tendía ropa en el balcón de su casa con movimientos lentos que no tenían nada que ver con la ropa y todo que ver con necesitar hacer algo con las manos mientras la cabeza procesaba lo que iba a pasar al día siguiente.

Herbal estaba en la puerta de su casa, sin periódico, sin café, con las manos en los bolsillos y la cara que tienen los hombres que van a hacer algo que han hecho antes y que no se vuelve más fácil con la repetición. Vega pasó por delante. Se miraron. No se dijeron nada. A veces los silencios entre personas que llevan semanas hablando de lo que no se puede hablar son más elocuentes que cualquier frase, y este silencio dijo todo lo que había que decir: mañana. Estamos listos. Nadie está listo.

Amalia no estaba en la mecedora. Vega la vio a lo lejos, en el huerto de la eira, de pie junto al hoyo que Suso había terminado de cavar. Descalza, con los pies hundidos en la tierra del borde, y la cabeza inclinada en el ángulo de escucha que Vega ya conocía. Escuchando a los de abajo. Informándoles, quizás, de que mañana tendrían compañía.

La señal entró a las ocho de la noche.

Dos barras. Firmes. Como si la niebla hubiera decidido abrirse para esta llamada, para esta noche concreta, con la arbitrariedad de las cosas que no se pueden controlar y que a veces, sin razón, se ponen de tu parte.

Olivia contestó al primer tono.

—Mamá.

La voz era distinta. No enfadada, no triste, no seca. Plana. Con la planitud de una superficie que ha sido lijada de tanto pasarle cosas por encima: esperanzas, decepciones, promesas rotas, silencios. Una voz de nueve años que suena a catorce porque la semana que lleva sin su madre le ha sumado cinco años de golpe.

—Hola, bichito.

—No viniste el viernes.

—No vine. Lo siento.

—El ColaCao se quedó frío.

Cinco palabras que pesaban como cinco piedras.

—Lo sé. Olivia, lo siento mucho.

—Papá dice que no puedes venir porque estás ocupada con lo de la abuela. Yo le dije que la abuela está muerta y que los muertos no necesitan que los cuiden y él me dijo que a veces los vivos necesitan cuidar a los muertos para estar bien. ¿Eso es verdad?

Vega cerró los ojos. Tomás, que no sabía nada de lo que pasaba en esta aldea, le había dado a Olivia la explicación más precisa que nadie podría dar sin saberlo.

—Es verdad.

—Pues ya está. Cuida lo que tengas que cuidar. Pero vuelve.

Lo dijo sin demanda. Sin el grito del otro día, sin los monosílabos de rabia, sin la pregunta repetida de cuándo cuándo cuándo. Lo dijo con la serenidad gastada de alguien que ha pasado la fase de pedir y ha llegado a la de aceptar, y la aceptación de un niño de nueve años es la cosa más adulta y más devastadora que existe porque no debería ser necesaria.

—Mañana —dijo Vega.

—No me digas mañana.

—Mañana, Olivia. Mañana por la tarde estoy en casa. —Le salió con una firmeza que no venía de la voluntad sino de algo más hondo, de un sitio donde el cuerpo toma decisiones que la cabeza todavía no ha ratificado y que no necesita ratificar porque son las correctas—. Mañana aquí pasa una cosa y cuando termine cojo la maleta y bajo andando si hace falta y por la tarde estoy contigo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—La última, mamá.
—La última. Y la cumplo.

Silencio. Vega oía la respiración de Olivia, el ritmo rápido de nueve años que no ha aprendido a respirar despacio porque todo en su cuerpo tiene urgencia, y detrás la tele encendida y algo que era Tomás cerrando la puerta de la cocina con cuidado de no hacer ruido porque sabía que Olivia estaba al teléfono con su madre y que ese era un momento que no admitía interferencias.

—Mamá.
—Dime.
—He guardado el ColaCao. No lo he tirado. Está en el frigorífico. Lo recaliento cuando vengas.

A Vega se le saltaron las lágrimas con la violencia de algo que se rompe por la junta más débil. Un ColaCao frío en un frigorífico de Santiago, guardado por una niña de nueve años que no quiere tirarlo porque tirarlo sería aceptar que su madre no viene, y que mientras el ColaCao esté en la nevera la promesa sigue en pie.

—Recaliéntalo. Mañana lo tomamos juntas.
—¿Con leche con miel de postre?
—Con leche con miel de postre.
—Vale. —Un vale distinto. Un vale que tenía algo del vale antiguo, del que llevaba cola de alegría, aunque todavía no fuera el mismo, aunque le faltara la exclamación y el ruido de fondo y la confianza plena que Vega le había ido quitando día a día con cada promesa incumplida. Un vale que estaba en camino de volver a ser un vale—. Te quiero, mamá.
—Te quiero, bichito. Más que nada.
—Ya sé. Buenas noches.

Colgó.

Vega se quedó en el escalón de la puerta con el teléfono tibio contra la mejilla y el cepillo de Encarna en la otra mano y la noche de los Ancares cerrándose sobre la aldea con la lentitud de un ojo que parpadea.

Mañana Bieito se plantaba. Mañana Vega se iba. Mañana las dos cosas que no podían coexistir dejaban de tener que hacerlo porque

Bieito se quedaba abajo y Vega se iba arriba y cada uno se llevaba lo que le correspondía: él a su madre, ella a su hija.

Entró en la casa. Subió al dormitorio. Metió el cepillo de Encarna en la maleta, entre la ropa y la lata de Fontaneda, envuelto en un calcetín limpio para que las cerdas no se aplastaran. Cerró la maleta.

Se sentó en la cama. Última noche en la casa de Carmela. Última noche sobre la parcela de su madre. Última noche con el pulso debajo —más débil que nunca, casi imperceptible, como el latido de un pájaro que sostienes en la palma y que no sabes si está vivo o si lo que sientes es tu propia sangre en los dedos—.

Se tumbó. No se descalzó. No bajó al suelo de la cocina. No fue al huerto. Se quedó en la cama, con la ropa puesta y los zapatos puestos y la maleta preparada junto a la puerta, como alguien que va a salir temprano y que necesita dormir vestida para no perder ni un minuto.

Cerró los ojos.

Los recuerdos de Carmela se movieron por última vez en la oscuridad del dormitorio, como invitados que se van de una fiesta: el olor del laurel, la textura del pimentón entre los dedos, el sonido de la pala de Suso echando tierra en 1997, la cara de Vega dormida a los cinco años, el pensamiento que era menos pensamiento que certeza: mi hija se llama Vega.

Y debajo de todo eso, debajo de los recuerdos y de la cama y del suelo y de la tierra, el pulso. El último pulso de Carmela, que ya no era Carmela sino el residuo de una mujer que se había vaciado en las manos de su hija para que su hija se llevara lo que quedaba y se fuera con ello a un sitio donde el suelo no latiera y la leche con miel fuera de tarro y las promesas se cumplieran los viernes.

Vega durmió cuatro horas.

Se despertó antes del amanecer con la certeza de que estaba a punto de ver algo que no quería ver y que le había prometido a un hombre que lo vería.

Se levantó. Se lavó la cara. Bajó las escaleras con la maleta en la mano.

En la cocina, el suelo estaba frío por primera vez.

23

La plantación

Bieito bajó al huerto de la eira a las siete de la mañana con la camisa azul de cuadros y un cigarrillo sin encender detrás de la oreja.

Vega lo vio desde el camino. Había salido de la casa de Carmela con la maleta en la mano y los zapatos puestos y el abrigo abrochado hasta el cuello, vestida para irse, con el cepillo de Encarna envuelto en un calcetín dentro de la maleta y el cuaderno de Carmela dentro de la lata de Fontaneda dentro de la mochila, todo empaquetado, todo listo, y se había detenido al ver a Bieito cruzar la explanada del pueblo con un paso que no se parecía a ninguno de los que le había visto: ni el arrastre del borracho ni la rigidez del sobrio tenso ni el merodeo del hombre que no tiene adónde ir. Caminaba recto, a una velocidad constante, con los brazos sueltos a los lados y la barbilla un punto más alta de lo que la llevaba normalmente, como alguien que ha decidido adónde va y que mira al sitio al que va y no al suelo que pisa.

Dejó la maleta en el camino y lo siguió.

Ya estaban todos.

No congregados: distribuidos. Cada uno en su sitio, como piezas de un mecanismo que llevaba siglos ensamblándose y que sabía funcionar sin manual. Suso junto al hoyo con la pala apoyada en el hombro y el pantalón manchado del barro de ayer, porque había vuelto a primera hora a repasar los bordes del rectángulo con la meticulosidad del albañil que no deja una obra sin terminar. Flor junto al banco de madera que los hermanos del arroyo habían subido la tarde anterior, con un paño blanco extendido encima y dos

velas encendidas que la brisa de la mañana hacía temblar sin apagarlas. Herbal de pie junto al muro del huerto, con una taza de metal en las manos que humeaba con el vapor de la infusión de Rosalía. Rosalía al otro lado del hoyo, de cuclillas, con las manos metidas en la tierra del borde midiendo algo que solo ella sabía medir. Los hermanos del arroyo, el matrimonio mayor, los demás: de pie o sentados en piedras o apoyados en los muros, con la postura de gente que asiste a algo que ha visto antes y que no necesita explicación pero que tampoco permite indiferencia.

Amalia estaba en el hoyo.

No dentro: al borde, con los pies descalzos hundidos en la tierra del rectángulo que Suso había cavado, y la cabeza inclinada en su ángulo de escucha, y los labios moviéndose sin sonido. Parecía una sacerdotisa o una antena o las dos cosas. Cuando Bieito llegó al borde del huerto, Amalia levantó la cabeza y lo miró y Vega vio algo pasar entre los dos que no era una mirada normal sino un intercambio de algo que no se transmite por los ojos: una confirmación. Amalia asintió un centímetro y sacó los pies de la tierra y se apartó y Bieito ocupó su sitio con la naturalidad de alguien que entra en un espacio que le han estado guardando.

Nadie habló.

El silencio de la aldea a las siete de la mañana de un día sin niebla era distinto al de las mañanas con niebla. Más afilado, más real, sin la amortiguación de la bruma que lo envolvía todo en algodón. Se oían los cencerros de las vacas de Suso en la ladera de arriba y el goteo de la fuente del camino y un pájaro que cantaba en algún castaño con la insistencia de alguien que no se entera de lo que pasa debajo. El cielo estaba gris claro, sin nubes definidas, con esa luz uniforme de los Ancares que no viene de ningún sitio y llega a todas partes.

Herbal se acercó a Bieito.

Le tendió la taza.

Bieito la cogió con las dos manos. Las manos le temblaban. Era lo primero que le temblaba desde que había bajado al huerto: el resto del cuerpo estaba quieto, controlado, con esa rigidez fina de los músculos que trabajan para parecer relajados. Pero las manos

decían la verdad, como dicen siempre, y lo que decían era que el hombre que las tenía estaba aterrorizado de una forma que la camisa azul y el paso recto y la barbilla levantada no podían ocultar.

Olió la infusión. Manzanilla y lo otro, lo que Rosalía añadía y que no tenía nombre de herbolario: algo del monte que suavizaba los músculos y dejaba la mente donde estaba, despejada, sin la bruma del sedante ni la lucidez cortante de la sobriedad pura.

—No sabe a nada —dijo Bieito, mirando la taza.

—Sabe a manzanilla —dijo Herbal.

—Ya. A eso me refiero. A nada.

Se la bebió de tres tragos. Largos, con la garganta trabajando, con el ruido del líquido bajando por un esófago que en unas horas iba a dejar de necesitar líquido porque la red se ocuparía de lo que el cuerpo necesitara sin tener que pasar por la boca.

Devolvió la taza a Herbal. Se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Me cago en todo —dijo.

Y se rio.

Una risa corta, algo más larga que la del otro día en el escalón, una risa que le salió del pecho y que tenía dentro de sí todo lo que Bieito no podía decir y que era demasiado para una mañana de febrero en un huerto de los Ancares: el miedo y la resolución y la absurdidad de estar ahí, de pie, con una camisa limpia y un cigarrillo sin encender detrás de la oreja, a punto de tumbarse en un agujero de metro y medio de profundidad al lado de una madre a la que hacía treinta y seis años que no veía y que iba a sentir, si Rosalía no mentía, como un rumor tibio en algún sitio que todavía no tenía.

—Pero bueno —dijo después, como quien cierra una puerta.

Se acercó al hoyo.

El rectángulo era más oscuro que la tierra de alrededor, húmedo, con los filamentos finos asomando por las paredes como venas de un brazo vuelto del revés. El fondo estaba a metro y medio de profundidad y brillaba con la humedad de la sustancia oleosa que los filamentos exudaban al ser cortados por la pala de Suso, un brillo rosado y suave que era el único color en todo el agujero.

Bieito se sentó en el borde. Los pies colgando dentro. Las botas de goma a quince centímetros del fondo. La camisa azul de cuadros con el último botón desabrochado.

Se sacó el cigarrillo de detrás de la oreja. Lo miró. Se lo puso entre los labios. No lo encendió.

—¿Alguien tiene fuego?

Suso sacó un mechero del bolsillo del pantalón y se lo lanzó. Bieito lo cogió al vuelo con una mano —la derecha, la que no temblaba— y lo encendió y dio una calada y el humo salió despacio por las comisuras de la boca y subió hacia el cielo gris con la lentitud de algo que se está despidiendo de la atmósfera.

Fumó medio cigarrillo sentado en el borde del hoyo, con los pies dentro y la espalda recta y los ojos puestos en algún sitio del monte que solo él podía ver, y nadie lo apuró. Once personas de pie alrededor de un agujero en la tierra mirando a un hombre fumar con la paciencia de quien sabe que los últimos cigarrillos duran lo que tienen que durar.

Cuando lo terminó, tiró la colilla fuera del hoyo. Cayó en la hierba del borde con un siseo mínimo.

Miró a Vega.

La encontró al fondo, detrás de los demás, junto al muro, con el abrigo abrochado y los ojos abiertos y la postura de una testigo que ha prometido mirar y que está mirando. Le sostuvo la mirada durante tres segundos. Tres. Los mismos que el pulso de la red. Contracción. Expansión. Contracción.

No le dijo nada. No le hizo un gesto. No asintió ni sonrió ni movió los labios. Solo la miró, con los ojos de Encarna que eran lo último que iban a ver la luz del día, y en esos tres segundos Vega recibió algo que no era un mensaje sino un depósito: la certeza de que alguien lo había visto decidir por sí mismo, sin orujo, sin presión, sin la niebla de cuarenta años de destrucción.

Bajó al hoyo.

Se dejó caer, no saltó. Apoyó las manos en los bordes y bajó el cuerpo con la flexión de los brazos, despacio, hasta que las botas tocaron el fondo con un sonido blando de barro. El hoyo le llegaba al pecho. Desde arriba, los vecinos lo veían como se ve a alguien que

está metido en una bañera de tierra: los hombros, la cabeza, la camisa azul.

Se quitó las botas. Las sacó del hoyo y las puso en el borde, una al lado de la otra, con las suelas hacia arriba para que no les entrara agua. Un detalle absurdo, doméstico, que a Vega le contrajo algo debajo del esternón: un hombre que va a meterse debajo de la tierra preocupándose de que sus botas no se mojen. Los hábitos sobreviven a las decisiones. Las manos siguen haciendo lo que saben hacer aunque la cabeza haya dejado de importarle.

Se tumbó.

De espaldas. Con los brazos a los lados. Mirando el cielo gris de los Ancares, que desde metro y medio de profundidad era un rectángulo del tamaño de su cuerpo, enmarcado por las paredes de tierra oscura del hoyo, abriéndose en la roca. Un pájaro cruzó el rectángulo en diagonal y desapareció por la esquina superior izquierda.

Herbal se asomó al borde. Desde abajo, su cara se veía rodeada del cielo gris como un santo en un retablo, con la nariz recortada contra la luz y los ojos en sombra.

—¿Estás bien?

—No. —Pausa—. Pero estoy aquí.

—¿Quieres decir algo?

—Ya lo he dicho.

Herbal asintió. Se retiró del borde. Su cara desapareció y el rectángulo de cielo volvió a ser solo cielo.

Flor rezó. Vega no entendió las palabras porque eran en gallego antiguo, en una cadencia que no era exactamente oración ni exactamente canto sino algo intermedio, algo que sonaba a lo que las mujeres de esta sierra llevaban siglos diciendo cuando algo empezaba o cuando algo terminaba, con la misma melodía para las bodas y para los entierros porque en el fondo las dos cosas son un tránsito y los tránsitos se acompañan con el mismo sonido.

Suso cogió la pala.

La primera palada cayó sobre los pies de Bieito.

Desde donde estaba Vega no se veía el fondo del hoyo. Solo veía a Suso: de perfil, con la pala entrando en el montón de tierra que

había acumulado al lado y saliendo cargada y girando sobre el eje de sus caderas —la cadera mala que hoy le dolía y que no le impidió hacer lo que hacía porque Suso era de los que trabajan con dolor como otros trabajan con lluvia: ignorándolo— y dejando caer la tierra dentro con un sonido que era el más suave y el más terrible que Vega había oído.

No era un golpe. No era un ruido seco. Era un sonido blando, húmedo, de cosa que cae sobre cosa blanda, como el de un puñado de arena en una palma abierta, o como el de la lluvia gruesa en un suelo embarrado, o como ninguna de esas cosas porque ninguna comparación servía para lo que era: tierra cayendo sobre un hombre vivo.

Suso no paraba. Palada, giro, caída. Palada, giro, caída. Con el ritmo de alguien que lleva la vida entera moviendo tierra y que no va a pararse ahora porque lo que está enterrando sea un hombre en vez de una patata. Las manos sabían lo que hacían. Los brazos sabían el peso justo. La espalda sabía la inclinación. Era un cuerpo que ejecutaba una función que había aprendido en 1997, cuando enterró a Carmela, y en 1968, cuando su madre enterró a su padre, y que venía de más atrás, de generaciones de cuerpos que echaron tierra sobre cuerpos vivos en esta misma sierra con este mismo ritmo de pala que era, si lo oías el tiempo suficiente, el mismo ritmo de la red.

Tres segundos entre palada y palada.

Bieito no hizo ruido.

Vega esperó oír algo —un quejido, una respiración fuerte, un cambio de tono, cualquier señal del cuerpo que está debajo y que siente la tierra caerle encima— y no oyó nada. Solo las paladas de Suso y el rezo de Flor y los cencerros de las vacas arriba en la ladera y el pájaro que seguía cantando en el castaño con la indiferencia perfecta de lo que no necesita saber lo que pasa debajo.

Herbal miraba. De pie, con las manos en los bolsillos —las manos cerradas, las garras artríticas metidas en la pana del pantalón para que nadie las viera temblar—, miraba la tierra caer en el hoyo con una expresión que Vega no le había visto en tres semanas: la de

un hombre que no quiere estar haciendo lo que está haciendo pero que no puede estar en otro sitio.

Los hermanos del arroyo se habían sentado en el banco que ellos mismos habían subido. Uno se miraba las manos. El otro miraba al monte. El matrimonio mayor estaba cogido de la mano. Rosalía seguía de cuclillas junto al borde opuesto del hoyo, con las manos en la tierra, monitoreando la conexión, esperando el momento en que los filamentos del fondo encontraran al cuerpo nuevo y empezaran a buscar.

Amalia lloraba.

En silencio, sin taparse la cara, con las lágrimas cayéndole por las mejillas arrugadas y la boca cerrada y los pies hundidos en la hierba del borde del huerto. Lloraba como llora la gente que lleva veinte años monitorizando lo de abajo y que sabe lo que les espera a los que bajan: el espanto del que Rosalía le había hablado a Vega, los meses de dolor de identidad, la separación lenta de todo lo que te hace ser tú.

La tierra subió en el hoyo. Los pies. Las piernas. La cintura. Vega no podía ver pero contaba las paladas y calculaba el volumen y sabía que ahora la tierra le llegaba a Bieito al estómago, ahora al pecho, ahora a los hombros. Y Bieito seguía sin hacer ruido, con la disciplina de los hombres que aprietan los dientes porque les han dicho que apretar los dientes es ser valiente y no han aprendido que a veces ser valiente es gritar.

Suso se paró.

Miró dentro del hoyo. Lo que vio le hizo tragar saliva con un movimiento de nuez que Vega registró desde diez metros. Después cogió la pala con las dos manos —la derecha en el mango, la izquierda en la hoja, para dosificar la tierra en puñados pequeños en vez de paladas grandes— y siguió. Más despacio. Con el cuidado de un hombre que está echando tierra sobre la cara de otro y que necesita hacerlo sin cubrirle los ojos de golpe.

Flor dejó de rezar. Se persignó dos veces. La primera con la mano derecha, rápida, de oficio. La segunda con la izquierda, despacio, como si la segunda fuera la de verdad y la primera hubiera sido solo el calentamiento.

Herbal cerró los ojos.

La última palada de tierra cayó sobre un silencio que no era silencio sino la ausencia del sonido de un hombre que ya no está arriba.

Suso alisó la superficie con el dorso de la pala.

El gesto final, práctico, funcional: dejar la tierra plana para que la lluvia no lave los bordes y para que la superficie se asiente uniforme y para que dentro de una semana, cuando la hierba empiece a crecer encima, no se note dónde está el límite entre lo nuevo y lo viejo. Un gesto de oficio. El mismo que habría hecho al rematar una siembra o al tapar una zanja de riego.

Vega miró el rectángulo de tierra fresca.

Era más oscuro que el resto del huerto, húmedo, con esa textura suelta de lo recién movido que con el tiempo se compacta y se integra y deja de distinguirse del entorno. Debajo de esa tierra, a metro y medio, Bieito estaba tumbado de espaldas con la camisa azul de cuadros y los ojos cerrados —los habría cerrado, pensó Vega, los habría cerrado antes de que la tierra le tapara la cara, como Carmela, como todos, porque mirar cómo te entierran es algo que no debería ver nadie, ni siquiera los que eligen que les entierren — y los filamentos del fondo estarían moviéndose hacia él, buscándolo, encontrando la piel a través de la tela de la camisa, entrando.

Rosalía levantó la cabeza. Sacó las manos de la tierra. Tenía los dedos cubiertos de la sustancia oleosa y una expresión que en cualquier otra persona habría sido alivio pero que en ella era otra cosa: confirmación técnica.

—La red lo ha encontrado —dijo.

Herbal abrió los ojos. Asintió.

—¿Cuánto tardará en producir?

—Días. Con una consciencia fresca la producción arranca rápido. —Rosalía se limpió las manos en el pantalón—. Mañana puede haber frutos en las bocas de la eira.

Los vecinos se dispersaron despacio.

No hubo señal de final. No hubo un momento en que alguien dijera «ya está» o «podéis iros.» Simplemente el grupo que se había

formado alrededor del hoyo se fue deshaciendo con la misma naturalidad con la que se había formado, como una nube que el viento deshilacha sin que nadie pueda decir cuándo dejó de ser nube. Flor apagó las velas y recogió el paño y entró en la capilla. Los hermanos del arroyo se levantaron del banco y bajaron hacia el arroyo. El matrimonio mayor se soltó de la mano al llegar a su puerta y cada uno entró por un lado, como hacen las parejas que llevan cincuenta años juntas y que ya no necesitan pasar por la misma puerta.

Suso se quedó un minuto más. Clavó la pala en la tierra junto al rectángulo, vertical, como una estaca que marca un sitio. Después se giró hacia Vega, que seguía junto al muro, y le hizo un gesto con la cabeza que significaba ven.

Vega se acercó.

Suso señaló la tierra. La superficie lisa, oscura, húmeda, que ya no era un hoyo sino una parcela.

—Está hecho.

—Está hecho.

—Ahora vete.

Dos palabras. Dichas sin dureza, sin impaciencia, con el tono de un hombre que ha terminado un trabajo y que sabe que lo que queda no es suyo sino de la mujer que está delante y que tiene una maleta en el camino y una hija en Santiago y un coche que quizás arranque y una pista de barro que baja a una carretera que lleva a una autopista que lleva a un piso donde un ColaCao espera en la nevera.

Suso se fue con la pala al hombro. Cojeaba más que ayer. La cadera le dolía del esfuerzo de cavar y de echar tierra y de agacharse y de hacer todo lo que había hecho sin quejarse, porque los hombres como Suso no se quejan de las cosas que duelen, se quejan de las que se rompen, y la cadera todavía no se le había roto otra vez.

Se quedó sola en el huerto de la eira.

El sol de la mañana le daba en la espalda y proyectaba su sombra sobre la tierra fresca del rectángulo, y la sombra tenía la forma de una mujer de pie que miraba hacia abajo y que podía ser

cualquiera, cualquier mujer de cualquier siglo que hubiera estado de pie en este mismo sitio mirando la tierra que acababa de tragarse a alguien.

Puso la mano en la tierra.

Caliente. No los diecinueve grados de la cocina de Carmela que habían bajado hasta el frío de esta mañana. Caliente de verdad: veinticinco, quizás veintisiete. La red había recibido a Bieito y ya estaba procesando, ya estaba extrayendo, ya estaba convirtiendo lo que Bieito tenía dentro en calor y en energía y en lo que alimentaría los huertos durante los próximos treinta años.

Vega retiró la mano.

Se levantó. Se sacudió la tierra de las rodillas. Fue al camino. Cogió la maleta.

Bajó por el sendero que pasaba entre las casas hacia la explanada donde estaba el coche. Los vecinos la vieron pasar desde sus ventanas y sus puertas y ninguno salió a despedirse, porque la despedida ya había ocurrido, no con Vega sino con Bieito, y lo que quedaba después de eso no era una despedida sino un trámite: una mujer que se va, una maleta, un camino cuesta abajo.

Al pasar junto a la casa de Bieito, Vega miró la puerta. Abierta, como la había dejado él esa mañana. Dentro se veía la mesa con el vaso vacío de la infusión y la pila de garrafas en la esquina y la ventana tapiada con las marcas de los puñetazos. Las botas de Bieito estaban en el borde del huerto de la eira, con las suelas hacia arriba, secándose al sol que él ya no iba a ver.

Vega siguió caminando.

El coche estaba donde siempre. Cubierto de rocío, con las ruedas hundidas en la hierba mojada, con ese aspecto de animal dormido que tienen los coches que llevan demasiado tiempo parados. Vega abrió el maletero. Metió la maleta. Se sentó en el asiento del conductor.

Olía a caramelos de menta. A ambientador de pino desteñido. A Santiago.

Giró la llave.

El motor tosió. Una vez. Dos. A la tercera, arrancó.

El salpicadero se iluminó con sus lucecitas habituales: gasolina a un cuarto, temperatura subiendo, reloj marcando las ocho y cuarenta y tres. La radio se encendió sola con un chisporroteo y soltó un fragmento de una canción que Vega no reconoció y que se cortó inmediatamente porque la señal de radio era tan mala como la de teléfono. El motor vibraba bajo el capó con la irregularidad de una máquina que necesita aceite y bujías y una revisión completa y que aun así funciona, porque los coches viejos funcionan cuando les da la gana, no cuando los manuales dicen.

Vega miró por el retrovisor.

La aldea estaba ahí. Las casas de piedra con los tejados de pizarra. Los huertos verdes rodeándolas. La capilla con la espadaña. El monte detrás, enorme, verde a pesar de febrero, con los castaños que no perdían las hojas porque la red los alimentaba desde abajo. Y en el huerto de la eira, visible desde la explanada como una mancha más oscura en el verde del conjunto, el rectángulo de tierra fresca donde Bieito estaba empezando a dejar de ser Bieito.

Metió primera. Soltó el embrague.

El coche se movió.

La pista de barro estaba mejor que cuando llegó. El sol de los últimos días había secado la capa superficial y las ruedas agarraban con una firmeza que el barro mojado de su llegada no había permitido. El coche bajaba entre los castaños con la lentitud que la pista imponía —quince por hora, segunda, sin arriesgarse—, y a cada metro que avanzaba la aldea se hacía más pequeña en el retrovisor.

A los cinco minutos perdió de vista las casas. El bosque se cerró por los dos lados y la pista se convirtió en un túnel de ramas y troncos y musgo con el cielo gris arriba y el barro debajo y nada que indicara que detrás de esos árboles había una aldea donde once —diez, ahora diez— personas vivían sobre un organismo que se alimentaba de gente.

A los diez minutos cruzó el arroyo. El agua escasa, oscura, moviéndose con su lentitud de siempre. Los bajos del coche golpearon contra las piedras del cauce con un ruido metálico que retumbó en el habitáculo.

A los quince minutos, el olor dulce desapareció.

No se fue de golpe. Se fue diluyendo, diluyéndose con cada paso que la alejaba de la persona que lo lleva: primero el fondo orgánico, después la nota dulce, después el matiz de fermentación, hasta que lo que quedaba era el olor del coche —goma, plástico, menta, pino— y el olor del bosque —tierra fría, hojas podridas, resina— y nada más. El aire limpio de una sierra que no tenía nada debajo.

Vega bajó la ventanilla. El frío le dio en la cara. Cuatro grados. Febrero. Los Ancares sin el calor del monte. El mundo real, el que funciona con las reglas que Vega conocía: temperaturas normales, suelos fríos, frutos que crecen en su estación y no en otra.

Respiró hondo.

Le dolió. No en los pulmones: en otro sitio. En el sitio donde los frutos le habían puesto calor durante tres semanas y que ahora estaba vacío, un hueco con la forma exacta de lo que le habían quitado al alejarse. La primera punzada de la abstinencia: no un síntoma dramático, no un dolor incapacitante, solo un hueco. El hueco que deja algo que estaba y que ya no está.

Subió la ventanilla. Siguió conduciendo.

A los veinte minutos apareció el asfalto. La pista terminó y la carretera empezó y los neumáticos pasaron del barro a la superficie lisa con un cambio de sonido que fue como pasar de un idioma a otro: del crujido irregular de la montaña al siseo constante del asfalto, el sonido de la civilización, de los sitios donde la gente va y viene y no se queda debajo de los huertos.

A los treinta minutos estaba en la Nacional. Coches. Señales de tráfico. Un camión de reparto. Una gasolinera cerrada. El mundo.

Vega puso la radio. Estática, fragmentos de una tertulia deportiva, más estática, un anuncio de un concesionario de Ponferrada. Sonidos humanos, banales, reconfortantes de una forma que no había sentido en semanas: el ruido de fondo de una civilización que funciona sin necesidad de que nadie se entierre vivo para que las cosas sigan dando.

Condujo. La autopista a Galicia apareció después de Ponferrada, ancha, recta, con el arcén limpio y las líneas del asfalto perfectas.

Santiago a tres horas y media. Olivia a tres horas y media. Leche con miel a tres horas y media.

Subió el volumen de la radio. Un locutor hablaba de un partido de fútbol que se había jugado el domingo y que Vega no sabía quién había ganado ni le importaba, pero la voz del locutor —entusiasta, excesiva, completamente ajena a todo lo que ella acababa de dejar atrás— le llenó el coche de una normalidad tan densa que casi podía tocarla.

Condujo tres horas y media sin parar.

No comió. No bebió. No miró el retrovisor.

No lloró hasta Santiago.

24

La salida

Llegó a Santiago a la una y cuarto de la tarde.

Aparcó en doble fila delante del portal porque no encontró sitio y porque el cuerpo le decía que si paraba el motor y no subía inmediatamente iba a quedarse sentada en el coche con las manos en el volante mirando el salpicadero hasta que alguien llamara a la policía. Apagó el contacto. Cogió la mochila del asiento del copiloto. Se miró en el espejo retrovisor.

La mujer del espejo no se parecía a la que había salido de Santiago tres semanas antes. No era una diferencia dramática —no tenía ojeras de película ni el pelo blanco ni la cara hundida de los que vuelven de una guerra—, pero era una diferencia. La piel tenía un brillo que no era brillo de crema sino de otra cosa, una película oleosa que el jabón no quitaba del todo y que a la luz del coche se veía sobre los pómulos y la frente. Los ojos estaban un punto más abiertos de lo normal, como los de alguien que lleva tiempo mirando cosas en la penumbra y que al salir a la luz se le han quedado las pupilas en una apertura intermedia que ya no es de dentro pero tampoco es de fuera. Y olía. Lo sabía sin necesidad de acercar la nariz a la muñeca: olía al olor dulce, al fondo orgánico del monte, a algo que estaba en la piel y en el pelo y en la ropa y que tres horas y media de autopista con la ventanilla subida habían concentrado en el habitáculo hasta convertirlo en un invernadero portátil de algo que no debería existir fuera de una sierra de la frontera entre Galicia y Asturias.

Se bajó del coche. El aire de Santiago la golpeó con su arsenal habitual: gasóleo de autobús, freidora del bar de la esquina, humo

de tabaco del vecino del segundo que fumaba en el balcón a todas horas. Olores planos, horizontales, que venían de sitios identificables y que no subían desde debajo del suelo.

Subió al tercero.

La puerta estaba entreabierta.

Tomás la había dejado así. Vega lo supo porque Tomás nunca dejaba la puerta abierta —era de los que cierran con dos vueltas de llave y ponen la cadena y comprueban dos veces—, lo que significaba que Olivia le había pedido que la dejara abierta, y que Tomás había cedido porque llevaba días cediendo en todo lo que Olivia pedía porque su madre no estaba y la niña necesitaba que al menos una puerta le dijera que sí.

Empujó la puerta.

El pasillo olía a suavizante industrial. A lejía de la fregona que Tomás pasaba los sábados. Al ambientador de lavanda enchufado en el baño que Vega había comprado en un chino hacía seis meses y que seguía ahí, parpadeando con su lucecita azul, soltando su olor sintético que ahora, después de tres semanas de laurel y pizarra y tierra caliente, le pareció una agresión tan grande de lleno.

La cocina estaba a la izquierda. La puerta del salón, al fondo.

Olivia no salió corriendo.

Vega esperó el ruido de los pies descalzos sobre las baldosas, el grito de «mamáaa» con las tres aes que significaba que el mundo volvía a funcionar, el golpe del cuerpo de treinta y dos kilos contra sus piernas con la fuerza de un proyectil de pelo y champú de fresa. Lo esperó durante los tres pasos que tardó en cruzar el pasillo hasta la puerta del salón, y lo que encontró fue:

Olivia sentada en el sofá.

Con las piernas cruzadas, la espalda recta, las manos en el regazo. Mirándola.

Sin moverse.

Tenía nueve años y la cara de alguien que ha aprendido a protegerse de las decepciones dejando de esperarlas, y Vega reconoció esa cara porque la había visto en el espejo a los diez, a los once, a los doce años, cuando la mujer que creía que era su madre dejaba de parecer su madre y la diferencia no tenía nombre y el

cuerpo se cerraba como una ostra que recibe un golpe: para dentro, sin ruido, sin quejarse, hasta que alguien demuestre que el golpe no va a repetirse.

Junto a Olivia, en la mesita del salón, un vaso con ColaCao.

Frío. Con una nata marrón en la superficie que significaba que llevaba horas ahí, quizás desde esta mañana, quizás desde ayer, recalentado y vuelto a enfriar y vuelto a poner en la mesa porque Olivia le había dicho a Tomás que no lo tirara porque mamá lo iba a tomar cuando llegara.

Vega dejó la mochila en el suelo.

—Hola, bichito.

Olivia no contestó. Miró a Vega con los ojos de su padre —los que se achican cuando huelen mentira, los que Carmela había descrito en el cuaderno treinta años antes— y en esos ojos achicados había una evaluación que no era de niña sino de alguien mucho más viejo, alguien que ha medido la distancia entre una promesa y su cumplimiento y que ha encontrado una diferencia de cinco días que no se borra con un «hola bichito.»

Vega cruzó el salón. Se arrodilló delante del sofá. Le puso las manos en las rodillas.

—Estoy aquí.

Olivia miró las manos. Las manos de Vega sobre sus rodillas. Los dedos que todavía tenían el brillo de la sustancia oleosa de los filamentos, las uñas con restos de barro que el jabón de la gasolinera de Ponferrada no había limpiado del todo, la piel que olía a monte y a algo dulce que Olivia no conocía pero que le hizo arrugar la nariz con la precisión de un sabueso.

—Hueles raro —dijo Olivia.

Fueron las primeras palabras de su hija después de cinco días sin verla. No «te quiero» ni «por qué tardaste» ni «estoy enfadada.» Hueles raro. Un diagnóstico sensorial, directo, sin anestesia.

—Lo sé. He estado en un sitio que huele distinto.

—Hueles a tierra.

—Sí.

—Y a algo dulce.

—Sí.

Olivia la miró un segundo más. Dos. Tres. El mismo tiempo que Bieito la había mirado desde el hoyo antes de que la tierra le cubriera la cara.

Y después se lanzó.

El abrazo llegó con todo el cuerpo, como siempre: brazos, piernas, cabeza metida en el cuello, la fuerza de un pulpo de treinta y dos kilos que aprieta con la urgencia de alguien que agarra algo que se le ha estado escapando y que por fin tiene entre las manos. El olor a champú de fresa le entró a Vega por la nariz y le llenó los pulmones de golpe, y debajo del champú el olor de Olivia, el olor de su hija, sudor y piel tibia y algo agrio de leche que se queda en las comisuras de los que beben ColaCao y no se limpian, y Vega la apretó contra el pecho con una fuerza que le salió de un sitio que no era muscular y pensó: esto. Esto era lo que estaba arriba. Esto era lo que Carmela compró metiéndose debajo de un huerto. Esto.

—No vuelvas a irte tanto tiempo —dijo Olivia contra su cuello.

—No.

—Promételo.

—Lo prometo.

—¿Más que la otra vez?

—Más que todas las veces.

Olivia apretó más. Vega le olió el pelo. Fresa. Solo fresa. Sin laurel, sin pizarra, sin el fondo orgánico del monte. Fresa de supermercado, de bote de plástico rosa con tapón de dinosaurio, de la vida que funciona con electricidad y horarios de cole y freidoras de bar y suavizante industrial.

Cerró los ojos.

El suelo del salón estaba frío bajo las rodillas. Baldosas de gres, catorce grados, sin pulso, sin ritmo, sin nada debajo excepto la solera del edificio y el garaje del sótano y la tierra muerta de una ciudad que no alimentaba a nadie.

Apretó a Olivia más fuerte para no sentirlo.

Hicieron leche con miel a las cuatro.

La cocina de Santiago era la cocina de Santiago: encimera de granito gris, vitrocerámica, microondas que parpadeaba las doce porque nadie le había puesto la hora desde el último apagón, un

calendario de la farmacia del barrio en la pared con los días tachados en rojo hasta el viernes de la semana pasada, donde las cruces se detenían como una cuenta atrás que se hubiera quedado sin final.

Vega calentó la leche en un cazo. La miel estaba en un bote de cristal del Mercadona, de milflores, con la etiqueta medio despegada. No era la miel de Suso, la miel de abejas de montaña que se alimentaban de brezo y castaño y que tenía un color oscuro y un sabor que sabía a la sierra entera. Era miel industrial, clara, uniforme, que salía del bote con la fluidez de algo que no ha tenido que esforzarse.

Echó una cucharada en la leche caliente. Removió a medias. A propósito. Para que la miel no se disolviera del todo. Para que los últimos tragos fueran más dulces que los primeros.

Le dio la taza a Olivia.

Olivia la cogió con las dos manos, como hacía siempre, con la seriedad de un sommelier que recibe un Borgoña del 82. Sopló. Dio un sorbo. Cerró los ojos.

—Está buena. —Abrió los ojos—. Pero no es igual.

—¿Igual a qué?

—Igual a la que recuerdo. La del sueño. —Dio otro sorbo, pensativo, con la concentración de los catadores que buscan un matiz que saben que está ahí pero que no encuentran—. La del sueño sabía a más. No sé a qué. A más.

A más. Vega se apoyó contra la encimera y miró a su hija beber leche con miel en la cocina de Santiago y pensó que Olivia tenía razón: sabía a menos. La leche con miel de esta cocina, hecha con leche de tetrabrik y miel de Mercadona y agua del grifo de Vilagarcía que Santiago importaba porque no tenía manantial propio, sabía a lo que era: una bebida caliente con azúcar. No sabía al caldo de domingo ni a la noche de invierno en la cama con la mano de Carmela en la frente. No sabía a nada que viniera de abajo.

Olivia se acabó la taza. Se limpió el bigote de leche con el dorso de la mano.

—¿Me haces otra?

—Claro.

Le hizo otra. Y otra después de cenar. Y otra antes de dormir, sentadas las dos en la cama de Olivia con las pegatinas de dinosaurios en la pared y la lámpara de noche que proyectaba estrellas en el techo y que giraba despacio sin prisa.

Olivia se durmió a las nueve y cuarto, con la taza vacía en la mesilla y el pelo desparramado en la almohada y la boca abierta y la postura de estrella de mar que adoptaba cada noche al perder la consciencia, con los brazos y las piernas ocupando el cien por cien del espacio disponible porque los niños duermen como si el mundo fuera suyo y no tuvieran que compartirlo.

Vega se quedó sentada en el borde de la cama.

Mirándola.

Carmela la había mirado así. Lo sabía porque tenía el recuerdo dentro, el recuerdo que no era suyo: Carmela sentada en el borde de esta misma cama —no esta, la de la aldea, pero la misma postura, la misma hora, la misma penumbra—, mirando a Vega dormida a los cinco años y pensando quiero que seas libre. El recuerdo le llegó con la nitidez de siempre, con el calor y el olor y la textura de algo vivido, y Vega lo sintió superponerse a lo que veía: su hija dormida y ella de niña dormida, las dos en la misma posición, las dos con la boca abierta, las dos sin saber que alguien las miraba desde el borde de la cama con un amor que se parecía demasiado al terror.

Se levantó. Salió de la habitación. Cerró la puerta.

Tomás estaba en la cocina.

Fregando. Tomás siempre fregaba cuando no sabía qué hacer con las manos, que era su versión de Suso arreglando el muro: una actividad que le ocupaba los dedos y le dejaba la cabeza libre para pensar en lo que no quería decir. Tenía el grifo abierto y la esponja en la mano y los platos de la cena apilados en el escurridor con la geometría metódica de un hombre que ha aprendido a vivir solo y que ha convertido las tareas domésticas en un sistema de supervivencia.

—¿Está dormida? —preguntó sin darse la vuelta.

—Sí.

—Se ha tomado cuatro tazas de leche con miel.

—Lo sé.
—Nunca le había gustado la leche con miel. —Cerró el grifo. Se secó las manos en el trapo del horno. Se giró—. Hasta que empezaste a llamar desde ese pueblo.

Vega no contestó. Tomás la miró con la cara que ponen los exmaridos cuando ven a la persona que conocían mejor que nadie y que de pronto no reconocen del todo: la misma, pero distinta. Con ese brillo en la piel. Con esos ojos un punto demasiado abiertos. Con ese olor a algo que no es perfume ni jabón ni nada que se compre en un supermercado.
—¿Estás bien, Vega?
—Estoy cansada.
—No te pregunto si estás cansada. Te pregunto si estás bien.

Se miraron por encima de la encimera. La cocina zumbaba con el ruido del frigorífico —un frigorífico eléctrico que funcionaba con corriente y no con la energía de personas disueltas debajo de un huerto— y la luz del fluorescente era blanca, uniforme, sin las sombras que hacía la bombilla de la cocina de Carmela, sin los rincones que esa luz dejaba fuera y que el calor de abajo llenaba de algo que no era luz pero que tampoco era oscuridad.
—No lo sé —dijo Vega.

Tomás asintió. No pidió explicaciones. Nunca las pedía: era de los que dejan espacio y esperan a que el otro lo llene si quiere, y si no quiere lo dejan vacío sin rellenarlo con preguntas. Era lo mejor que tenía Tomás, y era la razón por la que el divorcio había sido limpio y la custodia compartida funcionaba y las llamadas entre los dos no eran campos de batalla: Tomás sabía cuándo no preguntar.
—He dejado tu cuarto como estaba. Las sábanas están limpias.
—Gracias.
—De nada. Descansa.

Se fue. La puerta de su dormitorio se cerró con un clic suave. Vega se quedó sola en la cocina de Santiago, de pie, con los calcetines en las baldosas frías, con el zumbido del frigorífico y la lucecita azul del ambientador de lavanda y el goteo del grifo que Tomás no había cerrado del todo.

El suelo estaba a catorce grados.

Catorce grados que le entraron por las plantas de los pies como una declaración de intenciones del mundo real: aquí no hay nada debajo. Aquí el suelo es suelo. Aquí la temperatura es la que marca el termostato y no la que produce un organismo que consume personas. Aquí la miel es de Mercadona y la leche es de tetrabrik y el caldo de domingo se hace con pastilla de Knorr porque nadie tiene tiempo de cocer un hueso durante cuatro horas.

Aquí.

Olivia había dicho aquí. «Aquí es donde estoy yo.» Y Vega estaba aquí. Había vuelto. Había cumplido la promesa. Estaba de pie en una cocina de Santiago con los pies fríos y una hija dormida en la habitación de al lado y un exmarido que fregaba sin preguntar y una vida que podía retomarse mañana por la mañana con una llamada a la secretaria para reprogramar citas y un café en el bar de abajo y un paseo hasta la consulta por calles que no olían a monte.

Había vuelto.

Se duchó con agua caliente durante veinte minutos.

El olor dulce no se fue. Se atenuó con el jabón de Tomás —un gel de ducha de farmacia que olía a eucalipto, clínico, agresivamente normal—, pero debajo del eucalipto seguía ahí, como un bajo continuo que no se calla cuando suben los violines. Le frotó las muñecas, los antebrazos, el cuello, las zonas donde la sustancia oleosa de los filamentos se había concentrado durante las noches en el suelo de la cocina y durante la excavación y durante el contacto con la cara de Carmela, y el brillo se redujo pero no desapareció, y el olor se aplacó pero no se fue.

Se puso un pijama limpio. Algodón. Suavizante industrial. La tela le rasó la piel con una aspereza que antes no tenía, como si las tres semanas de ropa blanda empapada en la humedad del monte le hubieran recalibrado los receptores táctiles y ahora el algodón del pijama fuera papel de lija.

Se metió en la cama. Sábanas limpias. Colchón firme. Almohada de fibra. Todo frío, limpio, inerte. Sin pulso. Sin calor que subiera desde abajo. Sin el olor de la pizarra ni el latido de la red ni la presencia de nadie debajo del somier excepto el parqué del suelo y

la solera del edificio y el garaje del sótano donde los coches dormían con la misma indiferencia que las cosas que no están vivas.

Cerró los ojos.

Los recuerdos de Carmela se movieron. Despacio, como animales nocturnos que se activan cuando la luz se apaga. Le llegó el olor del hoyo en agosto del 97: tierra fresca, estrellas, el sabor de la infusión de Rosalía bajando por la garganta de Carmela. Le llegó la presión de la tierra cayendo sobre el pecho, sobre los hombros, sobre la cara. Le llegó el pensamiento final: mi hija se llama Vega.

Abrió los ojos.

Las estrellas del techo eran las de la lámpara de Olivia, que proyectaba su luz a través de la pared hasta el cuarto de Vega por la rendija de debajo de la puerta. Estrellas falsas, de plástico, que giraban a pilas y que no se parecían en nada al cielo de agosto de los Ancares que fue lo último que Carmela vio antes de cerrar los ojos.

Se giró de lado. La almohada olía a suavizante. El colchón no latía. La habitación estaba en silencio salvo por el zumbido del frigorífico y el goteo del grifo de Tomás y el ruido lejano de un coche en la calle, sonidos de superficie, sonidos que viajaban por el aire y no por la tierra.

No durmió.

A las dos de la mañana se levantó. Fue a la cocina. Se sentó en el suelo.

Las baldosas estaban a doce grados. Frías. Duras. Sin nada dentro ni debajo ni alrededor que respondiera al peso de su cuerpo con otra cosa que no fuera la resistencia pasiva de un material inerte que soporta lo que le echen encima sin devolver nada.

Puso las manos en el suelo. Las palmas abiertas. Buscando.

Nada.

Obviamente nada. Debajo de estas baldosas no había filamentos ni red ni parcelas ni cuerpos que latían en estasis. Debajo de estas baldosas había cemento y tuberías de PVC y cable eléctrico y la instalación de gas que pasaba la ITV cada cinco años, y nada de eso iba a pulsarle en las palmas por más que las apretara contra el suelo.

Se quedó así quince minutos. Las manos en las baldosas frías. Los ojos cerrados. Buscando un pulso que estaba a cuatrocientos kilómetros y que ni siquiera era ya un pulso de verdad sino el residuo de un cuerpo vacío que la red procesaba por inercia.

A las dos y cuarto oyó los pies de Olivia en el pasillo.

Pequeños, descalzos, con ese arrastre que tienen los pies de los niños que se levantan dormidos y que caminan sin levantar las plantas del suelo, deslizándose, como patinadores diminutos en un hielo de baldosa.

Olivia apareció en la puerta de la cocina. Con el pijama de estrellas. Los ojos medio cerrados. El pelo en la cara.

—¿Mamá?

—Estoy aquí, bichito.

—¿Qué haces en el suelo?

Vega se miró. Las manos en las baldosas. Las piernas cruzadas. La postura de alguien que está sentada en el suelo de una cocina a las dos de la mañana buscando algo que no existe en este suelo.

—No podía dormir.

—¿Y te has sentado en el suelo?

—Es una costumbre del pueblo.

—Es una costumbre rara.

—Sí.

Olivia se acercó. Se sentó al lado de Vega en el suelo. Las baldosas frías le dieron en las piernas desnudas y se contrajo un segundo —brrr— y después se ajustó, como se ajustan los niños a todo, con la flexibilidad de los que todavía no han decidido qué es cómodo y qué no.

—El suelo está frío —dijo.

—Sí.

—En el pueblo el suelo estaba caliente, ¿verdad?

Vega giró la cabeza. Olivia la miraba con los ojos medio cerrados del sueño pero con esa atención de fondo que los niños nunca apagan del todo, la atención periférica que registra las cosas que los adultos dicen sin decir y que los niños oyen sin escuchar y que se queda en algún sitio del cerebro donde fermenta hasta que un día, a las dos de la mañana en un suelo frío, sale.

—¿Cómo lo sabes?
—Porque en el sueño de la abuela el suelo estaba caliente. Y tú hueles como el sueño.

Vega no contestó. Olivia se recostó contra su hombro. El peso de treinta y dos kilos contra el brazo de Vega, cálido, blando, vivo, con el pulso rápido de un corazón de nueve años que latía a setenta por minuto y que no se parecía en nada al pulso de la red —ni la cadencia ni la profundidad ni lo que significaba— pero que era un pulso, un latido, algo que decía estoy aquí con la misma insistencia.
—Vuelve a la cama, bichito.
—¿Vienes?
—Voy.

Se levantaron del suelo. Olivia le cogió la mano. La mano de Vega estaba fría de las baldosas; la de Olivia estaba caliente de la cama. El contraste fue un fogonazo que le recorrió el brazo y le llegó al pecho y que se parecía —no igual, no de la misma forma, pero se parecía— a lo que sentía cuando ponía las manos en la pizarra de la cocina de Carmela: calor que viene de otro ser vivo y que te entra por la piel y te dice que no estás sola.

Fueron al cuarto de Olivia. Se tumbaron las dos en la cama de noventa que era demasiado estrecha para dos personas pero que con los niños funciona porque los niños se pliegan y se adaptan y se meten en los huecos que los adultos dejan. Olivia se acurrucó contra el costado de Vega con la cabeza en su hombro y las piernas enredadas en las suyas y el pelo de fresa debajo de la barbilla de Vega, y se durmió en dos minutos.

Vega no durmió.

Se quedó con los ojos abiertos mirando las estrellas de la lámpara girar en el techo, falsas, de plástico, y pensó en las estrellas de agosto que Carmela vio antes de cerrar los ojos, y en el hoyo, y en la tierra cayendo, y en Bieito que a estas horas llevaría seis horas debajo con los filamentos entrándole por la piel de la camisa azul de cuadros.

Espanto.

Rosalía había dicho espanto.

¿Bieito estaba sintiendo espanto ahora, a cuatrocientos kilómetros, debajo de un huerto, mientras Vega estaba tumbada en una cama de noventa con su hija dormida y las estrellas de plástico girando en el techo? ¿Los filamentos le estaban entrando por los brazos y por las piernas y empezando a extraer lo que Bieito tenía dentro, que era rabia y orujo y la memoria de una madre que le olió el pelo y treinta y seis años de dolor sin nombre?

¿Le dolía?

¿Le estaban separando de sí mismo en este momento, despacio, como una tuerca que alguien gira, mientras Vega estaba caliente y a salvo y con su hija al lado?

Se tapó la cara con la mano libre —la otra la tenía Olivia, agarrada, sin soltarla ni dormida— y apretó los ojos contra la palma y pensó: basta. Ya está. Estás aquí. Estás con Olivia. Estás donde tienes que estar. Basta.

Pero el olor dulce seguía ahí. En la piel, en el pelo, en la palma de la mano que apretaba contra los ojos. El olor del monte, de los frutos, de la red, de lo que quedaba de Carmela dentro de Vega y de lo que estaba empezando a ser Bieito debajo de la tierra.

El olor no se fue.

Vega durmió cuarenta minutos esa noche.

Los otros cuatrocientos los pasó con los ojos abiertos, con Olivia pegada a su costado y las estrellas de plástico girando y el suelo frío debajo de la cama y la certeza creciente, como una fiebre que sube, de que volver a Santiago no era lo mismo que salir de la aldea. Que había salido con el coche y con la maleta y con el cuerpo pero que algo se había quedado, algo que no cabía en un maletero ni en una mochila, algo que estaba metido en la piel y en los receptores y en la memoria y en los recuerdos de Carmela que se movían dentro de su cabeza como gatos en una casa nueva.

Había salido del monte.

Pero el monte no había salido de ella.

25

Santiago

Las primeras cuarenta y ocho horas fueron soportables.

El lunes recogió a Olivia del cole y fueron a merendar al bar de abajo y Olivia le contó que Lúa y ella habían inventado un sistema de justicia para el recreo basado en piedra-papel-tijera con apelación ante un tribunal de dos niñas y un niño que se llamaba Marcos y que siempre fallaba a favor de quien le diera la mitad del bocadillo. El martes reprogramó las citas de la consulta y pasó tres horas al teléfono con la secretaria explicándole que había tenido una emergencia familiar sin dar detalles. El miércoles volvió a la consulta, atendió a cuatro pacientes, rellenó informes, tomó café de máquina, salió a las siete y compró pechugas de pollo y brócoli para la cena.

Normalidad. El circuito cerrado de la vida de antes: consulta, cole, compra, cena, cuento, cama. Las piezas encajaban. Las horas se llenaban. El cuerpo hacía lo que se le pedía sin quejarse más de lo necesario.

El dolor de cabeza volvió el martes por la noche, pero era suave, un zumbido de fondo que Vega silenció con ibuprofeno y que no le impidió funcionar. Los hombros subieron medio centímetro el miércoles, pero la tensión era manejable, del tipo que un baño caliente y un diazepam le quitaban durante unas horas. El insomnio era peor: dormía cuatro horas, cinco si tomaba la pastilla, con despertares a las tres que la dejaban mirando el techo con la mandíbula dura y las manos agarrando las sábanas.

Pero soportable. Todo soportable. Rosalía le había dicho semanas y Vega era neuropsicóloga y sabía que los cuadros de abstinencia tienen pico y meseta y descenso, y que lo que hay que

hacer es aguantar el pico y esperar a la meseta y después la bajada viene sola, como la fiebre.

El jueves se rompió.

No fue dramático. No fue un colapso en mitad de la consulta ni un llanto en el supermercado ni una crisis que alguien pudiera ver y diagnosticar. Fue algo más pequeño y más preciso: un olor.

Estaba haciendo la cena —pasta con tomate, la pasta asquerosa que Tomás hacía cuando le tocaba y que Vega hacía igual de mal porque ninguno de los dos había heredado la mano de nadie para la cocina— y abrió un bote de tomate frito del Mercadona y el olor que salió fue tomate frito del Mercadona: aceite de girasol, sal, conservante, nada que no estuviera en la etiqueta.

Pero debajo del tomate, debajo del aceite, debajo de la sal, Vega olió otra cosa. Un fondo dulce. Orgánico. Con un punto de fermentación que le activó un receptor de la memoria olfativa que llevaba cuatro días dormido y que se despertó de golpe con la violencia de un músculo que lleva demasiado tiempo en tensión y que al soltarse lo hace con un espasmo.

No era el olor del monte. No exactamente. Era el fantasma del olor del monte: una versión neurológica, generada por un cerebro que había recibido ese estímulo a dosis altas durante tres semanas y que ahora, privado de la fuente, lo fabricaba él mismo a partir de cualquier input que se le pareciera lo suficiente. Un tomate frito de bote era lo bastante orgánico, lo bastante dulce, lo bastante cercano al registro del olor de los frutos como para que el cerebro de Vega hiciera el resto y completara el patrón con lo que le faltaba.

Se quedó de pie en la cocina con el bote en la mano y el olor falso llenándole la cabeza y un deseo tan intenso que le flaquearon las rodillas: quería estar de pie descalza en la cocina de Carmela con el suelo caliente debajo y el olor de verdad llegándole desde abajo y el pulso subiéndole por las plantas de los pies con su cadencia de tres segundos.

Dejó el bote en la encimera. Se agarró al borde del fregadero. Respiró.

—¿Mamá?

Olivia estaba en la puerta de la cocina con el cuaderno de deberes en la mano y la cara de una niña que ve a su madre agarrada al fregadero como si fuera un salvavidas.

—Estoy bien. Se me ha ido la cabeza un momento.

—¿Otra vez?

El «otra vez» le dolió más que el olor. Significaba que Olivia lo había notado antes. Que los despertares a las tres, los silencios de las cenas, las miradas perdidas mientras fregaba o mientras Olivia le contaba algo y Vega asentía sin escuchar porque lo que escuchaba era otra cosa, un murmullo interior que no era voz ni sonido sino la ausencia de un pulso que antes estaba y que ahora no: todo eso lo había notado una niña de nueve años con la precisión de un sismógrafo de bolsillo.

—No es nada, bichito.

—Papá dice que cuando dices «no es nada» es cuando más es algo.

Vega soltó el fregadero. Se agachó. Le puso las manos en los hombros.

—Es que echo de menos el pueblo. Eso es todo.

Olivia la miró con los ojos que se achican.

—Llevas cuatro días aquí y ya lo echas de menos.

—Sí.

—¿Más que a mí cuando estabas allí?

Vega no contestó inmediatamente. No porque dudara —la respuesta era no, la respuesta era siempre no, Olivia era lo que más importaba y lo que más pesaba y la razón por la que había vuelto— sino porque la pregunta le tocó el nervio exacto que llevaba cuatro días protegiéndose: el nervio de la comparación, el del peso relativo, el del medio segundo que había tardado en contestar cuando Olivia le preguntó si la quería más que al pueblo raro.

—No, bichito. A nadie más que a ti.

—Vale. —El vale antiguo. El de antes. Con la cola de aceptación que tiene el vale de los niños que creen a sus madres porque la alternativa es demasiado cara—. ¿Hacemos la pasta?

—Hacemos la pasta.

Hicieron la pasta. Cenaron. La pasta sabía a pasta y el tomate sabía a tomate y la cena sabía a cena y nada sabía a caldo de

domingo ni a leche con miel ni a nada que viniera de debajo de la tierra, y Vega masticó y tragó y limpió y acostó a Olivia y le hizo la trenza del día siguiente y le leyó una página del libro que estaban leyendo —un libro de un ratón que viaja en globo, que Olivia llevaba pidiendo desde septiembre y que Vega no recordaba haber comprado pero que estaba en la mesilla con un marcapáginas en la página treinta y siete—, y cuando Olivia se durmió, Vega bajó a la cocina y se sentó en el suelo.

Las baldosas frías.

Doce grados.

Nada.

El viernes fue peor. El sábado fue peor que el viernes. El domingo fue el día en que Vega se dio cuenta de que no estaba mejorando.

La abstinencia no seguía la curva que le habían enseñado en la facultad. No tenía pico y meseta y descenso. Tenía pico y otro pico más alto y otro más alto todavía, sin rellano donde parar a respirar. El dolor de cabeza pasó de zumbido a pulsación a las cuarenta y ocho horas y se instaló detrás de los ojos con la constancia de un inquilino que ha firmado un contrato largo. Los hombros subieron un centímetro más y se quedaron ahí, agarrotados, con los trapecios duros como tablas. El insomnio dejó de responder al diazepam el viernes por la noche y a la melatonina el sábado y al truco de contar respiraciones el domingo, y Vega se encontró durmiendo dos horas, hora y media, cuarenta minutos, con despertares que la dejaban sentada en la cama con el corazón acelerado y las manos buscando el colchón como si buscaran la pizarra.

Pero lo peor no eran los síntomas físicos. Lo peor era lo otro.

Los recuerdos de Carmela.

Durante los primeros días en Santiago se habían comportado como invitados educados: se movían por la noche, le dejaban imágenes sueltas que se disipaban con la luz de la mañana, y se retiraban durante las horas de consulta y de cole y de vida normal como quien se esconde en la habitación de invitados cuando hay gente. Pero a partir del jueves dejaron de esconderse.

Le llegaban en mitad de la consulta: el olor a laurel mientras un paciente le describía sus ataques de pánico, y de pronto Vega no estaba en la consulta sino en la cocina de Carmela viendo a su madre echar el pimentón al final del caldo con ese gesto de muñeca que era exactamente como el suyo cuando espolvoreaba sal sobre la pasta. Le llegaban en el supermercado: la textura de una patata en la mano que le activaba el recuerdo de las patatas del huerto de Carmela, calientes, con ese fondo dulce de todo lo que crecía allí, y durante tres segundos la sección de verduras del Mercadona se convertía en el huerto trasero de la casa y Vega estaba de pie descalza sobre la tierra caliente y el pulso le subía por los pies.

Tres segundos. Después volvía. Pero cada vez tardaba más en volver y cada vez los tres segundos dejaban más residuo, como una ola que moja más arena cada vez que entra.

El domingo por la noche, tumbada en la cama mirando el techo, Vega reconoció lo que le pasaba.

No era solo abstinencia química. Era duelo complicado superpuesto a un trastorno de estrés agudo superpuesto a una dependencia de sustancias no clasificadas, y los tres cuadros se retroalimentaban como tres fuegos en una habitación cerrada que comparten el mismo oxígeno y que cuanto más consume uno más fuertes se hacen los otros.

Necesitaba ayuda profesional.

Era neuropsicóloga. Lo sabía. Sabía que lo que le pasaba requería intervención, que autodiagnosticarse es lo peor que puede hacer un profesional de la salud mental, que el médico que se trata a sí mismo tiene un imbécil por paciente. Lo sabía y no hizo nada, porque hacer algo habría sido sentarse delante de un colega y contarle que había pasado tres semanas en una aldea de los Ancares comiendo frutos que crecían de personas enterradas vivas y que la sustancia le había reconfigurado el cerebro y que ahora tenía dentro de la cabeza los recuerdos de su madre muerta que no estaba muerta sino debajo de un huerto y que un hombre se había metido en un agujero en la tierra delante de ella y que—

No. No podía contarlo. No a un colega. No a nadie.

Lo que pasaba en la aldea no cabía en un informe clínico. Lo que pasaba en la aldea no cabía en ningún sitio que no fuera la aldea.

El lunes de la segunda semana, Olivia dejó de hacer preguntas.

Vega lo notó porque la ausencia de preguntas de Olivia era más ruidosa que sus preguntas. Olivia preguntaba todo, todo el tiempo, con la voracidad de un cerebro de nueve años que funciona . Aspiraba información: por qué el cielo es azul, por qué el perro del vecino ladra solo los martes, por qué la profesora de mates tiene un ojo más grande que el otro, por qué la pasta de papá sabe peor que la de mamá si usan la misma marca. Dejar de preguntar era dejar de ser Olivia.

Pero dejó de preguntar sobre Vega.

No sobre el mundo: sobre su madre. Dejó de preguntar por qué dormía tan poco. Dejó de preguntar por qué se sentaba en el suelo de la cocina a las tres de la mañana. Dejó de preguntar por qué olía raro, por qué miraba el suelo, por qué se quedaba parada en mitad de fregar los platos con las manos debajo del chorro de agua caliente y los ojos cerrados como si el agua caliente del grifo pudiera suplir algo que el grifo no contenía.

Dejó de preguntar porque a los nueve años aprendes que hay preguntas cuyas respuestas te dan miedo. Y Olivia, que no sabía nada de filamentos ni de parcelas ni de organismos subterráneos, sabía con la inteligencia visceral de los niños que algo le pasaba a su madre que las preguntas no iban a arreglar.

En vez de preguntar, observaba.

Vega la pillaba mirándola. Desde la puerta de la cocina mientras Vega estaba sentada en el suelo. Desde el pasillo mientras Vega hablaba sola en el baño —no hablaba sola: le hablaba a Carmela, a los recuerdos de Carmela que se movían dentro de su cabeza y que a veces respondían con ráfagas de olor o de temperatura que le hacían decir cosas en voz alta sin darse cuenta—. Desde la cama, por la noche, cuando Vega se levantaba al baño a las tres y Olivia tenía los ojos abiertos en la oscuridad y no decía nada, solo la miraba pasar con la atención inmóvil de un animal que vigila desde la madriguera.

El miércoles de la segunda semana, Vega estaba en la cocina preparando la merienda cuando Olivia entró y se sentó a la mesa y dijo:

—He soñado con la abuela otra vez.

Vega dejó el cuchillo en la tabla de cortar. El pan a medio partir. Las manos quietas.

—¿Con la misma abuela?

—Sí. La del pelo largo. La de la cocina con la olla grande. —Olivia hablaba con la voz de los sueños recientes, todavía cerca, con esa textura medio acuática de lo que se recuerda antes de que se seque —. Pero esta vez estaba más lejos. Antes estaba en la cocina y yo estaba con ella. Esta vez yo estaba fuera mirando por la ventana y ella estaba dentro pero se veía borrosa. Como cuando se empaña el cristal.

—¿Te dijo algo?

—No. Pero hizo algo. Estaba cocinando y se paró y me miró por la ventana y se tocó el pecho. Aquí. —Olivia se puso la mano en el esternón—. Se tocó aquí y sonrió. Y después la cocina se llenó de niebla y ya no la vi más.

Vega se apoyó contra la encimera. El esternón. Carmela se tocaba el pecho. El gesto que Vega hacía cuando algo la emocionaba y que no sabía que era herencia: la mano en el centro del pecho, sobre el hueso, donde el corazón se siente más cerca de la piel.

—¿Estás triste, mamá?

—No.

—¿Por qué lloras entonces?

No se había dado cuenta. Otra vez. Las lágrimas salían sin permiso y sin aviso, y le mojaban las mejillas con la constancia de algo automático que ya no necesita emoción para activarse.

—Es que la abuela me pone triste, bichito.

—Pues dile que no te ponga triste.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no depende de mí.

Olivia la miró un momento largo. Después se levantó de la mesa, fue a la nevera, sacó el bote de miel del Mercadona, lo puso delante

de Vega y dijo:
—Toma. Para que estés menos triste.

Vega miró la miel. El bote de cristal con la etiqueta medio despegada. Miel industrial, clara, que no se parecía en nada a la miel de Suso ni al licor de los frutos ni a nada que viniera del monte. Pero Olivia se lo estaba ofreciendo con la lógica de los nueve años: mamá está triste, la miel hace que las cosas sepan mejor, si mamá come miel estará menos triste.
—Gracias, bichito.

No la abrió.

La tercera semana fue la de los sueños.

No los de Olivia: los de Vega. Sueños que no eran sueños sino los recuerdos de Carmela escapándose del cajón donde los había metido y desplegándose con la libertad de lo que ya no acepta estar guardado. Soñaba con la aldea: los huertos, los muros, las bocas con los frutos brillando en la niebla. Soñaba con la cueva: los filamentos pulsando en las paredes, el calor húmedo, el olor. Soñaba con la cocina de Carmela: el suelo caliente, el reloj parado en las cuatro y veinte, la lata de Fontaneda en el aparador.

Y soñaba con la tierra.

Con estar debajo. Con la oscuridad completa y el calor envolvente y la presión de la tierra sobre el pecho que no era dolor sino abrazo, y los filamentos entrando despacio por los brazos y por las piernas y por el cuero cabelludo con un cosquilleo que no era desagradable sino íntimo, como dedos finos que te recorren la piel buscando dónde agarrarse. Y debajo de todo, debajo de la tierra y de los filamentos y de la oscuridad, la presencia de Carmela: no el contorno que Rosalía había descrito, no la marca del mueble en la pared, sino Carmela entera, joven, con el pelo oscuro y la risa de la cocina de 1991 y el caldo y la leche con miel y las manos finas y frescas en la frente de Vega comprobando la temperatura.

Se despertaba de esos sueños con el cuerpo caliente y las manos cerradas y una felicidad tan completa que los primeros tres segundos de vigilia, antes de que la habitación de Santiago se materializara alrededor con sus paredes blancas y su fluorescente y su olor a suavizante, eran los tres segundos más plenos de su día.

Después llegaban los otros ochenta y seis mil trescientos noventa y siete segundos, que eran frío y baldosa y café de máquina y pacientes que le hablaban de sus miedos mientras ella pensaba en los suyos.

Perdió dos kilos. Dejó de cocinar: compraba comida preparada en el Mercadona y la calentaba en el microondas y ni Olivia ni ella comentaban que la pasta del Mercadona sabía mejor que la que hacía Vega porque Vega ya no hacía pasta ni nada que requiriera encender un fogón y oler cosas que le activaran el fantasma.

Las llamadas a Olivia se acortaron.

No las de fuera, porque ya no había fuera: estaba en Santiago, estaba con Olivia, las llamadas eran de pasillo a salón, de cocina a dormitorio. Pero las conversaciones se encogían. No porque Olivia hablara menos —Olivia seguía hablando con la misma densidad de siempre, un flujo continuo de información sobre Lúa y el tribunal de piedra-papel-tijera y el ratón del globo y las trenzas que papá hacía al revés— sino porque Vega escuchaba menos. Estaba ahí pero no estaba ahí, sentada en el sofá con su hija al lado pero con la cabeza a cuatrocientos kilómetros, en una cocina con el suelo caliente y un reloj parado en las cuatro y veinte y un olor dulce que el suavizante de Santiago no podía replicar.

Olivia lo notó.

Lo notó porque los niños notan todo lo que importa y lo que importaba era que su madre estaba delante pero no estaba dentro, como una casa con las luces encendidas y nadie en las habitaciones.

El viernes de la tercera semana, tres semanas exactas después de volver, Olivia se sentó en el sofá junto a Vega y le quitó el teléfono de la mano —Vega estaba mirando fotos de la aldea que había sacado con el móvil, las pocas que tenía: el huerto, la puerta de la casa, los frutos en las bocas del muro, la vista del monte desde el camino de Rosalía— y lo dejó boca abajo en la mesita y le dijo:
—Mamá, tienes que volver.

Vega la miró.
—¿Qué?
—Al pueblo. Tienes que volver al pueblo.
—Olivia, no voy a volver al pueblo. Estoy aquí contigo.

—Estás aquí pero no estás conmigo. —Lo dijo con la calma de quien lleva semanas formulando una frase y que al fin la suelta, y la frase sale limpia, sin bordes, con la forma exacta de lo que significa—. Estás mirando el suelo todo el rato. No duermes. No cocinas. No te ríes. Cuando te cuento cosas asientes pero no me oyes. Hueles diferente. Tienes los ojos raros. Y cada noche te sientas en el suelo de la cocina como si estuvieras esperando que el suelo haga algo.

Vega abrió la boca.

—Papá dice que cuando alguien echa tanto de menos un sitio que se pone enfermo es porque una parte de esa persona se ha quedado ahí. —Olivia la miraba sin parpadear—. ¿Se te ha quedado una parte en el pueblo, mamá?

Vega no pudo mentirle.

No porque no supiera mentir: sabía. Llevaba quince años manejando verdades difíciles con pacientes, con colegas, con Tomás durante el divorcio. Sabía dosificar, omitir, reformular. Pero Olivia no era un paciente ni un colega. Olivia era la persona que más cerca estaba de la verdad de Vega porque la miraba sin filtro, sin las capas de educación y de cortesía que los adultos ponen entre lo que ven y lo que dicen, y lo que Olivia veía era exactamente lo que había: una madre a medias.

—Sí.

Lo dijo y al decirlo sintió algo que no esperaba: alivio. El mismo tipo de alivio que sentían sus pacientes cuando por fin decían en voz alta lo que llevaban meses callando: no el alivio de resolver el problema sino el de dejar de fingir que no existe.

—Entonces vuelve a buscarla.

—No es tan fácil, bichito.

—¿Por qué?

—Porque si vuelvo, a lo mejor no vuelvo.

La frase salió antes de que pudiera retenerla. Salió del mismo sitio del que salían las cosas verdaderas, del sitio que no consultaba con la cabeza, y al oírla Vega supo dos cosas al mismo tiempo: que no debería habérsela dicho a una niña de nueve años, y que era la primera frase completamente honesta que decía desde que había vuelto de la aldea.

Olivia no lloró. No gritó. No dijo vale con su vale seco de las semanas malas. Hizo algo peor: se quedó callada. El tipo de callada que no es silencio sino procesamiento, el ruido interior de un cerebro de nueve años encajando una pieza que cambia el dibujo del puzzle y que necesita unos segundos para ver la imagen nueva.

—¿Como la abuela?

—¿Qué?

—La abuela del sueño. La que estaba en la cocina y se fue a no sé dónde y no volvió. —Olivia la miraba con una seriedad que no era de nueve años sino de algo más viejo, del linaje de mujeres que miran cosas difíciles sin apartar los ojos—. ¿Tú vas a hacer lo mismo que ella?

Vega le cogió las manos. Pequeñas, calientes, con los dedos manchados de rotulador rojo del calendario donde ya no tachaba días porque había dejado de contar.

—No, bichito. No voy a hacer lo mismo que ella. Te lo prometo.

—¿La última promesa era la última?

—Sí.

—Pues esta no la puedes hacer.

Nueve años. La lógica incorruptible de nueve años: si la última promesa era la última, no puede haber otra última. Las promesas se gastan. Las que se rompen no se reponen. Y Vega ya había gastado todas las suyas en las llamadas desde la aldea y en el viernes que no cumplió y en el «mañana» que se convirtió en tres mañanas más, y ahora la reserva estaba vacía y lo que dijera ya no tenía el respaldo de la confianza que una vez hubo y que Vega fue vaciando gota a gota.

—Entonces no prometo —dijo Vega—. Te digo.

—¿Qué me dices?

—Que te quiero. Que eso no se va aunque yo me vaya. Que lo que hay entre tú y yo no necesita que estemos en el mismo sitio para existir, porque existe desde antes de que tú nacieras y va a seguir existiendo después de todo lo que pase.

Olivia la miró. Los ojos que se achican. La boca de Carmela. Los pómulos de la abuela que no conoció pero que soñaba.

—Eso es muy bonito, mamá. Pero no es lo mismo que estar aquí.

No.

No era lo mismo.

Y Olivia lo sabía y Vega lo sabía y las dos lo sabían sentadas en un sofá de Santiago a las siete de la tarde de un viernes de marzo con la tele apagada y el suavizante en el aire y el bote de miel del Mercadona en la encimera de la cocina, cerrado, sin abrir, igual que lo había dejado Olivia dos semanas atrás como ofrenda contra una tristeza que la miel industrial no podía curar.

Esa noche Vega no se sentó en el suelo de la cocina.

Se metió en la cama de Olivia. La niña se corrió hacia la pared para hacerle sitio sin despertarse del todo, con el movimiento automático de los cuerpos que saben acomodarse al calor de otro cuerpo, y Vega se tumbó de lado mirándola dormir y pensó que esto era lo que Carmela había hecho la noche antes de firmar: sentarse en el borde de la cama de su hija, mirarla dormir, memorizar la forma de la boca abierta y la línea del pelo en la almohada y el sonido de la respiración de una niña que no sabe que mañana su madre va a hacer algo que cambiará las dos vidas para siempre.

El recuerdo le vino sin buscarlo. No de fuera: de dentro. El recuerdo de Carmela mirando a Vega dormida, transferido a través del contacto con la cara enterrada, almacenado en el córtex de Vega, y ahora superponiéndose a lo que veía —Olivia dormida— como un calco que encaja sobre el dibujo original y que muestra que las dos imágenes son la misma, separadas por treinta años y por la decisión que las une.

Quiero que seas libre.

¿Era libre?

Estaba en Santiago. Estaba con su hija. El coche estaba aparcado abajo. La consulta estaba abierta. Los pacientes seguían viniendo. Las facturas se pagaban. El mundo funcionaba.

Pero el suelo estaba frío y la comida sabía a nada y el aire olía a suavizante y no a monte y los sueños eran de tierra caliente y de filamentos y de Carmela entera y joven sonriéndole desde una cocina que solo existía debajo de un huerto de los Ancares, y cada mañana al despertar los tres primeros segundos de felicidad se convertían en las dieciséis horas restantes de algo que no era

infelicidad sino una versión de vivir a medio gas, como un motor que funciona pero que le falta un cilindro y que hace más ruido del que debería y que consume más combustible del que tiene.

Vega cerró los ojos.

Olivia dormida a su lado. La respiración rápida de nueve años. El olor a fresa. Las piernas enredadas en las suyas. El calor de un cuerpo que latía con el pulso de un corazón que no tenía nada que ver con la red y que era todo lo que Vega tenía arriba y todo lo que la retenía en la superficie.

Pero debajo de la superficie, a cuatrocientos kilómetros, en un huerto de una aldea sin nombre en los Ancares, la tierra estaba caliente. Bieito llevaba tres semanas debajo. Los frutos estarían creciendo en las bocas del muro con el vigor de una parcela nueva. El licor sería fresco, potente, del que abre las manos y aclara los ojos y hace dormir a los que no pueden. Herbal tendría las manos abiertas. Flor vería. Suso caminaría recto. Rosalía dormiría.

Y los frutos de la parcela nueva sabrían a algo. A lo que Bieito tenía dentro. Al orujo y a la rabia y al pelo de su madre entre las cerdas de un cepillo y al guiso de Navidad que empezaba en octubre y a la frase más triste del mundo: la vaca necesita sal.

¿A qué sabría un fruto hecho de Bieito?

Vega abrió los ojos en la oscuridad.

A whisky, pensó. A whisky barato y a cigarrillos fríos y a jabón de gasolinera y a la risa de un hombre que se ríe por primera vez en años porque va a hacer lo único que tiene sentido. Un fruto con sabor a Bieito sería lo más amargo y lo más honesto que el monte hubiera producido nunca.

Se levantó de la cama de Olivia. Fue al baño. Se miró en el espejo.

La mujer del espejo la miró desde el otro lado con los ojos un punto demasiado abiertos y la piel con el brillo que no se iba y el olor que el jabón no quitaba. Una mujer que había salido del monte hacía tres semanas y que cada noche se parecía más a la montaña y menos a la ciudad. Una mujer que tenía dentro los recuerdos de su madre y fuera una hija que dormía en la habitación de al lado y que

le había dicho, con la precisión de quien señala un hueso roto en una radiografía: se te ha quedado una parte en el pueblo.

Se te ha quedado una parte.

No. No se le había quedado una parte. Se le había metido una parte nueva. Los recuerdos de Carmela, la sustancia de los filamentos, el calor de tres semanas de suelo caliente debajo de los pies, la noche en el huerto con la espalda contra la tierra y el sabor de la leche subiendo por las manos, la excavación y la cara de Carmela y el torrente: todo eso estaba dentro de Vega y no iba a irse porque no era un huésped sino un inquilino que había firmado contrato y que no se marchaba por más suavizante y fluorescente y baldosa fría que le pusieran encima.

El monte recuerda lo que tú olvidaste.

Y lo que el monte recordaba estaba ahora dentro de Vega, recordándole cada noche que había un sitio donde el suelo estaba caliente y el caldo sabía a domingo y los frutos sabían a casa y una red de filamentos más vieja que cualquier historia humana latía debajo de todo con la paciencia de algo que sabe que lo que necesita acabará viniendo.

Se lavó la cara con agua fría.

Volvió a la cama de Olivia. Se tumbó. Le olió el pelo. Fresa.

Cerró los ojos.

No durmió.

26

Las bocas

Salió de Santiago un sábado a las cinco de la mañana, con Olivia dormida en la habitación de al lado y una nota en la mesa de la cocina que decía:

«Tomás: me llevo el coche. Cuida a Olivia. No me busques en la aldea. Si vienen preguntas, diles que me fui a cuidar la casa de mi madre. Es la verdad.»

No le dejó nota a Olivia.

No porque no tuviera cosas que decirle. Porque las cosas que tenía que decirle no cabían en una nota y porque cualquier frase que pusiera sobre el papel iba a sonar a despedida y si sonaba a despedida significaba que era una despedida y si era una despedida significaba que Vega sabía lo que iba a hacer y todavía no lo sabía, todavía no del todo, todavía había un margen entre lo que el cuerpo le pedía y lo que la cabeza estaba dispuesta a conceder, un margen tan estrecho que cabía por él de perfil pero no de frente.

Condujo.

La autopista a las cinco de la mañana de un sábado era una cinta de asfalto vacía con las farolas encendidas y la niebla de Galicia pegada al parabrisas espesa, opaca. El coche olía a caramelos de menta y a ambientador de pino y al fondo, debajo de todo, al olor dulce que llevaba tres semanas metido en la tapicería y que ningún ambientador tapaba y que cada kilómetro que se acercaba a la sierra se iba haciendo más presente, más nítido, con la nitidez de una emisora que se va afinando.

Pasó Ponferrada a las ocho. La carretera nacional después, estrecha, con las curvas cerradas de la entrada a los Ancares. El

primer castaño grande apareció a los veinte minutos: uno de tronco enorme, negro, con las raíces asomando por el talud de la carretera como nudillos. Después otro. Después el bosque.

La pista de barro empezó donde terminaba el asfalto.

El coche subió despacio, en segunda, con los neumáticos mordiendo el barro que la lluvia de la noche había reblandecido. El arroyo estaba más crecido que la última vez y los bajos golpearon contra las piedras con un ruido que hizo vibrar todo el chasis. Después la subida entre los castaños, la curva ciega donde la pista se estrechaba hasta dejar sitio para un solo coche, el tramo final donde la pendiente apretaba y el motor subió de revoluciones con el esfuerzo de algo que sube una cuesta que preferiría no subir.

El olor entró por las juntas del coche antes de que Vega viera la aldea.

Dulce. Orgánico. Con el fondo de fermentación que ya conocía mejor que su propio olor. Le entró por la nariz y le bajó por la garganta y le llegó al estómago con el calor de algo que vuelve a su sitio, y los hombros bajaron y la mandíbula aflojó y el dolor de cabeza que llevaba tres semanas instalado detrás de los ojos se deshizo en cuatro segundos con la eficiencia de algo que sabe exactamente qué tiene que deshacer.

Aparcó en la explanada.

Se bajó del coche.

Los huertos estaban verdes. Más verdes que cuando se fue, más verdes que en toda su estancia. La parcela nueva —la de Bieito, que ya no era la de Bieito sino la de la eira, como todas las parcelas que llevaban el nombre del sitio y no el de la persona— irradiaba un calor que se sentía desde la explanada, diez metros arriba, un calor que subía del suelo como el vaho de una boca enorme que exhala despacio. Los frutos de las bocas del muro brillaban con la potencia de los primeros días: grandes, rosados, con las venas visibles y el pulso rítmico de la red latiendo dentro de cada uno como un corazón del tamaño de una ciruela.

Herbal estaba en la puerta de su casa.

Con las manos abiertas.

Las dos manos abiertas, con los dedos extendidos y las articulaciones funcionando y los nudillos sin la blancura de la presión que los había tenido cerrados durante las últimas semanas de Vega en la aldea. Las manos de un hombre al que el licor nuevo le ha devuelto lo que el licor viejo ya no podía darle.

No dijo nada.

No dijo «sabía que volverías.» No dijo «te estábamos esperando.» No dijo ninguna de las frases que Vega había imaginado durante las tres horas y media de autopista, las frases de maestro viejo que lo sabe todo y que ha preparado cada pieza del rompecabezas para que la última caiga sola. No dijo nada porque lo que había en su cara no era triunfo ni satisfacción sino algo más viejo y más cansado: el reconocimiento de algo que ya ha pasado antes y que va a seguir pasando y que él no puede evitar aunque quisiera.

Vega pasó de largo.

Fue directa a la casa de Carmela. La puerta estaba cerrada con la llave que había dejado debajo de la maceta del escalón, en el mismo sitio donde la ponían todos los vecinos, porque en esta aldea las llaves eran una formalidad que la confianza hacía innecesaria. La giró. Entró.

La cocina estaba caliente.

No los diecinueve grados del último día. Caliente de verdad: veinticinco, veintiséis, con un pulso debajo de la pizarra que le subió por las plantas de los pies descalzos —se había quitado los zapatos en la puerta, antes de pensar, antes de decidir, con el automatismo de un gesto que había practicado durante tres semanas y que tres semanas más no habían borrado— y le recorrió las piernas y el torso y le llegó al pecho con la contundencia de un abrazo que viene de abajo.

Se quedó de pie en la cocina. El reloj de péndulo parado en las cuatro y veinte. La lata de Fontaneda en el aparador, donde la había dejado. La botella vacía en la encimera, la que había vaciado por el fregadero la segunda semana, que nadie había tirado.

Todo igual. Todo en su sitio. Como si la casa la hubiera estado esperando con la paciencia de las casas, que no se impacientan

porque no tienen prisa.

Fue al huerto.

Los frutos de la parcela de Carmela seguían ahí. Más pequeños que antes, más débiles, pero ahí. Y junto a ellos, en las bocas del muro que lindaba con la eira, frutos nuevos: grandes, brillantes, hinchados de la energía de una parcela fresca. Los frutos de Bieito.

Cogió uno.

Lo mordió.

Whisky.

No el whisky de botella, el de bar, el que sabe a madera y a turba y a la versión industrial de algo que una vez fue artesano. Este era otro whisky: el whisky de garrafa, de orujo pasado de rosca, de alcohol que quema la garganta y te deja los ojos llorosos no del alcohol sino de lo que el alcohol tapa. El sabor de Bieito. Amargo, caliente, con un fondo de humo de cigarrillo que se quedaba en el paladar y que no terminaba de irse.

Y debajo del whisky, debajo del humo y del orujo y de la rabia fermentada, algo más. Algo que no era amargo sino tibio, como un hilo de leche en el café o como la nota dulce que tiene la corteza del pan cuando la muerdes justo por la parte más fina. Algo que podía ser ternura o podía ser alivio o podía ser la paz específica de un hombre que lleva tres semanas debajo de la tierra y que por primera vez en treinta y seis años no tiene que emborracharse para dormir porque lo que hay a su alrededor es más grande y más lento y más amable que todo lo que había arriba.

Vega se comió el fruto entero.

Se sentó en el muro del huerto con la espalda contra la piedra caliente y el sol de la mañana en la cara y el sabor de Bieito bajándole por la garganta como un abrazo que entra por dentro, y cerró los ojos, y el dolor de cabeza de tres semanas se fue, y los hombros bajaron, y la mandíbula se abrió, y el nudo del plexo solar se deshizo, y fue como llegar a casa después de un viaje muy largo por un sitio que no era tuyo y quitarte los zapatos y poner los pies en el suelo y que el suelo diga: ya estás.

Ya estás.

Se quedó.

No anunció que se quedaba. No habló con Herbal, ni con Rosalía, ni con nadie. Se quedó de la misma forma en que se había ido: sin ceremonia, sin declaración, con la naturalidad de un cuerpo que ocupa el espacio que le corresponde porque es su espacio y no necesita permiso para estar en él.

Los días volvieron a tener la forma que habían tenido antes: el café de la mañana con Herbal, que volvía con su periódico atrasado y sus manos abiertas y su forma de sentarse a la mesa como si la cocina de Carmela fuera una extensión de la suya. La filloa de Flor, que veía otra vez con claridad y que traía guisos con un pimentón que ahora venía de la parcela de Bieito y que tenía un punto ahumado que antes no tenía. El sonido de la pala de Suso en algún muro de algún huerto, constante, rítmico, como un metrónomo que mantiene el tempo de la aldea. El silencio de Amalia en la mecedora, que ahora tenía un murmullo nuevo debajo del viejo, un murmullo que a veces sonaba a orujo y a veces a la risa corta de un hombre que se ríe por primera vez en años.

Rosalía bajó a verla el tercer día.

Se sentó a la mesa. No aceptó café. Miró a Vega con los ojos grises que eran escáneres y dijo:

—¿Semanas o meses?

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo necesitas antes de decidir?

Vega no contestó. Rosalía asintió como si el silencio fuera una respuesta y se fue.

Llamó a Olivia esa noche. La señal entró a la segunda, limpia, como un regalo que la niebla le hacía de vez en cuando para recordarle que el otro mundo seguía ahí.

—¿Mamá?

—Hola, bichito.

—¿Estás en el pueblo?

—Sí.

Silencio. No el silencio de rabia ni el de decepción. Otro silencio. El de alguien que ya lo sabía.

—Lo sabía —dijo Olivia—. Cuando me desperté y no estabas, lo sabía. No me enfadé. Solo lo sabía.

—Lo siento, Olivia.
—No lo sientas. —La voz tenía algo nuevo: no la planitud de las semanas de abstinencia ni la rabia de los viernes rotos. Tenía algo que se parecía a la calma de Rosalía, la calma de alguien que ha aceptado un dato y que lo gestiona sin pretender que sea otra cosa —. Papá me ha leído la nota. Me ha dicho que has ido a cuidar la casa de la abuela.
—Es la verdad.
—Ya. —Pausa—. ¿Cuándo vuelves?
—No lo sé, bichito.
—Vale.

Un vale que no era ni el seco ni el alegre ni el gastado. Un vale nuevo, de un timbre que Vega no le había oído antes: el vale de una niña que ha dejado de contar los días porque los días ya no son la unidad de medida que importa.
—¿Me llamas mañana?
—Te llamo mañana.
—Con leche con miel.
—¿Qué?
—Que cuando hables conmigo te tomes una leche con miel. Así las dos tomamos lo mismo a la vez aunque estemos en sitios diferentes. Es un invento mío. Se llama merienda a distancia.

Vega cerró los ojos. El amor de los niños es más fuerte que la gramática y más creativo que el dolor y más terco que cualquier organismo subterráneo, y lo que Olivia acababa de inventar —la merienda a distancia, leche con miel simultánea a cuatrocientos kilómetros— era la respuesta de nueve años a un problema que los adultos no saben resolver: cómo estar juntos cuando no estás.
—Es un invento perfecto, bichito.
—Lo sé. Buenas noches, mamá. Te quiero.
—Te quiero, Olivia. Más que nada.
—Ya sé.

Colgó.

Las semanas pasaron con la forma que tienen las semanas en los sitios donde el tiempo no se mide en lunes y viernes sino en

cosechas y heladas y en el ángulo del sol cuando cruza la espadaña de la capilla.

Vega comía frutos. Bebía licor. Dormía en el suelo de la cocina con la mejilla contra la pizarra caliente y el pulso de la red entrándole por los huesos. Se duchaba en el agua que bajaba del monte. Llamaba a Olivia cada noche que la señal lo permitía, y las noches que no, se sentaba en el escalón de la puerta mirando la niebla con una taza de leche con miel en la mano —miel de Suso, leche de la vaca de Suso, calentada en el cazo de Carmela— y bebía a la hora que Olivia estaría bebiendo la suya en Santiago, con la fe ciega de que la simultaneidad servía para algo aunque las dos estuvieran bebiendo solas.

No llamó a la consulta. No reprogramó citas. No contestó los mensajes de Tomás, que pasaron de cuatro el primer día a dos el segundo a uno el tercero a ninguno el cuarto, con la curva descendente de alguien que ha entendido que la persona al otro lado no va a contestar y que insistir es empujar una puerta que se ha cerrado desde dentro.

Rosalía la monitoreaba.

No con preguntas ni con visitas: con la observación lateral de quien lleva cincuenta años vigilando un sistema y que sabe leer las señales sin necesidad de calibrar los instrumentos. Vega la veía pasar por el camino a horas fijas, mirando el huerto de Carmela con los ojos de escáner, midiendo la temperatura del suelo con la palma de la mano cuando creía que Vega no miraba. Rosalía no aprobaba ni desaprobaba. Rosalía medía.

Un día Vega subió a verla.

—¿Cuánto tardaría?

Rosalía no le preguntó cuánto tardaría qué. Puso la calculadora en la mesa. Abrió la libreta de datos.

—Con tu perfil neurológico, la conexión sería rápida. Días, no semanas. La producción empezaría en la primera semana. —Hizo un cálculo en la calculadora. Los botones gordos sonaron como gotas de lluvia en un tejado de zinc—. Durarías mucho. Treinta y cinco años, quizás cuarenta. Tu madre duró veintinueve y tú tienes más densidad cognitiva que ella.

—¿Y el espanto?
—El espanto dura lo que dura. Meses. Después pasa.
—¿Y después?
—Después es lo que te dije. Resignación primero. Calma después. La calma de los ríos anchos.

Vega miró la libreta. Los números. Las columnas. Las cifras que medían en grados y en kilos lo que no se podía medir de ninguna otra forma: el valor de una vida humana convertido en producción agrícola.
—Mi hija tiene nueve años.
—Lo sé.
—Si me planto, crece sin madre.
—Si te plantas, crece sin madre. —Rosalía cerró la libreta. La puso encima de la calculadora con la precisión de quien apila instrumentos al final de una jornada—. Como tú.

Vega se fue sin contestar.

Llamó a Olivia esa noche.

La señal entró perfecta. Tres barras. La mejor conexión desde que había llegado a la aldea, como si la niebla y el monte y el aire de los Ancares se hubieran puesto de acuerdo para concederle una línea limpia justo ahora, justo esta noche.

Olivia contestó al segundo tono.
—¡Mamá! Espera, que me pongo bien. —Ruido de sábanas. La posición oficial de hablar por teléfono: boca abajo, pies en la almohada—. Ya. Mamá, notición.
—Cuéntame.
—Lúa y yo hemos decidido que cuando seamos mayores vamos a montar una empresa. Se va a llamar Sabores Imposibles S.L. Ella se encarga de los dragones y yo de los sabores. Vamos a inventar un sabor que haga feliz a la gente aunque esté triste. Lo vamos a vender en botes.

Vega se mordió el labio hasta que le supo a hierro.
—Es un plan estupendo.
—¿A que sí? Papá dice que necesitamos un estudio de mercado. No sé qué es un estudio de mercado pero suena importante y Lúa dice

que ella lo hace porque tiene un tío que es economista. —Pausa. El cambio de marcha—. Mamá.
—Dime.
—He vuelto a soñar con la abuela.
Vega cerró los ojos.
—¿Qué has soñado?
—Esta vez no estaba en la cocina. Estaba… debajo. —Olivia buscó las palabras con la torpeza de alguien que intenta describir algo que no tiene referencia en el mundo de arriba—. Estaba debajo de un sitio. No sé de qué. De tierra, creo. Y estaba bien. No estaba asustada ni triste ni nada de eso. Estaba… caliente. Como cuando te metes en la cama y las sábanas están calientes del sol.
—¿Te dijo algo?
—No. Solo me miró. Pero no con los ojos. Me miró con… no sé. Con todo. Como si pudiera verme desde todas partes a la vez. Y yo sentí que me conocía. Que me conocía desde siempre aunque no me hubiera visto nunca. ¿Eso es posible, mamá? ¿Puede alguien conocerte sin haberte visto?
—Sí, bichito. Es posible.
—Ah. —Pausa—. Mamá.
—Dime.
—¿Tú también estás debajo de algo?
La pregunta le llegó metiéndosele dentro del pecho. No porque fuera acusación ni porque fuera miedo: porque era intuición. La intuición de una niña de nueve años que soñaba con una abuela enterrada y que sentía, con esa inteligencia de los niños que no necesita datos para funcionar, que su madre estaba en el mismo camino.
—No, bichito. Estoy aquí arriba.
—Vale. Pero si algún día estás debajo de algo, avísame. Para que sepa dónde buscarte.
—Te aviso.
—Buenas noches, mamá. Te quiero.
—Te quiero, Olivia. Te quiero más que nada en el mundo.
—Ya sé. Siempre dices eso. —Una risa pequeña. La risa de una niña que se está durmiendo—. Buenas noches.

Colgó.

Vega dejó el teléfono en la mesa de la cocina.

Lo dejó boca arriba, con la pantalla encendida, con la foto de Olivia en la playa —bañador de rayas, helado de chocolate, brazo pegajoso, sonrisa de dientes de leche que ya se estaban cayendo— brillando en la penumbra de la cocina como una ventana abierta a otro mundo.

Se descalzó.

El suelo caliente.

Veinticinco grados. El pulso de la red subiéndole por las plantas. Tres segundos. Contracción. Expansión.

Cerró los ojos.

La parcela nueva la cavó Suso al amanecer.

Junto a la de Carmela. Junto a la de Bieito. En el huerto trasero de la casa, donde el calor del suelo era más fuerte y los filamentos de abajo estaban más cerca de la superficie, a treinta centímetros en vez de a cincuenta, como si la red supiera que algo venía y se hubiera acercado para recibirlo.

Herbal preparó la infusión. Rosalía monitoreó la posición. Flor rezó en gallego antiguo con la misma cadencia de bodas y de entierros. Los hermanos del arroyo subieron un banco nuevo. Amalia se descalzó en el borde y metió los pies en la tierra y escuchó.

Nadie lloró.

Nadie lloró porque lo que estaban haciendo no era nuevo ni sorprendente ni diferente a lo que habían hecho otras veces con otras personas que habían dicho que sí después de meses de frutos y licor y calor y noches en el suelo. Lo que estaban haciendo era lo de siempre. El ciclo. La rotación de la cosecha que no era trigo ni maíz ni patata sino algo más viejo y más costoso que se sembraba cada treinta o cuarenta años para que lo de arriba siguiera funcionando.

La tierra cayó con el mismo sonido de siempre. El sonido blando de cosa que cae sobre cosa blanda. La pala de Suso con su ritmo de tres segundos. El cielo gris de los Ancares arriba, que no era agosto ni tenía estrellas, sino marzo, nublado, con un frío que no entraba en el hoyo porque el hoyo ya estaba caliente, porque la red ya estaba

dentro, buscando, encontrando, entrando por la piel como agua que se filtra en grietas.

Rosalía dijo:

—La red la ha encontrado.

Y Suso echó la última palada y alisó la superficie con el dorso de la pala y clavó la herramienta en la tierra junto al rectángulo y se fue cojeando camino abajo.

El primer fruto de la parcela nueva apareció una semana después.

Creció en la boca del muro que daba a la puerta de la cocina, justo debajo de la ventana por la que Carmela miraba el monte mientras hacía el caldo. Era pequeño, del tamaño de una cereza, con la piel translúcida y un resplandor que no era rosado como los demás sino de un tono más claro, casi blanco, como leche vista a contraluz.

Herbal lo cogió a las siete de la mañana.

Lo sostuvo en la palma con el cuidado de un hombre que ha sostenido muchos frutos primeros y que sabe que el primero te dice lo que vas a recibir durante los próximos treinta años.

Lo mordió.

Cerró los ojos.

El sabor que le llenó la boca fue uno que no había probado nunca y que reconoció al instante, porque hay sabores que no necesitas haber probado para saber qué son: el sabor de alguien que te ha analizado durante tres semanas con los ojos que se achican, que te ha confrontado y te ha escuchado y te ha cogido de las manos la artritis y te la ha devuelto con un diagnóstico, y que ha dejado una nota en una mesa de Santiago a las cinco de la mañana y ha conducido tres horas y media sin parar.

El fruto sabía a café de consulta y a jabón de hospital y a la tinta del cuaderno de tapas negras. Sabía a la leche con miel que una madre le hacía a una niña por las noches para que se durmiera. Sabía al champú de fresa que le quedaba en la nariz después de olerle el pelo. Sabía al suavizante industrial que Vega nunca había dejado de usar aunque odiara su olor porque era el olor de la casa

donde vivía Olivia y todo lo que oliera a Olivia valía la pena aunque oliera a sintético.

Y debajo de todo eso, debajo del café y del jabón y de la tinta y de la leche y de la fresa y del suavizante, el fondo: un sabor que no era un sabor sino una temperatura. Calor. El calor de alguien que quiere demasiadas cosas a la vez y que no sabe soltar ninguna y que al final las lleva todas consigo al único sitio donde caben todas juntas.

Herbal tragó el fruto. Abrió los ojos.

—Es buena —le dijo a Rosalía, que estaba al lado con la libreta abierta y el bolígrafo preparado—. Va a durar mucho.

Rosalía anotó la fecha, la temperatura del suelo, el peso del fruto, el color, la consistencia. Cerró la libreta. Se fue.

En un piso de Santiago, un teléfono sonó a las nueve de la noche.

Sonó tres veces. Cuatro. Cinco.

Nadie contestó, porque no había nadie en el piso que pudiera contestar: Tomás estaba trabajando y Olivia estaba en casa de Lúa, donde se quedaba los martes y los jueves desde que su madre se había ido al pueblo, porque Tomás no podía con todo y Lúa tenía una madre que sí estaba y que hacía la trenza sin ponerla al revés.

El teléfono dejó de sonar. Saltó el buzón de voz.

Nadie dejó mensaje.

Nadie podía dejar mensaje, porque el teléfono que llamaba estaba en una mesa de cocina en una aldea de los Ancares, con la pantalla boca arriba y la foto de una niña en la playa brillando en la penumbra, y la persona que lo había dejado ahí estaba debajo del huerto de atrás, a un metro y medio de profundidad, con la tierra encima y los filamentos dentro y los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta exhalando un aliento que olía a leche con miel y a champú de fresa y a algo que se parecía a una cocina de Santiago a las nueve de la noche con un plato de pasta en la mesa y una niña que dice espaguetis con la g antes de la a.

El teléfono volvió a sonar a las nueve y diez.

Era Olivia, que había vuelto de casa de Lúa y que llamaba desde el fijo de la cocina, con el pijama de estrellas puesto y los dientes

lavados y la taza de leche con miel en la mano —miel del Mercadona, leche de tetrabrik, calentada en el microondas porque papá no calentaba la leche en cazo—, lista para la merienda a distancia que había inventado y que hacía cada noche con su madre aunque su madre cada noche tardara un poco más en contestar y aunque las llamadas fueran un poco más cortas y aunque el olor del teléfono, cuando se lo acercaba a la nariz después de colgar, oliera cada vez menos a la crema de manos de mamá y más a otra cosa, a algo dulce y orgánico y caliente que Olivia no sabía nombrar pero que le recordaba al sueño de la abuela y a la tierra y al sitio debajo de todo donde las cosas importantes se guardan para que nadie las encuentre.

El teléfono sonó seis veces.

Siete.

Ocho.

Buzón.

Olivia colgó. Se sentó a la mesa de la cocina con la taza de leche con miel y los pies descalzos en las baldosas frías y esperó cinco minutos por si mamá devolvía la llamada.

No la devolvió.

Olivia se bebió la leche con miel sola. Los últimos tragos eran más dulces que los primeros, como siempre, porque la miel no se había disuelto del todo, y el sabor le bajó por la garganta con el calor de algo que reconforta aunque no sepa a lo que debería saber.

Dejó la taza en el fregadero.

Se fue a la cama.

Se durmió con los pies en la almohada y los brazos abiertos y la boca abierta y el pelo en la cara, y soñó con una cocina que olía a laurel y a pimentón y a algo debajo de la tierra que latía cada tres segundos y que la conocía desde antes de que naciera y que iba a seguir conociéndola después de que todo lo demás se hubiera olvidado.

El monte recuerda lo que tú olvidaste.

Nota de la autora

Boca del Monte no existe en los mapas. La sierra de los Ancares sí, y todo lo que se dice sobre su niebla, sus castaños y su capacidad para tragarse carreteras es verdad. Las aldeas que sirvieron de inspiración tienen nombres que no voy a dar porque sus vecinos no me lo perdonarían, y porque algunas cosas es mejor que sigan sin que nadie las busque.

Esta novela es ficción. Los frutos no existen. El organismo subterráneo no existe. Lo que sí existe es la España vacía, los pueblos que se apagan, los hijos que se van y las madres que se quedan sosteniendo lo que nadie más quiere sostener. Esa parte no me la he inventado.

Gracias por leer.

M. O.
Marzo de 2026